

**Carlos Lagorio
Federico Cormick
Aurelio Arnoux Narvaja**

ESCENAS Y ACTORES DE UNA HISTORIA SOCIAL Y CULTURAL



**UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE MORENO**

Escenas y actores de una historia social y cultural

UNIVERSIDAD NACIONAL DE MORENO

Rector

Hugo O. ANDRADE

Vicerrector

Manuel L. GÓMEZ

Secretaria Académica

Adriana M. del H. SÁNCHEZ

Secretario de Investigación, Vinculación Tecnológica y Relaciones Internacionales

Jorge L. ETCHARRÁN

Secretaria de Extensión Universitaria

M. Patricia JORGE

Secretario General

V. Silvio SANTANTONIO

Consejo Superior

Autoridades

Hugo O. ANDRADE

Manuel L. GÓMEZ

Jorge L. ETCHARRÁN

Pablo A. TAVILLA

M. Patricia JORGE

Consejeros

Claustro docente

Marcelo A. MONZÓN

Javier A. BRÁNCOLI

Guillermo E. CONY (s)

Adriana M. del H. SÁNCHEZ (s)

Claustro estudiantil

Rocío S. ARIAS

Iris L. BARBOZA

Claustro no docente:

Carlos F. DADDARIO

Escenas y actores de una historia social y cultural

Carlos Lagorio
Federico Cormick
Aurelio Arnoux Narvaja



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE MORENO

Lagorio, Carlos
Escenas y actores de una historia social y cultural / Carlos Lagorio ; Federico Cormick ; Aurelio Arnoux Narvaja. - 1a ed. - Moreno : UNM Editora, 2015.
304 p. ; 22 x 15 cm. - (Biblioteca Universitaria / Adriana M. del H. Sánchez,)
ISBN 978-987-3700-03-3
1. Historia de la Cultura. 2. Historia Social. I. Cormick, Federico II. Arnoux Narvaja, Aurelio III. Título
CDD 306

Licenciatura en Comunicación Social
Departamento de Humanidades y Ciencias Sociales
Coordinador-Vicedecano: Roberto C. MARAFIOTI

Colección: BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
Director: Adriana M. del H. SÁNCHEZ

1a. edición: diciembre de 2015

© UNM Editora, 2015

Av. Bartolomé Mitre 1891, Moreno (B1744OHC), prov. de Buenos Aires, Argentina
(+54 237) 466 7186/1529/4530 - (+54 237) 462 8629 - (+54 237) 460 1309 - Int. 154
unmeditora@unm.edu.ar <http://www.unm.edu.ar/editora>

Se terminó de imprimir en diciembre de 2015 en el taller de la **cooperativa Chilavert Artes Gráficas**, imprenta recuperada y gestionada por sus trabajadores. M. Chilavert 1136, CABA.

Libro de edición argentina. Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Prohibida su reproducción total o parcial

ISBN: 978-987-3700-03-3

UNM Editora

Miembros ejecutivos

Adriana M. del H. Sánchez (presidenta)

Jorge L. ETCHARRÁN

Pablo A. TAVILLA

M. Patricia JORGE

V. Silvio SANTANTONIO

Marcelo A. MONZÓN

Miembros honorarios

Hugo O. ANDRADE

Manuel L. GÓMEZ

Departamento de Asuntos Editoriales

Leonardo RABINOVICH (a cargo)

Responsable editorial

Laura B. CARDONA

Arte y diseño

R. Alejo CORDARA

Staff

Josefina DARRIBA

Sebastián D. HERMOSA ACUÑA

Cristina V. LIVITSANOS

Pablo N. PENELA

Florencia H. PERANIC

Daniela A. RAMOS ESPINOSA



Libro
Universitario
Argentino



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE MORENO
Editora



Presentación

En esta ocasión nos toca presentar un nuevo libro que es el resultado del trabajo realizado por docentes de la asignatura Historia Social General de la carrera de Comunicación Social. Como siempre insistimos, una cátedra no se dedica solo a dictar clases a los alumnos. Su tarea también es continuar con la formación y ampliar los conocimientos con el estudio y la investigación que se deben volcar en producciones como esta. Los beneficiarios directos de estos resultados son los alumnos y la Universidad misma.

Para los alumnos es importante que sepan que sus docentes no son meros transmisores de bibliografía sino que además producen y están en condiciones de dialogar con otros autores. Tienen su propia interpretación de los hechos y reflexionan acerca de acontecimientos que, en general, admiten más de una única interpretación.

Para la Universidad adquiere una relevancia incuestionable ya que dentro de sus objetivos está el de contar con docentes que se desarrollen y se consoliden en los espacios de transmisión y circulación de los saberes. Los docentes nunca concluyen su tarea en el aula. En verdad, es allí donde se inicia un largo proceso que debe ser sostenido, cuidado y valorado. Se trata en definitiva de una labor que da por resultado la jerarquización de la actividad universitaria.

Si nos dedicamos a bucear por los contenidos del libro también nos podemos sentir satisfechos. En este caso, la Historia Social es una corriente que se desplegó en un momento preciso en ámbitos académicos de Europa y los Estados Unidos, llegó a nuestras orillas en los años sesenta e incorporó perspectivas que desbordaban los meros hechos cronológicos para sumar a otros fenómenos sociales y otras transformaciones sociales.

El primer artículo con que se inicia el texto, “Lugares de la ‘Nueva’ Historia Cultural”, de Aurelio Arnoux Narvaja reflexiona

sobre el largo proceso de constitución de la disciplina. Se trata de un recorrido sobre la constitución de la Historia como disciplina científica y sus correspondientes debates internos. Esto permite introducir la renovación historiográfica de la década del sesenta que abrió los campos de estudio —en particular, en lo que respecta a los aspectos culturales— incorporando metodologías de la antropología, la sociología, el análisis del discurso, entre otras disciplinas científicas.

Cabe pues recordar que la Historia trabaja con hechos sucedidos en el tiempo, pero este puede ser leído e interpretado de diferente manera; se desplaza de manera horizontal, diacrónica, pero también es preciso dar cuenta de la intensidad y densidad de determinados momentos y de los hechos, incluso de aquellos que no se prolonguen en el tiempo cronológico pero que se hundan en las sociedades y las condicionan en su futuro. Se trata de una visión sincrónica. Esos hechos pueden ser políticos, económicos, sociales, culturales, científicos o incluso naturales. Y todos producen efectos sobre la superficie de la historia. De allí la necesidad de convocar a múltiples disciplinas que den cuenta de la eficacia de la interpretación histórica.

Recordemos la propuesta de Bruno Latour en *Nunca fuimos modernos*:¹ “El tiempo del calendario sitúa en realidad los acontecimientos respecto de una serie regulada de fechas, pero la historicidad ubica los mismos acontecimientos respecto de su intensidad. [...] El paso moderno del tiempo nos es más que una forma particular de historicidad. ¿De dónde sacamos la idea de un tiempo que pasa? [...] La antropología está ahí para recordárnoslo, el pasaje del tiempo puede interpretarse de múltiples maneras, como ciclo, como decadencia, como caída como inestabilidad, como retorno, como presencia continuada. Llamamos temporalidad a la interpretación de ese pasaje para distinguirla bien del tiempo. Los modernos tienen la particularidad de comprender el tiempo que pasa como si derogara realmente el pasado tras él. Todos se consideran Atila, detrás de quien la hierba no volvía a crecer. No se sienten alejados de la Edad Media

¹ Bruno Latour (2007), *Nunca fuimos modernos. Ensayo de antropología simétrica*, Siglo XXI, Buenos Aires.

por cierta cantidad de siglos, sino separados de ella por revoluciones copernicanas, cortes epistemológicos, rupturas epistémicas que son tan radicales que ya nada sobrevive en ellos de ese pasado; que ya nada debe sobrevivir en ellos de ese pasado (Latour, 103, 2007)”.

CONTENIDOS

Una mirada no atenta podría pensar que entre los capítulos II y VII, la historia tradicional se apropió de los escritos. Sin embargo, nuevamente encontramos que, en cada caso, la perspectiva es múltiple.

En el capítulo II: “La época de los absolutismos. Del Renacimiento a la Revolución francesa”, Carlos Lagorio trata –en una primera instancia– acerca del inicio de la modernidad, un concepto difuso y con infinitas interpretaciones, haciendo hincapié en la emergencia y consolidación de los regímenes absolutistas en Europa.

En relación con ello se analizan los fundamentos teóricos de Maquiavelo y Hobbes. La ciencia política tal como la conocemos está adquiriendo una consolidación que se afianzará más adelante. Esto permite, en segundo lugar, adentrarse sobre uno de los hechos históricos que ha generado mayor cantidad de debates y divergencias: la Revolución francesa. La originalidad de la perspectiva propuesta se basa en el entrelazamiento de los aspectos políticos, económicos y culturales que no solo explica ese fenómeno sino que a la vez lo interroga tomando como referencia diversos tipos de fuentes.

Federico Cormick escribe los tres apartados siguientes. En el capítulo III, “El fin de una ilusión. El ocaso del siglo XIX” indaga el siglo XIX a partir de sus complejos entramados sociales y políticos, tomando en primer lugar a Europa y trabajando en segunda instancia América Latina. En los dos casos hace hincapié en la emergencia y constitución de las diferentes ramas del movimiento obrero, deteniéndose en ejemplos significativos en los cuales los trabajadores son protagonistas principales. El capítulo IV, “Fuegos de octubre. La Revolución rusa” se centra en la Revolución rusa, profundizando en sus causas –inmediatas y estructurales–, los actores involucrados

—tanto colectivos como individuales—, la impronta que dejó a escala planetaria y las perspectivas teóricas que se construyeron en torno a ese proceso. Para interpretar este fenómeno, el autor articula de modo muy pertinente tres temporalidades: la corta, mediana y la larga duración. En el capítulo V, “Tierra y libertad. Desarrollo e influencia de la Revolución mexicana” se trabaja sobre un acontecimiento que inauguró y que influyó considerablemente los procesos revolucionarios que se sucedieron en América Latina a lo largo del siglo xx: la Revolución mexicana. Con el objetivo de llegar hasta las causas más profundas, se analizan los aspectos estructurales de México del siglo xix como así también en los diferentes actores y movimientos en disputa, con sus respectivas demandas e ideologías.

En el capítulo VI, “Modernidad y posmodernidad en el mundo de posguerra. Del tercer mundo a la globalización”, Carlos Lagorio estudia el período que va desde el fin de la Segunda Guerra Mundial hasta la actualidad. Se consideran aquí las variables políticas y culturales, en particular en lo que respecta a la explosión de los medios masivos de comunicación que acompañó y facilitó el proceso de globalización.

Aurelio Arnoux Narvaja aborda en el capítulo VII, “Los ‘largos años sesenta’ en América Latina. Los cambios socioculturales y la construcción del ‘Hombre Nuevo’”. La larga década del sesenta en América Latina. En primera instancia, hace un recorrido por las transformaciones políticas, económicas y culturales de dicho período, para —en un segundo momento— detenerse en un tema de época —la construcción del Hombre Nuevo— a partir de los escritos de Ernesto Guevara.

En el último capítulo, “La construcción de un ‘nuevo Estado’ a partir de la Asamblea Constituyente. Análisis hermenéutico del Preámbulo de la Constitución boliviana de 2009”, se enfoca un tema de historia reciente como es el proceso que se está llevando a cabo en la República Plurinacional de Bolivia desde la asunción de Evo Morales. La fuente tomada para llevar adelante el análisis es el preámbulo de la Constitución promulgada en 2008, mostrando las diferentes voces que se expresan y los diferentes intereses en disputa.

No queda más que internarse en cada uno de los capítulos para descubrir que la historia está mucho más cerca que lo que se puede imaginar y que la lectura puede deparar satisfacciones y placeres tan intensos como el conocimiento que se irá adquiriendo a lo largo de una carrera universitaria.

Prof. Roberto C. MARAFIOTI
Carrera de Licenciatura en Comunicación Social
Departamento de Humanidades y Ciencias Sociales
Universidad Nacional de Moreno

Índice

PRÓLOGO

Carlos Lagorio 15

CAPITULO I – Lugares de la “Nueva” Historia cultural.

Reflexionando sobre el largo proceso de constitución de la disciplina.

Aurelio Arnoux Narvaja 19

CAPITULO II – La época de los absolutismos.

Del Renacimiento a la Revolución francesa.

Carlos Lagorio 61

CAPITULO III – El fin de una ilusión.

El ocaso del siglo XIX.

Federico Cormick 99

CAPITULO IV – Fuegos de octubre.

La Revolución rusa desde sus orígenes

Federico Cormick 119

CAPITULO V – Tierra y libertad.

Desarrollo e influencia de la Revolución mexicana

Federico Cormick 159

CAPITULO VI – Modernidad y posmodernidad en el mundo de posguerra.

Del tercer mundo a la globalización

Carlos Lagorio 193

CAPITULO VII – Los “largos años sesenta” en América Latina.

Los cambios socioculturales y la construcción del “hombre nuevo”

Aurelio Arnoux Narvaja 225

CAPITULO VIII – La construcción de un “nuevo Estado” a partir de la Asamblea Constituyente.

Análisis hermenéutico del Preámbulo de la Constitución boliviana de 2009.

Aurelio Arnoux Narvaja 275

Prólogo

Carlos Lagorio

Los textos que componen el libro son el producto de un trabajo de actualización e inclusión de nuevos materiales bibliográficos de acuerdo con criterios pedagógicos comunes a los profesores que la integran el cuerpo docente de la asignatura de Historia Social General del Departamento de Humanidades y Ciencias Sociales de la UNM. Cada uno de los artículos está sustentado en el trabajo realizado con las producciones escritas y su correlato en la experiencia del trabajo realizado con los estudiantes. Los autores han acordado el proyecto de un libro que contribuya al programa de estudios basado en el respeto a la identidad cultural y a la libertad de cátedra. Por ello, en la selección que se hizo de las escenas y actores que forman parte del vasto período histórico de la modernidad, se tuvieron en cuenta las posibles visiones del mundo que cada contexto en particular ofrece, bajo el concepto de una metodología hermenéutica de la historia.

El término modernidad, que se desarrolla a partir del siglo xv, representa múltiples significados en la reescritura de una historia social y cultural. Los capítulos del libro tienen como contexto espacio-temporal a la modernidad, el período de larga duración más valorado por occidente, que abarca desde el siglo xv al xx, pero no necesariamente relevan cada uno de los hechos históricos en forma cronológica. Más bien los contenidos del libro se inscriben en una narrativa de la interpretación histórica que pretende poner límites al uso del concepto de progreso en la historia.

La superación de los paradigmas científicos fundados en la racionalidad y el etnocentrismo es un hecho relativamente reciente. Un nuevo e inexplorado espacio demanda cuotas crecientes de interpretación, en el que la hermenéutica se convierte en una herramienta privilegiada de acceso al conocimiento. En ese recorrido, un nuevo

paradigma en el campo de las ciencias sociales se asienta en las teorías críticas y en la valoración de fuentes de carácter literario. En las ciencias sociales, la comprensión y la aplicación de una teoría de autor, valorada durante la modernidad por el rigor académico e influencia que tuvo en su época, resulta insuficiente en la actualidad para abordar un objeto de estudio. Lo social pertenece a una diversidad de órdenes creados y modificados en forma continua por la participación de las masas, sobrevuela un horizonte de incertidumbre que abarca a las ciencias en su totalidad y nos sitúa en un mundo donde los parámetros de la modernidad fueron rebasados y están sometidos a una revisión que no ha concluido.

El término modernidad fue acuñado por el escritor Honoré de Balzac en 1823 y significó una verdadera ruptura con la tradición anterior. La cantera abierta por el Iluminismo en el siglo XVIII con el norte puesto en la razón y el progreso, y su contracara —la rebelión del Romanticismo hacia esos valores—, fue una de las primeras contradicciones transversales en la modernidad. Desde la publicación de la primera *Gran Enciclopedia* en 1767 hasta la censurada edición de *Las flores del mal* de Charles Baudelaire después de la revolución republicana de 1848, la razón como instrumento del conocimiento —pero también de la dominación— se opuso en numerosas oportunidades a la utopía como ideal asociado a las revoluciones sociales.

Sin embargo, el concepto de revolución en la historia se abre a significados que se relacionan con utopías de cambio social, pero también con utopías que subrayan el carácter innovador del ser moderno. Un primer significado de la palabra revolución nos relaciona con el movimiento circular que efectúan los cuerpos en el universo. Por eso, matemáticos y astrónomos como Nicolás Copérnico y Galileo Galilei utilizaron en sus descubrimientos el concepto de revolución para describir el movimiento de los planetas.

En el caso de los escritos presentados, la selección de breves períodos de la historia en el marco de la modernidad tiene relación con la revolución social como operaciones *en caliente* de las masas, como transformaciones disruptivas, pensadas en términos de relaciones de fuerza y dominación. Constelaciones y representaciones en el ámbito de la cultura comunican las escenas vividas por los actores sociales y

sus acciones vinculadas con denuncias, conspiraciones, llamamientos y manifiestos que en nombre de la pasión por la justicia y la igualdad produjeron situaciones dramáticas y transformaciones en las sociedades de su tiempo.

No obstante, el trasfondo de las revoluciones sigue generando polémica al calor de la intensidad de las luchas entre las clases sociales y las instituciones que se construyen y luego se extinguen. La génesis y el desarrollo de las revoluciones sociales que forman parte de este volumen y recorren países como Francia, México y Rusia, se extienden hacia otros territorios y a una dimensión cultural presente en las instituciones, la comunicación y la opinión tal como se desarrollaba en la época.

La utilización del recurso metodológico de una *historia cultural* nos remite a varios autores (como se describe en el capítulo “Lugares de la historia cultural”), a la necesidad de estrechar lazos con otras disciplinas tradicionales –como la Antropología, la Ciencia Política y la Sociología– con otras más novedosas –como la Etnografía y las Ciencias de la comunicación–. La historia cultural propone entonces, tanto en el campo *microhistórico* como en los hechos relevados como *grandes relatos de la historia*, una mirada *diacrónica* y crítica que rescate problemáticas que en la historia racionalista, evolucionista y determinista ocuparon un discreto segundo plano o simplemente fueron desechadas.

Así, el análisis cultural que incorporaron los historiadores contemporáneos remite a pequeños acontecimientos para analizar las problemáticas más importantes. Por eso tiene en cuenta la oralidad, los mitos, rituales, creencias, valores y estilos de vida de una sociedad en un momento dado.

En la actualidad, el enfoque de la historia social y cultural, como se dijo, se centra en la hermenéutica, la interpretación frente a la demostración. La trama de nuevas historias forma parte de una narrativa científica que incorpora el legado de la literatura a los hechos contrastados con las fuentes y las categorías de las teorías de la historia. En cierto modo, la *nueva historia cultural* confronta en la posmodernidad a los grandes relatos de la historia, a la historia oficial de los vencedores, a las clases dominantes y en cambio aspira a valorizar a

aquellos que no hicieron historia, los pobres, y las minorías de todo tipo, que pugnan por hacer valer sus derechos. En este sentido, el enriquecimiento de la expresión simbólica, presente en el mundo de la información generalizada, contribuye a esa *nueva historia* porque visibiliza las problemáticas contemporáneas y promueve el debate acerca de la identidad cultural y política.

Lugares de la “nueva” historia cultural

Reflexionando sobre el largo proceso
de constitución de la disciplina

Aurelio Arnoux Narvaja

En una de sus últimas obras¹ y antes de encontrar la muerte en un campo de concentración alemán en el epílogo de la Segunda Guerra Mundial, el historiador francés Marc Bloch (1886-1944) escribía lo siguiente:

[...] vieja bajo la forma embrionaria del relato, por mucho tiempo saturada de ficciones, y por mucho más tiempo atada a los acontecimientos más inmediatamente aprehensibles, la historia sigue siendo muy joven como empresa razonada de análisis. Porque ella se esfuerza para ser capaz de penetrar más allá de los hechos superficiales, y para rechazar las seducciones de la leyenda y de la retórica, junto a los venenos, hoy todavía más peligrosos, de la rutina erudita y del empirismo disfrazado de sentido común. Y ella no ha superado aún, respecto de algunos de los problemas esenciales de su propio método, la etapa de los primeros intentos. (Bloch, 1942)

Han pasado ya más de setenta años y estas palabras siguen resonando con una vigencia admirable en la mente de todo historiador. Los acalorados debates que se han suscitado en el interior de la disciplina en cuanto a la definición precisa de su objeto de estudio y la forma metodológica de abordarlo, son motivo de celebración pues reflejan un fructífero avance que, lamentablemente, no se ha

encontrado exento de perspectivas apocalípticas como aquellas que derivaban del anuncio del fin de la historia.² A pesar de esto último, en los albores del siglo XXI, la Historia³ está más saludable que nunca.

Este trabajo tiene como objetivo principal adentrarse en el debate sobre las aproximaciones teóricas y los aspectos metodológicos que propone la *nueva historia cultural*.⁴ La renovación que en los últimos tiempos se ha dado con este paradigma responde al hecho —como señala Burke (2014: 14) recuperando al politólogo estadounidense Samuel Huntington— de que “en el mundo actual, las distinciones culturales son más importantes que las políticas o las económicas, por lo que, desde el final de la guerra fría, lo que vemos no es tanto un conflicto internacional de intereses cuanto un ‘choque de civilizaciones’”.

Para tal empresa es necesario, en primer lugar, hacer mención —aunque más no sea sucintamente— a los antecedentes historiográficos⁵ que consideramos más significativos —con una breve referencia a la influencia que tuvieron en América Latina— y que sirvieron de plataforma para los análisis posteriores. Esto nos servirá de marco para abordar, en segundo término, la *nueva historia cultural*, centrándonos en los principales dilemas metodológicos como así también en las virtudes e inconvenientes que plantea esta perspectiva y los aportes que puede brindar para futuras investigaciones. En última instancia —y como material anexo— haremos referencia a las principales pautas como así también precauciones metodológicas que todo investigador tiene que considerar a la hora de encarar un análisis histórico.

1. En torno a la Historia

Si tuviéramos que establecer el momento de emergencia de la Historia como disciplina científica —con un objeto de estudio determinado y una metodología de trabajo característica que la diferenciaba de otros campos de análisis— deberíamos remontarnos al siglo XVIII,⁶ momento en el cual se llevó adelante una transformación notable, de grado y calidad. No obstante es recién a mediados del siglo XIX cuando se empieza a constituir con todo rigor lo que podemos llamar la historiografía contemporánea.⁷ A la vez que se alejaba del

mito, la leyenda o la literatura, se iba profesionalizando la disciplina con la emergencia de revistas especializadas y centros de investigación. Sin embargo, esta búsqueda de rigor —y principalmente de objetividad— no se correspondía con los objetivos políticos para la que era utilizada en un principio. En palabras de Iggers (2012: 49): “desde temprano existió una tensión entre el *ethos* científico de la profesión, que exigía un compromiso por evitar los prejuicios y los juicios valorativos, y la función política de la profesión, que daba por sentado un cierto orden social”, que evidentemente en la actualidad sigue presente.

EL SIGLO XIX

El impacto del marxismo

Entre la comunidad de historiadores, existe un consenso bastante generalizado de que la historiografía contemporánea comienza aproximadamente hacia 1848, con el nacimiento del proyecto marxista original, cristalizado en el célebre Manifiesto comunista. Redactado por Marx y Engels en vísperas de la convulsión social, sacudió en simultáneo a las principales ciudades industrializadas de Europa y puso en escena a un nuevo actor colectivo: el proletariado. La vasta producción intelectual de Carlos Marx —*La ideología alemana* (1847), en colaboración con Engels, *Miseria de la filosofía* (1847), *Contribución a la crítica de la economía política* (1859) o *El capital* (1867) entre otros— tuvo como objetivo principal brindar una explicación científica de esa sociedad en plena transformación, consecuencia del avance del capitalismo. La lógica de funcionamiento de este modo de producción⁸ no podía ser comprendida si no se analizaban las causas que lo habían hecho emerger, y por lo tanto era necesario recurrir a la historia, que en toda época no había sido otra que la lucha de clases antagónicas. Partiendo de “hechos empíricos observables”—hechos materiales— que podían ser sometidos a la comparación, era posible determinar regularidades, generalizaciones y leyes objetivas que dieran cuenta del desenvolvimiento sucesivo, lineal y dialéctico de

la historia, que a medida que avanzaba se volvía más universal.⁹ La complejidad y amplitud del pensamiento de Marx lo vuelve prácticamente inabarcable. No obstante, si tuviéramos que elegir un fragmento característico de su metodología, consideramos que el que más se ajusta es el prólogo de la *Contribución a la crítica de la economía política* (1859), en el cual expone de forma brillante su perspectiva materialista y dialéctica de los fenómenos históricos:

Mis investigaciones dieron este resultado: que las relaciones jurídicas, así como las formas de Estado, no pueden explicarse ni por sí mismas, ni por la llamada evolución general del espíritu humano; que se originan más bien en las condiciones materiales de existencia [...]; que la anatomía de la sociedad hay que buscarla en la economía política [...]. El resultado general a que llegué y que, una vez obtenido me sirvió de guía en mis estudios, puede formularse brevemente de este modo: en la producción social de su existencia, los hombres entran en relaciones determinadas, necesarias, independientes de su voluntad; estas relaciones de producción corresponden a un grado determinado de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de estas relaciones de producción constituye la estructura económica de la sociedad, la base real, sobre la cual se eleva una superestructura jurídica y política y a la que corresponden formas sociales determinadas de conciencia. El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de vida social, política e intelectual en general. No es la conciencia de los hombres la que determina la realidad; por el contrario, la realidad social es la que determina su conciencia. (Marx, 1978)

Si bien la influencia que tuvieron estas ideas en el gremio profesional de los historiadores fue sobre todo posterior a la Primera Guerra Mundial, se le debe a Marx el haber puesto el foco en el análisis de las clases sociales y sus vínculos económicos como factor crítico para la interpretación de la historia. Sus premisas son herramientas indispensables para toda historia crítica. Por lo tanto, a pesar de sus diferentes reformulaciones y hasta deformaciones o vulgarizaciones, se ha mantenido vigente en los últimos ciento cincuenta años en los

más diversos paisajes historiográficos. Una de las escuelas o vertientes del marxismo que tuvo mayor importancia en el siglo xx fue sin lugar a dudas la Escuela británica que tuvo su hito fundacional en 1952 con la revista *Past and Present*. En ella escribieron un grupo de reconocidos historiadores —el arqueólogo Gordon Childe, el medievalista Rodney Hilton, el modernista Christopher Hill, el contemporanista Eric Hobsbawm, Edward Thomson, entre otros— que se interesaban básicamente en el tratamiento de asuntos “estructurales” a la vez que le asignaban un lugar central al estudio de los aspectos políticos.

En América Latina, la influencia marxista se mostró particularmente en el siglo xx. Por ejemplo, en Perú, José Carlos Mariátegui¹⁰ o, en la Argentina, Scalabrini Ortiz¹¹ fueron algunos de los que utilizaron postulados materialistas para analizar e interpretar la realidad continental desde la región misma. El primero retoma este marco teórico y lo adapta a las características continentales. Como en América del Sur —a diferencia de los países centrales— todavía no se habían desarrollado las condiciones objetivas para la emergencia del proletariado como agente revolucionario, ese papel debían ocuparlo los indígenas. Por su parte, Scalabrini Ortiz analiza el atraso económico de la Argentina —que puede hacerse extensivo a cualquier país de la región— a partir de una “lectura” materialista de las riquezas, en particular de los ferrocarriles. Eso le permite concluir que la gran causa de los problemas del país es que las principales industrias —ferrocarriles, frigoríficos, barcos— se encuentran en manos extranjeras, en particular británicas.

La historia tradicional o positivista¹²

El siglo xix fue un siglo dominado por el método científico positivista,¹³ del cual la Historia —al igual que otras disciplinas sociales o humanísticas como la Sociología o la Antropología— no se mantuvo al margen. En este contexto, buscando el rigor de lo “objetivo”, la Historia centró su análisis en cuestiones meramente fácticas asignándole un lugar central a los sujetos individuales, a los grandes relatos

y por lo tanto, a los aspectos políticos. Esta historia, denominada *événementielle*¹⁴ (del acontecimiento), asentada sobre el modelo empírico-positivista, presentaba en general a los hombres destacados como los únicos responsables de los éxitos o los fracasos y, por lo tanto, los únicos que eran representativos del pasado. En su ambición de elevar la Historia a la categoría de ciencia exacta —como la física o las ciencias naturales— los historiadores olvidaban un aspecto fundamental: lo que analizaban no eran átomos sino grupos humanos permeados por ideologías y marcos de pensamiento. En este contexto, eran pocos los que se atrevían a criticar los preceptos del historiador francés Fustel de Coulanges (1830-1889): “No soy yo el que hablo, es la historia la que habla a través de mí”. Este acercamiento era congruente con la perspectiva occidental, etnocéntrica y totalizadora que se trataba de imponer y que sirvió de justificación al proceso de colonización —principalmente del continente africano— que se dio hacia fines del siglo XIX. Ahora bien, el problema de esta forma de hacer historia era que reducía el trabajo del historiador a la labor de erudito o anticuario a la vez que consideraba los documentos escritos como la única fuente legítima de trabajo. Y el concentrarse en una sola fuente limitaba el análisis a unas pocas dimensiones del tejido social como eran los hechos biográficos, políticos o diplomáticos del desandar histórico.

El positivismo tuvo una influencia notable en América Latina entre 1870 y 1910. Los relatos oficiales e institucionales, a medida que se consolidaban los estados nacionales, se nutrieron de esta perspectiva historiográfica para legitimar su hegemonía. El caso de la *historia oficial o mitrista* en Argentina es paradigmático, en tanto que consideraba el documento escrito como fuente primaria e incuestionable a la vez que construía el relato desde el punto de vista de los vencedores.

EL SIGLO XX

La revolución de los Anales

A principios del siglo xx, y tras el trauma que significó la Primera Guerra Mundial (1914-1918), apareció en Francia una revista que pronto aglutinaría a sus seguidores dentro de un movimiento de renovación historiográfica: “La Escuela de los Anales”.¹⁵ El objetivo central de esta nueva corriente¹⁶ –fundada en 1928 por Marc Bloch y Lucien Febvre– era ofrecer una alternativa a la práctica historiográfica positivista, ampliando el campo de trabajo a la vez que solicitaba la utilización de otros métodos de investigación tomados de disciplinas vecinas –la Sociología, la Demografía, el Estructuralismo lingüístico, la Arqueología, entre otras–. En general, proponía una historia totalizante que abarcara el tejido social en su conjunto y no se limitara a estudiar a los grandes hombres o las grandes batallas como se hacía antaño. En este sentido, empezaron a considerarse no ya los sujetos individuales sino los actores colectivos, no las grandes batallas sino los procesos de larga duración, no los aspectos exclusivamente políticos sino todas las manifestaciones humanas en las variadas realidades –geográficas, étnicas, antropológicas, económicas, sociales, culturales, artísticas, etcétera–. Es decir asistimos a nuevas perspectivas analíticas y epistemológicas, radicalmente distintas de los restringidos horizontes de historia tradicional, positivista y oficial. La Historia, por lo tanto, no va a limitarse al análisis de documentos escritos sino que va a nutrirse de diferentes técnicas –dendrocronología,¹⁷ iconografía¹⁸ o la técnica del carbono 14,¹⁹ entre otras– y diversas fuentes hasta entonces no consideradas. Esto va a contribuir a reemplazar una historia narrativa, monográfica y descriptiva por una lectura interpretativa, problemática y crítica. Y la temporalidad simplista y lineal va a ser reemplazada por una descomposición articulada de los distintos tiempos y duraciones históricas.

Desde la primera época de los anales estuvo siempre presente la influencia de Emilio Durkheim,²⁰ el primero que propuso en el siglo xix transformar la Sociología en una ciencia que estudiara la consciencia colectiva.

Esto condujo a que se tuviera un interés permanente por trabajos que abordaran las representaciones, los imaginarios o los fenómenos religiosos. Para dar una idea de esta impronta, Lucien Febvre, por ejemplo, ocupó parte de su obra en mostrar que el lenguaje “más que una creación consciente de los hombres y mujeres que lo hablan, era un sistema interrelacionado de significados que modela los procesos de pensamiento de cada nueva generación” (Iggers, 2012: 98). El término “Historia de las mentalidades” –como la conocemos actualmente– empezó a difundirse recién en la década de 1960 por el trabajo de algunos historiadores franceses como Georges Duby o Robert Mandrou. Este tipo de historia se interesó por la percepción que los sujetos tenían del mundo circundante. Por lo tanto, más que el “acontecimiento” o la “coyuntura” interesaba la “estructura”, es decir, las ideas que se mantienen estables o arraigadas a lo largo del tiempo y que tienen una transformación lenta y paulatina. Al respecto, Jacques Le Goff (1979: 71), un referente ineludible, sostenía lo siguiente:

No son las ideas de santo Tomás de Aquino o las de san Buenaventura las que rigieron las mentes a partir del siglo XIII, sino nebulosas mentales en que desempeñaron un papel ecos deformados de sus doctrinas, fragmentos empobrecidos y palabras fuera de contexto. [...] La historia de las mentalidades no puede desarrollarse sin que esté estrechamente relacionada con la historia de los sistemas culturales, de los sistemas de creencias y de valores, y de utillaje intelectual dentro de los cuales se elaboraron y evolucionaron [...]

Si el período 1870-1910 estuvo claramente marcado por la hegemonía del positivismo y el trabajo de erudición, los años posteriores van a recibir en América Latina parte de la influencia de la historiografía francesa. En Brasil, por ejemplo, las célebres conferencias que dictó Fernand Braudel en la década de 1930 influyeron en el sociólogo Gilberto Freyre para que abordara históricamente “temas tales como familia, sexualidad, niñez y cultura material” (Burke, 2006: 100). En Perú, Nathan Wachtel (1971) publicó *La visión de los vencidos*, un trabajo de etnohistoria que recupera la voz de los pueblos originarios

en los primeros años del Perú colonial. Más cercano en el tiempo, encontramos las clases magistrales –publicadas posteriormente en formato de libro– del historiador argentino José Luis Romero²¹ quien se detiene a analizar la lógica de funcionamiento de la “mentalidad burguesa” desde su emergencia –aproximadamente en el siglo XII–, hasta su consolidación a partir del XVIII. Si bien inconcluso, este es un trabajo insoslayable para entender el pasaje de la forma hegemónica de pensar en el Medioevo –la mentalidad cristiano feudal–²² y estas nuevas ideas²³ que empiezan a cobrar fuerza y se van cristalizar posteriormente en la mente de los individuos.

Hasta aquí hemos hecho mención sucintamente a las principales características de la historiografía occidental contemporánea hasta mediados del siglo XX: el acercamiento marxista, el paradigma positivista y la reacción de los Anales, vertiente que dominó el paisaje de la disciplina hasta mediados del siglo XX.²⁴ A partir de entonces, empiezan a emerger alternativas,²⁵ que lejos de ser antagónicas ofrecieron profundizar las premisas que esta última había sembrado.

2. La nueva historia cultural

En el transcurso de la década del setenta, empieza a recuperarse –particularmente en Inglaterra, Estados Unidos y Francia–, como perspectiva historiográfica, la historia cultural,²⁶ que hasta entonces había quedado relegada a un segundo plano por considerársela tal vez poco rigurosa. ¿Cuál es su objeto de estudio? ¿Qué se entiende por cultura o historia cultural? Roger Chartier, en el libro *El presente del pasado: escritura de la historia de lo escrito* (2006), plantea el problema de no poder contar con una frontera clara y precisa entre la historia cultural y las otras historias –historia del arte, historia de la literatura, historia de las ideas, etcétera–. Según el autor, esta dificultad se debe a la imprecisión del concepto de cultura. En este sentido, la historia cultural en su afán por estrechar lazos con otras disciplinas científicas adoptó la acepción que en la segunda mitad del siglo XX estaba de moda en la antropología norteamericana: la totalidad de los lenguajes y las acciones simbólicas de una sociedad. Si hiláramos más fino

en esta definición, diríamos que la cultura corresponde a todo acto, no solo creativo, de un individuo como miembro de una sociedad. Por lo tanto, la historia cultural no dejaría tema sin tocar. Si por lo expuesto es tan problemático establecer una definición unívoca y precisa de esta perspectiva a partir de su objeto de estudio, una solución que proponemos es llevarla a cabo sobre la base de su propuesta metodológica, cuestión que desarrollaremos a continuación.

DECISIONES METODOLÓGICAS²⁷

Historia y antropología

A lo largo del tiempo, la relación entre historia y antropología ha sido compleja y contradictoria, al punto de que ambas se desarrollaron sin tenerse en cuenta. Esta distancia no se fundamentó en criterios epistemológicos serios sino que fue fruto de la contingencia histórica: mientras que la primera nació para brindar respuestas al avance, principalmente europeo, sobre las sociedades “exóticas”, la Historia —en sentido amplio— se dedicó en primer lugar al pasado occidental. En los años treinta, esta diferencia se trasladó al aspecto metodológico para acceder a las experiencias sociales; la historia analizaba fuentes escritas, en tanto que la antropología se caracterizaba por la observación directa y la encuesta oral. Sin embargo desde la década de 1970,²⁸ empezaron a emerger intereses comunes, sobre todo en Francia²⁹ con la impronta de la escuela de los Anales donde varios historiadores —en particular la tercera generación (Pierre Nora y Jacques Le Goff)—³⁰ emprendieron análisis comparativos que los acercaron mucho a los intereses de la antropología.³¹ Pero el momento de convergencia más importante fue sin lugar a dudas la década de 1980, cuando el diálogo se intensificó proporcionando un vínculo metodológico más directo, movimiento que Peter Burke (1990) denominó “giro antropológico”. La aparición en 1984 del libro del historiador estadounidense Robert Darnton, *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa*,³² desencadenó un abierto debate³³ en torno a la articulación de estas dos disciplinas. En

Historia varias historias “nuevas” empezaron a socavar las narrativas políticas y biográficas historicistas que dominaron la historiografía en gran parte del siglo xx. La vida social condicionada por un mundo globalizado e interconectado, predominantemente urbano, en donde las relaciones sociales se complejizaron, llevó a considerar metodologías antropológicas tradicionales, como el trabajo etnográfico con observación participante y la búsqueda de informantes claves. Otro de los aportes para los historiadores —y que desarrollaremos a continuación— fue la posibilidad de reflexionar en la sincronía —analizar estructuras considerando a la vez las virtudes del campo microhistórico— sin renunciar a las transformaciones diacrónicas. Esto permitió —como bien sostiene Revel (2006)— superar generalizaciones, valorizando la dimensión micro pero de forma articulada a escalas mayores. En este sentido, el concepto de cultura fue recuperado por los historiadores como categoría de análisis idónea remite que a todos los elementos materiales, la oralidad, los rituales, las maneras de pensar de la gente de una sociedad determinada. En palabras de Roger Chartier (Bourdieu, Chartier y Darnton, 1995: 82):³⁴

El antropólogo le ofrece mucho al historiador: un camino (ingresar en una cultura diferente a partir de la opacidad incomprensible de un rito, de un texto, de un gesto), un proyecto (intentar ver las cosas desde el punto de vista del indígena) y un concepto (el que define la cultura como universo simbólico en el que símbolos compartidos “como el aire que respiramos” sirven para pensar y actuar, clasificar y juzgar, poner en guardia o en acusación).

Hacia un acercamiento microhistórico

El debate sobre la perspectiva de análisis es una cuestión que excede la propia disciplina histórica y, por lo tanto, es de profunda importancia para todas las ciencias sociales.³⁵ Las corrientes historiográficas tradicionales —en particular el positivismo y el marxismo— centraron su análisis en un acercamiento macro histórico o macro social que consideraba como punto de partida y explicación de los proce-

sos históricos una perspectiva holística o de totalidad. Este enfoque partía del hecho de la existencia de una realidad por fuera del sujeto gobernada por leyes y que, por lo tanto, podía ser inteligible a través del análisis comparativo. Sin embargo, en las décadas de 1970 y 1980 empieza a suceder un giro hacia la consideración de un enfoque microhistórico, que contempla la importancia de lo que el historiador Italiano Carlo Ginzburg (2010) llamara el detalle microscópico. La “palabra *microstoria* entró en el léxico historiográfico italiano perdiendo su connotación negativa originaria” (Ginzburg, 2010: 360), es decir, la que Fernand Braudel asociaba a la forma de hacer historia que los Anales rechazaban —la *histoire événementielle*, atenta a los acontecimientos—. No obstante, la microhistoria italiana se opone también a esta perspectiva historiográfica. No se trataba de analizar —como consideraba la historia decimonónica— desde la objetividad a los grandes hombres sino más bien prestarle atención a la gente común, a los detalles y por lo tanto a fuentes que hasta entonces habían pasado inadvertidas y dejadas de lado. En líneas generales, “reducir la escala de observación significaba transformar en libro lo que, para otro estudioso, podría haber sido una simple nota a pie de página” (Ginzburg, 2010: 372).

El interés por este enfoque se llevó adelante paralelamente al acercamiento con herramientas metodológicas de otras disciplinas —en particular la antropología—. ¿Qué aportes podía brindar o qué lazos podía unir la antropología al acercamiento microhistórico? El antropólogo que más repercusión tuvo en el ámbito de las nuevas perspectivas de análisis fue Clifford Geertz (1926–2006). Para él, la antropología no era de ninguna forma —como varias corrientes teóricas previas sostenían (evolucionismo, funcionalismo o los materialismos, entre otros)— una disciplina que pretendiera buscar leyes, patrones y normas, sino se trataba, más bien de una ciencia interpretativa en busca de “redes de significación” que los mismos actores habían tejido. Estas redes simbólicas eran las encargadas de legitimar las estructuras de poder al ofrecerles a los sujetos un marco de pensamiento y de acción ordenado. El ejemplo característico que plantea y le valió más detractores que seguidores fue el trabajo de campo que realizó sobre la riña de gallos en Bali,³⁶ tema que para otras corrientes

antropológicas hubiese pasado inadvertido y que demuestra por lo tanto que pequeños hechos pueden hablar de grandes cuestiones. En esta etnografía trata de demostrar que lejos de la postura claramente occidental de considerarla una práctica “salvaje” o “primitiva” hay una coherencia interna en la cual cada significante –gallos, espolones, ring, etcétera– remite a un significado preciso que en la mayoría de los casos ilumina la vida social de ese grupo. Por lo tanto, este tipo de prácticas que se realizan en contextos particulares –períodos de crisis o ritos de iniciación, por ejemplo– son necesarias para poner de manifiesto metafóricamente las normas que regulan la vida en sociedad. Dicho esto, ¿cómo se puede acceder a estos significados? Geertz (2003) propone una descripción densa de las culturas que preste atención al detalle, al contexto y conjugue, por lo tanto, la descripción con la interpretación, es decir un enfoque hermenéutico que trate de leer la cultura como si fuera un texto. Ahora bien, ¿cómo puede el historiador pensar el mundo simbólico del otro? ¿Cómo afrontar esta alteridad? ¿Cómo aplicar este rango de análisis o esta reducción de escala –microhistoria– a un caso particular? ¿Qué ejemplos significativos podemos rescatar de la bibliografía específica?

A diferencia del antropólogo que realiza trabajo de campo con observación participante, el historiador –como señala Chartier (1995: 49)– “depende de una noticia que ya ha sido hecha hecha de ese acontecimiento y de un texto que no ha escrito”. Es por eso que para evitar caer en el anacronismo o la falacia de extrapolar categorías de pensamiento actuales al análisis de contextos históricos distantes, “es necesario desechar constantemente el falso sentimiento de familiaridad con el pasado y es conveniente recibir electrochocos culturales” (Darnton, 1994: 12). En estos casos, por lo tanto, abrirse a una perspectiva relativista parece ineludible. Uno de los historiadores más influenciado por los aportes de Clifford Geertz fue sin lugar a dudas Robert Darnton. En su libro *Los bestsellers prohibidos en Francia antes de la Revolución* (2008) propone un acercamiento novedoso y original al estudio de un proceso histórico tan significativo como fue la Revolución francesa. Partiendo del análisis de la literatura prohibida por el antiguo régimen,³⁷ es decir los libros más leídos por el común de la gente en Francia de mediados del siglo

xviii, intenta dar respuesta a grandes preguntas como, por ejemplo, ¿qué es lo que causa una revolución?, ¿por qué cambian los sistemas de valores?; o más sencillamente ¿cuáles fueron los orígenes intelectuales, ideológicos y culturales de la Revolución? Esta propuesta es interesante en cuanto intenta partir de pequeños acontecimientos para llegar a grandes problemas. Otro de los escritos fundamentales y que evidentemente refleja esta perspectiva de análisis fue *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa* (1987)³⁸ en donde retoma algunos documentos³⁹ —una versión antigua de Caperucita Roja, el relato de una matanza de gatos, el archivo llevado por un inspector de policía, entre otros— para interpretar cómo la gente organiza y manifiesta su percepción y evaluación del mundo social. El modo de hacer historia que propone se nutre de lo imprevisible, lo que está por detrás de lo evidente a través de la “descripción densa” propuesta por Geertz. Como sostiene Godoy (1995: 23) “fija la atención en objetos factibles de microanálisis para poder desbrozar dentro de sus fronteras multitud de significados que nos resultan ambiguos”. Otro caso elocuente sobre esta perspectiva es el que nos ofrece el historiador inglés Edward Thomson en su libro *Costumbres en común. Estudios sobre la cultura popular tradicional* (1995) y que representa uno de los grandes aportes al estudio de la cultura popular.⁴⁰ Este ejemplo pone de manifiesto el rechazo que en esta última parte del siglo xx se le asignaba a la historia tradicional. Mientras esta “se ha centrado en las grandes hazañas de los grandes hombres, estadistas, generales y ocasionalmente eclesiásticos (...) cierto número de nuevos historiadores se interesan por la ‘historia desde abajo’⁴¹ es decir por las opiniones de la gente corriente y su experiencia del cambio social” (Burke, 2001: 18). Este novedoso acercamiento implica a su vez, preguntarse por el recorte temporal y el enfoque más idóneo.

La ampliación de temas y abordajes metodológicos que empezó a poner en escena la *nueva historia cultural*, repercutió directamente en el recorte temporal utilizado. Para entender las diferentes temporalidades con las cuales trabaja el historiador es fundamental retomar la figura de Fernand Braudel (1902–1985) quién expuso de forma más clara y precisa la cuestión de la temporalidad en relación a la cien-

cia histórica. En el libro *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II* (1947) desagregó esta noción de tiempo y estableció tres posibles niveles o recortes de análisis en cuanto a su temporalidad. Por un lado, en la base, el tiempo de larga duración que hace referencia a las grandes estructuras de la historia y que presenta una amplia estabilidad. Por encima, se encuentra el tiempo de mediana duración que corresponde a la coyuntura —procesos sociales, económicos y culturales que revelan ciclos: curva de precios, movimientos de salarios—. Finalmente, se encuentra el tiempo *corto y breve* del individuo o del acontecimiento. En estas dos últimas aproximaciones —a diferencia de la larga duración— es posible observar los cambios y las transformaciones.

La *nueva historia cultural* construyó su perspectiva en consonancia con la crítica hacia los “grandes relatos” del progreso y desarrollo de la civilización occidental, tan característicos de la historia tradicional. Al rechazar este enfoque, se dejaba de lado también la utilización de la perspectiva diacrónica o de larga duración como única forma de aproximación histórica. Por el contrario, los nuevos trabajos, al centrarse en la lógica de funcionamiento interno de los símbolos que los sujetos y los grupos expresaban, empezaron a contemplar un análisis sincrónico. Una de las ventajas que presentaba un análisis de estas características radicaba en el hecho de poder llevar adelante un estudio comparativo de casos que presentaran características similares. Es necesario aclarar que esta renovación del recorte temporal utilizado fue característica de la mayoría de las ciencias sociales y humanísticas en ese período. Norbert Elias —en una ponencia presentada en el Séptimo Congreso de Sociología de Viena en 1970—, así lo expresa: “La mutación del interés de la dinámica social de largo plazo hacia la estática social de corto plazo ha sido característico de la segunda parte del siglo xx”.

Balances y desafíos

Como mostramos hasta aquí, en estas últimas décadas el campo de estudio y las formas de encarar el análisis histórico se ha expandido notablemente con la incorporación de nuevas herramientas teóricas y metodológicas, muchas de ellas provenientes de otras disciplinas. A su vez, esta renovación estuvo acompañada por el interés en áreas de investigación que hasta no hace mucho tiempo quedaban un tanto marginadas del ámbito académico. Ahora bien, habiéndose ya instalado la historia cultural desde hace décadas como una corriente novedosa y original, podríamos aventurarnos a preguntar: ¿cuáles son las ventajas e inconvenientes que plantea un enfoque de este tipo? ¿Qué nos puede aportar al análisis de la actualidad? Y yendo más lejos: ¿qué desafíos se presentan a futuro?⁴²

Si tuviéramos que realizar un balance sobre los aportes que le ha brindado este enfoque cultural a la Historia en su conjunto, evidentemente serían más ventajas que problemas. Por un lado, la apertura a otros campos de estudio ha permitido ampliar el universo de temas, cuestión significativa en cuanto sacó del ostracismo y del olvido problemáticas hasta entonces dejadas de lado. Por otro lado, la introducción de nuevas perspectivas de análisis junto al fructífero diálogo con diferentes disciplinas sociales le brindaron al historiador un acercamiento hacia otras herramientas metodológicas, como por ejemplo la microhistoria, que ofreció “una alternativa al telescopio y permitió el reingreso en la historia de personas concretas o de experiencias locales” (Burke, 2014: 62). En relación con estos dos puntos, los nuevos campos de análisis y perspectivas metodológicas, al profundizar sobre otredades o alteridades diversas, permitieron comprender experiencias no vividas pero con las cuales el historiador se identifica.

No obstante, esta perspectiva historiográfica no está exenta de inconvenientes, más que nada metodológicos. En primer lugar, el analizar y deconstruir reglas de la vida cotidiana en un tiempo y una cultura distante es una actividad harto compleja que puede conducir a caer en simplificaciones. Por lo tanto —como señalamos en otro apartado—, para evitar anacronismos que impidan llegar al fondo del

análisis, es importante tener una postura relativista que comprenda el proceso histórico no desde el presente sino desde el pasado y desde el punto de vista del “otro”. En segundo lugar, el buscar explicaciones “culturales” para todos los fenómenos —políticos, económicos, demográficos, etc.— puede ser problemático en cuanto deja de lado el aporte de elementos objetivos y concretos como pueden ser, por ejemplo, las series estadísticas. Por lo tanto, sería importante no renegar —por considerarlos representativos de otras corrientes historiográficas— de estos datos. Por último —y en relación con lo planteado—, un tema complejo es sin lugar a dudas el referido a las fuentes y los métodos idóneos para analizarlas. Al ampliar los campos de estudio y los enfoques, la *nueva historia cultural* tuvo que empezar a contemplar nuevos tipos de fuentes que complementen los documentos oficiales. En algunos casos, en lo que se refiere a los estudios más recientes, la historia oral fue una alternativa. En otros casos, las fotografías, imágenes o las pruebas de cultura material fueron una solución al estancamiento en el cual se podía encontrar un investigador en un tema preciso. La diversidad de fuentes consultadas es interesante en la medida que el investigador tiene acceso a ellas. El problema se suscita cuando aquel que, por ejemplo, se dedica a la “historia desde abajo” en un tiempo pretérito, tiene que acceder a documentación que, evidentemente, es imposible de encontrar.

Finalmente, debemos considerar que las ciencias históricas cumplen una funcionalidad social y cultural de primera importancia en nuestros tiempos, como en la antigüedad lo hizo la literatura (Moradiellos García, 2008). El conocimiento del pasado constituye en los grupos humanos un fundamento esencial para darle sentido a sus instituciones, tradiciones, sistema de valores, relación con el interior del colectivo como así también con otras sociedades. Por lo tanto, más que interpretar el pasado, la función de la Historia es (como ampliaremos en el Anexo) comprender el presente a través de una perspectiva crítica que posibilite liberarnos de cualquier tipo de prejuicio. Es aquí en donde podemos rescatar —a nuestro entender—, uno de los aportes más significativos de la *nueva historia cultural*: poner en el centro del debate la importancia de considerar el punto de vista del “otro”, y tratar de comprender su pensamiento desde una

perspectiva empática. Al abrirnos al otro, nos abrimos al reconocimiento de la diversidad social y cultural. Y al reconocer la presencia de modos de vida diversos, el historiador puede dejar de lado sus propios preconceptos e interpretar el pasado de una manera que permita contribuir a la reelaboración de la “historia oficial” que ha servido de fundamento ideológico y científico a grandes genocidios, en particular en nuestra maltratada patria latinoamericana.

Anexo

El oficio de historiador

Así como Pierre Bourdieu (2008) o Marc Augé (2007) hablan del oficio del sociólogo y del antropólogo respectivamente, muchos historiadores –Bloch (1942), Le Goff (2005) o Moradiellos García (2008), entre otros– han utilizado este término para hacer referencia al trabajo del historiador. Esto quiere decir que, así como el artesano –orfebre, ebanista, marroquino, por ejemplo– utiliza diferentes técnicas –muchas de ellas ancestrales– para transformar la naturaleza y diseñar un objeto, los científicos sociales hacen lo propio con otro tipo de herramientas que tienen a su alcance – metodologías, teorías, conceptos, ideas– que les permiten delimitar y tratar con rigor sus inquietudes o las de un grupo o época.

Nos proponemos ahora señalar algunos criterios o normas generales que sirvan como una primera aproximación para aquel que pretenda dedicarse a la investigación histórica como así también para los alumnos de materias introductorias a las ciencias sociales. De ninguna forma hay que entender estas pautas como absolutas sino que se trata de ciertas consideraciones que deben ser problematizadas y ajustadas a cada caso particular.

I- LA FUENTE COMO MATERIA PRIMA

Una de las características más importantes de la Historia y que significa un rasgo particular de la disciplina es el material con el cual se

trabaja: la fuente. Por definición, esta comprende todos los documentos, testimonios u objetos que brindan información significativa sobre el pasado. Se pueden dividir en primarias⁴³ –las que se elaboran en correspondencia con los acontecimientos y llegan a nosotros sin prácticamente ninguna alteración– y secundarias –las que se elaboran a partir de fuentes primarias y son denominadas también historiográficas–. Si bien en un principio el historiador trabajaba únicamente con documentos escritos, desde hace algunas décadas –y en particular con la emergencia de la nueva historia cultural– con la amplitud de temas e investigaciones, se han empezado a considerar una diversidad de fuentes históricas que durante mucho tiempo fueron descartadas. En este sentido, a las ya tradicionales –recortes periodísticos, mapas, croquis, epístolas, correspondencias, entre otras– se le ha sumado el análisis de imágenes –fotografías, cuadros, por ejemplo– como así también de testimonios orales –importante para la historia reciente– y restos materiales –en particular con la ayuda de la arqueología–. El trabajo de búsqueda de fuentes se realiza particularmente en el archivo histórico –producto típico del siglo XIX–, lugar en donde los investigadores pasan una gran parte del tiempo. A diferencia de los archivos previos –institucionales y estatales, por ejemplo– este no tiene una finalidad pragmática o utilitaria inmediata. Por el contrario, allí se encuentra en particular la información considerada como patrimonio cultural o acervo histórico de un país.

Ahora bien, ¿por qué es importante la utilización de otros recursos –además de los documentos escritos–? ¿Cómo colabora con el desentrañamiento del pasado? Para el análisis e interpretación de fotografías, por ejemplo, es importante rescatar las pautas orientativas de Peter Burke (2005). En su libro *Visto y no visto. El uso de la imagen como documento histórico*, el autor sostiene que, a pesar de que los historiadores han tomado a la ligera el testimonio de las imágenes –tanto impresas (xilografías, grabados, aguafuertes) como fotográficas–, el uso de esta fuente es de vital importancia. Considerando la intencionalidad de aquel que interviene en la creación de la imagen, este recurso puede ser revelador “para acceder no ya directamente al mundo social, sino más bien a las visiones de ese mundo propias de una época” (Burke, 2005: 239). Además, la utilización de testimo-

nios orales es de vital importancia para aquellos que se dedican a la historia reciente. En este sentido, el historiador tiene que auxiliarse de pautas metodológicas de otras disciplinas —la antropología, por ejemplo— para buscar el “informante clave” o aquel que le brinde el testimonio más fructífero para su trabajo.

Los mapas o planos históricos colaboran también en la tarea del historiador al poner de manifiesto la realidad espacial y geográfica. A la hora de llevar adelante un análisis de este recurso, hay que tener en cuenta que su elaboración fue obra de convenciones operativas de la cartografía: escala, coordenadas geográficas (longitud, latitud), curvas de nivel, etcétera.

Lo interesante de la amplitud de recursos con los que cuenta hoy el historiador es que le permiten contrastar una gran cantidad de materiales a la hora de llevar adelante cualquier estudio. No obstante, antes de sumergirse directamente en cualquier análisis es imprescindible tener en claro ciertas discusiones de orden epistemológico.

II- PROBLEMAS A CONSIDERAR

Es importante y en cierta medida obligatorio, que aquel que lleve adelante el análisis de cualquier fuente histórica —ya sea primaria o secundaria— tenga en claro algunas discusiones que se suscitan en el interior de la disciplina. Realizar el ejercicio epistemológico de análisis previo sobre estos problemas es imprescindible porque —como sostiene el historiador italiano Armando Saitta— “el historiador que no tiene una comprensión —ya sea periférica— de los aspectos especulativos y de las implicaciones filosóficas del propio trabajo corre el riesgo de ser un erudito puro, hacinador de hechos y nociones carentes de significado, incapaz de realizar operaciones mentales complejas” (Saitta, 1996: 9).

Tiempo y espacio

El tiempo o la temporalidad que maneja el historiador no siempre coinciden con el tiempo cronológico, tan naturalizado en el mundo occidental. Marc Bloch (1942) a mediados del siglo xx, se preguntaba cómo era posible “fijar, dentro de esa línea larga del tiempo, las etapas de la historia”. Estas son cuestiones sobre las que necesariamente el historiador o todo aquel que le interese la disciplina tiene que reflexionar.

En las ciencias sociales, cuando se hace mención a un proceso de larga duración, generalmente se toma como referencia de inicio ciertos acontecimientos excepcionales que sirven de indicadores, pero en la mayoría de los casos es preferible no entenderlo estrictamente como ruptura o cesura con un periodo anterior. Los ejemplos más característicos y para los cuales existe cierto consenso, son la Revolución francesa –cuya fecha simbólica fue la toma de la Bastilla el 14 de julio de 1789– como pasaje entre la historia moderna y la contemporánea, la Primera Guerra Mundial como inicio del siglo xx o 1968 –año de espontáneos movimientos radicales de diferente signo como fue el estudiantil que llevo adelante el “Mayo francés”– como momento de emergencia de una profunda revolución estructural y cultural en occidente.⁴⁴

A su vez, no todas las sociedades o culturas utilizan el mismo criterio temporal. Si bien es cierto que todas las civilizaciones han hecho un esfuerzo enorme por domesticar el tiempo natural a través del calendario –lunar, solar, etcétera– lo cierto es que sus articulaciones –como por ejemplo el siglo, el día o la hora– están vinculadas directamente con sus aspectos culturales. Por lo tanto, sería un grave error tratar de convertir fechas propias y ajustarlas a otros calendarios o medidas de tiempo. No solo en lo que respecta al calendario basado en un criterio natural –lunar o solar, por ejemplo– sino para aquellas sociedades que han utilizado un gran acontecimiento –generalmente religioso– como inicio.⁴⁵ Un ejemplo interesante es el calendario que se constituyó a partir de la revolución francesa, que consideraba el nombre de los meses según la mirada que el campesino tenía de la naturaleza: Vendimio, Brumario, Termidor, etcétera. Entonces es

preferible no hablar de un solo tiempo histórico, sino más bien de una pluralidad de tiempos que coexisten y en cierta medida se articulan.

Aclarados estos puntos, se puede decir que con la historia se llevaron adelante dos progresos esenciales: la definición clara y precisa de los puntos de partida cronológicos (caída de Constantinopla, llegada de Europa a América, etcétera) como así también el intento de generar una periodización con unidades mensurables. A partir de esto, el historiador puede descomponer el tiempo según sus intereses o establecer el criterio que más se ajuste a su investigación. Un verdadero referente en este tema fue el historiador francés Fernand Braudel (1968) quien distinguió, como hemos señalado antes, tres tiempos diferentes –cada uno con su propia velocidad–: el tiempo casi estacionario (larga duración), el de los cambios lentos en las estructuras sociales y económicas (mediana duración o coyuntural) y el tiempo veloz de los sucesos políticos (corta duración).

Así como la definición del tiempo genera debates y dilemas dentro de la Historia, la cuestión del espacio es también un tema a problematizar.

Por un lado, la geografía actual es fruto de décadas y siglos de modificaciones, confrontaciones y, si se quiere, conquista. Por lo tanto, se trata de un recorte cultural e histórico. El historiador no puede soslayar de ninguna forma esta cuestión. Al analizar cualquier acontecimiento histórico, tiene que evaluar “cómo” fue diseñado ese espacio y “por qué” se erigió de esa forma y no de otra. Al respecto, el caso de las fronteras es emblemático. Si bien es cierto que existen algunas naturales –cadenas montañosas, cursos de agua, etc.– lo cierto es que la mayoría son construcciones artificiales. De todas formas esto no quiere decir que la frontera que observamos en cualquier cartografía o mapa marque estrictamente una separación. Por ejemplo, lo que conocemos actualmente como Bolivia y Perú formaron parte en su momento del mundo andino y posteriormente –a mediados del siglo XIX– de la Confederación Peruano-Boliviana. Esto quiere decir, qué más allá de su nacionalidad, actualmente muchos grupos étnicos comparten identidades comunes fruto de siglos de contacto.

Por otro lado, es necesario a la hora de llevar adelante cualquier análisis histórico, ser lo suficientemente claro con el recorte espacial. No es lo mismo estudiar la emergencia de los estados nacionales del siglo XIX en Europa que en América. Mientras los primeros traían consigo la experiencia de siglos de monarquías consolidadas con un sistema administrativo, moneda e idioma común, en el caso de América del Sur se consolidan en gran parte después de luchas externas –de independencia– e internas –guerras civiles–.

Lo singular y lo universal

Jacques Le Goff (2005) señala que una de las contradicciones más evidentes de la Historia es que, mientras parte del análisis de acontecimientos o muchas veces de personajes históricos que tienen el común denominador de ser únicos e irrepetibles, su objetivo principal –como el de todas las ciencias– es encontrar lo general, lo regular o lo universal. El privilegiar a los individuos como único objeto de estudio –tan característico de los divulgadores y los medios de comunicación de masas– es una estrategia de pasteurización de la historia que no toma en cuenta que se trata de sujetos insertos en un tiempo y un espacio. Y por más que a los acontecimientos en una primera mirada “se los juzgue como aislados y separados [...] se comunican entre sí a través de la definición de los grupos donde están comprendidos” (Le Goff, 2005: 39). En este sentido es de enorme importancia el método comparativo, que permite encontrar regularidades en acontecimientos históricos que muchas veces se encuentran alejados temporal y espacialmente. Pensemos por ejemplo en los procesos revolucionarios que dieron lugar a la conformación de los estados modernos. En muchos casos –Inglaterra a mediados del siglo XVII, Francia y los Estados Unidos a fines del XVIII– estos fueron motorizados por una clase social que hasta entonces había conquistado el poder económico y que anhelaba el político: la burguesía. Y las ideas o principios que se pusieron en juego y que permitieron llevar adelante estos procesos (libertad individual, abolición de la esclavitud, democracia ampliada, etcétera) fueron parecidas en los diferentes casos.

Si bien es cierto que puede ser discutible la formulación de leyes históricas –característico del positivismo o del marxismo “vulgar”–, lo cierto es que el historiador en muchos casos encuentra regularidades en la evolución histórica que muestran en definitiva lógicas de funcionamiento recurrentes.

Antiguo-moderno

Estos dos conceptos, tan recurrentemente utilizados en la disciplina no siempre han significado lo mismo y su utilización ha variado notablemente según las diferentes épocas. Desde el sentido común muchas veces se asocia lo “moderno” a lo reciente o nuevo, mientras que lo “antiguo” es lo pasado o lo tradicional. En este sentido, la historiografía dominante en occidente en el siglo xvi –la de los eruditos– establecía que la Historia podía ser dividida en tres épocas: antigua, medieval y moderna. Ahora bien, como sostiene Le Goff (2008: 148):

el problema principal de la dupla antiguo/moderno reside sobre todo en el segundo término; si ‘antiguo’ complica el juego porque se ha especializado en la referencia a la antigüedad, el término moderno domina la situación de la dupla. Lo que se pone en juego en la oposición antiguo/moderno es la actitud de los individuos, de las sociedades, de las épocas respecto del pasado, su pasado.

Por ejemplo, en muchas sociedades “tradicionales”, la “antigüedad” es vista en forma positiva: los ancianos son los portadores del conocimiento, garantes de autenticidad, objeto de culto a diferencia de muchas sociedades “modernas” en las cuales hay un desprecio grande por la vejez.

Ahora bien, ¿es correcto para el historiador utilizar conceptos que conllevan una carga valorativa tan fuerte? ¿No es peligroso reconocer lo moderno en sociedades o individuos que en el pasado no sintieron nada parecido? Estas preguntas no son fáciles de responder y evidentemente son motivo de análisis por parte de la

filosofía política. Sin embargo, es necesario aclarar que el historiador se ve obligado a utilizar conceptos como “antiguo” o “moderno” por una cuestión de periodización y ordenamiento. De todas formas consideramos que es importante tomar los recaudos pertinentes para no caer en juicios de valor negativos o positivos que no den cuenta realmente de los periodos analizados.

Pasado-presente

Esta dicotomía se encuentra directamente relacionada con la de antiguo/moderno. Un considerable número de sociedades o culturas considera o toma como referencia el pasado en tanto paradigma a seguir en el presente. Esta devoción por un momento pretérito o la vuelta al “origen” no hace más que mostrar que la evolución no es más que decadencia. Sin embargo, a lo largo de la historia de Occidente, no siempre se tuvieron las mismas actitudes colectivas hacia el pasado. Si bien en la antigüedad era característico valorarlo positivamente, “en la Edad Media el presente se ve atrapado entre el peso del pasado y la esperanza de un futuro escatológico mientras que en el Renacimiento se apunta al presente, y entre los siglos xvii y xix, la ideología del progreso proyecta hacia el futuro la valorización del tiempo” (Le Goff, 2008: 189). Por ejemplo, Marx había hecho una acérrima denuncia del peso paralizante del pasado, de los “grandes recuerdos”. En un extracto de la “carta a César de Paepe del 14 de septiembre” dice lo siguiente: “El drama de los franceses, incluidos los obreros, son los grandes recuerdos. Los acontecimientos debieran poner fin de una vez por todas a este reaccionario culto del pasado”.

Ahora bien, ¿qué sentido se le asigna al pasado desde la Historia? Una de las características principales de la ciencia es evidentemente su búsqueda de objetividad y neutralidad valorativa. Por lo tanto, el historiador, a la hora de elaborar un análisis sobre el pasado, tiene que evitar caer en arbitrariedades y en juicios valorativos.

III- ANÁLISIS DE FUENTES PRIMARIAS O DOCUMENTOS HISTÓRICOS

a) Lectura formal

Una vez que el historiador seleccionó las fuentes con las cuales va a trabajar, tiene que realizar, en primer lugar, una lectura formal de las mismas. En este sentido enumeraremos algunas pautas orientativas que pueden servir en estos casos.

Por un lado, es preciso señalar con la mayor exactitud posible la naturaleza de la fuente a utilizar y el dominio al que pertenece. Pueden ser documentos escritos –jurídicos (leyes, tratados, protocolos...), políticos (discursos, proclamas, manifiestos...), testimoniales (cartas, diarios, memorias...), económicos (contratos, catastros...), imágenes, pinturas, grabados, etcétera. A su vez, se puede distinguir la naturaleza de la fuente estableciendo su condición privada o pública.

Por otro lado, indicar la localización geográfica y cronológica – de ser posible la fecha exacta o en su defecto, una estimativa– de la fuente. Para esto es necesario responder a preguntas como *cuándo* y *dónde* se generó el documento o fuente primaria. Establecer las coordenadas espacio-temporales es fundamental porque si se las pasa por alto, el investigador puede caer en anacronismos que impedirían una correcta interpretación. Cuando su fecha no es precisa, se puede servir de técnicas más precisas de datación provenientes de otras disciplinas auxiliares, como por ejemplo la prueba de Carbono 14 o la lingüística para establecer la época estimativa a partir de la gramática o del léxico utilizados.

Una vez enmarcada la fuente en su contexto temporal y geográfico hay que hacer mención a él o los autores de la misma, considerando, si es posible, el lugar ocupado dentro de la estratificación social correspondiente. Con las nuevas tecnologías de la información se pueden agregar también algunos datos biográficos, si es que existieran.

Por último, hay que detenerse en la credibilidad de la fuente o, si se quiere, en su autenticidad. Para hacer una evaluación al respecto se pueden tomar como indicadores las expresiones o términos utilizados y evaluar si corresponden a la época de elaboración del documento.

b) Desconstrucción de la fuente

Después de realizar una aproximación periférica a la fuente, tiene lugar el proceso de explicación de la misma, cuestión que requiere de mucha creatividad y vastos conocimientos. Esta labor de interpretación se designa con el concepto de hermenéutica –derivado del griego: interpretación o traducción– y consta de varios pasos.

En primer lugar, hay que “interrogar” esos residuos históricos que van a servir de pruebas y evidencias. Al trabajar generalmente con fuentes lejanas –tanto geográfica como espacialmente– es recomendable tener una perspectiva de análisis relativista. Esto quiere decir, interpretar el documento desde las categorías conceptuales propias del tiempo en el que fue producido. Este ejercicio de retrotraerse al momento y lugar histórico evita caer en posicionamientos etnocéntricos o de extrapolación de ideas actuales para entender el pasado.

Luego es el momento de formular las primeras preguntas que nos van a permitir establecer hipótesis de trabajo que serán verificadas o contrastadas en su debido momento. Para el historiador –y para cualquier cientista social– es más importante tener en claro las preguntas que las respuestas. Es necesario, por lo tanto, que sean abiertas, que contengan la mayor cantidad de información pero a su vez sean precisas: ¿qué ocurrió?; ¿cómo o en qué circunstancias ocurrió?; ¿quiénes son los protagonistas?; ¿qué objetivos persigue?; ¿para qué público está destinada?

Una vez realizado el trabajo que desarrollamos previamente, el historiador está en condiciones de señalar las vinculaciones y relaciones entre el texto y el contexto.

c) Conclusión o síntesis

Para cerrar el trabajo de análisis de la fuente es necesario realizar un balance o reflexión global, considerando el interés de la misma. Esto no significa arriesgar una mera valoración subjetiva –“me gustó por...” o “en mi opinión...”– sino elaborar una síntesis final interpretativa. Como sostiene Moradiellos García (2008: 151), en

esta instancia “podría recogerse su sentido global, sus antecedentes próximos o remotos, sus consecuencias directas o indirectas, su grado de trascendencia histórica y su similitud con fenómenos paralelos o semejantes que hubieran tenido lugar en la historia antes y después”. Esta empresa solo es posible si el investigador se remite a las evaluaciones hechas sobre el tema por la historiografía especializada a fin de tener fundamentos lo suficientemente sólidos.

IV- FUNCIÓN, OBJETIVOS Y/O PROPÓSITOS QUE PERSIGUE LA HISTORIA

Hoy en día, la Historia no se limita únicamente a ser la “ciencia que estudia el pasado” como tampoco a ser la encargada de analizar grandes sucesos o acontecimientos fácticos. Son vastos los horizontes y propósitos que persigue, tanto por parte del historiador profesional como del simple apasionado de la disciplina. Varias son sus virtudes y sus propósitos.

1. La Historia puede servir –y tiene que ser utilizada– como una herramienta de diagnóstico y análisis del presente. Así como sostiene Pierre Vilar –“La Historia debe enseñarnos en primer lugar a leer un periódico”–, no hay forma de entender o de interpretar el presente sin comprender, aunque más no sea de forma incipiente, los procesos que lo conformaron. Además, ninguna sociedad podría funcionar y reproducirse sin tener una conciencia de su pasado que justificara su identidad colectiva y a la vez permitiera la comprensión de las tradiciones, herencias y legados culturales.
2. Detenerse en esta disciplina puede ser interesante como ejercicio cotidiano de revisión y resignificación de nuestros postulados. El historiador no posee facultades metasíquicas, sino que es un hombre común que intenta analizar el pasado para entender y comprender el presente. Por lo tanto, las técnicas, herramientas y conceptos que utiliza pueden ser incorporados por cualquier persona que quiera profundizar sobre la comprensión de “su”

pasado. Dicho en otras palabras, “pensar históricamente es una de las facultades inherentes a las sociedades humanas [...] por su condición de grupos con capacidades racionales y comunicativas: el hombre es un animal social porque es *homo sapiens* (pensante) a la par que *homo faber* (agente activo) y *homo loquens* (hablante)” (Moradiellos García, 2008: 26).

3. Al considerar que la Historia es social por naturaleza, nos permite interpretar la compleja dialéctica entre estructuras e individuos o agentes sociales, y por lo tanto, los entramados que encierra. De todas formas, esto es posible únicamente con el auxilio de otras disciplinas como por ejemplo la sociología, la antropología o la economía.

4. La “nueva Historia” que se practica, al considerar otros actores y colectivos, nos permite tener una perspectiva diferente de aquella escrita por los vencedores. Al recuperar la voz y la memoria de ciertos protagonistas hasta entonces silenciados, podemos revisar algunos postulados de la Historia oficial.

5. Actualmente es imposible pensar la historia como algo objetivo—si por objetividad se entiende lo que planteaban los positivistas del siglo XIX e imparcial— considerado como la ausencia total de posicionamientos e ideales—. Por lo tanto, es importante que el historiador deje en claro su perspectiva ideológica pero siempre teniendo cuidado en no caer en juicios de valor despectivos.

6. Es interesante reivindicar las revisiones que en estas últimas décadas se ha realizado de la historia latinoamericana. Las principales corrientes historiográficas contemporáneas que se originaron en los países centrales y que enumeramos más arriba —el marxismo, el positivismo, los anales, entre otros— fueron utilizadas como marco teórico para analizar la realidad continental. Sin embargo, al ser nuestra América Latina una civilización estructuralmente mestiza —nacida de la combinación entre componentes europeos (español y portugués, en mayor medida, pero también italiano, francés, inglés o alemán), variados pueblos originarios y población afrodescendiente— es necesario que su historia sea revisada y por lo tanto, escrita por los habitantes mismos del continente. En este sentido es indispensable que la disciplina, a la vez que revise sus postulados y

temas de investigación, tenga una clara vocación pedagógica, colaborando en el proceso de rescate del olvido de “historias” silenciadas.

Para concluir con este apartado, hay una última cuestión en la que nos gustaría detenernos y es la que se refiere a la enseñanza universitaria de la Historia. Antes de su constitución como disciplina científica en el siglo XIX, “el historiador literario había sido normalmente un hombre ‘de medios y recursos propios’, ajeno a la enseñanza institucional y carente de discípulos y de vocación docente (un clérigo, un cortesano, un noble...)” (Moradiellos García, 2008: 90). A partir de su incorporación a la universidad, el historiador tuvo que alternar la investigación con la enseñanza de la disciplina a un público que se profesionalizaba cada vez más. Para tal propósito, fue necesario adquirir herramientas didácticas y pedagógicas que le permitieran transmitir conocimientos de forma clara y a la vez rigurosa para un público cada vez más diverso. Ahora bien, ¿cuál sería la forma más idónea de enseñar la Historia en un ámbito universitario? Esta pregunta, evidentemente, excede nuestra presentación. Sin embargo, hay algo de lo que estamos seguros y es que la enseñanza de la Historia —como de cualquier disciplina social— tiene que fomentar una discusión, profundización y examen crítico por parte del alumno a partir de las herramientas teóricas y metodológicas brindadas por el docente. Es por eso que coincidimos con Moradiellos García (2008: 91) cuando sostiene lo siguiente:

La enseñanza universitaria de la Historia, como proceso docente en el que participan maestro y alumnos, incluye dos aspectos esenciales y conexos: la transmisión y asimilación metódica y reglada del cuerpo de conocimientos positivos propio de la disciplina y el adiestramiento en el empleo de las técnicas de trabajo operativas de esa misma disciplina. Una buena enseñanza universitaria de la Historia necesariamente contiene ambas facetas de modo equilibrado y complementario. Solo así se alcanza el objetivo óptimo de convertir la enseñanza de la Historia en una impartición densa e inteligible de conocimientos sobre el pasado (hechos, personajes, estructuras y procesos) y en una familiarización con el empleo de las técnicas y

métodos de trabajo habituales en el gremio de historiadores. Solo así el proceso educativo será una verdadera *paideia*, en el sentido griego de formación crítica razonada, y evitará convertirse en una mera *polimatía*, el saber enciclopédico acumulativo e irreflexivo de los ganadores de concursos televisivos.

Notas

1. La obra a la que hacemos referencia es *Apología para la historia u oficio de historiador* (1942), que más allá de ser póstuma e inconclusa, establece los lineamientos metodológicos principales de la Escuela de los Anales.
2. Se trata de una polémica tesis —que tiene su antecedente en la obra de Hegel *Fenomenología del espíritu*— propuesta en 1992 por el politólogo Francis Fukuyama, quien sostuvo que con la caída del muro de Berlín y el triunfo del capitalismo a escala planetaria, la historia —como discurso ideológico— llegaba a su fin.
3. En este texto utilizaremos el término “Historia” —en mayúscula— para hacer referencia a la disciplina científica mientras que “historia” —en minúscula— dará cuenta de la temporalidad y los hechos pasados.
4. No es tarea sencilla definir la historia cultural. Peter Burke (2014) lo reduce a la “preocupación de lo simbólico y su interpretación”. Al preocuparse en lo simbólico, la historia cultural puede agrupar una multiplicidad de objetos que muestran una cantidad de subdisciplinas especializadas: historia de la educación, historia del libro, historia del arte, historia de los intelectuales, historia de la vida cotidiana, entre otras.
5. La historiografía es la disciplina que se propone analizar las grandes corrientes de pensamiento histórico como a su vez los supuestos que el historiador utiliza. Sin embargo, este texto no se propone de ninguna forma realizar una historia de la historiografía del siglo xx. En virtud de un ordenamiento, nos parece necesario distinguir cuatro grandes momentos o etapas de la producción historiográfica (Aguirre Rojas, 2011). En primer lugar, una coyuntura fundacional (1848-1870) en la que el marxismo original intentó esbozar una verdadera ciencia de la historia. Esto dio lugar, en segundo término, a la hegemonía del modelo alemán (1870-1929), reemplazada por la

revolución de los primeros Anales (1929-1968). A partir de mediados del siglo xx asistimos a una inédita situación de heterogéneas perspectivas que imposibilitan la hegemonía de alguna vertiente.

6. Es en el siglo XVIII, el llamado Siglo de las Luces, cuando se llevan adelante los cimientos de las ciencias sociales modernas y el tránsito en el caso de la historia a la historiografía contemporánea.

7. Queremos dejar en claro que al caracterizar la historia positivista, estamos haciendo mención a la perspectiva dominante de la historiografía germana entre 1870 y 1930. En el mismo contexto se erigieron otras alternativas historiográficas, como fue el marxismo de Otto Bauer o la postura académica de Max Weber. Esto se explica básicamente por la necesidad pedagógica de marcar las diferencias más notables que dieron lugar a lo que posteriormente va a significar una revolución dentro de la disciplina: la Escuela de los Anales.

8. El *modo de producción* es una herramienta analítica que utiliza Marx para mostrar las relaciones sociales de los individuos con las fuerzas productivas –es decir los medios de producción, los conocimientos, la fuerza de trabajo–. Es así como distingue, entre otros modos de producción, el comunal, el asiático, el feudal y el capitalista.

9. Marx está haciendo referencia con esta caracterización de la historia al hecho inobjetable que el capitalismo, a medida que se va desarrollando, divide el mundo en países centrales –industrializados– y países periféricos –exportadores de materia prima– que están conectados por lazos y dependencias económicas cada vez más fuertes e inquebrantables.

10. José Carlos Mariátegui (1894-1930) fue un pensador peruano, considerado uno de los más importantes estudiosos de la obra de Marx. Entre sus obras más importantes encontramos en particular *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*.

11. Raúl Scalabrini Ortiz (1898-1959) fue un pensador, historiador y ensayista argentino que en su juventud perteneció al grupo FORJA (Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina) y acompañó en sus inicios el ascenso del peronismo. Es sin lugar a dudas uno de los más agudos analistas de la realidad político-económica argentina –cues-

ción que desarrolla en su célebre libro *La política británica en el Río de La Plata* (1940)— como así también un consagrado escritor o periodista.

12. Esta forma de hacer historia dominó la enseñanza de la disciplina en las principales universidades de Europa y del mundo en la última parte del siglo XIX y el primer cuarto del siglo XX.

13. El positivismo fue una corriente de pensamiento hegemónica del siglo XIX que postulaba que el único conocimiento verdadero y auténtico era el científico. A través del ejercicio de la razón y la comparación se podía desentrañar leyes generales y universales que gobernaban los fenómenos naturales.

14. Al centrarse en el acontecimiento histórico que era único e irrepetible, se esperaba que el historiador fuera lo más objetivo posible y se enfocara en la coyuntura sin buscar las causas o los procesos históricos que habrían dado lugar.

15. Como sostiene Peter Burke (1990: 11) en la introducción a su famoso libro *La revolución historiográfica francesa: la Escuela de los Anales* (1929–1989) “los que no pertenecen al grupo generalmente lo llaman ‘la Escuela de los Anales’ y destacan lo que sus miembros tienen en común, en tanto que los que pertenecen al grupo a menudo niegan la existencia de semejante escuela y hacen hincapié en los enfoques individuales de los miembros”. Según el mismo autor, en el “centro” se encuentran Lucien Febvre, Marc Bloch, Fernand Braudel, Georges Duby, Jacques Le Goff; “cerca del borde”, Labrousse, Vilar, Agulhon y Vovelle; y “más allá del borde”, Roland Mousnier y Michael Foucault.

16. Este movimiento, que en nuestro texto designamos en castellano, *anales*, puede dividirse en tres fases (Burke, 1990): la primera (1929–1945) con un grupo pequeño, radical y subversivo que se alzó en contra de la historia tradicional; la siguiente, después de la Segunda Guerra Mundial, cuando lograron hacerse cargo de la historia oficial; una tercera fase (1968–1989) donde la influencia del grupo se desmembró y no tuvo un carácter tan distintivo como en la primera generación.

17. La dendrocronología es la ciencia que se ocupa de establecer dataciones a través de la observación del anillo de los árboles. Esta técnica permite establecer la antigüedad de los bosques, por ejemplo.

18. La iconografía se dedica al estudio y análisis de imágenes –cuadros, pinturas, estatuas, etcétera– a través de su simbología.

19. La técnica del Carbono 14 es utilizada principalmente por la arqueología para reconocer la edad de muestras orgánicas.

20. Emilio Durkheim (1858-1917) es considerado junto con Carlos Marx y Max Weber, uno de los grandes clásicos y padres fundadores de la sociología.

21. José Luis Romero (1909-1977) fue uno de los primeros historiadores argentinos que introdujo la perspectiva de la historia social en el país. En su célebre libro *La revolución burguesa en el mundo feudal* (1967), se nota claramente la impronta del pensamiento de los anales.

22. Las características tradicionales que enumera Romero de la mentalidad cristiano-feudal son: realidad penetrada por lo sobrenatural, importancia de la salvación del alma y la trascendencia del hombre en el mundo.

23. Estas ideas que empieza a experimentar este nuevo actor social –la burguesía– surgen directamente de la experiencia concreta. En este sentido, la historia se vuelve dinámica y cíclica –a diferencia de la historia estática propia del feudalismo– y las imágenes profanas empiezan a cobrar mayor relevancia.

24. Se utiliza generalmente 1968 como fecha significativa y arbitraria para marcar una transición en el siglo xx, año que entre otros acontecimientos importantes tuvo al llamado “Mayo francés”.

25. Es interesante observar que lejos del esquema “centro hegemónico y múltiples satélites” al cual se había acostumbrado la disciplina, no hallamos una perspectiva historiográfica dominante sino varios polos, en los cuales encontramos la tendencia de la microhistoria italiana de Carlo Ginzburg o Giovanni Levi, junto a la cuarta generación de los anales –Roger Chartier– o la historia cultural de Robert Darnton.

26. Esta perspectiva tiene su origen en lo que Peter Burke (2012) denomina la historia cultural clásica (1800-1950) en que encontramos pensadores como Max Weber –quien analiza la ética protestante como germen del capitalismo moderno– o Nobert Elias, que se

dedica a estudiar la transformación de las costumbres y los valores en el proceso de occidentalización—. Por lo tanto, se puede denominar, como muchos historiadores lo hacen, a la aproximación de la década de 1970 como nueva historia cultural.

27. En este trabajo nos limitamos a las perspectivas metodológicas más significativas de la nueva historia cultural. Sin embargo, hay que remarcar que hay muchos otros problemas que merecen atención, como por ejemplo el referido a las fuentes utilizadas.

28. Hasta entonces, si bien hubo intentos de acercamiento —por ejemplo a partir de la etnohistoria— lo cierto es que tanto las corrientes dominantes de la Antropología —el Estructuralismo en Francia y el Estructural-funcionalismo en Gran Bretaña— como de la Historia se ignoraron mutuamente.

29. Es indudable que el contexto político y social por el que estaba atravesando Francia en la década de 1970 —profunda recesión económica que desembocó en una aguda desocupación e índices económicos preocupantes, producto de la crisis del petróleo y el fin del estado de bienestar— influyó en el giro del enfoque historiográfico. Si bien algunos retomaron el interés por la historia política y de los acontecimientos, varios —Vovelle, Duby, entre otros— se dedicaron al campo de las mentalidades.

30. Estos autores se proponen analizar la historia de las mentalidades, las representaciones colectivas y las estructuras mentales de las sociedades.

31. Esta corriente historiográfica se llamó “historia cultural” que empezó a ser importante dentro del círculo de los historiadores anglófonos. Esta nueva propuesta incluyó además del aporte de la antropología el de muchas otras disciplinas —la lingüística, la sociología, la filosofía, etc.—.

32. En este libro, Darnton intenta acceder a los mundos simbólicos existentes durante los últimos tiempos del antiguo régimen teniendo en cuenta el *corpus* de actitudes sociales y mentales que nos separa de nuestro pasado para no caer en el error de creer que nuestras concepciones del mundo y de las relaciones sociales, las creencias, las costumbres o los factores económicos son las únicas variables de análisis.

33. En esta polémica participaron grandes intelectuales como Roger Chartier, Giovanni Levi, Pierre Bourdieu, Dominick LaCapra, entre otros.

34. La entrevista-debate a la que nos referimos se encuentra en: Hourcade, E; Godoy, C.; Botalla, H. (comp.), *Luz y contraluz de una Historia Antropológica*; Buenos Aires; Biblos, 1995.

35. Uno de los grandes dilemas de las ciencias sociales es, sin lugar a dudas, el que considera como punto de partida epistemológico la agencia o la estructura. Entre los primeros, tenemos por ejemplo a Max Weber, a la escuela del interaccionismo simbólico de Erwin Goffman y a Geertz. Entre los que se posicionan desde un enfoque más macrosocial, encontramos a Marx y Durkheim en el siglo XIX o representantes del movimiento estructuralista del siglo XX –Levi Strauss, Althusser, entre otros–.

36. La etnografía “Juego profundo: notas sobre la riña de gallos en Bali” se encuentra en el libro de Geertz, *La interpretación de las culturas* (1993).

37. En este sentido se aleja de la perspectiva cuantitativista que considera la importancia de los libros a partir de la popularidad.

38. En el prólogo del libro, Darnton (1987) plantea realizar directamente una “historia con espíritu etnográfico”.

39. Darnton parte de fuentes primarias muy poco utilizadas por los historiadores: cuentos o episodios menores.

40. Por definición, la cultura popular corresponde a la cultura de las clases subalternas. El debate sobre la forma de abordar el estudio de lo popular, de los sectores o de las clases populares se construyó en la medida en que diferentes actores colectivos empezaron a tener un lugar protagónico en los análisis de las ciencias sociales y humanísticas. Ahora bien, el debate que evidentemente se planteó y que aún hoy tiene vigencia es en relación con la consideración de las culturas populares y lo que se entiende por popular. Edward Thompson (1985: 22), al analizar la relación entre patricios y plebeyos en el siglo XVIII, plantea que “la cultura plebeya es rebelde, pero su rebeldía es

en defensa de la costumbre. Las costumbres que se defienden son las propias del pueblo, y, de hecho, algunas de ellas se basan en reivindicaciones bastante recientes en la práctica”. Este es un debate que excede nuestro trabajo pero que evidentemente es importante en los debates planteados por la historia cultural.

41. Al ser más abarcativa, la denominación “historia desde abajo” intenta superar los límites que se presentan al pensar en historia popular o de las clases populares.

42. Estas preguntas evidentemente son inmanejables y en cierta medida se encuentran condicionadas por la perspectiva que tenemos sobre la historia cultural. No obstante, intentaremos realizar brevemente una reflexión final al respecto que sirva de apoyo a futuras investigaciones.

43. Entre las fuentes primarias encontramos las escritas (documentos públicos o privados, publicaciones periodísticas, correspondencia, entre otras), las iconográficas (pinturas, esculturas, fotografías) y las orales.

44. Otros casos, como por ejemplo la ubicación del nacimiento mismo de la modernidad, han generado fuertes debates. En nuestra opinión podemos datar su origen en el siglo XVI, momento en el cual se expande, aunque en una modalidad incipiente, el sistema manufacturero capitalista por Europa, que conlleva por añadidura la construcción de distintos discursos históricos de la naciente sociedad y cultura burguesa.

45. Por ejemplo, los hebreos han fijado la creación del mundo el 7 de octubre del año 3761.

Bibliografía

ACHA, O. (2009) *Historia crítica de la historiografía argentina*; Buenos Aires: Prometeo.

AUGE, M. (2007) *El oficio de antropólogo*; Barcelona: Gedisa.

BRAUDEL, F. (1968) *La Historia y Ciencias Sociales*; Madrid: Alianza.

BOURDIEU, P. (2008) *El oficio de sociólogo*; Buenos Aires: Siglo XXI.

BURKE, P. (1999) *La Escuela de los Anales. La revolución historiográfica francesa*; Barcelona: Gedisa.

BURKE, P. (2012) Obertura: la nueva Historia, su pasado y su futuro; en Burke (Ed.) *Formas de hacer historia*; Madrid: Alianza.

BURKE, P. (2014) *¿Qué es la Historia cultural?*; Barcelona: Paidós.

BURKE, P. (Ed) (2012) *Formas de hacer historia*; Madrid: Alianza

COLLINGWOOD, R. G. (2011) *Idea de Historia*; México: Fondo de Cultura Económica.

CRUZ, M. (2014) *Adiós Historia, Adiós*; Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

CHARTIER, R. (2006) *El presente del pasado: escritura de la historia de lo escrito*; México: Universidad Iberoamericana.

DARNTON, R. (1994) *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa*; Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

DARNTON, R. (2008) *Los bestsellers prohibidos en Francia antes de la revolución*; Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

DE CERTEAU, M. (1996) *La invención de lo cotidiano*. México; Universidad Iberoamericana.

FEVRE, L. (2002) *Combates por la historia*; Barcelona: Ariel.

FERRO, M. (1993) *Cómo se le cuenta la Historia a los niños en el mundo entero*; Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

FERRO, M. (2011) *El ir y venir de la Historia*; Buenos Aires: Nueva Visión.

- GEERTZ, C. (1993) *La interpretación de las culturas*; México: Gedisa.
- HOURCADE, E. (1995) *Luz y contraluz de una historia antropológica*; Buenos Aires: Biblos.
- IGGERS, G. (2012) *La historiografía del siglo xx. Desde la objetividad científica al desafío posmoderno*; México: Fondo de Cultura Económica.
- LE GOFF, J. (1979) *Una aproximación al estudio de las mentalidades*; México: INAH.
- LE GOFF, J. (2005) *Pensar la Historia*; Barcelona: Paidós.
- LEVI, G. (2012) Sobre la microhistoria; en Burke (Ed.) *Formas de hacer historia*; Madrid: Alianza.
- MORADIELLOS GARCÍA, E. (2008) *El oficio del historiador*; Madrid: Siglo XXI.
- REVEL, J. (2006) *Un momento historiográfico: trece ensayos de Historia Social*; Ed. Manantial.
- SAITA, A. (1996) *Guía crítica de la Historia y la historiografía*; México: Fondo de Cultura Económica.
- THOMSON, E. P. (2000) *Costumbres en común. Estudios sobre la cultura popular tradicional*; Barcelona: Crítica.
- VIANO, C. (2012) *Miradas sobre la Historia. Fragmentos de un recorrido*; Rosario: Prohistoria Ediciones.

La época de los absolutismos

Del Renacimiento a la Revolución francesa

Carlos Lagorio

La diferencia entre fuerza y poder se puede ejemplificar de manera muy simple mediante la relación entre el gato y el ratón. El ratón una vez atrapado, se halla sometido a la fuerza del gato: este lo atrapó, lo mantiene apresado y acabará matándolo. Pero en cuanto empieza a jugar con él, surge un elemento nuevo. Lo suelta y le permite correr un trecho. No bien el ratón da media vuelta y echa a correr, se sustrae a la fuerza del gato, pero no a su poder, pues este puede volver a atraparlo. Si deja que corra libremente, permite también que escape de su esfera de poder, pero en la medida en que está seguro de alcanzarlo, el ratón sigue estando dentro de ella. El espacio que el gato domina, los momentos de esperanza que concede al ratón, aunque bajo una atenta vigilancia, el hecho de no perder interés por el y su destrucción, todo junto —espacio, momentos de esperanza, vigilancia, e interés destructivo— podría ser considerado como la sustancia propiamente del poder o, mejor, como el poder mismo.

Elias Canetti

El auge de las monarquías en Occidente

La marea monárquica invadió Europa en una época donde primaron los gobiernos que se sustentaron con la autoridad del papa y

las dinastías triunfantes. De esa manera, cada rey que fue ungido por mandato divino, gobernó mediante un sistema autocrático y fue árbitro entre las clases dominantes (la nobleza y el alto clero), y la burguesía en ascenso. La estructura de la dominación política que imperó entre los siglos XVI y XVIII, estuvo basada en la polaridad entre el rey y los súbditos.

Hay que mencionar que el sistema político dominante que se analiza se desarrolló durante la primera etapa de la modernidad (siglos XV al XVIII) en una época signada por una vida de sobrevivencia, en la que el ser moderno, el ser permeable al cambio social y a los adelantos de la ciencia, como la difusión de la imprenta, era todavía incipiente, reducido a una minoría de la población europea.

Las guerras, las enfermedades, la precariedad de los medios de transporte y el analfabetismo fueron problemáticas centrales de la primera etapa de la modernidad. Varios indicadores confluyeron en la marea monárquica: los procesos de urbanización, colonización y la unificación de los solares feudales en vastos territorios bajo la conducción de un rey.

Fue así que la absorción por parte de los nacientes reinados de pequeñas unidades territoriales, tal como existían en la baja edad media, se dio en forma precipitada. Por ejemplo, a comienzos del siglo XVI, Francia incorporó los ducados de Borgoña y Bretaña y se extendió a 500.000 km² apenas un 10% menos que en la actualidad. De esa manera, Luis XII inició la monarquía dinástica más prolongada. Las familias de Borbón y Orleans gobernaron Francia en forma absoluta, con escasas interrupciones, hasta que se produjo la ruptura estructural de la Revolución francesa con la promulgación de la república y la ejecución del último monarca absolutista, Luis XVI.

En el estado monárquico, el rey es el soberano. Es la máxima autoridad que administra la justicia. Además, los nobles que recaudan impuestos del pueblo en las provincias lo hacen por gracia del rey, es decir, por una concesión que es revocable. También es el máximo jefe del ejército. Como ejemplo, el ejército francés estaba unificado, era el más numeroso y permanente (custodiaba 300 plazas fuertes) en ciudades amuralladas o castillos. Los funcionarios aumentaron en número y se especializaron en la administración de la cosa pública.

Pero si bien toda función requiere un cargo, todo cargo es un don del soberano. Se puede afirmar que la nobleza colabora, porque el rey la ha domesticado.

En la misma época en Inglaterra, Enrique VII impuso la dinastía de los Tudor y en Alemania, Maximiliano I consolidó el imperio de los Habsburgo. Hacia mediados del siglo XVI, en España, Felipe II continuó la obra del imperio de su padre, Carlos V, y fortaleció el concepto del absolutismo en Europa.

Pactos matrimoniales y anexiones territoriales recrearon un sistema de alianzas pero también incidieron en las declaraciones de guerra entre los estados más poderosos. El proceso de colonización y la naciente concepción de imperio moderno coincidieron con la proliferación de estados monárquicos en Europa.

En cierto modo, los absolutismos encarnaron el ideal nacional de hecho, que paulatinamente se transformó en estado de derecho. Finalmente, la monarquía como forma de gobierno fue adoptada por la mayoría de los países con excepción de la confederación suiza e Italia.

La patria de Nicolás Maquiavelo estuvo distante de la aspiración de convertirse en una nación unificada. Italia se dividía en cinco estados o ciudades libres: reino de Nápoles, ducado de Milán, república aristocrática de Venecia, la república de Florencia y los estados pontificios (la Iglesia). Todos ellos son pequeños estados que resistieron las políticas imperiales. Los conflictos que se suscitaron entre las ciudades estado impidieron la unión en un solo país. También las invasiones españolas y francesas interrumpieron el proceso de unificación italiana que culminó en la segunda mitad del siglo XIX. Sin embargo, los estados italianos y especialmente Florencia, fueron durante la primera etapa de la modernidad, el faro de la cultura y el arte que proyectó el Renacimiento al resto de Europa y al mundo occidental.

Un monarca absoluto necesitaba una corte tanto como la cooperación de clases sociales que le dieran sustentabilidad al poder central. Alrededor de las alianzas entre las familias nobles, también interactuaron los grandes burgueses (banqueros, dueños de empresas marítimas y comerciantes). Además de las crecientes listas de proveedores para la demanda económica de los estados naciotes, en torno al poder

de las cortes se desarrollaron las clientelas sociales, el *clientelismo de devotos*. La necesidad de protección por parte del rey se expandía a todos los estamentos y la lucha de clases entre nobles y burgueses se morigeraba con acciones que el rey impulsaba: desde la negociación hasta las decisiones más arbitrarias.

La burguesía en ascenso negociaba la obtención de beneficios, empréstitos, hipotecas, impuestos, desarrollo del comercio, nombramiento y venta de títulos nobiliarios y ampliación del curso monetario. Aun así, las tensiones sociales, a veces lideradas por una burguesía ávida de poder político, desembocaron en intentos revolucionarios fallidos. Salvo en el caso de Inglaterra, donde la experiencia de los parlamentos se tradujo a fines del siglo xvii en una revolución que cambió el sistema autocrático por una monarquía parlamentaria, en el resto de Europa las monarquías sobrevivieron a los intentos de las burguesías para fortalecer los parlamentos, prácticamente hasta el advenimiento de la Revolución francesa a fines del siglo xviii.

Mientras los nobles y el alto clero defendían sus privilegios, la burguesía se enriquecía y comenzaba su ascenso al poder político. Además, los sectores mayoritarios (criados, artesanos, campesinos y pobres en general) luchaban por su subsistencia. A pesar de que todos eran súbditos ante el rey, los estamentos que sustentaban la corona obtenían privilegios, en tanto que los sectores populares eran manipulados y juzgados por los funcionarios y jueces, cuando no reprimidos por soldados.

En el terreno social, el vasallaje y la servidumbre subsistían. Pero las tensiones se agravaban: en el siglo xvi, los campesinos se rebelaron en Alemania; en el xvii en Inglaterra surgieron protestas sociales lideradas por los niveladores (sectores urbanos partidarios de la democracia) y los cavadores (partidarios del comunismo agrario) que finalmente fueron sofocadas.

En la primera etapa de la modernidad el auge de las monarquías absolutistas se dio en forma paralela al ascenso económico de la burguesía. En Europa, el ocaso de las autonomías locales o de clase en beneficio del poder central se correspondió con un cambio de política social y con la convergencia de energías económicas y culturales que se concentraron en las cortes y sus soberanos.

¿Por qué se produce el fortalecimiento de las monarquías a expensas de las clases sociales que habían usufructuado el poder hasta entonces? A partir del siglo XVI, varios factores permiten explicar este cambio de sistema político y social que significó la concentración del poder de los príncipes en unas 50 unidades territoriales, frente a los 500 señoríos territoriales que se diseminaban en Europa hacia el fin de la baja edad media. El príncipe elegido por las dinastías más poderosas finalmente se impuso a los otros nobles a través de la cooptación o la guerra. Las fronteras se extendieron, el botín de guerra pasó a ser el tesoro público y la corte concentró a los favoritos del rey.

Son atributos de soberanía real la administración de justicia, el cobro de los impuestos, la creación de ejército nacional, los funcionarios de la corte y el cuerpo diplomático. También fue atribución real la creación de los tesoros públicos y las burocracias, en desmedro de los botines de guerra de los nobles feudales y sus amigos. Por lo tanto, las arcas reales permitieron la conformación de ejércitos regulares. En parte, la utilización de esos ejércitos con levas de manera permanente potenciaron los proyectos de conquista y colonización de nuevos territorios. También la derrota y retirada del Imperio musulmán en España reabrió las rutas del comercio en el mar Mediterráneo.

Es importante señalar que en el año 1492, además del descubrimiento de América, se produjo la caída del último bastión musulmán en Granada. Sin embargo, el Imperio otomano, también de características autocráticas, mantuvo su poder en parte del este europeo (Hungría, los países balcánicos y Grecia) hasta fines del siglo XVII.

En relación con las causas citadas, las nuevas empresas navieras y bancos apostaron a multiplicar sus beneficios y una nueva clase social, la gran burguesía gradualmente acrecentó su capital y poder en Europa.

La trayectoria de Carlos V, proclamado en 1519 emperador de un extenso territorio en Europa (España, Países Bajos, Austria, Hungría y parte de Italia), grafica la confluencia de los factores citados. Emparentado con casas de la nobleza de las dinastías de Borgoña, Habsburgo, Aragón y Castilla, el emperador condujo la expansión territorial de España en América, y derrotó al Imperio otomano en el este europeo.

Como adalid del catolicismo, Carlos V reforzó el poder de la Inquisición y persiguió a los protestantes y a los reyes como Francisco I de Francia, que aunque católico, se alió con ellos para enfrentar al emperador.

Sin embargo, la Iglesia católica de Occidente había sufrido el cisma más importante de la historia. Lutero y Calvino, lideraron a los protestantes que cuestionaron el dogma de la Iglesia. Esa reforma y las guerras religiosas mellaron el poder del alto clero. Al principio, varios jefes de la Iglesia compartieron el poder real. En cierto modo, la política imperial de Carlos V se resquebrajó por la rebelión de los príncipes alemanes protestantes. El emperador se vio obligado a firmar la paz y la Dieta de Augsburgo que comprometía a las iglesias a una frágil tolerancia religiosa.

Cuando Carlos V se retiró del trono y distribuyó el Imperio, Felipe II se convirtió en su sucesor más importante. Vale la pena detenerse en el personaje de Felipe II, porque fue el rey que encarnó el ideal del monarca absoluto al obtener amplias prerrogativas de mando: jura de fueros, cortes y la creación de catorce nuevos obispos. Se puede afirmar que Felipe II fue el primero de los reyes católicos que subordinó la estructura eclesial a la política.

En 1556, el heredero de Carlos V fue coronado “rey de España y de sus posesiones europeas y americanas”, y la villa de Madrid nombrada capital de la monarquía. Al mismo tiempo, Felipe II comenzó la construcción del monasterio de El Escorial, que se convirtió en una de las mayores bibliotecas de Europa y residencia del rey con la orden religiosa de san Gerónimo como custodias de la basílica y del palacio. El nuevo emperador católico fue un artífice de las alianzas con el alto clero y la nobleza, en una época en que la tradición cristiano feudal estuvo en pugna con la mentalidad burguesa profana.

La política imperial, guerras y religiones

En el contexto de la defensa de una cultura tradicional cuyos valores eran legado de la Iglesia, el poder real se asoció al ejercicio impla-

cable de la Inquisición. El significado de *herejía* semejó a un grave delito en la Europa del siglo xvi.

Al principio, la Inquisición española condenó a la mayoría protestante que se refugió en los Países Bajos. La ira emanada de los dogmas y las acciones de la institución que juzgaba y comunicaba las sentencias a la opinión pública encendió la chispa de encarnizadas batallas religiosas. Los seguidores de Calvino se hicieron fuertes con los príncipes alemanes que habían roto con la política impositiva del Vaticano. Con algunas diferencias doctrinarias que se volvieron inconciliables con los calvinistas, los acólitos de Lutero —cuyos pastores hicieron pie en Alemania, Suiza y los Países Bajos— fueron menos combativos. En cambio, en Suiza y en Francia, los católicos identificaron a los calvinistas que asumieron la lucha armada como hugonotes y los acusaron de rendir culto al diablo.

Ante el fracaso de Carlos V durante las guerras religiosas y la disolución del primer concilio de Trento, su heredero Felipe II, con persistencia, consiguió el apoyo de los jesuitas para labrar una nueva contrarreforma. Hábil para acrecentar su poder, Felipe II se casó con María de Portugal y heredó el reino. Después que enviudó, se unió a María Tudor, hija de Enrique VIII, con la intención de intervenir también en la política inglesa. Durante su breve reinado y en sintonía con España y la restauración del catolicismo en el reino de Inglaterra, su esposa María, apodada *la sangrienta*, persiguió y ejecutó a cientos de protestantes. La heredera de la casa real inglesa murió de tuberculosis y Felipe volvió a casarse esta vez con Isabel de Valois, hija de Francisco II, rey de Francia. Sin embargo, ante el fracaso de ungir a su propia hija en el trono de Francia, el español le declaró la guerra a Francisco III. El conflicto de España con los franceses se extendió a otros reinos de Europa.

Inglaterra, gobernada en ese momento por Isabel I, instauró sobre la base de la doctrina calvinista reformada los fundamentos de la Iglesia estatal anglicana (1563). Las guerras de religión se incrementaron, pero la división del protestantismo favoreció el inicio de una contrarreforma del mundo católico que fue obra de los jesuitas. En la congregación de la Compañía de Jesús, sus integrantes más cultivados que sus colegas actuaban en las cortes reales como confesores pero

también como profesores de príncipes e infantes. La congregación participó en las universidades, en la evangelización en Asia y América y recuperó el fervor de parte de los príncipes europeos alrededor de la unidad del catolicismo. Por su parte, Felipe II celebró el triunfo de las tesis tradicionales de la Iglesia, que finalmente se suscribieron para ratificar el dogma católico en el segundo concilio de Trento (1564).

Inglaterra acrecentó su poderío económico y militar y apoyó la piratería en las costas de América del Sur. Como contrapartida, el rey español decidió invadir la isla con una escuadra de 130 naves y 30.000 soldados. En 1588, una tempestad destruyó a la “Armada invencible” española frente a las costas inglesas. Pese a la resistencia de Felipe II, que prosiguió la guerra, la alianza anglo-franco-holandesa derrotó a los ejércitos españoles.

Luego de esa derrota, España fue desplazada en el dominio del comercio de ultramar. Varios factores confluyeron en la debacle: la bancarrota por la ingente deuda para la manutención de la corte y los ejércitos en Europa y América. Los españoles, si bien todavía contaban con un ejército poderoso, debían enviar expediciones y tropas para la conquista y mantenimiento en las colonias, y al mismo tiempo debían financiar ejércitos para velar por la seguridad en los Países Bajos en la frontera con Francia ante la amenaza de los hugonotes y frente a la flota del sultán del Imperio turco en el Mediterráneo.

Durante el siglo XVI, España dirigió ocho guerras contra los hugonotes. Catalina de Médicis, madre y regente de Carlos IX, que por entonces tenía diez años, complació a la Europa católica y ordenó en Francia la matanza de 20.000 hugonotes. Recién en 1598, el rey Enrique IV, que había luchado contra los ejércitos españoles y se había convertido al catolicismo, con el Edicto de Nantes otorgó a los rebeldes cien plazas fuertes y la libertad de ejercer su credo protestante en una parte de Francia.

Enrique IV, descendiente de la nobleza de Borbón y Navarra, durante su reinado quiso legitimar la tolerancia religiosa con la unidad del protestantismo y el catolicismo. Fue amigo de Michel Montaigne y trató de congraciarse con la burguesía. Sus logros duraron pocos años, ya que fue asesinado en 1610 tras numerosas conspiraciones en las que la liga católica no fue ajena. El corazón del rey

francés fue llevado a la Universidad de *La Flèche* donde los jesuitas erigieron un altar en su nombre. Sus enemigos los acusaron de encubrir con semejante homenaje las sospechas de haber participado en la muerte del rey.

Un alumno que cursaba en esa universidad, René Descartes, estudiaba en profundidad uno de los primeros libros de Galileo Galilei que en aquella época había descubierto nuevos planetas y estrellas en el Universo. En esa etapa, el científico italiano era un protegido del alto clero italiano y sus descubrimientos aún no habían inquietado a la Iglesia. La búsqueda de certezas, que dejara atrás las controversias religiosas y la Guerra de los treinta años (1639-1648), animó a la ciencia ávida de demostraciones matemáticas a encontrar el camino del racionalismo. Descartes, Hobbes, Leibniz y Spinoza marcaron ese rumbo. Los tiempos del humanismo renacentista habían sido superados.

Con las instrucciones de la corona española, los virreinos en América priorizaron sus esfuerzos dirigidos a la extracción de minerales preciosos, que aunque fueron un elemento fundamental de las economías del sistema mercantilista, no impidieron que el Imperio español descuidara sus manufacturas. El escaso interés de los colonos españoles en la explotación del suelo y la producción de manufacturas en América, hizo que los escasos productos que se exportaban como los cueros, el azúcar y otros alimentos apenas representaran un diez por ciento de lo que se importaba. Sumida en el deterioro del tráfico mercantil con las colonias y en la ruina de las industrias de paños, seda y lana en la península, la decadencia de España se hizo evidente al despuntar el siglo xvii.

En cambio, en el marco de un sistema económico mercantilista, Inglaterra inició gradualmente la intervención del estado en la economía. Protegió sus incipientes industrias e impuso la prohibición del desarrollo industrial de sus colonias, restringiendo a su vez el uso de barcos extranjeros en las rutas de ultramar. Finalmente, el monopolio comercial británico y su política proteccionista se consolidaron durante los siglos xvi al xix. Desde la apertura al comercio con el Báltico, Rusia y África, hasta la promulgación de las actas de navegación de Cromwell, Gran Bretaña se convertiría en un país donde la industria dominaría a la agricultura.

Pese a ello, las comunidades que formaron parte del Imperio británico no se beneficiaron con la Declaración de derechos que fueron promulgados después de la *revolución gloriosa* de 1688, que impuso una monarquía parlamentaria en Inglaterra. En realidad, los habitantes de las colonias británicas vivieron las penurias de la segregación racial y la explotación de sus recursos. Las poblaciones originarias de América del Norte concebían la propiedad de la tierra como una fuente comunitaria de riqueza y no como propiedad privada. Los conflictos armados entre los colonos de origen británico pertenecientes a distintas sectas protestantes y los pobladores tuvieron su origen en la exigencia de los primeros a un acceso ilimitado de las tierras fértiles. Las epidemias y masacres expulsaron a los pueblos originarios lejos de las costas del Este. Ante la escasez de mano de obra, en 1674, la Compañía Real Africana transportó los primeros esclavos africanos al continente americano.

Tomando en cuenta los datos anteriores, la conquista y colonización de América entre España e Inglaterra fueron diferentes. En ambos casos, la conquista fue cruenta y puede ser calificada de genocidio, por las masacres de poblaciones y la desigualdad de fuerzas y recursos para la guerra. No obstante, la colonización española consiguió establecer en una primera etapa —con matanzas y negociaciones— los objetivos de la evangelización y utilización de los pobladores como mano de obra no esclava. En América, la política de conquista, avasallamiento cultural y exterminio de los pueblos originarios se tradujo en nuevos modos de producción a partir del siglo XVI. La servidumbre de los nativos se adaptó a otras formas de encomiendas. Los españoles convertidos en empresarios encomenderos fueron tanto civiles como religiosos. Bartolomé de las Casas (1474–1566) recibió a numerosos pobladores indígenas como encomendero de la Corona española y creó sociedades mineras y de la construcción en Cuba y Jamaica.

De las Casas que también fue obispo en Chiapas y en su madurez polemizó con Juan Ginés de Sepúlveda (1490–1569) respecto de la naturaleza de los nativos; criticó la matanza de pobladores en su obra *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, (1541). Sepúlveda, en cambio, sostenía que los nativos eran de una naturaleza diferente de la persona humana, porque no tenían alma.

El pensamiento moderado de De Las Casas se convirtió en discurso oficial. Bajo el reinado de Felipe II, la política hacia los pueblos originarios fue normada bajo las Ordenanzas de Indias (1573), sustituyendo el término de “conquista” por el de “pacificación”. Ese término había sido usado por Hernán Cortés en el proceso de conquista y represión del pueblo mexicana. Luego de la primera etapa de la conquista, la monarquía, que se extendía en América a través de los virreinos de México y Perú, dictaminó a través del real y supremo Consejo de Indias que la pacificación, la conversión y la servidumbre debía ser moderada, y la violencia utilizada solo en casos extremos. El Consejo de Indias envió visitadores para supervisar la tutela de los nativos y observar que en las encomiendas no se sometiera a la esclavitud. De todos modos, blancos y criollos se adueñaron de los medios de producción locales y debido a los niveles extremos de explotación se produjeron fugas y rebeliones.

Inmersos en el sistema mercantilista, los imperios tuvieron como prioridad incrementar la producción de metales y alimentos, y para ello demandaron mano de obra en abundancia. Además, los pueblos originarios que se rebelaron y lucharon sabían que lo hacían a muerte. Su derrota significó su aniquilamiento como sociedad autónoma. Unos se adaptaron a los trabajos forzados en el campo y las minas; otros, junto con los mestizos, se insertaron en las nuevas ciudades. Algunos se refugiaron en los márgenes de selvas y ríos donde permanecieron hasta fines del siglo XIX luchando por su sobrevivencia al margen de la sociedad dual instaurada por los conquistadores.

Hasta el siglo XVIII, los procesos de urbanización en América fueron poco significativos. México, la ciudad más poblada, tenía 40.000 habitantes; Lima, 30.000; Buenos Aires, Bogotá y Caracas, apenas 10.000. En el siglo anterior, la necesidad de explotar intensivamente los recursos naturales había vuelto insuficiente la encomienda y se intensificó la esclavitud. Además, comenzó la problemática de la negritud debido al dominio que ejercieron en América blancos y criollos. La política imperial de Inglaterra, España, Francia, Portugal y Holanda se unificaron para adoptar el trabajo no libre de los africanos deportados por la fuerza.

Los fundamentos teóricos del absolutismo

Bajo las monarquías absolutas, los pequeños estados (solares rurales y ciudades episcopales) se doblegaron a la voluntad de los príncipes que llegaban al poder y ejercían la dominación sobre otros nobles. La cultura del Renacimiento floreció pese a que Italia se mantenía dividida los arquitectos y artistas del resto de Europa viajaron y recibieron la influencia de los talleres y academias italianas. En el Renacimiento, la Iglesia todavía tenía una gran influencia en la obra pública y en el mecenazgo de artistas y pensadores. Las familias florentinas que gobernaban estaban emparentadas con los miembros de la Iglesia. El cardenal Barberini fue mecenas de Caravaggio y le hizo varios encargos para que pintara en capillas de Roma. Sin embargo, los artistas rechazaron la visión mística y limitada de la Iglesia que impedía mostrar imágenes más ligadas a la verdadera naturaleza del hombre. Caravaggio, el artista que continuó el legado de Miguel Ángel, realizó su obra pictórica basada en un arte encarnado en personajes del pueblo. Fue así que representó en sus murales a Dios y a santos con aspecto de villanos.

Mientras la cultura y el arte en el Renacimiento, en particular en Florencia, cobraron una gran intensidad, Nicolás Maquiavelo (1467-1517), el autor de *El príncipe*, resultó contemporáneo y vecino de artistas como Botticelli, Leonardo y Rafael Sanzio. Maquiavelo, además de su obra política, escribió una pieza de teatro, *La mandrágora* y compartió con el humanismo el anticlericanismo y la idea de un pensamiento encarnado en las pasiones, ajeno al organicismo mecanicista que sobrevendría luego.

El florentino vivía y paseaba por una ciudad que fue envidiada por las cortes de las naciones monárquicas del continente. El arquitecto Brunelleschi había terminado de construir la catedral de Florencia, cuya cúpula fue el resultado de complejas fórmulas matemáticas, y Lorenzo de Medici, el gobernante perteneciente a la familia más poderosa de la ciudad, había inaugurado la Academia platónica y la biblioteca. Florencia se pobló de artistas y eruditos que huyeron ante la caída del Imperio bizantino provocada por el Imperio otomano en

1453. Los neopláticos Marsilio Ficino y Pico de la Mirándola leían a los griegos y denotaron un nuevo interés por el descubrimiento y la investigación sobre el hombre y la naturaleza. Ellos acompañaron el comienzo del humanismo. El humanismo renacentista exaltó la grandeza del hombre y una mística confianza en las relaciones humanas y la naturaleza. Sus seguidores proclamaron una estética, basada en una forma superior de belleza que rastrearon en las fuentes y libros antiguos.

La corriente humanista comenzó en Europa con dos precursores: Erasmo de Rotterdam, que escribió *Elogio de la locura* (1520), vivió en Basilea y se inspiró en la reforma luterana y fue amigo de Lutero; y Tomás Moro, que publicó *Utopía* (1516), un libro que proyecta un estado ideal, que se opone de manera simbólica a los estados absolutistas. La obra se anticipó a la visión humanista y su autor fue ejecutado por Enrique VIII en Inglaterra. Ocurría que el humanismo se interesaba por el ser humano y su derecho fundamental a ser libre. Michel Montaigne describe esa aspiración filosófica en sus *Ensayos* (1580). Evidentemente, el concepto dominante de la época, el absolutismo, fue contrario a las tesis del humanismo. Los teólogos, amparados en la unidad de la Iglesia auspiciada por monarcas como Felipe II, se enfrentaron en duros debates en las universidades contra los filósofos humanistas como Montaigne, pese a que también lo hicieron contra los mecanicistas como Descartes.

Las invocaciones a la utopía que signaron la filosofía de Francis Bacon en su obra *Novum organum* (1620) y al libre pensamiento de Montaigne, influyeron en las visiones del mundo que confrontaron con los mecanicistas como Descartes –autor de el *Discurso del método* (1637)–. Los aportes de Descartes en áreas como las matemáticas y la filosofía fueron muy discutidos por sus contemporáneos, pero finalmente fueron legitimados por las generaciones que lo sucedieron y sobre todo por el movimiento iluminista que consagró al racionalismo como el único sendero liberador del ser humano. Al igual que Descartes, la mayoría de los pensadores de la primera época de la modernidad no se limitó al estudio de la filosofía e incursionó en áreas aparentemente contradictorias como las matemáticas, la medicina o el arte.

Durante el Renacimiento, las teorías y las artes fueron promovidas por cortesanos influyentes que se convirtieron en mecenas y fomentaron la protección de artistas y científicos. Bajo ese manto protector de los príncipes que creían en la nueva ciencia, opuesta a los designios de la Iglesia, Galileo Galilei se convirtió en el protegido del duque de Toscana y el científico inglés William Harvey estuvo bajo el mecenazgo de Jacobo I. Uno de los hombres más representativos del Renacimiento que practicó múltiples artes y oficios, como escritor, artista plástico, arquitecto e ingeniero hidráulico, entre otros, fue Leonardo Da Vinci, que estuvo bajo el mecenazgo de Ludovico Sforza, duque de Milán y recibió encargos de invenciones de Francisco I de Francia.

Sin embargo, mientras la Iglesia mantuvo su poder, los monarcas católicos persiguieron o no pudieron evitar que la Inquisición fuera una amenaza para las investigaciones de los científicos. Cuando Descartes supo que Galileo había sufrido la cárcel y la quema de uno de sus libros, prefirió prolongar su exilio en Holanda para continuar con su obra, en uno de los escasos países donde —durante la Guerra de los treinta años— existía un clima de tolerancia religiosa.

El primer teórico de la ciencia política y admirador del cartesianismo, Thomas Hobbes (1588-1679), pese a fundamentar la legitimidad del monarca como producto de un contrato social, tampoco fue comprendido en su país Inglaterra y fue desterrado. En la época de los absolutismos, Jacobo I y Carlos I de la dinastía de los Estuardo fueron ungidos como monarcas en Inglaterra, pero no pudieron ejercer su autoridad tal como lo hicieron los reyes de España y Francia, porque fueron hostigados por el Parlamento y las divisiones políticas y religiosas. Carlos I fue ejecutado y Hobbes volvió a su patria recién bajo el protectorado de Cromwell. Pese al estado de censura y represión que existía en la mayoría de los países de Europa, donde reinaba el poder absoluto, tanto a Leonardo da Vinci como a Galileo, Descartes y Hobbes los unió la pasión por el descubrimiento científico y la confianza en el devenir de la nueva ciencia.

En el camino ascendente del pensamiento racionalista, los filósofos, que al principio toleraron la soberanía del rey, se dieron cuenta de las contradicciones que se generaron. Ello ocurrió con el movi-

miento iluminista. A mediados del siglo XVIII, Diderot y D'Alambert convocaron a los científicos más importantes para publicar la primera enciclopedia. El monarca auspició la empresa que culminó con la inmensa obra que sin embargo abrió una brecha insalvable entre la concepción absolutista y el racionalismo. Tanto Voltaire como Rousseau –autor del *Contrato social* (1762)– formaron parte de los enciclopedistas y ejercieron una crítica radical a las monarquías. Sus textos y advocaciones a la libertad y a la igualdad jurídica de todos los hombres influyeron en la opinión pública burguesa. Los iluministas, con su confianza ilimitada en la razón, se propusieron liberar al hombre de las supersticiones, prejuicios y religiones. Aún cuando la mayoría de los enciclopedistas no adscribían al ateísmo, casi todos negaron el derecho divino y en cierto modo a la monarquía. Las ideas que suscitó la moralidad secular en aras de la civilización europea hicieron mella en los decretos sobrenaturales que sostenían al antiguo régimen. Pero el camino hacia el racionalismo que abrazó la burguesía también le abrió los ojos a los intelectuales que defendían los privilegios y resistieron ante la revolución democrática.

Maquiavelo: la pasión por el poder político

El pensador florentino fue un apasionado por la política y uno de los primeros que desafiaron el poder de la Iglesia. Escribió en la época en que Copérnico incursionó en la astronomía y se anticipó a una revolución científica al determinar con las matemáticas el movimiento de la tierra y los planetas alrededor del sol. En cierto modo, Maquiavelo también fue un pionero que eligió la dominación política como ámbito de especialización del conocimiento. Aunque su obra fue una serie de narraciones alejada de la teoría científica que dominó el pensamiento moderno, su autor fue el primero que describió la complejidad de las relaciones del poder político de los príncipes y la Iglesia.

Funcionario de bajo perfil, Maquiavelo llegó a segundo secretario de la cancillería durante el gobierno de los Medici en Florencia, cuando el dominico Savonarola (confesor de Lorenzo) cayó en

desgracia. Anteriormente, Maquiavelo había criticado a Savonarola en una carta: “Savonarola quiere dividir a la Humanidad en dos bandos, uno que milita con dios, el suyo, y otro con el diablo, el de sus adversarios”. Hábil, como asesor político, Maquiavelo buscó refugio en las familias poderosas de Florencia y de la Romaña: los Medici y los Borgia. A pesar de ello, los Medici se enemistaron con él y el escritor pasó en prisión y en el exilio rural varios años (sobre todo los de mayor producción literaria). Cesar Borgia (hijo del papa Clemente VI), citado por el autor de *El príncipe* como su príncipe preferido, lo rescató. Sin embargo, el héroe de Maquiavelo consiguió gobernar apenas tres años la Romaña (parte de Toscana y Bolonia), después de llevar una vida de intrigas y asesinatos múltiples.

Maquiavelo opinaba que la Iglesia era muy débil para unir a Italia, pero demasiado fuerte para impedir que los estados laicos se unieran. En *Los discursos de la primera década de Tito Livio* acusó a la sede papal de ser la principal causa de que los italianos fueran irreligiosos y malos, y que se mantuvieran divididos. Tanto en *El príncipe* (1513) como en los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio* (1517) se refiere a los problemas del auge y caída de los estados. Para su autor, la finalidad de la política es la de conservar y aumentar el poder político. El patrón para juzgar la política es su éxito en la consecución de ese propósito. La limitación de abstraer la política de otras consideraciones es planteada como si la política fuera un fin en sí. Pese a su carácter práctico, su obra tuvo escasa difusión entre sus contemporáneos.

Existe una similitud entre Maquiavelo y el pensamiento de Aristóteles en el ámbito de la política. Aristóteles se refiere a la conservación de los estados sin importar lo bueno y lo malo, aunque el florentino precisa mucho más acerca de las consideraciones y oportunidades en cada caso. Su proyección tiene que ver con la época y con su interés por servir a un príncipe que unifique a Italia. A fines del siglo xv, todavía el dominio del aristotelismo era generalizado. Maquiavelo leía a los clásicos griegos y a los romanos. Su método de indagación era empírico y abrevaba en el naturalismo aristotélico aunque heterodoxo. Creía y valoraba en extremo la inteligencia como legitimación del humanismo. Más que en el legado del gobernante sabio

de los griegos, Maquiavelo creía en un racionalismo centrado en la voluntad. Aún más, estaba convencido de que la inteligencia podía forzar la naturaleza de las cosas.

Sin duda, fue un pionero del pensamiento político aunque su construcción política anula cualquier esquema o juicio moral a priori porque se basa en la observación de los hechos. De allí infiere las leyes que deben regir en una comunidad política: un Estado fuerte y estructurado alrededor de una figura central, es decir, un monarca absoluto. Su actitud crítica hacia lo que ocurría en su terruño lo llevó a afirmar que la corrupción era mayor en Italia que en las monarquías, porque si bien en Francia también existía, el rey la controlaba.

La debilidad de su esquema teórico en cuanto a la falta de criterios científicos no melló la enorme influencia política que tuvo, incluso mucho después. Su reflexión sobre los problemas políticos lo impulsó a una búsqueda continua de soluciones, a la fragmentación del poder. Tanto en *El príncipe*, como en los *Discursos* y las *Historias florentinas*, los textos se convierten en verdaderos actos de historia, al punto que varios siglos después, un personaje como Napoleón va a tomar muy en cuenta sus reflexiones.

Hay que subrayar nuevamente que pese a la popularidad que alcanzó su obra entre la dirigencia política durante el largo período de la modernidad, Maquiavelo no confió en la creencia ontológica en la ciencia que caracterizó a otros pensadores interesados en una teoría del poder político. No consta que le haya interesado conocer en profundidad los logros científicos de las ciencias naturales y los avances de la astronomía y las matemáticas que comenzaron con Domenico da Novara y su célebre discípulo, Copérnico. Quizá, para no enemistarse con los príncipes europeos, tampoco se involucró en los cismas religiosos. Paradójicamente, escribió sus textos más conocidos diez años después de que Lutero clavó su tesis en la puerta de la iglesia de Wittenberg.

El método que elige Maquiavelo en su obra es más bien empírico y forma parte del deseo de mostrar su genio y servir como asesor de un príncipe predestinado, cuestión que fue aceptada en muy pocas oportunidades por los gobernantes. El contexto de su país y su época lo llevó a fundamentar un humanismo peculiar, de corte individual-

lista. Su visión coincidía con Hobbes al calificar la naturaleza humana como egoísta, aunque el pensador inglés proyectó una teoría política deductiva con una fuerte pretensión científica.

Para Maquiavelo, el gobierno debe fundarse en la debilidad e insuficiencia del individuo. En definitiva, debe existir una moral para el gobernante y otra para los súbditos. Sus textos inspiran en cierto modo un doble patrón de moralidad humana: el mejor gobierno debe velar por la seguridad de la propiedad y la vida porque el hombre, egoísta y perverso, olvida con más facilidad el asesinato de su padre que la confiscación de sus bienes.

Maquiavelo no construyó su creencia del legislador omnipotente en una teoría general de las monarquías o de la ciencia política como lo hizo Hobbes. Mas bien sus textos se sustentaron en una actitud crítica con los intereses que se contraponen a la concentración del poder. Por eso condena la nobleza de los caballeros que viven en el ocio y los ejércitos mercenarios que traicionan al príncipe. Si bien escribió sobre el arte de la guerra, su prédica no conllevó una propuesta sistemática en el plano teórico. Aun así, Maquiavelo fue un claro exponente del pensador del Renacimiento y un innovador que leyó en profundidad a los antiguos para develar los roles de la dirigencia política en relación al poder político y las instituciones.

Hobbes: legitimidad y monarquía

Thomas Hobbes nació y murió en Inglaterra a los 91 años, aunque sufrió el exilio durante varios años. Participó de las luchas políticas y debió huir de Inglaterra en 1640, mucho antes de la ejecución de Carlos I, ocurrida en 1649.

Como Maquiavelo, Hobbes escribió con la mirada puesta en la obtención de un cargo relevante en los gobiernos autocráticos que promovió en sus escritos. Por la correspondencia que mantuvo con Descartes a través del cura católico Mersenne, se lo identifica más con los pensadores mecanicistas. En cierto modo se opuso al humanismo y, por su visión promonárquica, se enfrentó a los deseos de igualdad de niveladores y cavadores. Si bien en su obra admitió la

posibilidad de una república, siempre confió más en la pericia de un solo gobernante, y su opinión fue contraria a la injerencia de los parlamentos ingleses.

Tuvo la intención de convencer a sus contemporáneos de las bondades de un poder omnímodo y en ese sentido su prédica fue similar a la de Maquiavelo. Sin embargo, los diferenció el método para lograrlo: la autoridad de la experiencia de la historia para Maquiavelo y la autoridad de la teoría racionalista para Hobbes. Ambos coincidieron en el sufrimiento de sus propias vidas, por la expectativa de ser recompensados por un cargo de honor o de máxima responsabilidad en la administración estatal.

Hobbes volvió a Inglaterra después de que fuera desterrado y sufriera la censura en su país, cuando Cromwell asumió plenos poderes (1653) y le ofreció al autor de *Leviatán* una amnistía para que regresara del destierro a su patria, Inglaterra. Cuando murió el lord protector Cromwell, el nuevo rey Carlos II (1660) volvió a prohibir la edición de los libros de Hobbes, pese a que el escritor había sido tutor durante la niñez del flamante monarca.

En su juventud, Hobbes visitó a Galileo en Italia. Esa experiencia fue vital porque a partir de allí conoció y admiró a matemáticos y astrónomos. Su interés por las matemáticas y la fe en los criterios de la razón influyeron en su relación de amistad con Galileo y Descartes. Cabe señalar que el pensamiento mecanicista de la época absolutista estuvo desencarnado de la voluntad y los deseos de ciudadanía de los hombres. Para los mecanicistas, los seres humanos pueden tener un alma, pero su destino como súbditos de un rey los equipara a una máquina sin ciudadanía.

El método que utiliza Hobbes se fundamenta en el principio de una ciencia verdadera: deductiva. De esa manera, los fenómenos individuales se derivan de principios generales. Sus principios a su vez se deben a conceptos rigurosamente definidos que le produjeron algunas dificultades. La más importante es que la política (elementos racionales y no racionales) no se limita a un corpus teórico racionalista y materialista. En ese sentido, el análisis que realiza Hobbes de las sensaciones y las emociones de la conducta humana combinadas con las leyes del movimiento resultaron incongruentes. Sin embargo,

para el pensamiento liberal utilitarista, Hobbes sentó las bases de un poder soberano que a su vez fundamenta en *Leviatán* (1651), en cuya portada miles de individuos que componen la malla metálica de un gigante artificial y renuncian a su poder individual. Para servir a la estructura del cuerpo de Leviatán, imbuido de los atributos del rey, miles de súbditos de la campaña y las ciudades acuerdan su obediencia al monarca.

La problemática central que subyace en las monarquías absolutas es el de la libertad. Así lo describe Quentin Skinner, cuando analiza la oposición entre monarquía y república en Hobbes. Para Hobbes, la aspiración de lograr el mayor grado de libertad puede ser contraria a los postulados de la república. Por el contrario, someterse voluntariamente a alguien capaz de gobernar a todos (el rey) contribuye a la libertad entendida como una cesión de poder individual que es devuelta como protección a los derechos de cada uno. En cambio, la posesión de soberanía de todos, tal como se fundamenta en una democracia, alienta la propagación de la anarquía. En definitiva, en *Leviatán*, Hobbes argumenta que solo a partir del dominio legítimo de la corona los habitantes de una nación pueden obtener beneficios individuales.

En una época signada por guerras civiles, el texto de Hobbes apunta a una construcción que deja dudas. Enuncia que quien se somete voluntariamente y acuerda un contrato hace uso de la razón y de la libertad, contrariamente a quien se somete por la fuerza. Sin embargo, el autor también afirma que los pactos que no descansan en la espada no son más que palabras, carecen de fuerza para proteger al hombre; hay que poner freno a la ambición humana, a la avaricia, a la cólera y otras pasiones; y que si bien el hombre es partícipe de la construcción de la monarquía, debe someterse a ella como súbdito. En síntesis: ¿es legítimo el contrato si la mayoría que acuerda no tiene otra alternativa frente a la coacción física?

No obstante, la teoría de Hobbes dejó la puerta abierta a otros pensadores que retomaron desde otras visiones la figura ideal del contrato social y político. Fue el primer filósofo que proyectó una teoría política basada en el contractualismo. En los siglos siguientes, el contractualismo como teoría política inspiraría a Locke y a Rousseau, al liberalismo y a la democracia. Su teoría se deriva del iusnaturalismo

que esbozó Grocio (Holanda). La visión de la época que engloba a los contractualistas clásicos se fundamentó en la dicotomía: estado (o sociedad) de naturaleza y estado o sociedad civil o política.

La visión de Hobbes acerca de la igualdad de los hombres frente a la Naturaleza no implica que el derecho natural ofrezca las condiciones morales básicas para la vida en sociedad. El destino de los hombres que viven en sociedad no es la justicia ni un ideal moral, sino la cooperación.

El Estado es el resultado de un contrato en el que todos acuerdan delegar su poder individual para lograr el pasaje del estado de naturaleza hacia el de sociedad civil. La paz y la cooperación tienen mayor utilidad que la violencia y la competencia generalizada. La sociedad civil es un cuerpo artificial, un nombre colectivo: Leviatán. A partir de esa multiplicidad de cuerpos (súbditos) que componen la armadura del rey, adquiere forma un alma que emana soberanía.

Se puede afirmar que para Hobbes, el derecho natural sirve para exponer los principios racionales. En cambio, para constituir un Estado hace falta un derecho civil que imponga la ley mediante el monopolio de la fuerza física. El mandato hace surgir la razón de obediencia. Es la única forma de distinguir lo justo de lo injusto.

Por su parte, Hobbes no reconoce la dualidad cartesiana del hombre, por la cual el ser humano es alma y materia. Más bien concibe el materialismo en los principios de que todo es materia, incluso el ser humano. Si bien por conveniencia o temor admitía la existencia de Dios, para él toda la naturaleza está regulada por leyes matemáticas y físicas. Su máxima ambición fue la de proyectar para la ciencia política un corpus teórico que pueda demostrarse como se demuestra un teorema en geometría. Todo conocimiento completo pertenece a la Naturaleza y se debe a las normas de la física. En definitiva, es mecanicista porque para él la mecánica es el modelo que rige el movimiento de los cuerpos.

Su premisa de constituir la unidad del poder estatal se opuso a dos obstáculos: la Iglesia y el individualismo del hombre. Hobbes afirmaba que había que cercenar la autonomía de la iglesia como la del individuo porque no querían pactar una sociedad política, legitimada por la concentración del poder.

Su teoría política se basa en el materialismo. Como el mundo físico es un mundo mecánico, los fenómenos ocurren mediante el desplazamiento de los cuerpos que están en relación unos con otros. Sin embargo, la utopía del pensador inglés consistió en “asimilar” la psicología y la política a las ciencias exactas. Además de los cuerpos que se desarrollan en la naturaleza, los hombres acuerdan crear un cuerpo artificial, sociedad civil o estado.

Ahora bien, a Leviatán no se lo ama, se le teme. La frase viene a significar la centralidad y control de la coacción física. Describe el hecho que los hombres encuentran individualmente ventajosos el cambio de bienes y servicios derivados de un pacto. Por eso, la seguridad privada está a salvo con el Leviatán. O sea con el rey. No existe ley o derecho constitucional que limite la competencia del soberano, como sostenía Bodin. También la Iglesia debe subordinarse, ya que para un materialista como Hobbes lo espiritual es como un fantasma que pone obstáculos al desarrollo de la soberanía de una nación.

Si bien el contrato político de Hobbes admite la posibilidad de delegar el poder en un grupo de personas (una república), su prédica constante a favor de la concentración del poder enaltece la noción del rey como soberano. Su concepción de un mecanicismo brutal, opuesto al humanismo, conlleva al mecanicismo político y como destino la monarquía absoluta. Una síntesis de ese principio inspirado en la ciencia de la época la realizó Cardin Le Bret en *La soberanía del rey* (1632), con la afirmación de que la soberanía no es más divisible que un punto en geometría.

Según Michel Foucault, quien analizó el tema del poder y lo ejemplificó en Hobbes, en lo relativo a las relaciones entre derecho y poder, la elaboración del pensamiento jurídico occidental se basó esencialmente en torno al poder real. El edificio jurídico de la sociedad fue elaborado bajo la presión del poder real, para provecho de las clases dominantes como instrumento y justificación. El derecho que se deriva de la continuidad de los estados creados durante las monarquías absolutas revela cómo el estado de derecho pasa a ser el elemento fundante de la dominación.

El interrogante en la actualidad no parte del soberano que se ubica en el vértice del poder, sino de la indagación de la constitución de los

sujetos realmente, es decir, a partir de la multiplicidad de los cuerpos, de las materias, de los deseos, de los pensamientos. Para Foucault, lo importante es captar la instancia de la sujeción, las relaciones de dominación, lo contrario de lo que Hobbes quiso representar en *Leviatán* y también los juristas y científicos que observan. El *Leviatán* en Hobbes no es otra cosa que la coagulación de un número de individualidades separadas que se encuentran reunidas por un conjunto de elementos constitutivos del Estado. En la cabeza del Estado está el rey. El autor redefine la soberanía como el alma del *Leviatán*. En cambio, Foucault afirma que más que plantear el problema del alma central del *Leviatán* hay que estudiar los cuerpos periféricos y múltiples, los cuerpos maltratados de los dominados que los efectos de poder transforman en verdaderos sujetos de la historia. Por ello describe el poder como inmaterial, como algo que no está localizado en las manos de alguien, que no es apropiado como una riqueza o un bien, sino que funciona y se ejerce a través de una organización reticular. En las mallas de acero del *Leviatán* los individuos no solo circulan sino que estarían en condiciones de sufrir pero también de ejercer el poder. Movimiento que contrariamente al teorema hobbesiano se nutre de convergencias y derrotas, de un lugar donde los oprimidos se rebelan. Un terreno fértil en manifestaciones, comunas y revoluciones que modifican a su vez las estructuras de dominación y la historia.

El ocaso del absolutismo

La tensión entre las monarquías y la Iglesia se saldó a favor de la concentración del poder real a mediados del siglo XVI. Pese a que el cardenal Richelieu presidió el consejo real, y se convirtió en el principal colaborador de Luis XIII, el absolutismo se fue consolidando paulatinamente. Todavía durante su reinado, los representantes del clero en los estados generales y en el consejo real fueron el claro indicio del poder que tuvo la Iglesia desde la Edad Media hasta el siglo XVII. El caso de Richelieu resulta notorio. Había sido representante del clero y llegó a presidir el consejo real de Luis XIII

por recomendación de la madre del rey, María de Médicis. La relación del cardenal con el rey fue parte de un entramado complejo de necesidades, tales como terminar con las conspiraciones de los protestantes en territorio francés y atender los reclamos políticos y económicos de los representantes de la Iglesia católica en el Estado. Consciente del importante rol que tuvo hasta su muerte, Richelieu le escribió al rey: “Someto mis pensamientos como todos los otros a su majestad”. Una expresión de obediencia que justificaba la injerencia permanente que hasta entonces había tenido la Iglesia en Francia.

En forma visible, el alto clero se distanciaba del pueblo por el diezmo, el latifundio y el carácter injusto de los privilegios que detenía. Además, la intensidad de los debates y el poder de teólogos en las universidades fueron en ocasiones un obstáculo para el desarrollo de los descubrimientos científicos y el interés por el conocimiento.

Con el reinado de Luis XIV, que gobernó Francia más de medio siglo (1643-1715), se puede afirmar que la monarquía adquirió un poder absoluto. Sin embargo, el rey que fue coronado a los cinco años debió soportar que el cardenal Mazarino gobernara hasta que adquirió la edad y el carácter suficiente para sentir un halo de grandeza y consiguientemente, de autonomía. Mientras fue regente de Luis, el cardenal maniobró para conducir las sesiones con los estados generales y aumentó los impuestos. El descontento comenzó en París y provocó sublevaciones en las provincias a las que se nombró como La fronda. En las confrontaciones, nobles excluidos del poder se sumaron a las revueltas que produjeron milicias burguesas, creadas durante la Guerra de los treinta años, hasta que finalmente fueron derrotados.

A diferencia de Richelieu, Mazarino se adaptó al proceso de laicización de la época y colaboró con el rey para firmar el tratado de Westfalia (1648), que terminó con la Guerra de los treinta años. Muerto Mazarino, su majestad fue más allá y formuló una declaración que definía la absoluta independencia del estado frente al pontífice romano. En esa declaración se afirmaba que la autoridad del soberano derivaba de dios fuente del *derecho divino*.

Luis XIV encarnó el Estado y fue apodado el Rey sol. Las pinturas de la época lo retratan vestido con ropa de seda, tacones altos, capa

de piel de armiño blanca y una gran peluca negra. Además de los símbolos del poder real (el cetro, la espada y la corona), las grandes pelucas no solo eran una moda: simbolizaban el poder los nobles. Durante su reinado prosiguió con declaraciones de guerra a Inglaterra y España. La expansión territorial de las naciones que protagonizaron la conquista y colonización de territorios en América y Asia desveló sus sueños imperiales. Antes de terminar el siglo XVII, Inglaterra había duplicado el tonelaje de su marina de guerra y ocupó la Costa de oro africana, Indonesia, Bombay y Calcuta. Francia, en cambio, como potencia europea, había obtenido exiguos territorios de ultramar en su política imperialista.

El llamado Rey sol fue el primero de los luises que creó un Estado a semejanza de los estados modernos. Realizó las ideas absolutistas de sus antecesores y encarnó el ideal monárquico del héroe providencial y del soberano. Luis XIV proyectó un gabinete de ministros, gobernó un Estado con tesoro y administración pública, ejército regular y cuerpo diplomático, que fue la antesala de los estados nacionales. La diferencia central entre el estado que conocemos hoy y aquellos que erigieron las monarquías absolutas fue la ausencia del concepto de pueblo asociado al de la nación. Entre los siglos XV y XVIII, el concepto de soberanía estuvo asociado a la cabeza del rey, con algunas excepciones, como las monarquías parlamentarias de Inglaterra y Holanda. En la primera etapa de la modernidad, el príncipe que conseguía reunir un ejército y asegurar las fronteras, aún en geografías más limitadas como las ciudades-estado italianas, tenía a su mano todos los atributos de la corona. Ya fuera en Francia o en el pequeño estado de Florencia, el soberano era coronado por el papa de turno pero ostentaba el cetro labrado y la espada que le permitía concentrar el poder en su territorio.

En otros países europeos como en Prusia o Rusia, también las monarquías se adaptaron a los nuevos tiempos. Durante el siglo XVIII, en Prusia, Federico II, llamado el Grande, reformó el estado, abolió la tortura y tuvo una nutrida correspondencia con el filósofo del Iluminismo, Voltaire. También Catalina II de Rusia reformó la Justicia, creó la universidad de Moscú y convocó a intelectuales europeos. El llamado despotismo ilustrado fue la característica de los reyes que, aunque continuaron con la centralización del mando, desecharon

la concepción divina del poder para abrazar una nueva concepción basada en un contrato racional entre el monarca y el pueblo, que fracasó por las tensiones entre las clases sociales y las contradicciones propias del absolutismo.

El despotismo ilustrado, que caracterizó a los últimos monarcas absolutistas y a la nobleza que frecuentaba los clubes y salones literarios se basó fundamentalmente en las ideas que difundió el movimiento iluminista. Los científicos que se congregaron bajo la dirección de D'Alambert y Diderot concretaron el sueño de editar la primera gran enciclopedia del conocimiento, a mediados del siglo XVIII, basada en el triunfo del racionalismo. La influencia que tuvo el Iluminismo en la burguesía, en la cultura y en la educación en Europa también fue determinante para socavar los cimientos de las instituciones monárquicas.

El pueblo podía tener sus representantes (el tercer estado), generalmente opuesto a los intereses de los otros dos —el primero (la nobleza) y el segundo (el alto clero)—, pero era el soberano el único que tenía la facultad para convocar una asamblea de los Estados generales. Los monarcas absolutos, como los que gobernaron Francia hasta el siglo XVIII, fueron renuentes a convocar a los representantes de los Estados generales. Además, el rey tenía la suma del poder público y, mediante órdenes y edictos, era la única persona con la autoridad para dictaminar todos los actos de gobierno desde la condena a uno de sus súbditos hasta la autorización para la impresión de un libro.

Luis XIV puso en práctica las *lettres de cachet* (cartas de órdenes selladas y firmadas) mediante las cuales el monarca podía decretar el arresto, la prisión en la Bastilla, el destierro o penas menores concernientes a la vida de los súbditos. Los funcionarios que actuaban en los consejos del rey lo hacían tomando en cuenta las recomendaciones que emanan de la corte, dado que el rey era la fuente legal de toda la justicia. La Iglesia, dividida entre la jerarquía y los sacerdotes, también formó parte de una clase de privilegiados. Si bien la corona ya era autónoma de la Iglesia, el alto clero usufructuó impuestos y colaboró con el rey para perseguir a los protestantes. A fines del siglo XVII, después de la masacre de San Bartolomé, medio millón de hugonotes emigró de Francia y la economía comenzó a decaer.

Bajo la iniciativa de Luis XIV se construyó la casa real en las afueras de París, en Versalles. El palacio de Versalles albergó la corte más numerosa de Europa y sus jardines geométricos, con juegos de agua y caminos radiales creados por Le Notre, simbolizaron la simetría de un poder indivisible. Sin embargo, el brillo y el lujo de una corte que mantuvo la división de clases y su dominio provocó también su decadencia. Los luises gobernaron Francia durante el llamado Antiguo régimen y sometieron a la pequeña burguesía y a los campesinos con fuertes impuestos que administraban los nobles en cada provincia. Los cuadernos de quejas (*cahiers de doléances*) registraron los abusos de autoridad y el menoscabo del derecho de los más vulnerables. Sin embargo, la justicia real estuvo ligada a los privilegios y no reparó en los cada vez más numerosos casos registrados en los cuadernos de quejas.

Las revueltas de La fronda y las que se sucedieron en “el año del gran miedo”, estas últimas protagonizadas por campesinos sublevados contra los nobles dueños de los solares rurales durante el reinado de Luis XVI, pronunciaron las manifestaciones populares que pusieron fin a la monarquía. La bancarrota de 1788 y la confluencia entre los sectores populares y la burguesía abrieron la compuerta a la operación en caliente de las masas a partir de las diferentes manifestaciones de los representantes del tercer estado y del pueblo en armas que instauró la Asamblea Nacional y terminó con el antiguo régimen.

En la primera etapa de la modernidad, el alma de la soberanía se había concentrado en la figura real y la consigna del antiguo régimen fue: *el rey, la nación y la ley*. Durante la Revolución francesa, con la ejecución de Luis XVI y la promulgación de la República en 1792, en cambio, se impulsó una nueva consigna: *la ley, el pueblo y la nación*.

De la monarquía a la tempestad revolucionaria

A medida que el desprestigio de las monarquías absolutas aumentaba, en el caso de Luis XVI, los reclamos de la burguesía encontraban eco en los otros componentes del pueblo. El contrapeso que significó el crecimiento de los representantes de la burguesía (el tercer estado)

que aflúan de todas las provincias de Francia frente a los otros dos estados (la nobleza y el alto clero) fue una amenaza para las decisiones del monarca. Para evitar una nueva convocatoria a los Estados generales en la pequeña sala que habitualmente se destinaba a las sesiones, el rey ordenó cerrar el acceso al Palacio de Versalles, el 17 de junio de 1789.

Ante la imposibilidad de sesionar y frente al riesgo inminente de disolución de la asamblea, por la mañana del 20 de junio, Sylvain Bailly, astrónomo, y maestro de ceremonias, condujo a seiscientos diputados a la cancha de pelota, situada en el camino viejo a Versalles a pocos minutos de la fuente de Neptuno. La mayoría de los representantes eran de extracción burguesa. Una minoría eran miembros del clero o la aristocracia que habían aceptado la idea de una nueva soberanía, la representación nacional. En medio de la lluvia, el *verdadero Estado* se desplazó a pie a la cancha cubierta de tenis real. Bailly, de pie sobre una mesa, coordinó a los oradores que se apretaban a su alrededor y en las tribunas. Allí juraron no separarse más hasta promulgar una constitución, sólida y equitativa de acuerdo con el pedido de los electores. Ese día encapotado del 20 de junio proclamaron la Asamblea Nacional, luego de una tumultuosa votación que había favorecido la inclusión del tercer estado, compuesto por la burguesía y los sectores populares. Fue la aurora de la Revolución francesa.

La primera etapa de la modernidad concluye en la segunda mitad del siglo XVIII. Tres hitos fundamentales (la Revolución industrial, el Iluminismo y la Revolución francesa) dan inicio a una segunda etapa de la modernidad, que se extiende desde fines del siglo XVIII hasta mediados del XX. Estos hechos que se distinguen por sus características económicas, culturales y políticas, se proyectan más allá de su tiempo y otorgan significados a un estado de maduración y universalización del ser moderno.

La revolución centrada en el cambio de sistema político fue anticipada por las revueltas de 1788 y las que ocurrieron en el año del Juramento y de la Toma de la Bastilla. Las malas cosechas, el estancamiento de la industria, las quiebras y la disminución adquisitiva del salario provocaron la crisis política y social que agudizó la agonía del antiguo régimen.

En varias ocasiones la reacción feudal dio paso a hechos de violencia contra los terratenientes. Los señores feudales y administradores controlaban las tres cuartas partes de las tierras de cultivo, monopolizaban el bosque y la escasa madera y habían cercado grandes porciones de las dulas, sustrayéndolas a los pastos colectivos. La toma de la Bastilla y el incendio del castillo de Challes en Bresse tuvieron un efecto de chispa incendiaria.

A partir de las transformaciones que provocó el movimiento iluminista, el público burgués accedió a un creciente bagaje en la cultura y la información. En 1778, tras las muertes de Voltaire y Rousseau, sus escritos ya formaban parte de las lecturas de los futuros dirigentes sin importar el signo político. Sus citas resultaban obligatorias para una intelectualidad que luego se polarizó al calor de las luchas. El compromiso que adquirieron los hijos de la Ilustración se precipitó por la responsabilidad de la corte en la bancarrota de la economía, la falta de respuestas ante la pobreza y la defensa de los privilegios. La interpretación de los textos del Iluminismo fue una semilla que hizo germinar el discurso de la revolución.

La publicación de libros fue tal que, junto con la proliferación de libelos y gacetas clandestinas, en muchos casos lograron eludir la censura real. Las tertulias en los salones, bares y clubes alimentan la voracidad por las noticias de todo tipo: políticas, sociales y sobre todo de las vidas privadas de los personajes públicos. En ese sentido, la corte de Versalles, pródiga en escándalos, brindó fuentes estimables para una narrativa de la vida secreta de mujeres como madame Pompadour, Du Barry y la reina María Antonieta. El afán por conocer los detalles de la vida privada se extendió también a los políticos y dirigentes republicanos. Los libelos revolucionarios, que difundían las virtudes republicanas, también denunciaban la corrupción material y moral de los caídos en desgracia. Así se conocieron biografías no autorizadas que requería la voraz opinión pública burguesa. Durante la Revolución, la comunicación llegó a las masas a través de diversos formatos. Libros, revistas, libelos, periódicos, volantes y cartas manuscritas poblaron Francia.

Si se tienen en cuenta factores tales como los datos sobre el deterioro de las condiciones de vida de la población, el desencanto del pueblo con la monarquía y la convicción de la burguesía para conquistar dere-

chos individuales y sociales, se explica por qué la política se convirtió en los albores de la Revolución francesa en una esperanza colectiva.

Burgueses y hasta nobles desclasados participaron de los consejos que a partir de 1789 se propagaron a todo el país, sensibles también a los reclamos de las clases populares. En ellos participaban dirigentes de los clubes revolucionarios que nutrieron las fracciones parlamentarias y funcionaron como verdaderos prototipos de los partidos políticos. En la Asamblea Nacional (unicameral) los diputados partidarios de la realeza se convirtieron en una minoría frente a los girondinos y jacobinos que lograron la mayoría para sancionar la República.

El proceso de municipalización, iniciado en 1790, se convirtió a su vez en un nodo de la red de poder político que ejercieron asambleas locales y clubes, cuyas ideas fueron difundidas por los periódicos y libelos. Se creó una prensa diaria y la Asamblea Nacional dio a publicidad los discursos mediante el *Journal des debates et des décrets*, dedicado a la información parlamentaria. La prensa revolucionaria ganó terreno frente a la supremacía que habían tenido las plumas de la aristocracia. Al periódico de Jean Paul Marat, *L'ami du peuple*, fundado en setiembre de 1789, le siguieron otros, conformando una literatura política que influiría en los miembros de los clubes y también en el ejército nacional y republicano.

El poder militar del Antiguo Régimen, el ejército conducido por el rey, fue desplazado por la Guardia Nacional que llegó a convocar en Francia a tres millones de ciudadanos que integraron milicias burguesas y diferentes facciones. Velar por la soberanía implicó nuevos desafíos para el ejército del nuevo régimen. Uno de los principales fue la lucha antiseñorial, lucha que se tornó cruenta y se expresó en la política interna y externa del país, dado que la nobleza formaba parte de los gobiernos monárquicos de las otras naciones del continente. Se produjo una contradicción insoluble: la reina María Antonieta era hermana de Leopoldo II, emperador de Austria. En 1791, la realeza movió sus ejércitos hacia las fronteras y amenazó a la revolución. La familia real (Luis XVI, María Antonieta y sus dos hijos) intentó huir al extranjero, pero fracasó. Fueron detenidos en Varennes y obligados a regresar a París. Luis XVI no pudo vetar la constitución que se promulgó en 1791.

La Asamblea Nacional ordenó la guerra a Prusia y desde entonces y hasta la era napoleónica la guerra iba a ser una constante. En el año I de la revolución (1792) la monarquía fue abolida. Se sancionó el sufragio universal y el ejército prusiano fue derrotado. El rey Luis XVI fue juzgado por traición a la patria y murió bajo la guillotina. Poco tiempo después, la cabeza de María Antonieta también rodó bajo la cuchilla metálica.

Durante los primeros años de la revolución se anularon los privilegios nobiliarios, se expropiaron los bienes de la iglesia y se inició una reforma agraria. Se pone en marcha una democracia igualitaria diferente a la *consuetudinaria* inglesa y se abrió un sistema político inédito en el que votaban todos los varones.

Cabe consignar que la revolución igualitaria solo abarcó los departamentos de Francia en el continente. Las bondades de los diputados que sancionaron los derechos civiles y políticos excluyeron a los habitantes de los territorios de ultramar, las colonias francesas. El régimen colonial siguió manteniendo durante décadas a esos dominios en la ilegalidad política y la privación de las libertades. La esclavitud afroamericana fue una de las bases materiales de la acumulación del capitalismo en la modernidad que puso en práctica Francia y la mayoría de las naciones europeas, además de los Estados Unidos, que continuaron con la tradición esclavista anglosajona aún cuando sancionaron la primera constitución americana.

La revolución haitiana que se extendió hasta la era de Napoleón puso en cuestión al nuevo sujeto histórico y los derechos que proponía la *Declaración de los derechos del hombre* de 1789, al subsistir en el mundo la esclavitud y el racismo.

Se puede aceptar o no la existencia de una revolución. Cabe pensar, ¿tuvo lugar efectivamente la democracia revolucionaria en ese período? Además, ¿cuál fue el papel que cumplieron los actores sociales, los clubes revolucionarios y la ideología? ¿Fueron ellos, los jacobinos, los responsables del reinado del terror? o más bien, inmersos en una cultura de la violencia se erigieron en los actores que precipitaron el derrumbe de la monarquía y la proyección de la revolución en el terreno de las ideas políticas?

Si bien el Iluminismo proveyó el basamento intelectual de las plumas que confrontaron en la búsqueda de la mejor forma de gobierno, mediante manuscritos, boletines, libelos, periódicos y toda forma de materiales impresos, en cambio, el protagonismo popular fue decisivo. La participación de vastos sectores populares en los hechos que se sucedieron durante la revolución fueron la verdadera usina de las tomas de posición y corrimientos ideológicos de los publicistas que dirimieron en sus editoriales las formas de gobierno y sus instituciones y en los escaños de la Asamblea, las leyes revolucionarias. Sin embargo, los dirigentes revolucionarios entendían que no bastaba con una resignificación de los valores para acceder a la modernidad. La ciencia y la tecnología eran pasos importantes para impulsarla. La revolución debía incorporar esos avances dictando leyes que modernizaran el burocrático corpus administrativo del antiguo régimen. El elogio a la razón iba de la mano con los avances científicos y tecnológicos.

El comité de Salud pública, a cargo del Ejecutivo, convocó a notables que colaboraron en las comisiones que se encargaron de cambiar viejas unidades geográficas en lo administrativo y en hábitos fuertemente arraigados. Se encomendó a una comisión de físicos un nuevo sistema de pesos y medidas. Lagrange, Borda, Laplace y Lavoisier entre otros, propusieron la adopción del metro que, según el enfoque de la física, se definió como la diezmillonésima parte del cuarto de meridiano terrestre. En 1793, la Convención convirtió en ley el metro como unidad de longitud. Racionalizar el espacio geográfico al cambiar las antiguas provincias por departamentos, así como agilizar el comercio y la industria con la nueva ley de pesos y medidas, fueron reclamos registrados en los *cahiers de doléances*, que probaron su utilidad desde entonces.

Cabe destacar que de los períodos que abarca la revolución, aquel que dio lugar al breve gobierno jacobino fue sin duda el más controvertido. Para la historiografía socialista el gobierno jacobino es el máximo hito de la escalada revolucionaria. En cambio para los revisionistas liberales, el jacobinismo en el poder (1793-1794) significó la interrupción de la marcha ascendente de la burguesía. Aun cuando asumieron las acciones más revolucionarias, los dirigentes jacobinos eran intelectuales y profesionales pertenecientes a la burguesía de

diferentes regiones de Francia, que se formaron en experiencias políticas diversas. En el corto período que gobernaron, los jacobinos también lo hicieron para un sector de la burguesía en ascenso y por eso se vieron envueltos en contradicciones políticas a la hora de legislar ante las demandas de los sectores populares.

Un ejemplo fue el caso de la sanción de la Ley Chapelier en 1791 que prohibía el derecho de huelga, y muestra con claridad el grado de negociación política y aun más, si se quiere, de respeto de clase que en algunos casos tenían los jacobinos, en parte por su origen burgués. Sus líderes más importantes, Robespierre y Marat, solo peticionaron para que la prohibición no limitara los derechos de reunión políticos. En cambio, la ley que votaron claramente impedía ejercer el derecho a huelga para mejorar los salarios. La sanción de la ley antihuelga fue uno de los ejemplos del distanciamiento que hubo entre los sectores populares (*sans-culottes*) y los jacobinos. Aquellos fueron la parte más importante del pueblo, de la enorme red de sociedades populares que los jacobinos ayudaron a organizar y dotar de ideología.

Una de las desavenencias más graves en el núcleo del poder se dio también por el papel activo que cumplieron las mujeres en las manifestaciones y en el apoyo al proceso revolucionario. Hubo clubes mixtos y, a comienzos de las deliberaciones en el convento de los jacobinos, se constató la asistencia de mujeres militantes. Su rol no fue reconocido por el jacobinismo, pese a que la presencia de las mujeres no se limitó solo a las manifestaciones. Su militancia fue importante en las secciones urbanas y en la posterior creación de clubes femeninos.

Además, durante el breve período del gobierno jacobino se acentuó la persecución y los juicios a los opositores. Miles de personas, entre ellas diputados que habían pertenecido a otros clubes políticos, fueron guillotinado. En 1794, Robespierre y Saint Just, los máximos líderes jacobinos, fueron apresados y ejecutados. A partir de 1795, el Directorio cerró los clubes revolucionarios e inició un proceso contrarrevolucionario y de represión a los sectores de izquierda que culminó con la asunción de Napoleón Bonaparte al gobierno y luego como emperador.

Como legado de la Revolución francesa, la apelación a los conceptos de libertad y razón originarios del Iluminismo se habían conver-

tido en fundamento de la misma. Actos, resoluciones y gestos simbólicos cimentaron un nuevo culto de raíz filosófica que se popularizó rápidamente en Francia. Las ciudades fueron los grandes centros de convocatoria de dirigentes e intelectuales. No obstante, en el campo también se predicó el credo de la revolución. A partir de 1790 se plantaron miles de árboles de la libertad que la gente decoró con cintas tricolores y gorros frigios. Esos árboles, que fueron puntos de reunión y de discursos oficiales en toda Francia, fueron arrancados de cuajo durante el período de la restauración. Tampoco perduró el calendario republicano francés, propuesto por la Convención Nacional en 1793 y derogado por Napoleón.

La acción política y la pugna desde los aparatos revolucionarios (clubes y comités) dieron cuenta del registro dinámico que incidió en los cambios sociales del período jacobino. Las rígidas normas de las logias masónicas fueron superadas por las acciones revolucionarias directas. Aún así, las logias que los precedieron dieron cuenta de un ámbito de proyección universal y de contactos que fueron utilizados por los dirigentes políticos en América. En su afán de igualitarismo, los discursos masónicos y los estatutos de las logias reconstituyeron en el imaginario social un mismo rango entre las clases. Sin embargo, no solo los personajes vinculados con la política se vincularon a las logias.

Así como la Ilustración tuvo efectos en Hispanoamérica, también las logias masónicas se convirtieron en un espacio internacional de información y cofradía de muchos dirigentes que participaron de las ideas y luego de las acciones independentistas. Una de las más importantes fue la de los Caballeros racionales que fundó Francisco de Miranda en España en 1807. El objetivo de esta logia era independizar a América de los españoles, estableciendo un sistema republicano que fuera compatible con un gobierno unipersonal. En honor al toqui mapuche Lautaro, surgió la Logia Lautaro que llegó desde Cádiz. Esta sociedad secreta creó su filial en Buenos Aires por la iniciativa de José de San Martín, Carlos María de Alvear y Julián Álvarez y se unió a la Sociedad Patriótica, fundada por Mariano Moreno con la finalidad de luchar por la independencia continental en los planos político y militar.

Cabe consignar que si bien el modelo de organización de corte masónico fue trasplantado al continente americano, el contenido de las logias fue diferente. Las expectativas se centraron en las luchas por la independencia y la justicia. Esos ideales incluyeron en un principio las reivindicaciones de las clases más desposeídas, entre las que se encontraban los indios y los mestizos. Fueron representativas de esa problemática las rebeliones de la negritud originadas en Haití y sobre todo la saga que protagonizó José Gabriel Condorcanqui (Tupac Amaru II) que se propagó en 1780 en el Virreinato del Perú y que terminó con su vida y la de miles de nativos sublevados. Veinte años después, en la misma ciudad en la que fuera asesinado por los españoles el último rey inca, iniciaron sus estudios en la célebre Universidad de Chuquisaca Juan José Castelli, Bernardo de Monteagudo y Mariano Moreno.

También es importante señalar que la reivindicación de los pueblos originarios y la denuncia de los genocidios de los pueblos amerindios y sus etnocidios (el avasallamiento de sus culturas) no fue una preocupación central de la mayoría de los dirigentes políticos e intelectuales que contribuyeron a cimentar la paz blanca. Esta dualidad de los criollos, que se sentían interpelados por el llamado de la raza o de la tierra, fue portadora de una lucha ideológica que en los albores de la revolución se dirimió en algunos casos a favor de sus “hermanos” los indios, pero en otros, los dirigentes tomaron partido por sus “padres” los españoles.

Cabe destacar que Bolívar, Monteagudo, San Martín y O’Higgins dejaron por escrito su voluntad para que los indígenas que habían sobrevivido a la conquista pudieran colaborar con la revolución de los criollos, con la premisa de aceptar las condiciones de la civilización. O’Higgins había planteado abrir las escuelas a los jóvenes araucanos para que “la civilización y las luces hagan a los salvajes virtuosos”.

Sin embargo, concluida la revolución independentista, la nueva narración criolla emula también los pasos de la civilización europea. El fundamento de la identidad del criollo ya no es la oposición al español vencido. Los criollos que se embarcaron en la gesta independentista y posteriormente en la construcción del Estado, se enfren-

taron con el español, no con el europeo. Prefirieron la república a la monarquía. Pero entre el hermano de sangre y el hermano de suelo eligieron al europeo y sacrificaron a los nativos. Es decir, al principio los criollos combatieron al realista que se opuso a las ideas políticas legadas por la revolución francesa para lograr la independencia. Pero también abrazaron con júbilo las luces de la civilización etnocéntrica y continuaron con el avasallamiento a los pueblos originarios que habían comenzado los conquistadores.

Bibliografía

AGAMBEN, G. (2007): *Lo abierto. El hombre y el animal*, Buenos Aires: Adriana Hidalgo.

ARENDT, H. (2004) *La condición humana*, Buenos Aires: Paidós.

BAGIOLI, M. (2008) *Galileo cortesano. La práctica de la ciencia en la cultura del absolutismo*, Buenos Aires: Katz.

CANETTI, E. (2005) *Masa y poder. Obra completa* (tomo I), Barcelona: Círculo de lectores.

COMPARATO, V. (2005) *Utopía*, Buenos Aires: Nueva visión.

FEINMANN, J.P. (2010), *Filosofía y nación. Estudio sobre el pensamiento argentino*, Buenos Aires: Seix Barral.

FOUCAULT, M. (2002) *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*, Buenos Aires, Siglo XXI.

FOUCAULT, M. (1992) *Genealogía del racismo. De la guerra de razas al racismo de Estado*, Madrid: La piqueta.

FEINMANN, J.P. (2010), *Filosofía y nación. Estudio sobre el pensamiento argentino*, Buenos Aires: Seix Barral.

GIRARDET, R. (1999), *Mitos y mitologías políticas*, Buenos Aires: Nueva Visión.

GRAYLING, A. (2007): *Descartes. La vida de René Descartes y su lugar en su época*. Madrid, Pre-textos: 2007.

GRENON, M. y ROBIN, R. (1980), “Polémica sobre el antiguo régimen y la revolución francesa”, en AA.VV., *Estudios de la Revolución francesa*, Madrid: Akal.

HABERMAS, J. (1999) *Historia y crítica de la opinión pública. La transformación estructural de la vida pública*, Barcelona: G.Gili.

LAGORIO, C. (2012) *Pensar la modernidad. Una historia cultural de las revoluciones*, Buenos Aires: Biblos.

LOWE, D. (1999) *Historia de la percepción burguesa*, México: FCE.

MONTAIGNE, M. (1991) *Ensayos completos*, México: Porrúa.

NEGRI, A. (2008) *Descartes político. O de la razonable ideología*, Madrid: Akal.

OGG, D. (1974) *La Europa del antiguo régimen*, Madrid: Siglo XXI.

PANDOLFI, A. (2007) *Léxico de política*, Buenos Aires: Nueva Visión.

PAZ, O. (1971) “El mundo prehispánico. Risa y penitencia” en *Los signos en rotación y otros ensayos*, Madrid: Alianza.

RICCIARDI, M. (2003), *Revolución*, Buenos Aires: Nueva Visión.

RICHET, D. (1980), “Orígenes ideológicos de la revolución francesa”, en AA.VV., *Estudios de la Revolución francesa*, Madrid: Akal.

ROJAS, R. (2008), “Traductores de la libertad. El americanismo de los primeros republicanos” en Altamirano, C. (director) *Historia de los intelectuales en América Latina*. Vol. I, Myers, E., Ed., *La unidad letrada, de la Conquista al modernismo*, Madrid: Katz.

ROMERO, J. L. (2008) *Estudio de la mentalidad burguesa*, Buenos Aires: Alianza.

ROMERO, J. L. (2011) *Latinoamérica. Las ciudades y las ideas*, Buenos Aires, Siglo XXI.

RUDE, G. (1989), *La Revolución francesa*, Buenos Aires: Vergara.

SKINNER, Q. (2010) *Hobbes y la libertad republicana*, Buenos Aires: UNQ-Prometeo.

SAZBÓN, J. (2007), “Figuras y aspectos del feminismo ilustrado”, en *Cuatro mujeres en la Revolución francesa*, Buenos Aires: Biblos.

TODOROV, T. (1998) *La conquista de América. El problema del otro*, México: Siglo XXI.

TENENTI, A. (2000) *La Edad Moderna*, Barcelona: Crítica.

TOULMIN, S. (2001) *Cosmópolis. El trasfondo de la modernidad*, Barcelona: Península.

El fin de una ilusión

El ocaso del siglo XIX

Federico Cormick

De la utopía liberal a la decadencia de Occidente

Para 1918, según lo sentenció Oswald Spengler, había llegado la decadencia de Occidente. El pesimismo del filósofo alemán expresaba la crisis de las elites europeas ante el derrumbe del mundo que había idealizado la burguesía a lo largo del siglo XIX. El tortuoso escenario de la Primera Guerra Mundial y el despliegue de una serie de revoluciones sociales tiraban por la borda aquella expectativa en el triunfo del progreso y la razón, que habían pasado al centro de la escena con la Ilustración, la Revolución francesa y la Revolución industrial.

El capitalismo industrial había irrumpido en Inglaterra a fines de siglo XVIII, a partir de la producción textil y metalúrgica, con la extensión del sistema de fábrica y la máquina de vapor. Trajo consigo un acelerado crecimiento de las ciudades y del comercio, y un cambio en el mapa social. La pujante burguesía, dedicada hasta entonces principalmente al comercio y las finanzas, se volcó cada vez más hacia la industria y disputó la exclusividad de la nobleza terrateniente como clase dominante. Entre los sectores humildes, junto a artesanos, pobres urbanos y una enorme mayoría de campesinos, comenzó a erigirse una nueva clase social que, por medio del trabajo asalariado, vendía su esfuerzo a industriales y empresarios: la clase

obrero. Su importancia para el nuevo mundo capitalista, sus pésimas condiciones de existencia y su vertiginoso crecimiento la hicieron objeto de la reflexión crítica y centro de nuevas organizaciones sociales y políticas. Karl Marx señaló entonces al proletariado no solo como la base productiva de la sociedad, sino como el protagonista de los futuros cambios revolucionarios.

Ya en las últimas décadas antes del siglo XIX, el capitalismo había adquirido otra fisonomía. Los cambios tecnológicos fueron un factor importante. Con la revolución de los transportes y las comunicaciones se crearon y desarrollaron el telégrafo, el teléfono y la radio; hubo una mejora significativa del barco de vapor y, sobre todo, se extendió como nunca el ferrocarril. De poco más de 8.000 kilómetros de vía existentes hacia la década de 1840 se pasó a más de un millón de kilómetros en la década de 1920. Junto a los principales complejos ferroviarios del occidente europeo y los Estados Unidos, ya en las últimas décadas del siglo XIX se desarrollaba en América Latina, Asia y Rusia, constituyéndose como un gran motor de inversiones, dinamizador del mercado mundial y una pieza clave que contribuyó a la división internacional del trabajo. Para el cambio de siglo se destacaban también el uso de la energía eléctrica y del petróleo, base para el desarrollo del motor a combustión y la consecuente producción automotriz, que será centro de la industria de principios del siglo XX. A este ritmo, la industria pesada fue ganando terreno por sobre la pequeña industria dedicada a bienes de consumo, y se expandieron la circulación monetaria y los nuevos instrumentos financieros como créditos bancarios, acciones de sociedades anónimas, o seguros.

La crisis económica de 1873 puso límite a la libre competencia y, mediante el proteccionismo y la expansión colonial, propició el fortalecimiento de las economías de importantes países. La salida de aquel episodio se montó sobre cambios estructurales de importancia que buscaban una mayor productividad. Así se generó la concentración de capitales, un proceso de integración y absorción empresaria por medio del cual se constituyeron grandes corporaciones y oligopolios que asumieron una posición muy influyente en sus respectivos países de origen y estrecharon sus lazos con esos estados.

La gestión científica inaugurada por Frederick Taylor hacia 1890 se orientó también a un aumento de la productividad a partir de la eliminación de los “tiempos muertos” del trabajo y la aceleración de su ritmo por medio de la rutinización del trabajo. Ahora que ya eran millones los trabajadores industriales, y muchos de ellos ya no estaban en el taller o la pequeña fábrica sino en grandes plantas industriales con miles de asalariados, se buscaba, al decir de David Landes, “convertir al operario en un autómeta adaptado al ritmo de su equipo”. El modelo taylorista (poco después ampliado por Henry Ford en los Estados Unidos) marcó las formas del trabajo para gran parte del siglo xx, como magistralmente lo retrató Charles Chaplin en *Tiempos modernos*.

Para entonces, aunque Inglaterra siguió siendo el centro de los servicios financieros, comerciales y navieros, se hizo evidente que estaba perdiendo el monopolio del poder económico mundial, principalmente por el ascenso de los Estados Unidos y Alemania.

El nacionalismo adquirió nuevas características y se desplegó de forma notable. Si durante gran parte del siglo xix se había identificado con los movimientos liberales y radicales de la tradición de la Revolución francesa, hacia fines de siglo, el nacionalismo fue apropiado de forma creciente por sectores de derecha. Además, esa reivindicación nacional ya no se limitaba a los grandes estados (como los recientemente unificados alemán e italiano) sino que se extendía también como ideología de grupos que constituían minorías dentro de constelaciones políticas más amplias. Fue entonces que se procedió a la fijación de las lenguas, convirtiéndose estas en un aspecto central para la delimitación nacional. El nacionalismo, convertido en una nueva religión civil, sirvió a los estados para educar a la población, sobre todo a partir de una instrucción estatal que homogenizaba la lengua y las reglas de ciudadanía, promoviendo una orientación patriótica que permitía la movilización en defensa de la nación y sus gobiernos.

La expansión colonial fue un factor clave para el fortalecimiento de las grandes potencias europeas. En esta escalada imperialista influyeron motivaciones ideológicas de gobiernos que ligaron la prosperidad futura a la incursión colonial y su afirmación nacionalista con la práctica guerrerrista. La dimensión económica fue fundamental en

ese marco: la prosperidad dependía directamente de la obtención de materias primas provenientes de los países dependientes, la colocación de los productos elaborados en las metrópolis y del crecimiento de sus inversiones por medio de la exportación de capitales. Solo así puede entenderse que Inglaterra, por ejemplo, entre 1885 y 1920 pasara de invertir en el exterior doscientos millones de libras esterlinas a dos mil cuatrocientos millones.

Inglaterra, Francia, Alemania, Italia, los Países Bajos, Bélgica, los Estados Unidos y Japón encabezaron la lista de quienes, junto a algunos antiguos conquistadores como Portugal, desplegaron su poderío por casi todo el mundo no europeo. La zona del Pacífico y África fueron las áreas principales de ocupación directa y América, el continente en donde prevalecieron mecanismos de dominación indirecta, aunque no se salvó de las incursiones norteamericanas. En la conferencia de Berlín (1885) las principales potencias acordaron las pautas que daban derecho a la ocupación colonial en un virtual reparto del territorio existente, y se ponía como condición para su adjudicación la ocupación efectiva del terreno. La carrera se aceleró desde entonces y ya para 1914, cerca del 60% de las tierras y del 65% de la población mundial dependía directamente de Europa, ocupando casi por completo los continentes de África y Oceanía.

Amparada en la expansión imperialista y en el nuevo ciclo de crecimiento económico iniciado hacia 1890, la burguesía europea vivía en el lujo y el optimismo de la *belle époque*, cuyo símbolo y centro era París. Es cierto que en el viejo continente, las grandes guerras no eran moneda corriente desde hacía décadas. Pero aquella era una “paz armada” en la que todos corrían para llegar primeros en el reparto colonial y la producción de armamentos, abonando esa situación explosiva con la exaltación nacionalista. En algún momento, y aún sin tener cabal conciencia de las implicancias, la dinámica expansionista activó el juego de pactos que unía a Alemania con el Imperio austrohúngaro e Italia (la Triple Alianza) contra Rusia, Francia, y finalmente también Inglaterra (la Triple Entente). El paso decisivo lo dio Alemania, ya convertida en principal potencia militar europea y empapada de nacionalismo romántico: en 1914 comenzó la guerra más espectacular que hubiera visto nunca el mundo.

Con el inicio de la Primera Guerra Mundial y la irrupción de la revolución rusa poco después, la sociedad occidental cerraba un ciclo de su historia. Como reflexionaba el peruano José Carlos Mariátegui a poco de volver de la Europa de posguerra:

La guerra mundial no ha modificado ni fracturado únicamente la economía y la política de Occidente. Ha modificado o fracturado, también, su mentalidad y su espíritu... Todas las energías románticas del hombre occidental, anestesiadas por largos lustros de paz confortable y pingüe, renacieron tempestuosas y prepotentes. Resucitó el culto de la violencia. La Revolución rusa insuffló en la doctrina socialista un ánimo guerrera y mística. Y al fenómeno bolchevique siguió el fenómeno fascista. Bolcheviques y fascistas no se parecían a los revolucionarios y conservadores prebélicos. Carecían de la antigua superstición del progreso. Eran testigos, conscientes o inconscientes, de que la guerra había demostrado a la humanidad que aún podían sobrevenir hechos superiores a la previsión de la ciencia y también hechos contrarios al interés de la civilización.

Efectivamente, el optimismo burgués que creía en un futuro signado por el progreso económico y cultural, por la expansión del capitalismo y el liberalismo, se había desplomado.

La irrupción de la clase obrera y las experiencias socialistas

A comienzos del siglo xx, la clase obrera europea era un actor central del escenario político. Sus organizaciones sindicales y políticas eran enormes y la mayoría de los sectores más activos se reconocían como parte de la corriente socialista. El Partido Socialdemócrata alemán, el más importante de la izquierda europea, llegó entonces a contar con un millón de afiliados: dirigía los principales organismos sindicales, editaba cotidianamente decenas de publicaciones e incluso se

convirtió en la primera fuerza parlamentaria con la obtención de 110 bancas en 1912.

En un principio, la joven clase obrera desplegó formas de acción rudimentarias en defensa de sus condiciones de vida y trabajo. En la década de 1810, los *ludistas* destruían las maquinas industriales porque con ellas se promovía la descalificación de su trabajo artesanal. En las décadas del 20 y del 30, los trabajadores participaron junto con otros sectores sociales en las revoluciones “burguesas” que reclamaban derechos políticos democráticos, retomando el ideario de la Revolución francesa de 1789. Por entonces, las únicas organizaciones independientes de trabajadores eran efímeras sociedades de resistencia y de ayuda mutua. Recién hacia fines de 1930, en Inglaterra se dio el *cartismo*, el primer movimiento político importante y propio de trabajadores que reclamaban derechos políticos como el sufragio universal. Y ya en 1848, un ciclo revolucionario europeo más profundo contó con un creciente protagonismo de la clase obrera, que en Francia quedó sola y bajo el fuego de la represión cuando la burguesía liberal capituló. En *18 Brumario de Luis Bonaparte*, Karl Marx señaló a ese hecho como el punto de quiebre definitivo entre la burguesía y el proletariado: a pesar del repliegue de otros sectores, la clase obrera se había mantenido en pie en su lucha, dando cuenta de su capacidad de intervención política independiente.

Para esa primera mitad del siglo XIX, el pensamiento socialista era bastante heterogéneo. El cooperativismo inglés promovido por el industrial Robert Owen trataba de generar mejores condiciones de vida para la clase obrera, manteniendo su fe en el progreso y la razón. Cuando Owen reconoció la imposibilidad de sostener esas pequeñas islas cooperativas en medio de la vorágine capitalista, optó por acompañar el desarrollo del naciente movimiento obrero inglés. En Francia, el conde Henri de Saint Simon, formado en el positivismo de August Comte, también apostaba al progreso para una sociedad más igualitaria. Consideraba central el desarrollo material y la industrialización y por eso rechazaba el rol de terratenientes y usureros, considerados improductivos, y destacaba en cambio el lugar de las “clases productoras”: la burguesía industrial y la clase obrera. Charles Fourier, en cambio, rechazaba la industrialización y sus efectos devas-

tadores, así como el liberalismo y la moral burguesa, convirtiéndose en un pionero en favor de la igualdad de géneros entre hombres y mujeres. Con la creación de comunidades cooperativas autosuficientes e igualitarias —el falansterio— incorporó en el pensamiento socialista la idea del cuerpo social autorregulado —la comuna—.

Estos pensadores fueron catalogados luego por Karl Marx y Friedrich Engels, en el célebre *Manifiesto comunista* (1848), como socialistas utópicos, por considerar que sus planteos no tenían perspectiva de realización. Ya para entonces, Marx, filósofo y periodista alemán, se había convertido en una de las figuras más influyentes del socialismo. Si bien era cierto —decía— que el desarrollo material (producto de la industrialización) generaba mejores condiciones para avanzar hacia un proyecto igualitario, éste no sería posible si no se basaba en la lucha de la clase obrera contra la explotación de la burguesía que se beneficiaba de su trabajo. Así como en la Revolución francesa la pujanza de la burguesía había desplazado a la nobleza y hecho avanzar a la sociedad hacia el progreso, en la ya madura sociedad capitalista esa lucha de clases debía ser protagonizada por el proletariado, como única forma de superar definitivamente las penurias presentes. Su pensamiento, fuertemente influido por la filosofía de Hegel, hacía énfasis en el análisis económico-social, particularmente en la teoría del valor-trabajo que explicaba que la acumulación de capital ostentada por las clases pudientes se fundamentaba en la apropiación del producto del trabajo de la clase obrera, por medio de la plusvalía. Lo fundamental de este análisis lo plasmó en su obra más importante, *El capital*, cuyo primer tomo publicó en 1867.

Tres años antes, en septiembre de 1864, se había fundado la Asociación Internacional de Trabajadores (más conocida como Primera Internacional) para la cual Marx redactó su manifiesto inaugural, un llamado a los trabajadores del mundo en que se señalaba que “la emancipación de la clase obrera exige su fraternal unión y colaboración”. De aquella I Internacional participaron representantes de sindicatos como los *trade-unions* ingleses, agrupaciones políticas e intelectuales afines, con la intención de convertirse en “un centro de cooperación y comunicación entre los obreros de diferentes países” y la perspectiva de superar la sociedad de clases. Además de Marx y

sus seguidores, fue importante la presencia de Mijaíl Bakunin, un revolucionario muy activo, crítico acérrimo de la religión y de la existencia del Estado, considerado padre del anarquismo junto con Joseph Proudhon. Aunque compartían la perspectiva comunista igualitaria, la necesidad de la revolución violenta contra la burguesía y la centralidad de los trabajadores en esa lucha, anarquistas y socialistas se enfrentaron duramente en la I Internacional, por sus diferencias sobre la organización y sobre la participación de los trabajadores en la política electoral. Finalmente, los bakuninistas se retiraron en 1872, mientras la I Internacional continuó activa, ahora con sede en los Estados Unidos, hasta el año 1876.

Durante aquellos años de la I Internacional, los trabajadores y sectores populares franceses protagonizaron la experiencia más radical que se hubiera conocido en la historia de la clase obrera hasta el momento: la comuna de París de 1871. En el marco de la guerra franco-prusiana (1870–1871), tras la capitulación del ejército francés ante Alemania, las masas de París se insurreccionaron, contando con la participación de los trabajadores y de la Guardia Nacional que en su enorme mayoría había sido armada recientemente para la defensa de la ciudad. Se eligieron nuevas autoridades entre los que había obreros, artesanos y profesionales de tendencias socialistas, anarquistas y radicales y se nombró (simbólicamente, porque estaba en prisión) al aguerrido socialista Auguste Blanqui como su presidente. Durante setenta días la comuna realizó transformaciones inéditas, como la disolución del ejército permanente y su reemplazo por milicias populares. Los representantes pasaron a cobrar un sueldo igual al de un obrero y sus mandatos se hicieron revocables, pudiendo ser destituidos si no cumplían. Además, se suprimió el trabajo nocturno en las panaderías y el sistema de multas a los trabajadores, se amplió la educación gratuita y laica y los talleres abandonados o paralizados por los empresarios se entregaron a cooperativas de obreros.

Para esos años, Marx escribió un manifiesto de la I Internacional (luego editado como *La guerra civil en Francia*) en donde señalaba:

El fin de una ilusión

Cuando la Comuna de París tomó en sus propias manos la dirección de la revolución; cuando, por primera vez en la historia, simples obreros se atrevieron a violar el privilegio gubernamental de sus “superiores naturales” y, en circunstancias de una dificultad sin precedentes, realizaron su labor de un modo modesto, concienzudo y eficaz... el viejo mundo se retorció en convulsiones de rabia ante el espectáculo de la Bandera Roja, símbolo de la República del Trabajo, ondeando sobre el Hôtel de Ville.

Efectivamente, las clases dominantes francesas suspendieron por un momento sus discordias con Prusia y se enfocaron en la represión del levantamiento, donde murieron 30.000 personas y detuvieron a 45.000 comuneros. No obstante la derrota, la experiencia de la comuna de París fue entendida por el movimiento socialista como evidencia de la gran capacidad de autoorganización de los trabajadores, constituyéndose como un nuevo punto de partida para las proyecciones revolucionarias futuras.

Pocos años después, en 1875, la fundación del Partido Socialdemócrata Alemán daba inicio a la aparición de una nueva serie de partidos obreros. A partir de la década del ochenta, en Francia se recompusieron fuerzas, se impulsó la formación de partidos en Dinamarca, Suecia, Bélgica, Austria, Suiza, Italia y los Estados Unidos, al tiempo que nacían grupos marxistas en Finlandia y Rusia, fundamento del futuro Partido Obrero Socialdemócrata Ruso conformado en 1898.

Sobre esa base, en 1889 se fundó en París la II Internacional, una coordinación de partidos obreros socialistas y laboristas que contó con la presencia de Engels (Marx había muerto hacía unos años). Comenzó a tomarse entonces en muchos lugares del mundo el 1° de Mayo como el día internacional del trabajador, en demanda de reivindicaciones obreras, haciendo homenaje a los mártires de Chicago asesinados unos años antes. En la II Internacional, los debates y tensiones ya no fueron con los anarquistas (que no formaron parte), sino entre las tendencias del socialismo. El alemán Eduard Bernstein se convirtió en el principal teórico del ala reformista o revisionista, cuestionando la vigencia el planteo de Marx sobre la

necesidad de la lucha violenta por el poder. Para el revisionismo, el desarrollo material del capitalismo junto con las conquistas económicas y políticas obtenidas por la clase obrera y los partidos socialistas, daban cuenta de que el socialismo debía alcanzarse por medio de una evolución pacífica basada en el desarrollo del sindicalismo y de la acción política parlamentaria. En contraposición, los revolucionarios sostenían que la acción sindical y la intervención en el plano electoral eran mecanismos válidos para la difusión del socialismo y el crecimiento del movimiento, pero seguían considerando que la única forma de conseguir un cambio profundo a favor de la clase obrera era por medio de una insurrección o guerra civil que desplazara a la burguesía del poder y diera lugar a un gobierno obrero. Rosa Luxemburgo, una de las dirigentes más radicales del Partido Socialdemócrata Alemán, expresión del paulatino protagonismo que algunas mujeres comenzaban a tener en la vida social y política europea, enfrentó al revisionismo en su texto *Reforma o revolución* de 1898.

A principios del siglo xx, los partidos socialdemócratas de la II Internacional llegaron a desplegar una actividad importante, con el partido alemán como su ejemplo de avanzada. Este crecimiento estuvo ligado, sin embargo, con una creciente adaptación a las formas de la política vigente hegemonizada por partidos liberales y conservadores de la burguesía. En su intento por hacerse un lugar en la política nacional, amplios sectores de la socialdemocracia fueron abandonando algunas posturas originales, como el internacionalismo, el rechazo al colonialismo y a la guerra. Esta tensión estalló en 1914, cuando comenzó la Primera Guerra Mundial y la gran mayoría de los partidos y dirigentes socialdemócratas se alinearon junto a sus gobiernos y clases dirigentes haciendo volar por los aires la II Internacional. Fue en ese marco que volvió a cobrar relevancia el ala radical de los revolucionarios que, con dirigentes como Luxemburgo, Vladimir I o Lenin, sostuvieron su enfrentamiento a la guerra y se distanciaron de sus antiguos aliados. Como se vería solo unos años después, la crisis de la antigua dirigencia socialdemócrata iría de la mano del ascenso de una nueva camada de revolucionarios que alcanzaron un gran protagonismo a partir de la Revolución rusa.

El momento de las oligarquías en América Latina

Para fines del siglo XIX, gran parte de América Latina había conquistado su autonomía política.

Las guerras de independencia, iniciadas en Haití en 1791 y desplegadas por amplios sectores del continente a partir de 1808, habían desplazado a las monarquías europeas. Luego de décadas de guerras civiles y convulsión interna, la segunda mitad del siglo XIX encontró a los nuevos países latinoamericanos iniciando la estructuración de sus estados nacionales.

Aunque los ejércitos independentistas estuvieron nutridos por los sectores plebeyos (indígenas, negros de origen africano, criollos de bajo rango social), los nuevos estados latinoamericanos se fueron gestando alrededor de una elite minoritaria, la oligarquía. Las reformas liberales que llevaron a la formación del Estado, sus ejércitos e instituciones, y que en algunos países redujeron el poder de la Iglesia, avanzaron también sobre las tierras y las formas del trabajo.

Por medio de importantes campañas militares se desplazó a gran parte de la población indígena de los territorios que habitaban. Otros, sin ser desplazados, fueron subsumidos en la gran propiedad y perdieron el derecho sobre sus tierras. En zonas poco pobladas, principalmente del cono sur (como Argentina, Brasil, Uruguay y Chile) se promovió la colonización, muchas veces a partir de la inmigración de sectores empobrecidos de Europa, entre ellos de italianos, españoles, franceses, alemanes, polacos y judíos. Además, allí donde existían plantaciones sobre la base del trabajo esclavo, se promovió su abolición (conseguida finalmente en 1884 en Cuba y en 1886 en Brasil) y su transformación en trabajo asalariado.

La coronación de aquel proceso se dio hacia la década de 1880 cuando, en el marco de la extensión del comercio mundial y del imperialismo, las elites latinoamericanas promovieron la incorporación de sus respectivos países al mercado internacional por medio de la exportación de materias primas y la compra de productos manufacturados a países industrializados. Sobre esta división internacional del trabajo se desplegó un capitalismo de carácter dependiente,

regenteado por las elites oligárquicas y abonado por la entrada del capital extranjero.

A lo largo del continente, desde los regímenes de Porfirio Díaz en México hasta el de Julio Argentino Roca en Argentina, estos sistemas elitistas se sostenían mediante distintos mecanismos legales y fraudulentos (como la compra de votos y el fraude electoral) que garantizaban una política restringida a pequeños círculos de poder, dejando sin participación a las amplias masas populares.

Bajo este régimen oligárquico se dio un importante crecimiento económico, que fue acompañado por el demográfico: las treinta millones de personas que poblaban América Latina para mediados del siglo XIX, pasaron a superar las cien millones para 1930. Con ello, crecieron también las grandes ciudades, algunas de las cuales (sobre todo en Brasil, Argentina, Chile, Colombia y México), tenían entre uno y dos millones de habitantes, asimilándose a los países europeos y a los Estados Unidos. Este modelo económico y político no implicó el abandono de la hegemonía europea sino el reemplazo del antiguo dominio directo colonial (de España y Portugal, principalmente) por un nuevo pacto colonial en el que la primera gran beneficiada fue Inglaterra, cuya hegemonía empezó a disputar cada vez más los Estados Unidos.

Argentina, Bolivia y Chile orientaron principalmente sus exportaciones a Inglaterra, mientras otros países como Honduras, Panamá, Puerto Rico, Cuba, México, Brasil o Colombia lo hicieron hacia los Estados Unidos. También se orientaron exportaciones a Francia y Alemania. Prácticamente el 90% de las exportaciones latinoamericanas se destinaba a esos países, que a su vez eran los principales exportadores de capitales. El capital extranjero fue preponderante en los circuitos de transporte y de algunas áreas estratégicas como la minería o el petróleo, mientras las elites locales dominaban la explotación de otros recursos primarios, principalmente agropecuarios. Este proceso fue acompañado por el aumento de los créditos a gobiernos y del endeudamiento externo. Así, las sesenta millones de libras esterlinas que América Latina adeudaba en 1865, pasaron a 440 millones en 1914.

Los Estados Unidos plantearon claramente su pretensión de desplazar a los países europeos y ser la única potencia que influyera sobre América Latina y con derecho a intervenir militarmente, al establecer su Doctrina Monroe en 1823, sintetizada en la expresión: “América para los americanos”. La guerra de mediados de siglo XIX, en la que se apoderó de gran parte del territorio mexicano, lo ratificó. En 1898, los Estados Unidos volvieron a dar impulso a su política expansionista, al decidir unilateralmente inmiscuirse en la guerra de independencia cubana, sumándose al enfrentamiento contra España para poder apropiarse de sus colonias. En efecto, tras la derrota de España, los Estados Unidos consiguieron que Puerto Rico (al igual que Filipinas y Guam) pasara a ser su dependencia colonial. Luego de ser ocupada unos años, a Cuba se le permitió convertirse en un estado independiente, pero con la condición de aceptar la Enmienda Platt en su constitución, en la que se preveía el derecho a la intervención norteamericana en caso de que los Estados Unidos consideraran afectados sus intereses. Para entonces, los Estados Unidos ya tenían ascendencia sobre gran parte de la producción y el comercio centroamericano. Un claro ejemplo fue la conformación de la United Fruit Company en 1899, empresa que monopolizó el negocio bananero de Costa Rica, Honduras y Guatemala y se constituyó en un factor central de poder en la región. En el mismo sentido, los Estados Unidos promovieron la secesión de una provincia norteña de Colombia y el nacimiento de Panamá como estado autónomo que le cedió al país del norte los derechos sobre el estratégico canal de Panamá, por donde pronto pasaría gran parte del comercio internacional. De este modo, a comienzos del siglo XX los Estados Unidos se postulaban ya como la principal potencia con hegemonía sobre América Latina, que abonó también, cuando necesitó, con nuevas incursiones militares, como las de Cuba (1906-1909 y 1912), República Dominicana (1907), Nicaragua (1909) y Haití (1915).

La resistencia popular latinoamericana

Las clases pudientes bolivianas se aterrorizaron al ver que miles y miles de soldados de las harapientas tropas indígenas que respondían a Pablo Zárate *Willca* entraban en la ciudad de Oruro (Bolivia) en abril de 1899. Las razones por las que habían llegado a tomar las armas eran bien propias de su grupo social. Reclamaban por la participación política de quechuas y aymaras y por la devolución de las tierras comunales. Por eso es que se involucraron en las guerras civiles, y por eso es también que fueron aplastados por el nuevo estado oligárquico que no contaba con un lugar para esas demandas.

Semejante levantamiento del campesinado indígena no era algo de todos los días, pero expresaba a escala lo que constituía en gran parte de América Latina una de las principales bases del conflicto social. Por todo el continente se desplegaban expresiones de resistencia y revueltas locales en el mismo sentido como respuesta a la expansión de las haciendas a expensas de las tierras campesinas (muchas veces indígenas), al maltrato y las formas de dependencia (como el peonaje por deudas) que se generaban dentro de las haciendas, o a las reformas que tendían a la proletarización de las masas rurales llevando a la desintegración de sus formas tradicionales de vida. El enfrentamiento con los hacendados implicaba un choque con el Estado que, no solo los protegía y expresaba, sino que además asumía esas mismas prácticas de apropiación de tierras (para la extensión del ferrocarril o para su venta). Una década después, la resistencia de las comunidades mexicanas de Morelos dejó en claro hasta qué punto este volcán podía explotar.

En otras áreas rurales, principalmente en las zonas de plantaciones, los trabajadores agrícolas llegaron a organizar sindicatos antes de la Primera Guerra Mundial, desplegando en esos años importantes luchas, como sucedió con trabajadores cañeros en Perú o en las plantaciones de café de Colombia.

La proletarización y sindicalización en las zonas rurales fue parte de un proceso más amplio que llevó, en ese período, al nacimiento de una clase obrera latinoamericana y al desarrollo del movimiento

sindical ligado a los transportes, la explotación minera y petrolera y la naciente industria de bienes de consumo. Este proceso, que dio lugar a la conformación de las primeras organizaciones y centrales obreras y sus huelgas, se desplegó interrelacionado con la formación de tendencias anarquistas y en menor medida socialistas, predominantemente vinculados con la orientación reformista de parte de la II Internacional. Estos grupos tenían una presencia importante en áreas relacionadas con el mercado mundial; por ejemplo, entre los mineros y ferrocarrileros de México y Bolivia, los trabajadores del salitre en Chile, los portuarios por donde salía la producción cafetalera en Brasil, los jornaleros rurales y trabajadores del ferrocarril en Argentina; y también en industrias vinculadas con la producción local, como los trabajadores de los ingenios azucareros en Perú y Cuba; de la industria textil de Río Blanco y del Valle de México, de Río de Janeiro y San Pablo en Brasil y de Lima en Perú.

Las huelgas se orientaron a reclamos sociales y condiciones de trabajo, aunque se vincularon al mismo tiempo con una crítica social más profunda en la medida en que muchas de las experiencias obreras y de las nacientes centrales sindicales estaban orientadas por el pensamiento radical de anarquistas y socialistas. La acción directa era la característica más general, en un marco en el que no se había desplegado (ni se aceptaba) la intermediación de los organismos laborales del Estado.

Una de las expresiones más importantes de la lucha del movimiento obrero de principios de siglo se vivió en Argentina hacia 1910. La “Semana Roja” de 1909, abierta tras la dura represión el 1° de Mayo ya había llevado a realizar una importante huelga general de una semana encabezada por la FORA (anarquista), acompañada por la UGT (socialista) que se extendió por distintos puntos del país. Poco después, el movimiento obrero argentino orientado nuevamente por la FORA hizo una gran demostración de fuerzas cuando la oligarquía gobernante pretendía festejar el centenario de la Revolución de Mayo, sosteniendo una nueva huelga general iniciada con una movilización de 70.000 trabajadores que costó la detención de unos 2.000 activistas. En aquel marco, junto con las demandas socioeconómicas, los trabajadores orientaban su lucha hacia la libe-

ración de los cientos de presos sindicales y la derogación de la Ley de Residencia, por medio de la cual muchos de ellos eran deportados.

Ya para la segunda década del siglo xx, el predominio anarquista cedió ante el peso creciente de los socialistas. Entre ellos, algunos tomaron una posición más radical, influenciada por la revolución bolchevique de 1917 y abonaron la conformación de partidos comunistas.

Las ramas más moderadas, por su parte, habitualmente definidas como partidos socialistas, fueron partícipes entusiastas del proceso de mayor institucionalización del conflicto laboral con la participación del Estado en las negociaciones. Ese proceso empalmó con el reclamo de apertura democrática que diversos sectores de las elites ilustradas, las clases medias y los trabajadores sostuvieron frente a la cerrazón de los regímenes conservadores, logrando la proclamación de una nueva legislación orientada a garantizar el sufragio universal. Así fue en países como Uruguay, Chile o Argentina con la Ley Sanz Peña de 1912, lo que dio más aire a los movimientos políticos que recusaban la dirección de la elite tradicional, como el partido demócrata peruano o el radicalismo argentino, desde entonces incorporado a la política parlamentaria (luego de dos décadas marcadas por el boicot electoral y los levantamientos armados contra el régimen oligárquico).

Además, en este período se cerró el ciclo de las guerras de independencia frente a la colonización española (iniciadas un siglo antes en Haití), en el nuevo marco de expansión imperialista y la ascendente hegemonía estadounidense en el continente. Así, luego de diez años de una primera guerra de independencia infructuosa iniciada en 1868 y hegemonizada por los hacendados, el pueblo de Cuba volvió a la carga en 1895. Por supuesto, la sociedad era ya muy distinta de aquella en la que lucharon San Martín y Bolívar. Ahora, los sectores ilustrados más radicalizados, representados por el abogado y escritor José Martí, se integraron con sectores humildes del campo e incluso de la naciente clase obrera. Al luchar bajo la amenaza latente (finalmente efectivizada) de intromisión norteamericana, los pensadores de la independencia cubana incorporaron, junto con el planteo anticolonial, concepciones antiimperialistas, algo que generará una

enorme influencia en el siglo xx, tanto en Cuba como en otras experiencias de lucha contra la ocupación norteamericana.

De esta forma, el escenario latinoamericano estaba nutrido por una serie de luchas propias de la especificidad del continente. A la tradición anticolonial se integraba la vigencia de luchas antiimperialistas ante la hegemonía norteamericana. Y junto a las repetidas luchas por gran parte del territorio americano de un extenso movimiento campesino, muchas veces de raíz indígena y con tradiciones ancestrales, se ponía en evidencia la pujanza de un joven movimiento obrero que se hacía sentir en los centros más importantes de industria e intercambio y que se nutría también de las corrientes socialistas y anarquistas. Todos estos movimientos sociales convergerían pronto en las grandes luchas del siglo xx inauguradas en América Latina por la revolución mexicana.

Bibliografía

ALDCROFT, D. (1989) *Historia de la economía europea, 1914-1980*, Barcelona: Crítica.

ARÓSTEGUI, J., BUCHRUCKER, C. y SABORIDO, J. (dirs.) (2001) *El Mundo contemporáneo: historia y problemas*, Buenos Aires-Barcelona: Biblos-Crítica.

BETHELL, L. (1984) *Historia de América Latina*, Barcelona: Crítica.

BRIGGS, A. y CLAVIN, P. (1997) *Historia contemporánea de Europa. 1789-1989*, Barcelona: Crítica..

CABRERA, M. y otros (1991) *Europa en crisis. 1919-1939*, Madrid: Ed. Pablo Iglesias.

CHEVALIER, F. (1999) *América Latina de la independencia a nuestros días*, México: FCE.

CIPOLLA, C. (1985) (dir.) *Historia económica de Europa*, Barcelona: Crítica.

DROZ, J. (1979) *Historia general del socialismo*, Barcelona, Destino.

GALEANO, E. (2010), *Las venas abiertas de América Latina*, Buenos Aires: Siglo XXI.

HOBBSBAWM, E. (1998) *La era del imperio (1875-1914)*, Buenos Aires: Crítica.

----- (1998) *La era del capital (1848-1875)*, Buenos Aires: Crítica.

----- (1996) *Historia del siglo xx*, Barcelona: Grijalbo..

----- (1974) *Las revoluciones burguesas*, Madrid: Ed. Guadarrama.

JOLL, J. (1983) *Historia de Europa desde 1870*, Madrid: Alianza.

MELGAR BAO, R. (1989) *El movimiento obrero latinoamericano*, México: Alianza.

MIRES, F. (1988) *La rebelión permanente*, México: Siglo XXI.

MIÈGE, J. (1980) *Expansión europea y descolonización. De 1780 a nuestros días*, Barcelona: Labor.

MOMMSEN, W. (1991) *La época del imperialismo. Europa 1885-1918*, México: Siglo XXI.

- MORI, G. (1983) *La revolución industrial*, Barcelona: Crítica.
- MOSSE, G. (1997) *La cultura europea del siglo XIX*, Barcelona: Ariel.
- THOMPSON, E. (1989) *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Barcelona: Crítica.
- ZORGBIBE, C. (1997) *Historia de las relaciones internacionales. 1. De la Europa de Bismarck hasta el final de la Segunda Guerra Mundial*, Madrid: Alianza.

Fuegos de octubre

La Revolución rusa desde sus orígenes

Federico Cormick

Salí a la calle. Soplaban un viento frío y húmedo del oeste; un barro helado atravesaba la suela de mis zapatos. Dos compañías de junkers, rígidos dentro de sus largos capotes, subían por la Morskaia, cantando a coro una de aquellas vigorosas canciones que los soldados entonaban en otro tiempo bajo el zar. Al llegar a la primera esquina de la calle, me di cuenta de que la milicia municipal estaba montada y armada con revólveres en nuevos y relucientes estuches. Un pequeño grupo de personas, asombradas, miraba en silencio. En la esquina de la Nevski compré un folleto de Lenin. ¿Podrán mantenerse en el poder los bolcheviques?

La pregunta, que muchos se hacían en aquellos días previos a la Revolución de Octubre, inquietaba la pluma del periodista John Reed, quien se había vuelto un observador privilegiado. Así como se había acercado a las batallas de la revolución mexicana de 1910 junto a Pancho Villa, había acompañado las luchas del floreciente movimiento obrero norteamericano y había relatado desde adentro la tragedia de la Primera Guerra Mundial, también en 1917 había viajado con urgencia, esta vez a Rusia, para apreciar con sus ojos aquel proceso revolucionario en el que, según percibía, “se alzaba la voluntad, aún informe, del proletariado: obreros, simples soldados,

campesinos pobres”. A los pocos días, el joven norteamericano había podido reconocer el fervor ante el ascenso bolchevique:

Un hombre que llevaba un paquete de periódicos fue asaltado por una multitud frenética, que ofrecía uno, cinco y hasta diez rublos, y arrebatava las hojas como los animales se disputan una presa. Era el periódico *Rabotchi i Soldat*, que anunciaba la victoria de la Revolución proletaria, la liberación de los bolcheviques todavía encarcelados y reclamaba la ayuda de los ejércitos del frente y la retaguardia: un pequeño y febril periódico de cuatro páginas, impreso en caracteres enormes y que no contenía noticia alguna.

En el medio de un mundo en guerra, como retrataba Reed, una profunda revolución social se asomó sobre el frío otoñal ruso. Como en México, millones y millones de explotados y oprimidos se levantaron frente al poder establecido. Como en la comuna de París, eran ahora expresiones plebeyas las que se hacían con el poder. Los obreros, los campesinos, los soldados que habían sido alistados para la guerra, todos ellos intervenían en sus propios destinos y perfilaban la construcción de un nuevo orden social. El socialismo pasaba a ocupar un lugar central en la realidad mundial convirtiéndose en un eje que articularía la historia del siglo xx.

Más tarde, ya en el marco de la guerra fría, Hannah Arendt y un conjunto de intelectuales afines forjaron una interpretación que tuvo mucha influencia, en la que se englobaba la experiencia rusa junto a procesos que habían partido de otra base social y otra perspectiva ideológica bajo un criterio común: el totalitarismo. La interpretación de Arendt no tomaba como modelo los años de la revolución obrera y campesina, sino su derivación burocrática posterior expresada en el régimen de Stalin, al que asimilaba con Hitler y Mussolini por su carácter de líderes carismáticos autoritarios que apelaban al terror y la propaganda para el sostenimiento de su poder. Para estos autores, el Estado burocrático que se estructuró en los años treinta bajo el estalinismo y se sostuvo por décadas, era la continuidad necesaria de la Revolución de Octubre de 1917 a la que calificaban como “golpe de Estado”. La

corriente del totalitarismo, forjada en el pensamiento liberal y anticomunista de la guerra fría, se proyectó en nuevas interpretaciones, sobre todo con la caída del muro de Berlín en 1989 y la posterior descomposición de la URSS. La trascendencia social de la revolución se devaluaba así en los difundidos trabajos de Ernst Nolte y en la más refinada corriente revisionista de Francois Furet, quien en *El pasado de una ilusión* (1995) mostraba a la Revolución de Octubre como un “cortocircuito” que interrumpió el normal desenvolvimiento de la historia.

Aunque desde una perspectiva ideológica contrapuesta, las interpretaciones oficiales de la URSS, forjadas al calor del estalinismo y su Academia de Ciencias, también abonaron la tesis de la continuidad. En este caso con una reivindicación de la experiencia revolucionaria como recurso de legitimación del Estado burocrático, presentado como su resultado natural. Los manuales oficiales, fundamentados en una versión vulgarizada del marxismo, construyeron un relato centrado en algunas figuras canónicas, en particular Lenin y Stalin, borrando a quienes fueron considerados enemigos políticos (como Trotsky) y sobre todo desdibujando el rol que las masas obreras y campesinas habían jugado en la revolución.

Hacia los años sesenta crecieron los cuestionamientos a las versiones en que se apoyaban los Estados Unidos y la URSS, en el marco de la crítica a la guerra de Vietnam, en un caso, y del “deshielo” promovido por Nikita Kruschev, en el otro. Para entonces se extendía una nueva historia social y también una serie de aportes desde un marxismo crítico que permitieron un análisis más complejo del fenómeno revolucionario, poniendo en evidencia los aspectos de ruptura que había entre la gesta de 1917 y el estalinismo. Se le prestó atención entonces a aquellas prácticas de Stalin que no podían rastrearse en el bolchevismo, como sus tendencias nacionalistas, el fuerte estatismo, el conservadurismo cultural y hasta sus perfiles antisemitas. El estudio más pormenorizado del proceso permitió, además, redimensionar el papel central que ocuparon amplios sectores de masas en la historia. Los nuevos estudios abrían así un nuevo campo para profundizar el conocimiento de uno de los procesos más trascendentales de la historia contemporánea, cuya presencia, al decir del historiador Eric Hobsbawm, marcó el inicio y el final de un “corto” siglo xx.

Un capitalismo atrasado

Para comienzos del siglo xx, al menos unas cien millones de personas poblaban las enormes extensiones agrícolas del Imperio ruso. Aunque desde fines del siglo xix la población urbana fue en crecimiento, para 1914 no superaba aún al 25% de los —ya para entonces— 175 millones de habitantes del imperio, cuya enorme mayoría residía en la zona europea. Este mundo rural estaba muy atrasado con relación a las formas de producción agrícola de otras áreas europeas, y en muchos casos apenas sobrepasaba los niveles de subsistencia. Hacía solo una generación que, con las reformas del zar Alejandro II, se había definido la emancipación de los siervos (1861), terminando con la legislación de tipo feudal que los señores rusos habían reforzado en siglos anteriores.

En el escenario rural, el poder principal correspondía a la nobleza terrateniente. En ese marco se extendía también la práctica aldeana tradicional: un régimen comunal campesino en donde el consejo de aldea, conocido como *mir* u *obshchina*, redistribuía periódicamente las parcelas de tierra de modo que cada hogar tuviese una participación equitativa. Además, el campesinado ruso tenía ya entonces una larga experiencia de levantamientos y rebeliones violentas contra terratenientes y funcionarios.

En las últimas dos décadas del siglo xix, al margen de este medio rural creció vertiginosamente la industria gracias a políticas de Estado centradas en la promoción de la inversión extranjera, lo que llevó al crecimiento exponencial de las ciudades industriales, principalmente de San Petersburgo y Moscú.

Con una enorme participación de capitales franceses, ingleses, alemanes y belgas, crecieron algunos rubros industriales, sobre todo la producción siderúrgica, la química y la textil. Así, para el ocaso del siglo xix, más de la mitad del capital orientado a la industria era de origen extranjero. Para este proceso fue fundamental, también, la modernización de la banca, operada desde 1890.

La industrialización tardía de Rusia coincidió con el auge del ferrocarril en Europa y otras partes del mundo y efectivamente se convirtió, también, en un motor fundamental de la economía. Si en

la década de 1880 se habían tendido casi 8.000 kilómetros de vía, en la última década del siglo ya se sumarían más de 20.000 kilómetros nuevos, lo que repercutió directamente en la industria, porque el ferrocarril se convirtió en el destino de la mitad de la producción de hierro, acero y maquinaria.

Aun contando con un PBI por habitante muy inferior que el de las principales potencias europeas, este proceso permitió que, antes de la Primera Guerra Mundial, Rusia se convirtiera en la quinta potencia industrial, solo por detrás de Inglaterra, Francia, los Estados Unidos y Alemania. Y a su vez, estas transformaciones modificaron significativamente la estructura social.

Las clases tradicionales rusas seguían las pautas jerárquicas que habían caracterizado toda la Europa moderna: las familias nobles y la Iglesia (que en Rusia era cristiana ortodoxa) ostentaban los más lujosos palacios urbanos, contaban con el control territorial de las grandes extensiones rurales y constituían, además, la base del poder político del zar y su imperio. La nobleza componía el grueso de la burocracia estatal, incluida la oficialidad de los cuerpos militares. En contraste con estas elites, la enorme mayoría de la población rusa estaba compuesta por sectores humildes del campo, pequeños propietarios y jornaleros asalariados. A su vez, con el crecimiento de las inversiones, la industria y los negocios financieros, se constituyó una burguesía local pequeña enormemente dependiente del capital extranjero. Y en vinculación con ella se formó una elite educada y occidentalizada, a la que se conoció como *intelligentsia*.

El crecimiento exponencial de la clase obrera fabril fue un cambio fundamental que se dio en el mapa social de la mano de la industrialización. Se trataba de un proletariado joven, en su mayoría de primera generación, que provenía de un mundo campesino con tradiciones de resistencia. La acelerada proletarización dio lugar a la extensión de las primeras huelgas importantes ya para la década de 1890. Cuando en el *Manifiesto comunista* Marx y Engels habían señalado al proletariado como el futuro sepulturero de la burguesía y el capitalismo, sus miradas estaba en el centro de Europa, mientras Rusia era un país casi sin industria. Sin embargo, a comienzos del siglo xx, esta joven clase obrera se animaría a ocupar ese lugar.

Tradiciones revolucionarias

Los primeros revolucionarios rusos fueron los miembros de la *intelligentsia*. Ya para la década de 1860, este sector intelectual se delimitó ante el conjunto de la sociedad. Eran hombres y mujeres educados, universitarios, en su mayoría ajenos a las familias nobles, preocupados por las condiciones sociales, que adoptaron una crítica radical a la sociedad. Miles se integraron en campañas para el campo en las que se buscaba “ir al pueblo”, dando cuerpo al populismo ruso. Los populistas (*narodnikis*) se volcaron a las comunidades rurales con la perspectiva de promover un socialismo agrario basado en el *mir*, considerando al campesinado como sujeto fundamental de la revolución. Su primera organización se llamaba “Tierra y Libertad”, como el lema del agrarismo mexicano que sostendría Emiliano Zapata décadas más tarde.

Los populistas, al tiempo que valoraban la comuna campesina, se nutrieron de las corrientes intelectuales críticas más importantes de su tiempo, principalmente del marxismo y la naciente socialdemocracia. El proceso de movilización ruso se había vuelto tan importante que los socialistas europeos lo seguían de cerca. El mismo Karl Marx estudió ruso especialmente para incorporarse a las discusiones contemporáneas y analizar las perspectivas del capitalismo en la periferia europea, lo que buscó plasmar en el tercer tomo de *El capital*. De hecho fue frecuentemente consultado por los *narodnikis*. Uno de esos intercambios, el de la joven populista Vera Zasúlich, cobró luego gran trascendencia. En su respuesta, Marx resaltaba la práctica comunitaria campesina rusa, enmarcada en un momento de expansión capitalista, y no descartaba que el *mir* pudiera ser un fundamento del proceso revolucionario y de un futuro socialista.

La feroz represión del zarismo, que agravó las dificultades en el mundo campesino, contribuyó a que la mayoría de los *narodnikis* se volcaran hacia formas de acción clandestina, buscando dar muerte a los altos mandos del Estado. En 1881, el zar Alejandro II murió tras un atentado perpetrado por un joven miembro de “La voluntad del pueblo”, la principal organización del terrorismo ruso que provenía

del populismo. Seis años más tarde, otro miembro de esa organización fue juzgado y ejecutado por el zarismo tras un intento similar. Se trataba de Aleksandr Ilich Uliánov, hermano mayor de Vladímir Ilich Uliánov, un joven que para entonces ingresaba en la universidad y que luego se convertiría en el principal líder de la Revolución de Octubre bajo el nombre de V. I. Lenin.

Forjada en esta tradición de lucha y con la creciente influencia del marxismo, en los inicios del siglo xx, la izquierda rusa comenzó a cristalizar las tres principales tendencias revolucionarias que participarían de la revolución de 1917.

El Partido Social-Revolucionario (PSR) fundado en 1901, fue el que mantuvo el lazo más profundo con la tradición populista. Los *socialrevolucionarios* o *eseristas*, liderados por Víctor Chernov, planteaban la necesidad de una revolución protagonizada por los campesinos, junto a obreros e intelectuales. Su programa agrario, que postulaba la socialización de la tierra, daba cuenta de la valoración de la práctica redistributiva de la comuna, por lo que rechazaban tanto el reparto individual sobre la base de la propiedad privada, como la colectivización plena. Considerando que en Rusia no existían las condiciones para abrazar el socialismo, bregaban por una serie de reformas que deberían darse en una fase intermedia de la revolución, incluyendo mejoras en las condiciones de trabajo de la clase obrera, pero rechazando la inmediata nacionalización de los medios de producción en la industria. Si bien los socialrevolucionarios tenían influencias marxistas, su apropiación era algo más heterodoxa que la de las otras dos grandes corrientes de izquierda.

El origen de la clasificación “mencheviques” y “bolcheviques” se remonta a la fundación del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia (POSDR) en 1898, como resultado de la articulación de diversos círculos marxistas del Imperio ruso. Este heterogéneo conglomerado se diferenciaba del populismo por la centralidad que le daba a la joven clase obrera rusa. Si los populistas habían visto con ojos críticos la acelerada industrialización por el impacto desintegrador que generaba en las prácticas comunales campesinas, los socialdemócratas, en cambio, veían que con ella nacía el sujeto fundamental del proceso revolucionario, la clase obrera industrial, lo que los convirtió

en grandes promotores de la organización sindical clandestina y del movimiento huelguístico de principios de siglo xx. De entre sus distintos círculos y publicaciones, para 1900 se constituyó uno que sería clave: el periódico *Iskra* (la chispa) formado por miembros del Grupo para la Emancipación del Trabajo (Plejánov, Axelrod y Zasúlich) y de la Unión de Lucha por la Liberación de la Clase Obrera (Lenin, Mártoov y Potresov), a quienes poco después se sumaría el joven Trotsky. Desde allí se plantearon las principales orientaciones para construir un partido de los socialistas rusos.

El POSDR nunca fue una entidad consolidada. Nació como confluencia de una multiplicidad de grupos que sobrevivían a duras penas bajo la represión zarista. Y cuando en 1903 lograron organizar su segundo congreso en el extranjero, buscando unificar a los grupos originarios en una misma estructura y línea política, se delimitaron en su interior dos corrientes, que con el tiempo pasaron a ser organizaciones separadas. Como fruto de una votación circunstancial del congreso, desde entonces a unos se los llamaría “minoría” (mencheviques) y a otros “mayoría” (bolcheviques).

Los mencheviques, cuyos referentes más importantes fueron Yuli Mártoov y Pável Axelrod, constituían el sector más moderado de la socialdemocracia. La mayoría era admiradora del Partido Socialdemócrata Alemán y su enorme presencia parlamentaria, y se volvió abiertamente reacia a la acción conspirativa y la lucha armada tras la derrota de la revolución de 1905. Los mencheviques tenían una visión etapista del desarrollo histórico. Según su óptica, la Rusia rural y atrasada, aún marcada por rasgos del feudalismo y dominada por la autocracia zarista, debía alcanzar, en primer lugar, una democracia liberal que permitiera el desarrollo capitalista, y solo después de ese momento, la clase obrera debería dirigir un nuevo avance revolucionario para la conquista del socialismo. Esta concepción del cambio histórico los llevó a considerar como central la alianza con la raquítica burguesía rusa y sus partidos de cuño liberal, como los kadetes del Partido Democrático Constitucional.

Los bolcheviques se constituyeron como el ala radical de la socialdemocracia. Como lo adelantó su principal dirigente, Vladimir I. Lenin, en su libro *¿Qué hacer?* publicado en 1902, eran partidarios

de una organización fuertemente centralizada y con capacidad conspirativa, que se proponía sortear la represión zarista y promover la lucha insurreccional. Su discusión con los terroristas de la generación anterior no se debía a su práctica de combate, sino a la falta de confianza que aquellos depositaban en la actividad de masas y en particular de la joven clase obrera, considerada por los bolcheviques como la protagonista del proceso revolucionario. Su desconfianza en las posibilidades revolucionarias de la burguesía rusa llevó al bolchevismo a plantear una alianza distinta que la propuesta por los mencheviques. Para el sector de Lenin, eran los campesinos (y no la burguesía liberal) los principales aliados de la clase obrera en su lucha contra el zarismo. Esta delimitación se volvería central a la hora de tomar posición sobre hechos trascendentales de la política nacional, como la entrada de Rusia en la Primera Guerra Mundial en 1914, o la conformación de un gobierno provisional en marzo de 1917.

1905: La primera revolución rusa

La inquietud popular y la carga represiva del régimen zarista en los primeros años del siglo xx fue magistralmente retratada por el cineasta ruso Sergei Eisenstein en *La huelga* (1924), y sobre todo en *El acorazado Potemkin* (1925), una de las películas más reconocidas de la historia del cine. Luego de que los cosacos arrojaran desde lo alto a un niño al que se ve morir en el acto, *La huelga* culmina con la matanza de miles de obreros sublevados en 1903, montando la escena de los fusilamientos con la de un matadero de vacas. En la siguiente película, también muda, en donde se muestra el alzamiento de los marineros rasos del *Potemkin* en el marco de la revolución de 1905, la movilización multitudinaria del pueblo ruso es desbandada bajo las balas de la represión zarista en las escalinatas de Odesa, donde se ve rodar vertiginosamente un coche de bebé que sobrevive tras la muerte de su madre. En ambos films se desdibujan las individualidades, destacándose un protagonista colectivo compuesto por el pueblo bajo, identificado con la clase obrera y los marinos rasos según el

caso. Se trataba de ayudar a percibir aquel hecho trascendental: la entrada de amplias masas en la escena política.

Con esa dura represión ante la movilización popular, el régimen autocrático zarista se esforzaba por mantenerse en pie y evitar su derrumbe. La política de reformas iniciada en la década de 1860 había dejado sin resolver los grandes problemas sociales y políticos. Y a los ojos de los altos mandos zaristas había otro recurso para consolidarse: la expansión imperialista y la guerra. Fue así que en 1904, como volvería a pasar una década después, el Imperio ruso se sumergió en la guerra, en este caso apostando a expandirse sobre China y Corea, disputando la creciente hegemonía de Japón.

Ya a principios del 1900, Rusia estaba atravesada por un alza de las huelgas obreras por mejores condiciones de trabajo y de vida, la perseverancia de los levantamientos campesinos en reclamo del derecho a la tierra, y por un amplio cuestionamiento democrático ante el modelo autocrático zarista. En ese marco, la aplastante derrota que sufrió en la guerra, agravada por los malos tratos a que eran sometidos los soldados rasos y por la crisis económica profundizada con los gastos de guerra, hizo crecer el rechazo popular al régimen por parte de obreros, campesinos y soldados, así como por sectores medios y de la intelectualidad liberal.

El estallido de la revolución se dio en enero de 1905. Al día siguiente de que en San Petersburgo se lanzara una huelga general, la Guardia Imperial cargó contra una movilización de familias obreras que reclamaban aumento salarial y mejores condiciones de trabajo. Según los periódicos de la época, fueron miles los muertos que dejó la represión sobre esa movilización de 200.000 personas encabezada por el padre Gapón. El llamado “domingo sangriento” repercutió rápidamente, ampliando las luchas sociales. El movimiento obrero se desarrolló en una escala inédita en Rusia. El campesinado multiplicó sus levantamientos, ocupaciones de tierras y quema de latifundios. En varios casos, como lo ejemplifica *El acorazado Potemkin*, los soldados rasos se amotinaron, enfrentaron a sus oficiales y adhirieron a las huelgas. Los liberales y constitucionalistas afianzaron sus reclamos contra la autocracia, considerándola arbitraria y anticuada, y exigiendo cambios en el modelo político.

También los grupos étnicos minoritarios extendieron su reclamo de libertad cultural y política. En el marco de la crisis la autocracia decidió el cierre de las universidades, precipitando la integración de los estudiantes al proceso de lucha.

La irrupción de la clase obrera como un actor protagónico fue muy significativa. Cientos de miles de obreros entraron en huelga en San Petersburgo tras el Domingo Sangriento y esa dinámica pronto se extendió hacia otros centros industriales. Mientras en los años anteriores el promedio de huelguistas había sido de 40.000, para comienzos de 1905 esa cifra ya había sido superada por lo menos diez veces. Para octubre, la huelga atravesaba los centros neurálgicos de Rusia y cobraba impulso por la actividad de los tipógrafos. El ferrocarril se paralizó en nueve grandes ciudades del país; en San Petersburgo, con los metalúrgicos, la huelga adquirió un carácter cada vez más político: se reclamaba el fin de la autocracia, la amnistía para los activistas presos y la convocatoria a una Asamblea Constituyente.

El fruto más significativo de este auge de masas se dio en San Petersburgo con la constitución de una organización obrera que se volvería clave para el posterior desarrollo revolucionario: el *sóviet*. A este organismo, impulsado por los obreros metalúrgicos de la capital, se incorporaron pronto otros de la industria textil, del papel, la imprenta, los empleados de comercio, contables y farmacéuticos, entre otros. Para el funcionamiento del *sóviet*, cada fábrica debía elegir un delegado por cada 500 obreros, y se unificaban las más pequeñas para mantener la proporción. El organismo, constituido el 13 de octubre, se convirtió en centro dirigente de la lucha y contó con la representación de 147 fábricas, 34 talleres y 16 sindicatos, llegando a conformarse con más de 500 delegados en representación directa de unas 200.000 personas.

El *sóviet* de San Petersburgo fue impulsado de conjunto por socialrevolucionarios, bolcheviques y mencheviques. Allí, el joven socialdemócrata León Trotsky se convirtió en su principal referente e impulsor y se destacó desde entonces como un notable orador. Fue el editor de su periódico *Izvestia*, redactó la mayoría de sus proclamas y mociones, fue elegido como parte de su presidencia colegiada en el mes de noviembre, y luego por eso mismo fue encarcelado y enviado

a Siberia cuando el zarismo disolvió el sóviet y aplastó la revolución.

La masiva participación de la clase obrera y su organización autónoma por medio del sóviet influyeron en el pensamiento de Trotsky. Al año siguiente, en *1905: Balance y perspectivas*, Trotsky expuso por primera vez su tesis sobre la revolución permanente. Al igual que los demás socialdemócratas, discutía contra la burguesía liberal que solo buscaba una reforma política sin cambios sociales, y contra los socialrevolucionarios que no centraban su lucha en una perspectiva socialista. Pero también se diferenciaba de los dos grupos fundamentales de la socialdemocracia. De los mencheviques, porque rechazaba de plano la alianza con la burguesía propuesta por éstos. De los bolcheviques, por la ambigüedad de su propuesta de gobierno, si bien compartía la necesidad de una alianza de obreros y campesinos. Para Trotsky debía plantearse con claridad que, aún siendo Rusia un país atrasado, la pujanza de la clase obrera daba cuenta de la aparición de un sujeto revolucionario con capacidad de motorizar un proceso de lucha ininterrumpido hasta el socialismo.

El último capítulo importante de la revolución de 1905 lo constituyó la insurrección de Moscú de diciembre. Su población, centralmente obrera, pasó de la huelga a la lucha de barricadas y, tras la represión, al enfrentamiento armado directo que se sostuvo por más de diez días. Los aun pequeños grupos revolucionarios fueron ampliamente desbordados por un proceso de masas al que no pudieron orientar. Tal como lo adelantaría Lenin en *Las enseñanzas de la insurrección de Moscú* (1906), el balance de esta experiencia sería muy distinto en el interior de la socialdemocracia. Mientras los mencheviques criticaron la excesiva participación en luchas para las que consideraban que no había condiciones, los bolcheviques pensaban que el problema había sido lanzarse a ellas con insuficiente energía.

Por su trascendencia, la revolución rusa de 1905 fue también un hecho que reavivó las discusiones en el movimiento socialdemócrata internacional. Eso se vio particularmente en Alemania, la sección más grande e influyente, donde la orientación mayoritaria del Partido Socialdemócrata se había volcado al revisionismo. Con un planteo opuesto, Rosa Luxemburgo señalaría en *Huelga de masas*,

partido y sindicato (1906) que la revolución rusa de 1905 había abierto una nueva época para el movimiento obrero internacional, al realizarse por primera vez la huelga de masas general como recurso de lucha del proletariado, lo que reafirmaba la vigencia de una lucha sin ambigüedades contra las clases dominantes.

Las dificultades para conseguir el triunfo de la revolución habían traído también conclusiones que atravesarían los debates en el interior de la socialdemocracia. A las todavía pequeñas organizaciones de izquierda les había costado dar una orientación al movimiento de lucha, viéndose muchas veces desbordadas por el accionar espontáneo de las masas. En particular, las luchas del campesinado se habían librado con independencia del combate en las ciudades, lo que hacía muy difícil canalizar esa energía en una misma perspectiva de enfrentamiento contra el zarismo.

El cierre de la revolución de 1905 cedió a fuerza de represión, pero también mediante la cesión de algunas demandas, principalmente políticas. Fue así que se abrió la дума, una asamblea legislativa en la cual fueron protagonistas partidos que por primera vez eran legales. En las primeras elecciones, el más votado fue el naciente Partido Democrático Constitucional (kadete) de la burguesía liberal, que aunque no bregaba por la continuidad de la revolución, sí planteaba la necesidad de cambios políticos. Los reclamos de este sector en su primer experiencia de 1906 fueron rechazados por el zarismo, que cerró la asamblea a los dos meses.

Algunos revolucionarios intentaron mantener la llama combativa mientras fue posible. En 1906, Lenin apoyó las guerrillas promovidas principalmente por miembros de las naciones oprimidas por el zarismo, y se sumó al boicot contra la primera дума que sostuvieron todos los socialdemócratas. Al mismo tiempo, los levantamientos campesinos en su mayoría espontáneos se extendieron hasta dos años después de la revolución.

Sin embargo, hacia 1907 ya era evidente el cambio de situación. El zarismo había fusilado a más de quinientos partidarios de la revolución y había encarcelado con pena de muerte y deportado a Siberia a miles y miles, mientras muchos otros se habían visto obligados a exiliarse. Al convocarse a una segunda дума ese año, los socialde-

mócratas junto con los socialrevolucionarios alcanzaban un centenar de representantes, pero cuatro meses más tarde la дума fue cerrada, justamente en el marco del ataque zarista a los socialdemócratas.

Para entonces, acompañando el movimiento de la recesión de la economía europea, Rusia desaceleraba su crecimiento e importantes sectores obreros perdían sus puestos de trabajo. En ese marco, el zarismo instituyó la tercera дума, que cerró los estrechos canales de participación de amplios sectores populares y fue completamente hegemonizada por los octubristas, representantes de los terratenientes y la alta burguesía. El primer intento revolucionario había concluido.

Rusia en la Primera Guerra Mundial

A los protagonistas de aquel 1905 les costó un tiempo sacudirse el peso de la derrota. Había que remontar un escenario dominado por el retraimiento del movimiento social, la dispersión de los activistas, el desánimo y la represión de la *ojrana*, la policía política zarista.

A comienzos de la segunda década del siglo, de la mano de la recomposición económica que hizo crecer notablemente la cantidad de trabajadores asalariados y de obreros fabriles, el movimiento obrero comenzó a dar señales de salud. Ya el 1° de mayo de 1912, luego de una serie de luchas y duras represiones con centenares de muertos, la huelga se extendió por la mayoría de los centros industriales del país, y era evidente el carácter político de muchas de esas luchas que planteaban abiertamente un reclamo que excedía en mucho las condiciones económicas: “Abajo la autocracia”. Para la primera mitad de 1914, por primera vez desde 1905 los huelguistas superaban el millón y las barricadas y el enfrentamiento con las fuerzas policiales volvían a las calles de Moscú y San Petersburgo.

Cuando el 1 de agosto de 1914 Rusia decidió participar de la Primera Guerra Mundial, lo hizo siguiendo la dinámica internacional. El juego de alianzas sostenido desde hacía más de tres décadas la volvía parte de la Triple Entente junto a Francia y Gran Bretaña, que mantenía un delicado equilibrio en tensión frente a la ascen-

dente Alemania y sus aliados de la Triple Alianza: Austria-Hungría e Italia. Aunque nadie esperaba que el conflicto los llevaría tan lejos, todos eran parte de la dinámica imperialista, apostando a fortalecer su propio poder a partir de la ocupación colonial y la expansión, en desmedro de las potencias rivales. Rusia, además, como país periférico de Europa, estaba más que otros, atado a la lógica de sus grandes proveedores.

Además, como en ningún otro sitio, la expansión del patriotismo guerrero cumplía en Rusia un papel central para mantener el orden interno y cortar el ascenso de masas. Como sucedió en toda Europa, la apelación a la defensa de la nación empapó el espíritu patriótico de enormes sectores populares y sirvió para fortalecer gobiernos y contener el conflicto social.

El fervor nacionalista penetró ampliamente en las filas de la socialdemocracia europea y resquebrajó la II Internacional. A fines de 1912, en la conferencia de Basilea, el socialista francés Jean Jaurés había leído la declaración antibélica en representación de 23 países. Pero tras el estallido de la guerra, la enorme mayoría de sus partidos y dirigentes se aliaron con las burguesías gobernantes de sus propios estados. El acompañamiento parlamentario de la socialdemocracia para aumentar los créditos de guerra fue el gesto más claro que definió esta nueva alianza. El Partido Socialdemócrata Alemán, el más importante de Europa, votó los créditos, arrastrando a su ala izquierda en nombre de la disciplina partidaria, y participó del gabinete de ministros.

En Rusia, el zar logró el apoyo de diversos partidos y dirigentes, entre ellos la burguesía liberal kadete, un sector de los mencheviques y el diputado a la cuarta дума, Aleksandr Kerensky, por entonces miembro del Partido Laborista (*trudoviki*), quien más tarde se integraría a los socialrevolucionarios y comandaría el gobierno provisional tras la revolución de febrero. Apenas un sector de la socialdemocracia, compuesta por los bolcheviques y parte de los mencheviques, se opuso a la guerra, cuyos diputados a la дума fueron presos por ello. Y aún en este sector, pocos se identificaban plenamente con los planteos de Lenin, quien sostenía que los soldados obreros y campesinos debían dar vuelta sus fusiles y enfrentar al zarismo, transformando la guerra interimperialista en una guerra civil revolucionaria.

El camino de la guerra significaba un sacrificio inmenso en un país como Rusia, que contaba con recursos muy inferiores que los de otras potencias, y debía sostener en soledad el frente oriental contra Alemania. Para ello, el zarismo impulsó cambios fundamentales en el ordenamiento social e impuso condiciones inhumanas a gran parte de su población.

El ejército imperial, que antes de la guerra contaba con poco más de un millón de efectivos y cuya base social era el campesinado (a diferencia de la oficialidad que provenía de la nobleza), se multiplicó por cinco tras el reclutamiento inicial y llegó a contar diez millones de efectivos en 1917, antes de la Revolución de Octubre. En total, cerca de dieciocho millones de combatientes formaron parte del ejército ruso durante esta guerra. La mayor parte del ejército se formó a partir del reclutamiento campesino. A los obreros urbanos con mayor calificación se los envió a la Armada y aquellos que habían sido encarcelados y deportados, señalados por su activismo contra el régimen, fueron enviados en represalia a la primera línea de batalla. Además, los dirigentes socialdemócratas promovieron el enrolamiento en la Armada de sus militantes, para acompañar la experiencia obrera y contribuir a su radicalización revolucionaria.

Sin saberlo, el zarismo estaba nutriendo sus tropas de un potencial revolucionario. Allí estaban los mismos campesinos que habían protagonizado grandes levantamientos rurales, los mismos obreros que habían multiplicado las huelgas hacia 1914 y los mismos revolucionarios que agitaban las diversas luchas desde hacía décadas. Y allí, además, se vivirían las mayores penurias que pudieran imaginarse. La escasa preparación militar y la falta de armamento adecuado contribuyeron a que Rusia tuviera cerca de dos millones de muertos y cinco millones de heridos, cifra solo comparable con la de Alemania, el gran derrotado de la guerra. El mismo John Reed, en su cobertura del frente oriental, a mediados de 1915 registraba estos hechos con el testimonio de un teniente ruso que regresaba del frente: “Una tercera parte de mis hombres –decía– estaban en la primera [línea] y tenían fusiles. El resto estaba desarmado: tenían como consigna incorporarse, uno tras otro, al frente, para recuperar los fusiles de los muertos...” Y allí, las condiciones de supervivencia fueron infrahumanas: a la falta

de armamento, de alimentos y de atención médica se sumaba el trato brutal de los altos mandos sobre la masa de soldados campesinos.

La sangría de hombres dedicados a la guerra promovió también una reestructuración en las pautas de empleo. Eso se vio principalmente en las ciudades, donde las mujeres ocuparon muchos puestos de trabajo y llegaron a constituir la mitad de la fuerza laboral hacia 1917.

Las penurias de la guerra se sintieron fuerte en la población civil, que fue privada del transporte y de bienes elementales por el desabastecimiento y el alza de precios.

La situación se volvía ya muy precaria a poco de desenvolverse la guerra, a pesar de que el patriotismo había logrado canalizar la energía popular y amainar la crítica al zarismo.

A mediados de 1915, aun en las difíciles condiciones de la guerra, la clase obrera, con un protagonismo creciente de las mujeres, se puso nuevamente en movimiento en una ola de más de 200 huelgas sostenidas por unos 300.000 trabajadores en las que los reclamos políticos contra el zarismo tenían un lugar protagónico. Estas mujeres jugarán un rol muy destacado en la revolución.

Hacia fines de 1916 el gobierno implantó el racionamiento de los alimentos, y el año siguiente comenzó con una enorme inflación. Los alimentos y la leña, en medio de un profundo frío, eran base de un reclamo sostenido que llevó a la multiplicación de las huelgas. En enero de 1917, 150.000 trabajadores fueron a una huelga política en recordatorio del Domingo Sangriento en la capital (a la que el zarismo dejó de llamar San Petersburgo para renombrar Petrogrado). La escasez de harina, la decisión de su racionamiento y el consecuente acaparamiento y desabastecimiento agravaron el cuadro. Ya para entonces, amplios sectores de la política, incluso muchos reaccionarios y moderados, veían que el zarismo no tenía perspectivas y se movían con independencia frente a él, apoyando en muchos casos a los huelguistas. Hundido en la guerra y el hambre, el régimen se desmoronaba. El 7 de marzo se aceleraron los acontecimientos con el cierre de la fábrica Putílov, la más importante del país que empleaba a más de 35.000 obreros. Los trabajadores habían ido a la huelga bajo consignas muy claras: “¡Abajo la guerra!, ¡Abajo la autocracia!, ¡queremos pan!”, consignas que iban a ser retomadas al día siguiente hasta sus últimas consecuencias.

La revolución de febrero

El 8 de marzo (conmemorado más tarde como el Día de la Mujer), era una jornada de lucha para el movimiento obrero y la socialdemocracia en muchos lugares del mundo. En Rusia, aquel día jueves (23 de febrero, según el calendario juliano que se usó hasta el triunfo de la Revolución de Octubre), las obreras textiles de Víborg comenzaron a movilizarse desde la mañana. A unos 50.000 obreros se sumaron esa tarde cerca del doble en la vecina Petrogrado, a quienes la policía contuvo para que no alcancen el centro de la ciudad, aunque no logró evitar los saqueos en los comercios de alimentos. Ya entre las consignas se planteaba el fin de la guerra y la caída del zarismo.

Al día siguiente, 200.000 manifestantes, en su gran mayoría obreros, pero también estudiantes y comerciantes, se movilizaban por el centro de Petrogrado escuchando enardecidos discursos de los agitadores revolucionarios. Y el movimiento se extendía también a otras ciudades industriales, incluida Moscú. El sábado, el movimiento se radicalizó. Se levantaron numerosas barricadas, hubo enfrentamientos con la policía y se asaltaron comisarías en Viborg. Mientras el Gobierno ordenaba la detención de un centenar de dirigentes, miles de trabajadores de la fábrica Putílov formaban un comité revolucionario para organizar destacamentos de combatientes y garantizar la toma de numerosas fábricas céntricas. Aunque la policía, garante de la represión, se cobraba decenas de muertos, muchos cosacos evitaban intervenir e incluso llegaban a enfrentar a la policía, y algunos soldados comenzaron a pasar a las filas insurrectas. El domingo la represión se agudizó, declarándose el estado de sitio y la disolución de la дума. Se sumaban unos 150 muertos, la rebelión se extendía y comenzaron a amotinarse regimientos enteros que se negaron a participar de la represión.

Finalmente, el lunes 12 de marzo (27 de febrero en Rusia), el levantamiento se convirtió en una insurrección abierta contra la autocracia. Se multiplicaron los motines de la tropa que enfrentaban armados a sus oficiales y muchos soldados y regimientos se sumaron a las filas obreras. Comitivas de obreros y manifestantes quemaron

edificios públicos, tomaron arsenales en las ciudades más importantes repartiendo armas a los insurgentes, y también las cárceles, liberando a los presos. Así, unas 250.000 personas –una parte importante de ellas armada– tomaban el control de Petrogrado y se movilizaban por las principales ciudades de Rusia. Cuando el Gobierno intentó contenerlos con las tropas de la capital y éstas se rebelaron, quedó en evidencia que el régimen había caído. Hasta las tropas cosacas más leales se declararon neutrales. El zar tardó algunos días más en abdicar, mientras la revolución se consolidaba también en Moscú y en la base naval de Kronstadt. Pero ya ese día comenzaron a configurarse los dos ámbitos centrales sobre los que recaería el poder a partir de entonces: el sóviet y el Gobierno provisional.

Siguiendo el ejemplo de 1905, en el tradicional Palacio Táuride se congregaron centenares de representantes obreros, delegados de los regimientos sublevados y miembros de los partidos socialistas, dando nacimiento a un sóviet en la capital. Éste eligió un comité ejecutivo presidido por el menchevique Chjeidze, contó con una representación por cada partido socialista y comenzó a publicar el periódico *Izvestia*. A los dos días, con unos 3.000 delegados, se definió la creación de una milicia que debía asumir el poder de la capital y el organismo definió su nombre formal: Sóviet de Petrogrado de los Diputados de Obreros y Soldados. Allí, la principal influencia política la tenían los mencheviques seguidos por los socialrevolucionarios, aunque participaban también bolcheviques y otros partidos de orientación socialista.

En la misma jornada que comenzó a forjarse el sóviet, una serie de diputados formaron un comité provisional de la дума estatal, rechazando el cierre del parlamento impuesto por el zar. El comité estaba hegemonizado por representantes burgueses, conservadores y liberales, contando con la participación del menchevique Chjeidze y el socialrevolucionario Kerensky. En su intento de construir un poder alternativo, el comité chocó con el sóviet cuando éste rechazó el desarme de los insurgentes y definió en su “Orden N°1” que solo aceptarían directivas del comité provisional en la medida en que no fueran en contra de las dictadas por el sóviet. Así se puso en evidencia que para poder gobernar debía llegarse a un entendimiento con el

sóviet, por lo que dos días más tarde los diputados se entrevistaron con los dirigentes soviéticos buscando su apoyo para la formación de un nuevo gobierno.

Los dirigentes mencheviques y socialrevolucionarios del Sóviet de Petrogrado consideraban que estaban ante la consumación de una revolución burguesa, y la veían con buenos ojos porque entendían que el desarrollo del capitalismo y de un gobierno republicano traerían reformas inmediatas para beneficio popular y abrirían las puertas para cambios más radicales a futuro. Mencheviques y eseristas decidieron entonces recluirse en el sóviet como órgano representativo de las masas y dejar el gobierno a los representantes burgueses. El sóviet rechazó la participación de socialistas en un gobierno provisional al que brindó su apoyo a cambio del cumplimiento de algunas demandas, como la promulgación de derechos de asociación, la formación de partidos políticos, la libertad de prensa, la libertad de los presos políticos y la convocatoria a una asamblea constituyente por medio de sufragio universal.

Así, aunque asumía un lugar de vigilancia, el sóviet cedió el poder a los diputados de la дума, dando su aval para la conformación del gobierno provisional y vetando solamente la participación del menchevique Chjeidze y el socialrevolucionario Kerenski, que además de ser diputados de la дума eran presidente y vicepresidente del sóviet. Éste último, sin embargo, no siguió las instrucciones del sóviet y se integró en el gobierno como ministro de Justicia, por decisión propia.

Kerenski compartiría así la conformación del gobierno provisional con los representantes de la burguesía, en su mayoría kadetes liberales, junto a algunos conservadores octubristas.

El eje de la vida política a partir de la revolución de febrero consistió justamente en la contradictoria relación del gobierno provisional y el Sóviet de Petrogrado, cuya experiencia empezó a reproducirse por toda Rusia. El gobierno provisional, cuyos miembros provenían de la cuarta дума (fruto de una elección muy restringida impuesta por el zarismo), asumía formalmente el poder, aunque necesitaba lograr el aval del sóviet para poder llevarlo adelante. Por su parte, el sóviet, formado a partir de la organización directa de las masas revolucionarias que hacían sentir sus reclamos, se planteaba acompañar

al Gobierno, pero quedaba supeditado a que éste llevara adelante las demandas populares.

¿Dónde estaba entonces el centro de las decisiones políticas? Eso dependería del devenir de los acontecimientos, en una situación marcada por la dualidad del poder.

A poco de andar cuestiones como la postergación permanente de la reforma agraria, la respuesta tímida a las demandas obreras y sobre todo, la extensión de la guerra con una proyección imperialista (expresada en el intento de anexionar nuevos territorios), pusieron en evidencia los límites del Gobierno provisional, y fueron dando espacio para el crecimiento de los planteos más radicales que encaraba el bolchevismo.

El poder dual

“La peculiaridad del momento actual en Rusia consiste en el paso de la primera etapa de la revolución, que ha dado el poder a la burguesía por carecer el proletariado del grado necesario de conciencia y de organización, a su segunda etapa, que debe poner el poder en manos del proletariado y de las capas pobres del campesinado”, decía Lenin al llegar a Rusia, cuando se cumplía un mes de la revolución.

En un principio, los bolcheviques se habían mostrado algo dubitativos frente al gobierno. Sin embargo, al llegar Lenin tras largos años de exilio, planteó una posición mucho más terminante en sus *Tesis de abril*, que leyó inmediatamente a bolcheviques y mencheviques del sóviet y publicó días más tarde en el periódico *Pravda*. En ellas se enfrentaba no solo con el gobierno provisional sino con la mayoría menchevique y socialrevolucionaria de los sóviets. Lenin cargaba, en primer lugar, contra la guerra “que por parte de Rusia sigue siendo indiscutiblemente una guerra imperialista, de rapiña, también bajo el nuevo gobierno”, lo que lo llevaba a concluir: “Ningún apoyo al Gobierno provisional; explicar la completa falsedad de todas sus promesas, sobre todo de la renuncia a las anexiones. Desenmascarar a este gobierno, que es un Gobierno de capitalistas, en vez de propugnar

la inadmisibles e ilusoria “exigencia” de que deje de ser imperialista”. En aquella proclama, Lenin adelantaba algunos ejes programáticos de su proyecto: “Supresión de la policía, del ejército y de la burocracia”; “la remuneración de los funcionarios, todos ellos elegibles y removibles en cualquier momento, no deberá exceder del salario medio de un obrero calificado”; “confiscación de todas las tierras de los latifundios” y “nacionalización de todas las tierras del país, de las que dispondrán los sóviets locales de diputados braceros y campesinos”; “fusión inmediata de todos los bancos del país en un Banco Nacional único”; y hacía énfasis en “la necesidad de que todo el poder del Estado pase a los sóviets”, para formar “una república de los sóviets de diputados obreros, braceros y campesinos en todo el país, de abajo arriba”.

De este modo, a un mes de que Rusia se hubiese sacudido de encima al zarismo, Lenin planteaba la completa viabilidad de una revolución obrera y campesina que excluía a la burguesía. El medio para que estos amplios sectores explotados asumieran el poder ya se había forjado: eran los sóviets. Lo que faltaba lograr era que los mismos obreros y campesinos (muchas veces vestidos de soldados) se reconocieran en ese proyecto.

Como el mismo Lenin lo admitía, su posición era minoritaria frente a la hegemonía de los socialistas moderados en los sóviets y ante un gobierno del que su partido había decidido no ser parte. Pero al mismo tiempo, los bolcheviques evidenciaban una gran sensibilidad frente a un proceso social en el que los trabajadores se enfrentaban con sus patrones y tomaban las fábricas cada vez que estos las dejaban, promoviendo el control obrero de la producción y forjando los comités de fábrica; en el que los campesinos tomaban tierras desestimando las condiciones gubernamentales y comenzaban a articularse en sus propios concejos; y en el que también las tropas elegían comités de soldados, abandonando muchas veces la disciplina militar; todo lo cual llevaba a la extensión de los sóviets de obreros, soldados, campesinos o mixtos, alcanzando más de 1.400 sóviets en toda Rusia en 1917.

Para ese mismo mes de abril el Sóviet de Petrogrado, que un mes antes había hecho un llamado a la paz mundial sin anexiones, debió enfrentar al gobierno provisional, en particular al influyente

jefe kadete, Pável Miliukov, quien desde el Ministerio de Exteriores seguía profesando la necesidad de un contundente triunfo sobre Alemania con conquista territorial. El entendimiento implicó la renuncia de Miliukov y la conformación de un nuevo gabinete en donde seis de los quince ministerios pasaron a estar a cargo de socialistas. Esto implicó que el sóviet liquidara la cláusula que prohibía la participación de socialistas en el gobierno, y que aceptara la permanencia en la guerra en términos “defensivos”.

El espectacular desarrollo de los sóviets se hizo patente en junio con la realización del primer congreso panruso de los sóviets de diputados de los obreros y soldados. Allí se reunieron por tres semanas más de 1000 delegados, en representación de 400 organizaciones y veinte millones de personas. La hegemonía menchevique (quienes presidían el evento) y socialrevolucionaria se hizo notar: componían la mayoría de quienes ratificaron el apoyo al Gobierno (consiguiendo 543 votos, frente al rechazo de 126, principalmente bolcheviques), sosteniendo también la posición “defensista” frente a la guerra. Consecuentemente, las mismas fuerzas serán las predominantes en la dirección del Comité Ejecutivo de los Sóviets (VTsIK) que desde entonces representará a los sóviets de toda Rusia.

Aun así, cuando a principios de julio se realizó una movilización en la capital convocada por el sóviet, entre aquellas 400.000 personas las posiciones más extendidas se vinculaban con el planteo bolchevique. Desdibujando el apoyo al Gobierno y su “defensismo revolucionario” ante la guerra, los gritos y pancartas de la multitud decían “abajo los tratados secretos”, “abajo la política de ofensivas estratégicas”, “abajo los diez ministros capitalistas”, y reclamaban “el poder para los sóviets”.

Para entonces Kerensky era la figura más influyente del gobierno y había pasado al Ministerio de Defensa. Mantenía su compromiso en la guerra con el resto de las potencias Aliadas, y aspiraba a fortalecer la moral de la tropa y la popularidad de su propio gobierno. Así es que, con el respaldo de los sóviets, impulsó una nueva ofensiva militar, que en muy poco tiempo resultó un completo desastre y agravó el escenario político.

En ese marco, los ministros kadetes renunciaron volcando las culpas de los fracasos militares sobre los socialistas, a quienes acusaban de no imponer la disciplina en la tropa y de ceder a las presiones de los sóviets. Lo que quedaba del gobierno estaba casi completamente compuesto por socialistas moderados, y restaba saber cómo se resolvería la crisis política.

Fue entonces el 16 de julio (3 de julio en Rusia), en que la irrupción masiva de obreros y soldados en la capital, marcó un nuevo hito del proceso revolucionario: las “jornadas de julio”. Una movilización armada, con centro en el Primer Regimiento de Ametralladoras que rechazaba ser enviado al frente, se multiplicó con la adhesión de decenas de miles de obreros y varios otros regimientos. La capital fue prácticamente dominada por el movimiento, en donde se volvieron a ver los reclamos en rechazo a la guerra, por la dimisión de los “ministros capitalistas” que aún quedaban y por el traspaso del poder a los sóviets. A esa jornada principalmente espontánea, siguió al día siguiente otra con más ascendencia de los bolcheviques, quienes apostaron al máximo desarrollo del movimiento pero evitando orientarlo hacia la toma del poder, por considerar que aún no se habían logrado las condiciones. Finalmente, el día 18 el Gobierno consiguió acercar tropas leales, puesto que las de la ciudad se negaban a reprimir, y aplastó el movimiento.

La imposición por la fuerza del Gobierno provisional, que fue apoyado por el Comité Ejecutivo de los Sóviets, permitió su supervivencia, pero implicó un quiebre en su relación con las masas. Se cerraron locales y periódicos y se realizaron detenciones. A los bolcheviques, que ya venían siendo atacados públicamente, se los acusó directamente de espías alemanes y de ser los causantes del desánimo militar y la derrota. Trotsky, que desde su vuelta del exilio se había acercado cada vez más al bolchevismo, fue apresado junto a otros dirigentes del partido, mientras el Gobierno exigía la captura de Lenin.

Aún en esas condiciones, la celebración del congreso bolchevique a principios de agosto, formalmente denominado “de unificación” para integrar a una serie de grupos como el de Trotsky, daba cuenta de su crecimiento, al representar a 170.000 bolcheviques, 40.000 de

ellos en la capital. Lenin, Zinoviev, Trotsky y Kamenev, contando con el apoyo de casi la totalidad de los 134 delegados, encabezaban un Comité Central de 21 miembros, entre los que se destacaban también Stalin y Bujarín. Su discusión principal consistía en cómo hacer avanzar el proceso hacia la conquista del poder del Estado por obreros y campesinos. Oculto clandestinamente en Finlandia, Lenin escribía al respecto *El Estado y la revolución*. La culminación de esa elaboración teórica, sin embargo, debió postergarla, compelido a volver por el curso de los acontecimientos. “Es más agradable y provechoso vivir ‘la experiencia de la revolución’ que escribir acerca de ella”, concluía.

La Revolución de Octubre

Cuando a comienzos de septiembre el jefe del Ejército, el general Kornílov, impulsó un golpe de Estado y avanzó con sus tropas hacia la capital, al Gobierno provisional no le quedó más remedio que acudir al apoyo de quienes defendían la revolución. Los trabajadores de Petrogrado se pusieron en alerta, desarrollaron huelgas, cavaron trincheras, pararon los trenes que debían transportar a las tropas, y tomaron las armas con acuerdo del gobierno. Kerensky debió suspender la persecución a los bolcheviques, quienes, de hecho organizaron la defensa de la capital. Trotsky y el resto de los presos políticos fueron liberados.

Las tropas de Kornilov se desarticulaban en la medida en que llegaban los agitadores revolucionarios. A los cinco días, el golpe había sido derrotado. Dejaba como saldo el gran debilitamiento del gobierno de Kerensky (quien había estado inicialmente involucrado en las conspiraciones junto a Kornilov), y la creciente ascendencia de los bolcheviques. De hecho, a lo largo del país los bolcheviques fueron ganando la mayoría en numerosos sóviets, incluyendo el de Moscú y el de Petrogrado. La influencia de mencheviques y socialrevolucionarios, desgastados por ser parte y apoyar al Gobierno provisional, cayó estrepitosamente. A su vez, se consolidaron corrientes inter-

nas, como los socialrevolucionarios de izquierda, o los mencheviques internacionalistas, que, al igual que los bolcheviques, se oponían a continuar en la guerra y proponían un gobierno exclusivamente socialista rechazando la conformación de una nueva coalición con sectores burgueses. El planteo de pasar el poder a los sóviets se extendió mucho más allá de los bolcheviques, y fueron más de cien los sóviets que le reclamaron al Comité Ejecutivo de los Sóviets que asumiera el poder.

Para entonces, la radicalización política se expresó también en las zonas agrícolas, donde se multiplicaron las tomas de tierras, lo que aceleró la vuelta del frente de los soldados campesinos, entusiasmados con participar del reparto. La entrega inmediata de la tierra a los campesinos se había vuelto una demanda central para los bolcheviques y demás sectores radicalizados.

La decisión gubernamental de formar una nueva coalición, rechazando el planteo de gran parte de los partidos socialistas que exigían un gabinete puramente socialista, reforzó la idea de que el gobierno debía ser reemplazado por los sóviets, cuyo segundo congreso estaba programado para el mes de octubre.

Entre los propios bolcheviques discutían el medio para desplazar a Kerensky y conseguir el triunfo de los sóviets. Los más moderados como Kamenev y Zinoviev rechazaban el levantamiento armado, entendiendo que aislaría a los bolcheviques, y ponían todas sus expectativas en la decisión que debería tomar el II Congreso de los Sóviets. Por el contrario, Lenin era el principal defensor de la vía armada para garantizar el traspaso del poder, entendiendo que de no hacerlo, la intención de los sóviets sería obstruida por la intervención militar del gobierno.

Un paso decisivo para el triunfo de los revolucionarios fue la formación del Comité Militar Revolucionario de Petrogrado, impulsado por el sóviet de dicha ciudad, a donde debían participar representantes del sóviet y de sus soldados, de la flota, de los sindicatos, de los comités de fábrica, de las organizaciones militares de los distintos partidos del sóviet y de las milicias obreras. El organismo se conformó hacia fines de octubre, planteando la necesidad de defender la ciudad de un posible golpe derechista u otras situaciones,

siendo que el gobierno provisional había ordenado que gran parte de las tropas de la capital se trasladaran al frente. Trotsky, presidente del Sóviet de Petrogrado asumió la dirección política del comité que estaba hegemonizado por los bolcheviques y contó con el apoyo y participación de los socialrevolucionarios de izquierda, mientras fue criticado por los mencheviques.

El Gobierno provisional, apoyado por los mencheviques y socialrevolucionarios que aún controlaban el Comité Ejecutivo de los Sóviets, intensificó las medidas de control, planteando la necesidad de enfrentar un previsible levantamiento bolchevique; movilizó tropas por la capital, apostó guardias en los puentes y en todos los lugares públicos de relevancia y renovó la orden de detención de Lenin.

El 3 de noviembre (21 de octubre en Rusia), cuatro días antes del congreso de los sóviets, el Comité Militar Revolucionario de Petrogrado se reunió con las unidades militares de la ciudad, pudiendo ratificar la amplia adhesión a sus planteos: la toma del poder por los sóviets, la firma de la paz, el abastecimiento para la población y la reforma agraria.

Al día siguiente informaron a las guarniciones que a partir de ese momento toda orden militar debía contar con la autorización del comité, lo que llevaba a desestimar las órdenes del Gobierno. Seguidamente enviaron comisarios a las principales unidades militares que fueron muy bien recibidos, y se prohibió a los arsenales la entrega de armas y municiones sin permiso. Esto se daba al tiempo que las calles de la capital se llenaban de manifestantes que, con la dirección de bolcheviques y socialistas revolucionarios, demandaban el paso del poder a los sóviets.

Kerensky intentó infructuosos esfuerzos por movilizar más unidades leales desde otras zonas, pero estas se negaron. Para el día 5, el Gobierno comenzó a cargar más abiertamente contra el comité militar, ordenando la detención de sus dirigentes y exigiendo que deponga sus órdenes sobre las unidades militares de Petrogrado.

El 6 de noviembre (24 de octubre en Rusia), el día previo al cónclave de los sóviets el clima de tensión era absoluto. El Gobierno clausuró los diarios bocheviques y destruyó sus imprentas, aunque no logró que las guarniciones locales detuvieran a los hombres del

Comité Militar. El Sóviet de Petrogrado consideró a esas acciones como el anuncio del ataque al congreso del día próximo, por lo cual el Comité Militar emitió su “directiva N°1” ordenando la movilización militar.

Los intentos del Gobierno de ocupar lugares clave como los puentes de acceso se frustraron, no solo por la movilización de las guardias rojas y los regimientos afines al sóviet, sino también por la intervención masiva de manifestantes en las calles y por el desacato de muchos regimientos que Kerensky suponía leales. El Comité Militar del sóviet expandió su actividad durante todo el día, y para la noche dominaba la mayor parte de la ciudad.

Recién pasada la medianoche, propiciado por la llegada de Lenin, la acción del Comité Militar fue más allá de un planteo defensivo que permitía la realización del congreso de los sóviets, y se orientó a consolidar el triunfo revolucionario. Se promovió la toma de la mayoría de los puntos de la ciudad que aún no estaban controlados, incluyendo todas las estaciones de ferrocarril, la central telefónica, el banco estatal, y el tesoro.

El 7 de noviembre (25 de octubre en Rusia) por la mañana, con la mayoría de la ciudad tomada por los revolucionarios Kerensky huyó, y lo que quedaba del régimen se fue desmoronando a lo largo del día. El Comité Militar tomó las cárceles liberando a los presos políticos, disolvió un “preparlamento” que había formado Kerensky, y el Sóviet de Petrogrado aprobó el traspaso del poder al sóviet, luego de ovacionar a Lenin, quien se presentaba por primera vez en público desde que el gobierno había ordenado su arresto en julio. Esa misma tarde se inició la ofensiva sobre el Palacio de Invierno, única plaza de la ciudad que aún no había sido tomada y en donde estaban los ministros de gobierno. Finalmente, pasadas las dos de la madrugada, los representantes gubernamentales se rindieron.

Unas horas antes, ya entrada la noche del 7 de noviembre, cuando aún se luchaba en el Palacio de Invierno, el II Congreso Panruso de los Sóviets de Diputados de los Obreros y Soldados había iniciado sus sesiones. El cambio en la correlación de fuerzas al interior de los sóviets se hizo patente. De los 670 delegados, casi la mitad, unos 300, eran bolcheviques. Los socialrevolucionarios de izquierda, que

compartían el derrocamiento de Kerensky sumaban cerca de 100 delegados más, lo que conformaba un amplio bloque a favor del otorgamiento del poder a los sóviets. Mencheviques y socialrevolucionarios, que hasta ahora habían dirigido el Comité Ejecutivo de los Sóviets y eran parte del Gobierno provisional, quedaron en minoría y luego de rechazar el sitio al Palacio de Invierno, abandonaron el congreso y nutrieron una movilización convocada por el ayuntamiento en defensa del gobierno y encabezada por uno de sus ministros.

Con el congreso de los sóviets se estructuraron nuevos organismos de dirección política. Se renovó el Comité Ejecutivo de los Sóviets, ahora con mayoría bolchevique, participación de socialrevolucionarios de izquierda, algunos mencheviques internacionalistas y de otros partidos chicos, y se conformó también un Consejo de Comisarios del Pueblo completamente bolchevique como gobierno provisional subordinado a aquel. Se tomaron las dos primeras medidas orientadas a los temas que venían siendo eje del reclamo desde inicios de la revolución. Sobre la guerra, se proponía el inicio de las negociaciones de paz para su finalización, rechazando indemnizaciones y anexiones. Con relación al problema agrario, en sintonía con el programa político de los socialrevolucionarios y su ala izquierda, se abolió la propiedad privada de la tierra y se decidió la expropiación de los terratenientes, no así la de los campesinos. El congreso también ratificó la perspectiva de la asamblea constituyente que se venía organizando en el marco del Gobierno provisional, se declaró garante del abastecimiento para la población y reafirmó la autodeterminación de las naciones del Imperio ruso.

John Reed estaba allí cuando, en la sesión del día siguiente al congreso de los sóviets, vio entrar al máximo jefe bolchevique: “Lenin se puso en pie. Manteniéndose en el borde de la tribuna, paseó sobre los asistentes sus ojillos semicerrados, aparentemente insensible a la inmensa ovación, que se prolongó durante varios minutos. Cuando esta hubo terminado, dijo simplemente: ‘Ahora procederemos a la edificación del orden socialista’”.

Bajo el signo del socialismo

Aunque muchos dudaban que la experiencia pudiera durar más que aquellos setenta días de la comuna de París (el único caso previo de gobierno de las masas trabajadoras), el gobierno soviético se afirmó sobre su reciente triunfo. Desestimó la asamblea constituyente y se apoyó en los sóviets, reforzados tras la Revolución de Octubre, cuando el congreso de sóviets campesinos de toda Rusia decidió incorporarse al congreso general que hasta entonces contaba con obreros y soldados. Para los revolucionarios rusos el sostenimiento de la experiencia soviética era fundamental, ya que debía perfilarse como un punto de apoyo e impulso para la extensión de la revolución en Europa y el mundo.

Para enero de 1918, el III Congreso Panruso de los Sóviets inauguraba una serie de congresos en los que se definiría el perfil del nuevo Estado. La *Declaración de derechos del pueblo trabajador y explotado* presentada entonces, daba cuenta de la apuesta política de esta primer experiencia de un gobierno soviético que se proponía edificar el socialismo. Allí se definía a Rusia como una “República de Sóviets de diputados obreros, soldados y campesinos”, formada “sobre la base de la libre unión de las naciones libres, como federación de Repúblicas nacionales soviéticas”, y en donde “todo el poder, central y localmente, pertenece a estos Sóviets”. Definía como “objetivo básico la abolición de toda explotación del hombre por el hombre, la completa supresión de la división de la sociedad en clases, el aplastamiento implacable de la resistencia de los explotadores, el establecimiento de una organización socialista de la sociedad y la victoria del socialismo en todos los países”. En función de ello planteaba medidas de gran significación: “Queda abolida la propiedad privada de la tierra”; “se confirman las leyes soviéticas sobre el control obrero... como primer paso para que las fábricas, talleres, minas, ferrocarriles y demás medios de producción y de transporte pasen por entero a ser propiedad del Estado obrero y campesino”; “se confirma el paso de todos los bancos a propiedad del Estado obrero y campesino”; “se implanta el trabajo general obligatorio”; “se decreta el armamento

de los trabajadores, la formación de un ejército rojo socialista de obreros y campesinos y el desarme completo de las clases poseedoras”. Además se proponía “denunciar los tratados secretos, organizar la más extensa confraternización con los obreros y campesinos de los ejércitos actualmente en guerra, y... obtener, a cualquier precio, por medios revolucionarios, una paz democrática entre los pueblos, sin anexiones ni indemnizaciones, sobre la base de la libre autodeterminación de las naciones”.

El Gobierno promovió las postergadas negociaciones de paz. Con el tratado de Brest-Litovsk logró poner fin a su participación en la guerra en marzo de 1918, aunque a costa de aceptar las duras exigencias alemanas, lo que redundó en fuertes discusiones internas. Aun así la guerra no dio respiro. Para ese mismo mes las tropas inglesas, francesas, norteamericanas y japonesas empezaron a ocupar algunas posiciones dentro del territorio ruso. La intervención aliada en el marco de la guerra contra Alemania fue una apoyatura central para la expansión de los ejércitos “blancos” antibolcheviques dirigidos por Kornilov y otros ex zaristas y liberales. A la tragedia de la Gran Guerra, que había costado cerca de dos millones de muertos al pueblo ruso (cifra solo comparable con la de la derrotada Alemania), siguió una mucho peor. En poco más de dos años de conflicto civil, Rusia sumó al menos otros siete millones de muertos, además de heridos, emigrados y, por supuesto, la más completa devastación material. Trotsky, al mando del naciente Ejército Rojo, contó con la adhesión de millones de obreros y campesinos que se incorporaron a sus filas para defender la revolución en marcha, aun cuando acababan de exigir el fin de la participación rusa en la guerra mundial. Una modesta fuerza de diez mil hombres se había convertido, para 1920, en un imponente cuerpo de cinco millones de combatientes que logró derrotar al ejército blanco apoyado con entusiasmo por todas las potencias del mundo capitalista. La Rusia revolucionaria había sobrevivido pero estaba exhausta, y por si fuera poco, se encontraba en soledad, ya que los intentos revolucionarios de la Europa de posguerra no habían logrado imponerse.

La construcción de un nuevo proyecto social se iniciaba así, partiendo del peor escenario imaginable. Tras el “comunismo de

guerra” en el que se había llegado al reparto por medio del racionamiento al tiempo que el nuevo Estado se hacía cargo del control y centralización de la gran industria, siguió la más flexible “NEP” (Nueva Política Económica) una vez concluida la guerra civil. Los bolcheviques buscaban, por esa vía, conseguir la supervivencia de Rusia, aguardando un nuevo ascenso revolucionario en otros países que dieran aire y proyección internacional a la revolución.

Aun así se estaban dando cambios estructurales en lo que, a partir de 1922, pasó a llamarse la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), al constituirse una federación con gran parte de las naciones del antiguo imperio a las que se confirió el “derecho a la autodeterminación”. Junto con la entrega de la tierra para los campesinos pobres, en las ciudades se había desplegado el control obrero sobre fábricas, talleres, minas y demás centros de producción en los que había desaparecido ya la figura del patrón. Tras la separación de la Iglesia frente al Estado y la abolición de la educación privada, se estableció la educación laica, gratuita y obligatoria, partiendo de una campaña masiva de alfabetización en la que se planteaba el respeto de las culturas nacionales que existían al interior de la URSS. Para los derechos de las mujeres, Rusia se convirtió entonces en el lugar más avanzado del mundo, al contar por primera vez con el derecho a votar y ser votadas para funciones públicas, acceder a los mismos derechos y salarios que los hombres, al tiempo que se anulaba el estigma sobre los hijos ilegítimos, se legislaban el matrimonio civil, el derecho al divorcio, el derecho al aborto libre y gratuito y se promovían guarderías infantiles públicas para permitir la salida de las mujeres del ámbito doméstico.

La revolución social fue además un impulso para la renovación en la cultura. Las vanguardias rusas que venían anunciando los inicios del arte moderno desde fines del siglo XIX alcanzaron la cima de su creatividad y popularidad tras la Revolución de Octubre y durante la década del veinte. La obra de artistas plásticos como Kandinsky, Malevich, Goncharova, Larionov o Tatlin, fue acompañada de otras expresiones de vanguardia, como lo evidenciaron el cine de Eisenstein y la literatura de Maiakovsky. Sus obras expresaban muchos de los cambios de la cultura y la sociedad revolucionaria, como plasmó

Alexander Rodchenko en sus carteles constructivistas orientados a un público masivo, en los que la mujer trabajadora asumía un protagonismo inédito. La cultura se transformó, como nunca, en un asunto de acceso social: junto con la fundación de escuelas artísticas y la organización de gremios de artistas por rama, se llevaron adelante espectáculos públicos de gran despliegue a los que asistieron millones y millones de trabajadores y campesinos.

Difícilmente la Rusia de los primeros años veinte, golpeada por la guerra civil y mundial, fuera tal como los pensadores y dirigentes revolucionarios la habían imaginado. Y sin embargo, la historia estaba asistiendo por primera vez al hecho de que obreros y campesinos asumieran un protagonismo enorme en sus propios destinos, aportando activamente al levantamiento de una sociedad alternativa que cuestionaba radicalmente la explotación y la opresión que habían vivido bajo el capitalismo.

Una ventana al mundo

Para los bolcheviques, la experiencia rusa era el capítulo inicial de un proceso revolucionario que debía extenderse por el mundo. Consideraban que la II Internacional había entrado en bancarrota, desde que sus partidos y dirigentes se habían integrado a la política guerrera de sus propios estados. Consecuentemente, en marzo de 1919 el partido bolchevique, que había cambiado su nombre a Partido Comunista (PC), encabezó las sesiones de una naciente Internacional Comunista, a la que en esos años fueron adhiriendo numerosos partidos y grupos políticos de Europa y el mundo. El padre del constructivismo ruso, Vladímir Tatlin, realizó un audaz proyecto arquitectónico, para un monumento a la Tercera Internacional, aunque su construcción a escala debió ser abortada al extenderse la guerra civil. Antes de la muerte de Lenin (1924), la III Internacional ya había celebrado en Rusia cuatro congresos y contaba con unas sesenta secciones en distintas partes del mundo, que suponían, según sus registros, unos 700 periódicos y más de tres millones de militantes. Mientras algu-

nas secciones de la antigua socialdemocracia europea adhirieron a la nueva internacional (como Francia), otras la rechazaron, pero sus sectores más radicalizados se escindieron para formar los nuevos partidos comunistas, como sucedió bajo la orientación de Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht en Alemania, o por el impulso de Amadeo Bordiga y Antonio Gramsci en Italia.

A diferencia de la II Internacional, que había funcionado como una mera coordinación, esta nueva experiencia se proponía lograr una organización internacional con una táctica homogénea y con una perspectiva revolucionaria explícita. Las “21 condiciones” que se establecieron para el ingreso de los partidos miembros se orientaban a perfilar partidos disciplinados que estuvieran dispuestos a llevar adelante una perspectiva de combate, en contraste con la integración institucional en la que había entrado la socialdemocracia.

La efervescencia existente hacia fines de la Primera Guerra Mundial le daba marco a las expectativas bolcheviques sobre la extensión de la revolución social en Europa. Ya durante 1917, las potencias centrales se vieron sacudidas por un potente movimiento huelguístico espontáneo en Alemania y protestas en la marina austríaca. A su vez, se dieron rebeliones de soldados franceses y se desplegó una importante huelga general en España. La radicalización del movimiento social iba a contramano de la política de apaciguamiento promovida por la socialdemocracia, lo que contribuyó al desarrollo de alas radicales en su interior. En 1918, luego de la derrota de la triple alianza en la guerra, la estructura imperial se desplomó. Mientras se multiplicaban levantamientos de minorías étnicas, Austria y Hungría formaron nuevos gobiernos encabezados o en alianza con la socialdemocracia.

La experiencia soviética de Rusia pareció entonces expandirse por Europa. En Austria, y con mayor fuerza aún en Alemania, se multiplicaron y fortalecieron los consejos de obreros y soldados. Estos organismos fueron la base de la revolución de noviembre de 1918 en Alemania iniciada tras el amotinamiento de marinos de la flota de Kiel y que pronto alcanzó a todo el país, obligando a la dimisión del káiser Guillermo II. Aunque las demandas radicales encontraban sustento en el movimiento de masas y un canal de acción en los espartaquistas que pronto formarían el PC alemán, la socialdemo-

cracia logró canalizar el proceso hacia su pacificación, defendiendo la estabilidad del nuevo gobierno moderado que componían. Aquel primer ensayo revolucionario se cerró tras un fallido intento insurreccional que fue aplastado por el gobierno, que acudió a los cuerpos de voluntarios nacionalistas (*freikorps*) para su represión, y cuyo saldo incluyó el asesinato de Liebknecht y Luxemburgo en enero de 1919. Aún así, a lo largo de ese año se extendió con fuerza la corriente revolucionaria. En Hungría se proclamó la República de los Concejos en marzo, donde compartieron gobierno la socialdemocracia con el Partido Comunista, recién formado por Bela Kun. Al mes siguiente en Baviera (Alemania), se proclamó otra efímera República de los Concejos orientada por el PC alemán. Las movilizaciones en Francia e Inglaterra que incluyeron motines y huelgas generales empujaron a sus gobiernos a retirar oficialmente la intervención sobre Rusia, y lo mismo sucedió en Italia con el bienio rojo, donde las ocupaciones de fábricas en el norte y la creación de concejos obreros ocuparon el centro de la escena política por dos años. A pesar de reiteradas derrotas, la fuerza del movimiento obrero alemán podía advertirse aún en marzo de 1920, cuando logró frenar, por medio de la huelga y el levantamiento armado, un golpe de Estado (el *putsch* de *Kapp*) contra la naciente República de Weimar. El movimiento general iba encontrando sus límites, lo que se volvió del todo evidente con el ascenso del fascismo italiano en 1922 y el fallido intento insurreccional del PC alemán en 1923.

Ya para mediados de 1921, la III Internacional, en su tercer congreso, había tomado nota del reflujo revolucionario. En su *Tesis sobre la táctica* se hacía eco de los planteos de Lenin expresados en *El izquierdismo enfermedad infantil del comunismo* sobre la necesidad de que los comunistas intervinieran en “frente único” con otras tendencias (en particular los socialdemócratas) con la pretensión de lograr influenciar a la mayoría de la clase obrera. La revolución mundial seguía siendo la clave de su estrategia, pero debía adecuarse a los ritmos y las tareas que planteaba la nueva situación. El devenir de la política interna rusa llevaría luego a su nueva dirigencia a modificar estos postulados.

En la URSS, al marco de retroceso general en Europa se añadió la muerte de Lenin a comienzos de 1924. De entre los miles de probados dirigentes bolcheviques con años de experiencia revolucionaria, nadie dudaba que Lenin era una figura irremplazable, cuya autoridad había sido de gran importancia para tomar decisiones difíciles y contener al conjunto de los miembros partidarios con sus profundas y muchas veces ásperas discusiones.

Ya durante los últimos años de enfermedad de Lenin, Iósif Stalin, miembro de la dirección del partido bolchevique, había ocupado algunos espacios de poder que se afianzaron tras la muerte de aquel. Acompañado inicialmente por otros dirigentes destacados del partido como Kámenev y Zinóviev, Stalin se encumbró en el poder del partido y del Estado, y comenzó a desplazar a las figuras y sectores que pudieran disputar su orientación. En particular se enfrentó con el ala izquierda del partido y su dirigente, León Trotsky, quien además de contar con gran prestigio por su actuación en la Revolución de Octubre, se enfrentaba abiertamente a Stalin en sus orientaciones políticas. La más importante de esas diferencias consistía en la perspectiva política del partido y la III Internacional. Para Stalin, las perspectivas del desarrollo de Rusia permitían pensar que se podía dar la “revolución en un solo país” en el marco de un mundo capitalista, mientras que el retroceso de la revolución europea había mostrado que no era momento de apostar a la revolución internacional. Trotsky, por el contrario, consideraba que en el largo plazo, la única posibilidad que tenía Rusia de no ser absorbida por el capitalismo era promoviendo el desarrollo de la “revolución permanente” a lo largo del planeta, para la cual, más allá de las derrotas, seguían existiendo condiciones.

Los métodos que utilizó Stalin contra la oposición de izquierda fueron un adelanto de lo que haría en el gobierno para mantener la suma del poder: los “trotskystas” fueron primero perseguidos internamente y luego expulsados del partido y de la URSS en 1929, al tiempo que la imagen de Trotsky era borrada de fotografías, películas y demás registros. La dinámica persecutoria del estalinismo llegó a su punto cúlmine en la década del treinta con la gran purga y los juicios de Moscú, que implicaron la muerte, persecución y cárcel

para centenares de miles. Con el régimen de Stalin, los sóviets y demás medios de participación activa de la clase obrera y el campesinado fueron completamente desmontados. En su lugar se conformó una estructura burocrática que corrió de la escena aquel fervor revolucionario motorizador de los grandes cambios. La mujer retomó su lugar subordinado y la cultura se estandarizó con el realismo socialista.

Aunque relegó el lugar político de trabajadores y campesinos, la burocratización estalinista se construyó encima de una sociedad que había modificado profundamente sus relaciones sociales y condiciones económicas. La propiedad privada había sido combatida y finalmente abolida. Y dado que no existía el concepto de ganancia empresaria, el cien por cien de la producción realizada por trabajadores y campesinos se debía destinar al desarrollo social: industrialización, infraestructura, necesidades populares.

Sobre aquellas bases no capitalistas de una economía crecientemente centralizada y planificada se edificó en Rusia el primer ejemplo de “socialismo real”, cuyo crecimiento económico se fue evidenciando a partir de los planes quinquenales. Mientras en el interior las condiciones de vida de la población fueron mejorando y superaron por lejos el estadio de la Rusia prerrevolucionaria, el desarrollo industrial y comercial la llevó a convertirse en una potencia económica. Tanto fue así que cuando el mundo capitalista se derrumbaba estrepitosamente con la crisis de 1929, la URSS seguía su curso de crecimiento a tasas magistrales. En ese marco de crisis capitalista, el modelo de la URSS empezó a ser observado con más atención, incluso por muchos países que, sin tener perspectivas socialistas, reconocían la importancia de la planificación centralizada, los planes quinquenales y demás mecanismos desplegados por la URSS.

Su lugar como potencia económica, y el manejo de la información (que permitía ocultar las políticas de represión interna), fueron claves para que siguiera siendo vista por gran parte del mundo comunista y progresista, como una referencia exitosa. Su participación decisiva en la Segunda Guerra Mundial fortaleció su posición geoestratégica y extendió su influencia directa e indirecta, tras lo cual los Estados Unidos se embarcaron en una “guerra fría” contra el socialismo y la URSS. En ese marco, cuando los movimientos anticoloniales avanza-

ron en guerras de liberación, el modelo socialista se había convertido en un ejemplo de gran importancia que sería retomado, a su modo, por experiencias como las de China, Cuba, Argelia o Vietnam. La Revolución rusa había inaugurado el siglo del socialismo.

Bibliografía

ADAMOVSKY, E. (2007) “Mitos y Realidades de la Revolución rusa”, en *Octubre rojo. La Revolución rusa 90 años después*, Buenos Aires: Libros del Rojas.

ADAMOVSKY, E. (1998) *Octubre Hoy. Conversaciones sobre la idea comunista a 150 años del Manifiesto y 80 de la Revolución rusa*, Buenos Aires: El Cielo por asalto.

ARENDT, H. (1998) *Sobre la revolución*, Madrid: Alianza.

CARR, E. (1981) *La revolución rusa: de Lenin a Stalin*, Madrid: Alianza.

DROZ, J. (1979) *Historia general del socialismo*, Barcelona: Destino.

FITZPATRICK, S. (2005) *La Revolución rusa*, Buenos Aires: Siglo XXI.

FITZPATRICK, S. (1977) *Lunacharski y la organización soviética de la educación y de las artes 1917-1921*, Madrid: Siglo XXI.

FERRO, M. (1975) *La Revolución rusa*, Barcelona: Laia.

FIGES, O. (2000) *La Revolución rusa (1891-1924): La tragedia de un pueblo*, Barcelona: Edhasa.

FURET, F. (1995) *El pasado de una ilusión. Ensayo sobre la idea comunista en el siglo XX*, México: FCE.

FURET, F. y NOLTE, E. (1998) *Fascismo, comunismo*, Buenos Aires: FCE.

GODIO, J. (1994) *El peregrinaje del socialismo en el siglo XX*, Buenos Aires: El cielo por asalto.

GOLDMAN, W. (2010) *La mujer, el Estado y la revolución política familiar y vida social soviéticas 1917-1933*, Buenos Aires: IPS.

HOBBSBAWM, E. (1998) *La era del imperio (1875-1914)*, Buenos Aires: Crítica.

----- (1996) *Historia del siglo XX*, Barcelona: Grijalbo.

----- “La Revolución”, en PORTER, Roy (ed.) (1990) *La revolución en la historia*, Barcelona: Crítica.

LEWIN, M. (2006) *El siglo soviético*, Barcelona: Crítica.

MORIN, E. (1985) *Qué es el totalitarismo. De la naturaleza de la URSS*, Barcelona: Anthropos.

REED, J. (1962) *Diez días que estremecieron al mundo*, México: Grijalbo.

SKOCPOL, T. (1984) *Los estados y las revoluciones sociales. Un análisis comparativo de Francia, Rusia y China*, México: FCE.

SERVICE, R. (2000) *Historia de Rusia en el siglo XX*, Barcelona: Crítica.

SHANIN, T. (1983) *La clase incómoda*, Madrid, Alianza.

TAIBO, C. (1993) *La Unión Soviética 1917-1991*, Madrid: Síntesis.

TILLY, C. (2000). *Las revoluciones europeas (1492-1992)*, Barcelona: Crítica.

TROTSKY, L. (1985) *Historia de la Revolución rusa*, Madrid: Sarpe.

Tierra y libertad

Desarrollo e influencia de la revolución mexicana
(1910-1920)

Federico Cormick

A mediados de los años treinta, Diego Rivera, uno de los más destacados muralistas mexicanos, sintetizó la historia de ese país en una obra impresionante de casi treinta metros de largo. En aquella *Epopéya del pueblo mexicano* se encuentran figuras y escenas de la colonización española y de las luchas de la independencia, junto con la revolución mexicana, sus consecuencias y las proyecciones que Rivera imaginaba para su pueblo. Así, entre los hombres de Hernán Cortés y Carlos Marx, entre las rebeliones indígenas y los obreros en huelga con las banderas del comunismo se entrecruzan los dirigentes agrarios Emiliano Zapata y Pancho Villa, los planes de San Luis y de Ayala, y por encima de ellos, el reclamo campesino de “Tierra y Libertad” que dio su impronta a la revolución mexicana. No es casualidad que el mural integrado por campesinos en armas y un llamado del manifiesto comunista a los proletarios del mundo se haya realizado alrededor de la escalinata principal de la casa de Gobierno, dando muestras de hasta qué punto los gobiernos postrevolucionarios buscaban presentarse como herederos de esas luchas del pueblo mexicano.

Aquella gesta fue un hecho fundamental para la historia nacional y latinoamericana. En un siglo de reflexiones, historiadores y cientistas sociales han debatido al respecto. ¿Qué ha sido aquello que se inició

en México en 1910? Ente otras cosas se ha dicho que se trató de una gran rebelión (Ruiz), o de la coronación de una revolución burguesa que se venía gestando desde la independencia de 1810 (Semo). Se consideró como una lucha en que una fracción de clase arrebató el poder y se lo otorgó a otra (Córdova) o como una revolución anti-burguesa, popular, campesina y nacionalista (Silva Herzog). Mientras para algunos coronó los intereses de la nación (Morales Jiménez), para otros fue fallida por no permitir el ascenso de los caudillos plebeyos (Cockcroft), o más bien una revolución interrumpida cuyas conquistas parciales abrieron una brecha inconclusa (Gilly). Lo que es evidente es que con esta irrupción violenta de amplias masas en la búsqueda de un futuro mejor, ya nada volvería a ser igual en México. El siglo xx se abría en América Latina de la mano de la revolución.

México antes de la revolución: el Porfiriato

Desde las últimas décadas del siglo xix, que fueron también las del gobierno de Porfirio Díaz, se estructuró y desplegó el capitalismo en México. Sobre la base de la división internacional del trabajo, y al igual que gran parte de América Latina, México multiplicó la explotación de productos primarios y su intercambio con los países más ricos e industrializados. Entre 1877 y 1910, el valor de las exportaciones se sextuplicó.

La expansión del capitalismo mexicano se desplegó sobre la base de dos ejes principales.

Un eje fue la extensión de la inversión de capital extranjero, proveniente principalmente de los Estados Unidos, seguido por Inglaterra, Francia y Alemania. Esta inversión no estuvo orientada al desarrollo industrial del país, sino que apuntó sobre todo a rubros de producción tradicional y en particular a la infraestructura para la extracción y transporte de recursos primarios. Los Estados Unidos se convirtieron en el destino de más del 50% de las mercancías exportadas desde México, país que fue, a su vez, el principal destino de las inversiones exteriores norteamericanas. De allí que los Estados Unidos controla-

ran más del 80% de la industria petrolera y de la minería en México, y que fuera el principal inversor y usufructuario del sistema ferroviario. En suma, los recursos estratégicos de la economía estaban en manos extranjeras, con creciente hegemonía de los Estados Unidos, dando cuenta del carácter dependiente del capitalismo mexicano.

El otro pilar de esta economía fue el latifundismo. Si la propiedad de la tierra ya estaba enormemente concentrada, el proceso de acaparamiento se agudizó con el porfiriato. El decreto de colonización de terrenos baldíos dictado en 1883 fue la base legal sobre la que se desplegaron las compañías deslindadoras. A millones de campesinos, muchos de ellos de comunidades indígenas, se les desconocieron sus títulos sobre la tierra y fueron expropiados. Los ganadores fueron los dueños de haciendas, algunas de las cuales llegaron a contar por millones sus hectáreas.

Así, la gran propiedad fue la regla que formó un mundo agrario diverso regionalmente: desde haciendas tradicionales o típicas que apenas se orientaron al autoconsumo o a los mercados locales, con técnicas rudimentarias que solían atar a los peones por mecanismos de dependencia (como el endeudamiento a través de las tiendas de raya) hasta haciendas modernas, con trabajo asalariado, que incorporaron tecnología y cuya producción cubrió gran parte del mercado interno y se volcó a la exportación.

Las haciendas avanzaron sobre los indígenas. Muchos de ellos, como los yaquis, sostuvieron grandes luchas de resistencia y el porfiriato los castigó ejemplarmente por ello: tras la dura represión y la derrota, los yaquis fueron repatriados y entregados como esclavos en haciendas. En el sur y centro del país muchos vieron cómo su vida social autónoma quedaba absorbida en el interior de las haciendas. Sucedió que la comunidad de base o tradición indígena, a la que sus miembros se referían como “pueblos o ejidos” perduraron bajo nuevas formas y mantuvieron incluso instituciones colectivas como la asamblea de ancianos. Los “pueblos” fueron, en muchos casos, el punto de unión para sostener la lucha por las tierras frente a la avanzada terrateniente.

Este escenario rural, con gran multiplicidad de formas sociales, era el corazón de México donde se concentraba su población. Para cuando la revolución comenzó a gestarse, las tres cuartas partes de la población vivía allí. Pero mientras menos del 1% de las familias poseía cerca del 85% de la superficie explotable, más del 95% era minifundista o directamente carecía de tierras. Es entendible que estas amplias masas de peones rurales y campesinos fueran la base de superexplotación sobre la que se erigía el capitalismo mexicano tanto como un factor clave a la hora de plantear su cuestionamiento.

El régimen político del porfiriato databa de 1876, cuando por primera vez llegó al poder Porfirio Díaz, quien gobernó casi ininterrumpidamente hasta 1911 bajo el lema “poca política y mucha administración”, proponiéndose como garante de la paz y la estabilidad.

Se trató de un régimen oligárquico y personalista, sostenido en el fraude y las jefaturas políticas con redes clientelares. Entre sus bases de apoyo se encontraban los hacendados, el Ejército (así como un importante cuerpo policial) y la Iglesia, que con Díaz volvió a apropiarse de tierras que le habían sido negadas con las reformas liberales de Benito Juárez en 1859. Promovió un modelo de modernización dependiente con el aporte del partido de los “Científicos”, fundado en 1892 y dirigido por el ministro de Hacienda José de Limantour. Los científicos profesaban una enorme fe en el progreso y entendían que eran fundamentales la inversión del capital extranjero y la administración por parte de un gobierno fuerte. El porfiriato expresaba la búsqueda de equilibrio entre dueños de la tierra y capital extranjero así como del naciente capital local vinculado a este.

Aunque fuera una sociedad preeminentemente agrícola, el despliegue capitalista mexicano vino acompañado —como sucedió también en otros países latinoamericanos— del desarrollo de una joven clase obrera. Los núcleos de mayor concentración fueron los centros de la industria extractiva, la metalúrgica y la textil. Tras el Primer congreso obrero en 1905, el momento más dinámico de la lucha obrera llegó en 1906 y 1907 con huelgas y movilizaciones en distintos puntos del país. Fue entonces que en la Cananea Consolidated Copper Company se dio la lucha más fuerte, con más de 10.000 trabajadores que fueron a la huelga y plantearon por primera vez la lucha por la jornada

de ocho horas; reclamaron un mínimo de 75% de trabajadores de origen mexicano e igual remuneración por igual trabajo, ya que se pagaba mucho menos a los mexicanos que a los estadounidenses.

En sintonía con la aparición del movimiento obrero y sus luchas, fue significativo el nacimiento en 1902 del Partido Liberal Mexicano (PLM) que se afincó sobre el antilatfundismo y anticlericalismo del liberalismo social decimonónico y se fue radicalizando, con clara influencia de las ideas libertarias del anarquismo. El partido encabezado por los hermanos Ricardo y Enrique Flores Magón difundía el periódico *Regeneración*, que llegó a tirar 25.000 ejemplares y abordó en su programa de 1906 toda una serie de reivindicaciones radicales, algunas de las cuales serían de importancia para la revolución mexicana. Allí proponían una reforma constitucional con supresión de la reelección del presidente y los gobernadores, la eliminación del servicio militar obligatorio y la pena de muerte, el fomento de la educación pública, la jornada de ocho horas de trabajo, la prohibición del trabajo para menores de catorce años, el descanso dominical obligatorio, la nulidad de deudas de peones de campo, la supresión de tiendas de raya en las que estos se endeudaban y la protección de las comunidades indígenas, entre otros temas. Su lucha junto a la naciente clase obrera y contra el porfirismo los volvió foco de la represión, por lo que fueron encarcelados en numerosas oportunidades y expulsados del país, lo que no les impidió continuar promoviendo nuevas iniciativas insurreccionales. Aunque no fueron el eje central del proceso revolucionario, sí fueron inspiradores ideológicos de muchas de las demandas políticas y sociales que se expresarían en la revolución mexicana.

La revolución política de Madero

En el México relativamente estable de 1908 nadie se hubiera imaginado que un par de publicaciones tendrían semejante trascendencia histórica.

En una entrevista para la revista *Pearson's Magazine*, para sorpresa de todos, luego de cuarenta años en la cima del Estado, Porfirio Díaz planteó su “firme resolución de separarme del poder al expi-

rar mi período”, en referencia a las próximas elecciones pautadas para 1910.

Ese año, Francisco Madero publicaba un libro sobre el mismo asunto: *La sucesión presidencial en 1910*. El texto empezaba con un balance positivo del porfiriato por cerrar el ciclo de enfrentamientos que se arrastraban desde la independencia, y consideraba a Díaz “el más poderoso y afortunado de los militares de aquella época” que logró “extirpar de nuestro suelo el germen de las revoluciones, pues al militarismo lo ha desprestigiado con 30 años de paz”. Sin embargo, más allá del tono conciliador con el porfirismo, Madero llegaba a la conclusión de que México ya estaba maduro para una democracia plena, y en función de ello avanzaba con propuestas que rompían con la lógica política que dominaba la escena. Su conclusión se sintetizaba en la consigna “libertad de sufragio y no reelección”. Así cuestionaba la legitimidad de Díaz para seguir ejerciendo el poder, algo que hasta el momento ningún porfirista se había animado a hacer. Y proponía crear un partido antirreeleccionista con la pretensión de quebrar el monopolio del poder de Díaz.

¿Quién era este defensor del pasado porfirista que se atrevía ahora a cuestionar su poder? Francisco Madero era miembro de una de las familias más ricas de México, cuyos negocios abarcaban todo tipo de rubros: minería, fundiciones de hierro y acero, refinerías de cobre, producción fabril de textiles, destilerías de vino, ganadería y plantaciones de algodón, entre otros. Su padre había sido gobernador de Coahuila y fundador del Banco de Nuevo León, en la prominente Monterrey. Y él era también un empresario que contaba con formación de negocios en Europa y los Estados Unidos.

No eran ahora los perseguidos miembros del Partido Liberal Mexicano los que pedían el fin del porfiriato para terminar con la dictadura y lograr las demandas que llevaran a mejorar las condiciones de existencia de obreros y campesinos, sino un representante de las clases pudientes que anhelaban más participación y otro tipo de relación con el poder.

Las palabras de Díaz abrieron las pujas por la sucesión en el seno del porfirismo, y el libro de Madero caló hondo en esa misma crisis interna. Cuando poco tiempo más tarde el octogenario mandatario

decidió que se quedaría en el sillón presidencial una vez más, no era consciente de que ya no estaba en condiciones.

Forzando la situación, Porfirio Díaz logró presentarse de nuevo y ganar las elecciones. Lo hizo a costa de desgastar su propio círculo en el que pugnaban por sucederlo y al tomar una medida que sería clave para su posterior caída. Buscó librarse de Madero, quien había sostenido su intención de disputar la presidencia, y lo mandó a la cárcel. Con ese acto, Porfirio Díaz convirtió a un miembro de las clases pudientes sin mucha trayectoria y que hasta hacía poco había acompañado su régimen, en la figura más relevante de todo México, enfrentada ahora completamente al porfirismo.

Rescatado de la cárcel, Madero se refugió en Texas (Estados Unidos). Cerrada la posibilidad de acordar con Porfirio Díaz, el industrial de Coahuila no tenía más remedio que volcarse a las armas si quería sostener su reclamo de apertura electoral. Agotada la disputa en el seno de los espacios de poder, si quería persistir, debía salir al exterior. Su planteo lo expresó en el Plan de San Luis Potosí, redactado en los Estados Unidos y fechado formalmente el 5 de octubre de 1910, por ser el último día que había pisado suelo mexicano. En el Plan se desconocían las elecciones y la legitimidad del Gobierno, y se consagraba a sí mismo como presidente interino. Madero se dio el lujo de ponerle fecha y hora al alzamiento revolucionario: el 20 de noviembre de 1910 a las seis de la tarde debía comenzar la revolución bajo la consigna “sufragio efectivo y no reelección”. Pero ¿era eso posible? ¿Quién haría semejante esfuerzo? ¿De dónde sacaría Madero la fuerza social capaz de vencer la resistencia del régimen que él y los suyos no habían podido quebrar? ¿Eran el sufragio y la no reelección los ejes nodales por los que el pueblo mexicano se dispondría a entregar su vida en una lucha revolucionaria?

Madero percibió muy bien la respuesta y ese fue el aspecto más significativo de su Plan de San Luis Potosí. En el artículo tercero, incluía un punto que poco tenía que ver con los problemas de la representación política. Allí se decía:

Siendo de toda justicia restituir a sus antiguos poseedores los terrenos de que se les despojó de un modo tan arbitrario se declaran sujetas a revisión tales disposiciones y fallos y se les exigirá a los que las adquirieron de un modo tan inmoral, o a sus herederos, que los restituyan a sus antiguos propietarios, a quienes pagarían también una indemnización por los perjuicios sufridos.

Esta cuestión agraria expresada en el Plan de San Luis no había sido parte del planteo original de Madero cuando le reclamaba una apertura política al porfirismo. Sin embargo, ahora que el enfrentamiento con Díaz proponía la perspectiva de una revolución, el maderismo incorporaba el problema de la tierra y planteaba la restitución de terrenos a los campesinos despojados.

Si Madero quería que las masas campesinas mexicanas nutrieran la revolución, era necesario que aquellas encontraran algún motivo lo suficientemente trascendente para jugarse el pellejo en ella. Y él, al igual que todo México, sabía que no había tema más sentido y profundo que la cuestión agraria, el acceso a la tierra. Y así fue.

Por todo el país se fueron desplegando levantamientos, de los que participaban los más diversos actores sociales y políticos, y con ello la base de sustento del porfirismo se quebró. Solo los sectores más duros del régimen, como la aristocracia latifundista, la casta militar y la jerarquía eclesiástica se mantuvieron fieles a Díaz hasta el final. Del mismo porfirismo se desprendieron muchos de sus principales cuadros, como el ministro “científico” Limantour, que pronto buscó un entendimiento con Madero.

La acción de los más diversos sectores confluyó contra la dictadura. Así como el PLM de los hermanos Flores Magón hizo nuevos intentos insurreccionales, también hacendados importantes como José María Maytorena tomaron parte de la lucha antiporfirista. La ola de huelgas de 1910 centrada en Veracruz, Puebla, Pachuca y Orizaba alcanzó a unos 10.000 obreros, según lo registraba entonces un corresponsal norteamericano. El movimiento de resistencia indígena se reactivó e incluso se empalmaron reclamos de los estudiantes con el planteo revolucionario. Pero sin lugar a dudas, el hecho fundamental fue que las masas campesinas se incorporaron masivamente a

la lucha, nutriendo más de una decena de movimientos revolucionarios, como los dirigidos por Pancho Villa y Pascual Orozco en el norte y Emiliano Zapata en el sur.

El movimiento revolucionario se desplegó desde fines de 1910 y se fortaleció a principios de 1911. Cuando en febrero de 1911 Madero volvió a México, su tarea consistió en ponerse al mando del combate ya avanzado.

Con el ataque de Orozco y Villa a Ciudad Juárez el 8 de mayo de 1911, el porfiriato cayó. Se iniciaron entonces las negociaciones entre maderistas y porfiristas. Allí, para sorpresa de muchos porfiristas que habían decidido despegarse de Díaz y salvar sus propias carreras, Madero sostuvo que era innecesario hacer renunciar a Díaz como requisito para iniciar la transición gubernamental. Finalmente no fue así, el acuerdo de Ciudad Juárez se firmó el 21 de mayo y Porfirio Díaz salió del país el 25. Pero el solo gesto de moderación de Madero en el marco de un alza revolucionaria sin precedentes daba cuenta de sus proyecciones. Como señaló perspicazmente Mires, “La mexicana era ya una formidable revolución social dirigida por hombres tímidos”.

El maderismo estaba preso de su propia construcción. Con el objetivo de desplazar el porfiriato, Madero había logrado generar y encabezar una amplia alianza que iba desde parte del porfirismo y de las elites terratenientes hasta la profundidad de las masas campesinas. Sin embargo, lo que era posible unir en la lucha contra Díaz, era imposible de integrar para un proyecto de Estado. El maderismo no sería el gobierno de toda esa alianza sino de su sector dirigente.

Luego de un gobierno provisional a cargo de León de la Barra, en noviembre de 1911 Madero fue elegido masivamente como presidente, utilizándose por primera vez el sufragio universal. Con ello, la caída de un sector de la elite mexicana fue seguida por el ascenso de otra que, si bien se había apoyado en las masas populares, no expresaba sus anhelos de cambio. Gran parte del porfirismo se recicló en el nuevo Gobierno; ninguna institución del antiguo régimen fue suprimida, mucho menos el odiado Ejército Federal y, por el contrario, se ordenó el licenciamiento de las fuerzas revolucionarias, definiendo que los que no lo hicieran serían reprimidos como

“bandidos”. Algunos grupos revolucionarios como el de Pancho Villa aceptaron en un principio el licenciamiento, pero no todos. ¿Por qué? Porque había un problema pendiente fundamental. Las masas rurales se habían volcado a la lucha por la tierra. Y la tierra no había sido conseguida aún. Lo que para Madero parecía el final de la revolución, para ellos era apenas el comienzo.

El zapatismo y la revolución social

Cuando la elección presidencial de Porfirio Díaz se transformó en un tema crucial en México, en las aldeas más recónditas empezaron a verse a hombres de traje que recorrían el país con las banderas de democracia y libertad. Difícilmente estos representantes del made-rismo pudieran percibir hasta qué punto la situación era interpretada por sectores campesinos como un posible punto de partida de cambios muy profundos.

Con este marco, en la aldea de Anenucuilco en Morelos, el 12 de septiembre de 1909 los ancianos convocaron a una asamblea de la comunidad. Ese día prefirieron no hacer sonar las campanas. El boca en boca permitía que todos los miembros de la comunidad supieran del encuentro y evitaba que se enterasen los capataces de las haciendas. A esa institución fundamental del pueblo asistían los hombres adultos, habitualmente cabeza de familia. Aquel día sucedió un hecho inédito: todos los ancianos presentaron su renuncia y promovieron su recambio. El caldeado ambiente de movilización permitía imaginar que por fin podría ser abordado el histórico reclamo por las tierras de la comunidad que habían sido usurpadas por las grandes haciendas. Se buscaba promover a quienes pudieran llevar adelante este reclamo. Por eso se eligió a un joven de treintat años, miembro de una de las familias más antiguas del distrito y propietario de algunas hectáreas de tierra: no era el más rico, pero tampoco el más pobre de la comunidad. Se había hecho notar en la defensa de las tierras por lo que había sido delegado ante las autoridades y así se había convertido en un caudillo natural.

El ritmo vertiginoso de los acontecimientos hizo que muy pronto Emiliano Zapata demostrara que cumpliría el papel que su comunidad le había otorgado. Ya a comienzos de 1911 los pueblos de Morelos se sumaron a la revolución. El 14 de febrero el maderista Pablo Torres Burgos leyó por primera vez en público el Plan de San Luis Potosí. Las comunidades campesinas sureñas interpretaron cabalmente el artículo tres del plan. Para ellas significaba que por fin los pueblos recuperarían las tierras que los hacendados les habían quitado. Las consignas del programa maderista se sintetizaban en su grito: “¡Abajo haciendas, viva pueblos!”.

Ya para comienzos de marzo, Emiliano Zapata se había sumado formalmente a la revolución como presidente de los pueblos de Anenecuilco-Ayala-Moyotepec. Un mes más tarde, sus fuerzas dominaban amplias zonas del sur de México y pronto sería designado jefe del Ejército Revolucionario del Sur.

Tras el acuerdo de Ciudad Juárez, algunos sectores de la alianza construida por Madero se replegaron. No fue el caso del zapatismo. El punto fundamental por el que los hombres de Zapata se habían sumado a la lucha, expresado en artículo tercero del Plan de San Luis, aún no había sido puesto en marcha. Los campesinos no bajarían los brazos mientras no se resolviera el problema de la tierra.

León de la Barra, primero y Madero, después, atacaron abiertamente al zapatismo al ver que los hombres no habían entregado sus armas y mantenían su reclamo social. Tanto los antiguos funcionarios (como el gobernador de Morelos), las instituciones (en particular el Ejército federal responsable de infinidad de ataques contra las comunidades) y por supuesto, las haciendas, fueron respaldados por el nuevo Estado. Zapata rompió definitivamente con el maderismo.

Así, al tiempo que Madero se convertía en presidente, Zapata y sus hombres elaboraron su propio programa, en el que expresaron con total claridad los objetivos de su lucha. Las comunidades campesinas pasaban a hablar ahora por ellas mismas, sin la mediación del maderismo.

El Plan de Ayala elaborado por los zapatistas en noviembre de 1911, además de desconocer a Madero y convocar a la continuidad de la revolución bajo las banderas de “libertad, justicia y ley”, tenía

una propuesta agraria radical. Denunciaba “los terrenos, montes y aguas que hayan usurpado los hacendados, científicos o caciques”; explicaba que a partir de la acción de los revolucionarios sureños “entrarán en posesión de esos bienes inmuebles, desde luego, los pueblos o ciudadanos que tengan sus títulos correspondientes a esas propiedades, de las cuales han sido despojados por mala fe de nuestros opresores, manteniendo a todo trance con las armas en las manos la mencionada posesión”; y en lo que respecta a “los usurpadores que se consideren con derecho a ellas”; planteaba que estos “las deducirán ante los tribunales que se establezcan al triunfo de la revolución”.

La radicalización del programa zapatista consistía en que serían los propios campesinos los que señalarán cuál era su tierra usurpada, pasando a tomarla inmediatamente. Percibieron que los laberínticos caminos de la justicia terminaban operando a favor de los hacendados y decidieron no esperar nada más de ella. De este modo invirtieron la carga de la prueba, pues ahora los campesinos tomarían primero las tierras, y si algún hacendado lo consideraba injusto, debería demostrarlo luego ante la futura justicia revolucionaria portando sus títulos de propiedad.

La práctica comunal de los pueblos de Morelos fue un pilar fundamental del zapatismo. Le permitió articularse como una fuerza capaz de colaborar y jugar un rol destacado en la revolución dirigida por Madero; evidenciar la falta de cumplimiento de las promesas maderistas sobre la tierra y asumir finalmente un planteo propio, convirtiendo así al zapatismo en un actor con autonomía política que tendió a basarse en la decisión de las mismas masas campesinas.

Fue esa independencia política del zapatismo la que lo transformó en el único ejército revolucionario que se mantuvo con las armas en la mano en defensa del carácter social de una revolución que el maderismo quería reducir a los aspectos políticos. Su intervención fue clave para que la revolución mexicana no se detuviera en su primera estación, como lo habían soñado las elites que se sintieron representadas por la moderación de Madero.

La contrarrevolución de Huerta abre la guerra agraria

El zapatismo fue el primero pero no el único movimiento popular que impugnó al maderismo. En marzo de 1912, Pascual Orozco fue enviado por Madero a sofocar una rebelión encabezada por Emilio Vázquez Gómez, y terminó levantándose él mismo en armas, ocupando Sonora y Coahuila. Orozco entonces promovió el Plan de la Empacadora en el que planteaba la nacionalización del ferrocarril, la reducción de la jornada laboral (10 horas para los asalariados y 12 para el trabajo a destajo), la prohibición del trabajo infantil, la supresión de las tiendas de raya que endeudaban a los campesinos y una propuesta agraria que incluía la entrega de la tierra a los campesinos que las ocupaban desde hacía veinte años y la devolución de las tierras usurpadas por los hacendados a las comunidades.

Para sofocar ésta y otras rebeliones, Madero se apoyó en el ejército. Mientras el maderismo, ese magma de nuevos y viejos políticos (muchos ex porfiristas) se desangraba en luchas intestinas, la respuesta militar de Madero contra los movimientos populares fortalecía a ese ejército heredado del porfiriato y sus primeros mandos. El militar Victoriano Huerta fue ascendido por Madero a jefe de las tropas federales por su tenacidad en la lucha contra Zapata, Orozco y demás levantamientos. Incluso Villa, que permanecía leal al maderismo, estuvo a punto de ser fusilado por Huerta.

Ese escenario no hacía más que ayudar a la conspiración que los sectores del riñón de Porfirio Díaz habían promovido desde el primer día. El embajador de los Estados Unidos, Henry Lane Wilson, se hizo también de la partida. Entre otros motivos, porque rechazaba los posibles avances en derechos laborales que podían afectar a sus compañías amigas como la Cananea Consolidated Copper Company. Solo faltaba que se consolidara el acuerdo con el reciente jefe del Ejército. Es lo que se plasmó el 18 de febrero de 1913 en el Pacto de la Embajada, rubricado por Félix Díaz, sobrino del dictador depuesto, y Victoriano Huerta bajo el auspicio del embajador de los Estados Unidos. Su objetivo era derrocar a Madero, y así lo hicieron, asesi-

nándolo unos días después, el 22 de febrero de 1913. La contrarrevolución se había consumado.

Para entonces, un hombre humilde e iletrado que a veces había sido peón y otras, bandolero, se había convertido una figura clave de la revolución. “Pancho Villa” había protagonizado la toma de Ciudad Juárez que tumbó al porfiriato y “Era conocido en todas partes —según el periodista John Reed— como ‘El amigo de los pobres’. Fue una especie de Robin Hood mexicano”. El norte de México en el que se movía era muy distinto del sur zapatista. Lejos de la tradición comunitaria agrarista de Morelos, los hombres humildes de Chihuahua vivían dispersos en el interior de las haciendas y se movilizaban con mayor habitualidad. El trabajo temporario de peones asalariados era usual. Las huestes de Villa y sus planteos estuvieron impregnados del aire norteño. Fueron las adhesiones personales a ciertos liderazgos, más que los lazos tradicionales de la comunidad, los que estructuraron los ejércitos revolucionarios. Sus combatientes muchas veces buscaban el retorno de una paga por sus servicios antes que la entrega de tierras, lo cual les permitía, también, una movilidad mucho más amplia, aunque sus objetivos a vistas de las comunidades sureñas pudieran parecer limitados. Los norteños contaban, además, con los Estados Unidos como una valiosa retaguardia que les proveía armamento moderno.

El ejército campesino de Villa fue protagonista de la revolución maderista y se mantuvo leal a su gobierno. Con la misma energía que combatió junto a Huerta a los opositores de Madero, se levantó luego contra Huerta cuando este derribó a su líder en febrero de 1913. Su destreza militar lo llevó pronto a convertirse en jefe de la División del Norte de las fuerzas revolucionarias. Repartió tierras a campesinos, intervino grandes haciendas distribuyendo sus reses a los peones e incluso asumió, de hecho, como gobernador del Estado de Chihuahua, donde llegó a imprimir sus propios billetes, redujo los precios de los alimentos y expulsó a los comerciantes considerados usurarios.

Inicialmente el golpe de Huerta fue admitido por la gran mayoría de los políticos maderistas, aunque hubo una excepción: el gobernador de Coahuila, Venustiano Carranza, que desconoció la lega-

lidad del gobierno de Huerta y se alzó en armas. Carranza era un claro representante de las clases pudientes mexicanas. Un latifundista acomodado que había sido porfirista con Porfirio Díaz y luego había colaborado de buena fe con Francisco Madero, contribuyendo a la formación de su partido. A diferencia de los jefes plebeyos como Villa o Zapata, Carranza no era un caudillo amado por su gente ni representaba directamente los intereses de campesinos y peones rurales. Sin embargo, por su trayectoria política y su habilidad para coordinar intereses contrapuestos fue el único que se proyectó como un caudillo nacional. El 26 de marzo de 1913, Carranza lanzó su Plan de Guadalupe convocando a la lucha revolucionaria. A diferencia de Madero, que había incorporado el artículo tercero en su Plan de San Luis Potosí, él evitó conscientemente integrar cualquier tipo de reclamos sociales. Su consigna se limitaba a la recuperación de la legalidad rota por Huerta. Sus tropas de campesinos y las de su seguidor Álvaro Obregón pelearían bajo la bandera del *constitucionalismo*.

De todos modos, ni el ejército de Zapata —que se había mantenido activo desde la proclamación del Plan de Ayala a fines de 1911— ni el de Villa —que había retomado la lucha bajo la bandera constitucionalista— esperaron la letra escrita para avanzar en el plano social: tanto en el sur como en el norte la base de los ejércitos revolucionarios era la atención a las demandas sociales y el reparto de tierras a los campesinos. Aunque Carranza no lo pusiera en su plan, hacía rato que la revolución mexicana había demostrado su carácter social y su base campesina.

Los años posteriores al golpe contra Madero fueron los de mayor despliegue militar en la historia de México. Huerta había acrecentado las fuerzas del régimen y disponía de un ejército de unos 250.000 hombres que superaba por mucho a los 30.000 con los que contaba el porfiriato. Por su parte, las fuerzas revolucionarias alcanzaban unos 150.000 combatientes entre carrancistas (80.000), villistas (50.000), zapatistas (20.000) y otros (10.000).

Aunque el problema principal que debía afrontar Huerta era el cada vez más generalizado alzamiento revolucionario, otros factores también contribuyeron a su caída, como fueron la crisis económica marcada por el endeudamiento y la inflación, la falta de apoyo de

parte de las elites que lo despreciaban como un general de origen plebeyo y la falta de respaldo del nuevo gobierno de los Estados Unidos.

En este marco, la avanzada de las fuerzas revolucionarias se hizo definitiva en la primera mitad de 1914. Zapata se adueñó de Iguala y Chilpancingo y avanzó hacia la capital, Villa se extendió por todo el estado de Chihuahua y ganó la decisiva batalla de Torreón, liquidando al Ejército Federal. Álvaro Obregón desplegó sus bases en Sonora y Sinaloa y avanzó sobre Guadalajara. Otros generales como Pablo González y Eulalio Gutiérrez también libraron batallas decisivas. El 15 de julio de 1914, mientras Europa se hundía en una escalada diplomática que daría pie al inicio de la Primera Guerra Mundial, el régimen de Huerta se desplomó definitivamente, abriendo paso a los revolucionarios.

El momento campesino

Solo una revolución social puede ofrecer una imagen de estas características: las fotografías de 1914 muestran a Pancho Villa sentado en el sillón presidencial, acompañado por Emiliano Zapata y una cohorte de revolucionarios. Esos representantes del multitudinario submundo de peones y campesinos se mostraban entonces en el corazón del poder político. Esa escena no fue el punto de llegada natural y sin tensiones del proceso revolucionario, ni tampoco duraría indeterminadamente, aunque sí expresó el punto más radical de la revolución mexicana.

Las enormes contradicciones que existían en la alianza constitucionalista promovida por Carranza estallaron con la caída de Huerta, aunque sus antecedentes eran más profundos.

Ya en la lucha contra Huerta, el zapatismo había constituido la Junta Revolucionaria del Centro y Sur de la República bajo la dirección de Emiliano Zapata y con Manuel Palafox como secretario. Los hombres de Zapata no solo combatieron por su cuenta sin subordinarse nunca a la dirección de Carranza, sino que avanzaron en

su perspectiva agrarista con el reparto de tierras y la extensión de prácticas comunitarias. Los choques permanentes ente zapatistas y Carranza daban cuenta de la desconfianza que los campesinos tenían frente al terrateniente de Coahuila.

Villa, por su parte, no contaba con un programa tan definido como el Plan de Ayala zapatista, pero contaba con un enorme respaldo popular y se había convertido en uno de los principales dirigentes que permitió el triunfo revolucionario contra Huerta, lo que lo habilitaba para plantearse una perspectiva de poder que entraba en competencia con Carranza.

El 8 de julio de 1914, mientras se desplomaba el gobierno de Huerta, los hombres de Villa y de Carranza firmaron el Pacto de Torreón, en el que Villa acepta a Carranza como primer jefe del Ejército Constitucionalista pero le imponía la obligación de convocar a una convención de generales y gobernadores revolucionarios apenas se tomara el poder central. Se posponía así, temporalmente, el enfrentamiento.

La Convención de Aguascalientes se realizó el 1 de octubre de 1914. Zapata fue invitado y, en función de reorganizar el poder, se retiraron los títulos previos, incluido el de primer jefe que ostentaba Carranza. Los dos principales ejércitos populares, el de Villa y el de Zapata, se daban cita. Y si bien algunos sectores del constitucionalismo se incorporaron a esta alianza plebeya, su jefe Venustiano Carranza, al reconocer que se lo corría del centro de la escena, decidió retirarse y enfrentarlos.

Dos meses más tarde, un mar de campesinos inundaba la ciudad de México en nombre de la convención. Zapata y Villa sellaron su acuerdo que establecía una alianza militar entre el Ejército Libertador del Sur y la División del Norte para enfrentar a Carranza hasta lograr la elección de un presidente civil. En él, Villa reconocía el Plan de Ayala como programa revolucionario y se comprometía a abastecer de armamento a Zapata. Se formaba de ese modo el bando convencionalista. Expresando el punto más alto de su lucha común, los jefes campesinos se retrataron en la casa de gobierno, sin la tutela de políticos tradicionales y con Villa sentado en el sillón presidencial. La revolución social campesina se había despojado de la dirección del hacendado Carranza.

Venustiano Carranza, con el apoyo fundamental de Álvaro Obregón, se replegó sobre Veracruz y comenzó a recomponer las fuerzas de su ejército constitucionalista.

Aunque habían llegado hasta los pies del poder, las fracciones campesinas dejaron en evidencia sus dificultades para sostenerlo. Ni Villa ni Zapata se plantearon defender el poder central ni constituir una fuerza unificada. Por el contrario, se dividieron, abandonaron la capital y cada uno volvió sobre su territorio, donde era representante indiscutido de las masas campesinas. Sus ejércitos ya mostraban el cansancio de años de guerra civil. Además, al percibir esa fragilidad, algunos de sus aliados de la convención se volvieron hacia el constitucionalismo.

La estrategia militar de Carranza daba cuenta del conocimiento de sus adversarios. A sabiendas de que el zapatismo, fuertemente arraigado en la lógica comunal, no abandonaría su espacio sureño, las tropas constitucionalistas se centraron en derrotar a la división del Norte. Al general Álvaro Obregón se le asignó este emprendimiento militar que llevó a la derrota de Villa en abril de 1915, obligándolo a replegarse sobre las montañas. Su resistencia posterior incluyó incursiones espectaculares en 1916-1917 y 1918-1919, pero que carecieron de efectos.

El zapatismo, por su parte, luego de su incursión en la ciudad de México, se consolidó en la zona de Morelos donde durante algunos años desarrolló una notable reorganización social. Se recuperaron enormes parcelas de tierra que habían sido apropiadas por los hacendados y se organizó un meticuloso proceso de reparto. Basándose en las antiguas tradiciones campesinas de cooperación y de discusión colectiva, los zapatistas promovieron formas autónomas de organización y de gobierno con un fundamento comunal en el que había una participación activa de las masas rurales. La lucha “contra el mal gobierno” de los zapatistas suponía la defensa del pueblo campesino en armas como un actor con capacidad de acción y decisión autónoma, como un centro de gravitación política que desestimaba la jefatura de los caudillos provenientes de las clases acomodadas de México y se colocaba en un abierto enfrentamiento contra el Estado. La *comuna campesina de Morelos* expresa el punto de mayor radicaliza-

ción del zapatismo, donde se perciben las influencias del magonismo y el socialismo, y en donde pueden rastrearse elementos de gran afinidad con la experiencia de las masas rurales y urbanas rusas que para entonces desplegaban también sus propias formas de organización y se lo hacían saber al mundo. Esa afinidad la expresaba el mismo Zapata en una carta, en febrero de 1918: “Mucho ganaríamos, mucho ganaría la humana justicia, si todos los pueblos de nuestra América y todas las naciones de la vieja Europa comprendiesen que la causa del México revolucionario y la causa de la Rusia irredenta son y representan la causa de la Humanidad, el interés supremo de todos los pueblos oprimidos”.

El constitucionalismo de Carranza

Mientras Álvaro Obregón asumía las tareas militares, Carranza se volcó a la acción política con la perspectiva de reorganizar un estado y un ejército bajo su influjo.

Desde el momento mismo de la caída de Huerta debió prestar atención a las relaciones exteriores, aun sin controlar el territorio nacional. Sucedió que, con su habitual intromisión, los Estados Unidos habían ocupado el puerto de Veracruz en abril de 1914 y se habían quedado. Los planteos de Carranza contra la intervención estadounidense fueron recurrentes, rechazando las propuestas de mediación que no incluían el retiro de los Estados Unidos, lo que finalmente se negoció para noviembre de ese año. Luego, aún en plena guerra interna, su gobierno fue reconocido por los Estados Unidos, algo de particular utilidad en su lucha contra Villa, quien desde entonces perdió el acceso a la frontera norteamericana. Más allá de eso, el carrancismo mantendría su independencia frente al país del Norte, lo que más tarde plasmó en su “Doctrina Carranza”, centrada en el rechazo a las intervenciones norteamericanas y en la proclamación de la necesaria unidad de América Latina frente a ellas.

En política interna, el jefe constitucionalista inició una serie de medidas sociales orientadas a lograr la aprobación de los sectores populares. Ya en enero de 1915, en su zona de influencia dictó una

Ley Agraria más radical incluso que la promovida por la Convención de Aguascalientes.

A su vez, con su legislación sindical supo empalmar con el floreciente movimiento obrero que había dado nuevos pasos organizativos en el marco del maderismo, cuando se fundó la Confederación de Obreros Católicos y la Casa del Obrero Mundial, de orientación anarquista. El entendimiento con esta última fue muy significativo. En su búsqueda política, estos obreros combativos y anticlericales encontraban más cercano al hacendado Carranza con su formulación de una legislación laboral y sus proyectos de mejora social y cultural, que a los campesinos insurrectos como los zapatistas sureños que se mostraban aferrados a las imágenes de la virgen de Guadalupe. Con Carranza encontraron espacio para desarrollar sus sindicatos y más de una vez se les otorgaron sedes de edificios emblemáticos de la aristocracia porfirista, como el Jockey Club en Ciudad de México. De este modo, Carranza logró su compromiso para que respaldaran el constitucionalismo, formando los batallones rojos con los que se sumaron a la lucha contra los ejércitos convencionalistas de Villa y Zapata.

Para principios de 1916, el principal adversario militar del Gobierno, la división del Norte de Pancho Villa, había sido reducido, y el zapatismo se desarrollaba de forma autónoma en el sur. La situación se había tornado muy penosa para gran parte de los mexicanos: se combinaban el desempleo creciente, la escasez de alimentos y la inflación, agigantada por la emisión de moneda sin respaldo. En los primeros meses del año, en diversos puntos del país, los obreros se empezaron a orientar a la huelga y finalmente, el 31 de julio unos 36.000 obreros se declararon en huelga general.

El carrancismo demostró inmediatamente cuál era el límite de su alianza con el movimiento obrero. Los locales sindicales fueron militarizados y se volvió a aplicar la legislación represiva anterior que incluía la posibilidad de la pena de muerte. Ese mismo año, luego de la derrota de la huelga obrera, Carranza designó al general Pablo González para acelerar la represión sobre los zapatistas del sur, con un ejército de 40.000 hombres. Sobre la derrota de campesinos y obreros se daban pasos hacia la reconstrucción del Estado mexicano.

El carrancismo promovió la realización del congreso constituyente de Querétaro, que tras dos meses de deliberaciones promulgó una nueva constitución el 5 de febrero de 1917. El proyecto original, propuesto por Carranza y defendido en la asamblea por sus seguidores, se limitaba a retocar la constitución de 1857, sin dar carácter constitucional a ninguna reforma social. Pero aunque los principales referentes populares de la revolución habían sido desplazados, muchos de los reclamos sociales de campesinos y obreros habían logrado instalarse con fuerza en aquellos seis años de revolución, tornándose ineludibles para muchos constituyentes que impusieron modificaciones significativas. De allí que la orientación que primó debe emparentarse más con un ala radical o jacobina del nuevo estado en formación que con la perspectiva del hacendado, cuya posición quedó en minoría.

Más tarde, la historiografía oficial de la revolución mexicana, encarnada en escritos como los de Alberto Morales Jiménez, hablará del carrancismo y su constitución como el punto de llegada y el reflejo directo de la gesta revolucionaria, cuyo hilo debía rastrearse hasta la independencia pasando por el legado de Madero. Así, todas las luchas, las derrotas y los cambios logrados por los sectores plebeyos de la revolución quedarían, en la historia oficial, subsumidas en el supuesto de una unidad nacional encarnada por la constitución de 1917.

La nueva carta magna daba cuenta de que, sobre las brasas aún encendidas de la revolución, la estructuración de un nuevo orden debía tomar en cuenta, al menos en parte, los planteos de aquellos que habían nutrido los ejércitos plebeyos. Así, casi dos años antes de que la República de Weimar promulgara su avanzada constitución en Alemania, y un mes antes de que en Rusia se iniciara la “revolución de febrero”, el Estado mexicano daba inicio al constitucionalismo social que caracterizó a algunas de las constituciones burguesas del siglo xx por incorporar, junto a los derechos individuales promovidos por el liberalismo, una serie de derechos sociales de importancia.

Así, en su artículo 27, la nueva constitución tomaba el problema agrario. En el nuevo Estado la propiedad de la tierra y del agua corresponderían originariamente a la nación, la cual se reservaba

el derecho de transmitir su dominio a particulares, de expropiar por causas de utilidad pública y de imponer a la propiedad privada las modalidades que dicte el interés público. De este modo, con una perspectiva orientada hacia el fraccionamiento de los latifundios y el desarrollo de la pequeña propiedad, la posibilidad de la reforma agraria adquiriría estatus constitucional. Además, a la nación le correspondería también el dominio de los minerales, y en particular el petróleo, lo que expresaba una disputa con las petroleras extranjeras, principalmente estadounidenses, que se habían afincado desde el porfiriato.

Por su parte, el artículo 123 hacía referencia a derechos para los trabajadores, regulaba la jornada de ocho horas, la prohibición de contratar niños menores de doce años, la protección de embarazadas, el descanso semanal, el salario mínimo, la igualdad de remuneración ante el mismo trabajo y el derecho de asociación, entre otros temas.

Además, siguiendo una trayectoria muy presente en México, la constitución hacía gala de un anticlericalismo radical que garantizaba la enseñanza laica, sin ninguna intervención religiosa (art. 3) y se le negaba estatus especial a las personalidades provenientes de comunidades religiosas (art. 130).

Obregón y el nuevo estado mexicano

La coronación del carrancismo fue la dura guerra que consiguió quebrar la resistencia zapatista sobre la base de quema de fincas, asesinatos en masa y desplazamientos de pueblos enteros. La desarticulación de la comuna de Morelos se selló con el asesinato del mismo Zapata, el 10 de abril de 1919, por encargo de Carranza. Así, el hacendado estructuró un proyecto de Estado y logró disciplinar a la mayoría de las fuerzas insurgentes, aunque lo hizo, al igual que lo que le había sucedido a Madero, al costo de su propio desgaste y sin poder evitar las rencillas de poder que disputarían su dirección.

Las tensiones se aceleraron al acercarse las elecciones programadas para 1920, para las cuales Carranza intentó postular a un ignoto pero

obsecuente seguidor suyo, Ignacio Bonilla, y encontró la resistencia de quien se había destacado como la segunda figura más importante del constitucionalismo: Álvaro Obregón.

Obregón expresaba desde hacía un lustro el ala jacobina del constitucionalismo. Si tras la Convención de Aguascalientes había optado por acompañar a Carranza, no era porque compartiera su perspectiva conservadora, sino apenas porque esa opción le parecía más viable que el convencionalismo de Zapata y Villa, a los que juzgaba extremadamente radicales.

Este representante de las clases medias de Sonora logró el apoyo de la recientemente formada Confederación Regional Obrera Mexicana, así como del Partido Liberal Constitucionalista y el Partido Nacional Cooperativista, y sobre todo, logró imponerse, una vez más, en el plano militar. Así, amparado en el Plan de Agua Prieta de abril de 1920, Obregón avanzó sobre México, obligando a Carranza a huir y finalmente asesinándolo.

Como describió Gilly, la entrada de Obregón en la capital simboliza de forma muy transparente el lugar que proponía ocupar el nuevo gobierno. Flanqueado por Genovevo de la O., principal jefe campesino sobreviviente del ejército zapatista, y por Pablo González, encargado de la represión sobre los rebeldes de Morelos y del asesinato de Zapata, Álvaro Obregón buscaba un gobierno de equilibrio, que incluyera a las distintas alas sobrevivientes de la revolución, delimitándose frente a sus extremos ya desplazados, a los que no se daba lugar: ni al porfirismo de Huerta y aun del hacendado Carranza, ni al radicalismo revolucionario de Zapata y Villa. El Jefe de la división del Norte depondría finalmente las armas y poco después, el 20 de julio de 1923, acabaría asesinado por orden y bajo el Gobierno de Obregón.

De este modo, la revolución encontraba un punto de cierre con el ascenso de Obregón, quien contaba con la legitimidad de haber nutrido a las revolucionarias, constituyéndose como heredero de la ideología de la revolución mexicana y su mito.

El Estado que nacía estaría desde ahora y hasta mediados de los años 30 hegemónico por la burguesía de Sonora. Esta renovación del capitalismo mexicano contaba entre sus características con una

nueva clase dominante que había cortado sus lazos con las tradicionales clases terratenientes, algo que diferencia a México del resto de América Latina. Para el nuevo Estado, al decir de Womack, “su función anunciaba su programa: una larga serie de reformas desde arriba, para evadir, dividir, disminuir y constreñir las amenazas que se cernían sobre la soberanía y el capitalismo mexicanos procedentes del extranjero y de abajo”.

Efectivamente, la presión de las demandas revolucionarias dieron su impronta a un Estado postrevolucionario en el que no se saldaron problemas fundamentales de la sociedad mexicana, como el acceso general a la tierra, aunque sí se desarrollaron una serie de reformas importantes —en particular en el plano de la educación y la cultura—. Una de ellas fue la enorme campaña de alfabetización dirigida por José de Vasconcelos, secretario de educación pública de Obregón, que generó un importante desarrollo cultural en el que se destacaron artistas como Diego Rivera, David Alfaro Siqueiros, Frida Kahlo y José Clemente Orozco. El muralismo no solo ubicaba al artista en el lugar social de un trabajador sino que desplegaba un arte al aire libre y de acceso popular, expresando una nueva concepción de la cultura y el artista.

La impronta revolucionaria caló en el propio Estado. Desde entonces hasta los sectores más retrógrados debieron ampararse en la experiencia revolucionaria para desplegar sus aspiraciones. La gran mayoría de las instituciones y partidos sobre los que gravitó luego la historia de México tiene la marca de esa revolución.

Aún más: la herencia de la revolución pervivió en la experiencia popular de un modo notable. Desde entonces prácticamente todos los cuestionamientos a las injusticias existentes y al orden social mismo se hicieron abrevando en la revolución mexicana y sus expresiones más radicales como el zapatismo.

Sin dudas, tras estos diez años de revolución, México era completamente otro.

México y la revolución latinoamericana

La revolución mexicana se constituyó como un hecho fundamental para el continente. La participación de enormes contingentes de campesinos por el reclamo de la tierra, la incorporación de la clase obrera en la lucha por sus demandas, el planteo de independencia frente a los Estados Unidos y la creciente participación política popular eran aspectos gravitantes de aquel proceso y a su vez ejes transversales en América Latina que servirían de inspiración para otros movimientos.

A su vez, para fines de la década del diez, otra revolución, la bolchevique, había impactado también de forma significativa sobre el continente. De hecho, la revolución rusa de 1917 y la III Internacional formada en 1919 abonaron la difusión del marxismo y el nacimiento de partidos afines al bolchevismo en América Latina, como fueron los partidos comunistas que desde 1918 empezaron a conformarse en todo el continente. A partir de entonces, los comunistas se convertirán en un actor relevante del movimiento social, y en particular del movimiento obrero latinoamericano.

En este marco, el proceso de institucionalización abierto con Obregón en 1920, seguido por Calles en 1924 y luego por el “maximato” a partir de 1928, dio a México un carácter particular.

El nuevo Estado tuvo políticas de avanzada en terrenos como la educación y la cultura, y asumió posiciones progresistas con relación a los conflictos internacionales y continentales. México se convirtió en sede de encuentros antiimperialistas y de la juventud y sus gobernantes se reclamaron, por supuesto, herederos de la revolución, recuperando los símbolos de las luchas campesinas y obreras.

En la dinámica interna, sin embargo, el lugar del movimiento popular se limitó sensiblemente. De hecho, estos gobiernos se adelantaron a gran parte de América Latina en su práctica de integración del movimiento obrero al Estado, abortando con bastante éxito la intervención autónoma de un sector significativo del movimiento social. Así, la Confederación Regional Obrera Mexicana (CROM) se formó en 1919 a la sombra del Estado y sirvió como uno de sus

canales principales de acción. Aún así, aunque logró la mayor ascendencia sobre el movimiento obrero, no logró evitar el desarrollo de huelgas y movilizaciones que fueron impulsados principalmente por la Confederación General del Trabajo (CGT) de orientación anarcosindicalista y que contó con la participación inicial de los comunistas.

En este plano, México contrastaba con la dinámica del movimiento obrero de gran parte de América Latina, que entre los años 1917 y 1920 había intensificado fuertemente sus luchas con huelgas generales en muchas de las principales ciudades del continente y la formación de nuevos sindicatos y confederaciones. Si bien es cierto que otros gobiernos, como el de Yrigoyen en Argentina (1916-1922, 1928-1930), Bernardes en Brasil (1922-1926) o Ibáñez en Chile (1927-1931) promovieron una nueva legislación laboral e intentaron integrar al sindicalismo en sus estructuras políticas, su éxito fue mucho menor.

La movilización obrera llegó a niveles muy altos de combatividad y participación, por ejemplo en Argentina, con la toma de los Talleres Vasena (la “Semana Trágica” de 1919) y las movilizaciones, huelgas generales y tomas de establecimientos en el sur del país (la “Patagonia rebelde” de 1920-1921). Estas luchas, orientadas principalmente por la FORA anarquista, concluyeron con una durísima represión que incluyó la acción paraestatal de la ultraderechista Liga Patriótica Argentina y el fusilamiento de cientos de obreros por parte del Ejército de Yrigoyen.

Fue en el marco del Gobierno radical, y con la influencia de las revoluciones mexicana y rusa, que los jóvenes universitarios cordobeses llevaron al primer plano de la vida política continental al movimiento estudiantil. La reforma de 1918 a la que percibían como “el nacimiento de una verdadera revolución que ha de agrupar bien pronto bajo su bandera a todos los hombres libres del continente”, planteaba en su Manifiesto liminar redactado por el joven socialista Deodoro Roca:

Se nos acusa ahora de insurrectos en nombre de un orden que no discutimos, pero que nada tiene que hacer con nosotros. Si ello es así, si en nombre del orden se nos quiere seguir burlando y embruteciendo, proclamamos bien alto el derecho sagrado a la insurrección. Entonces la única puerta que nos queda abierta a la esperanza es el destino heroico de la juventud.

El movimiento impulsó la autonomía universitaria, el ingreso irrestricto, el acceso por concurso a los cargos docentes, el reconocimiento de los centros de estudiantes, la libertad de cátedra y la integración de estudiantes, docentes y graduados en el gobierno universitario. Además logró amplias repercusiones en el continente, siendo retomado por referentes que adquirieron notoriedad en América Latina como Miguel Ángel Asturias (Guatemala), Carlos Quijano (Uruguay), Julio Antonio Mella (Cuba), Víctor Raúl Haya de la Torre y José Carlos Mariátegui (Perú), entre otros. Fue así que, para 1921, el México de Obregón fue la sede del primer intento de unión de este movimiento continental, en el Primer Congreso Internacional de Estudiantes, muchos de los cuales mantuvieron su interacción por medio de la Asociación General de Estudiantes Universitarios.

México fue, además, un importante centro de difusión de los planteos antiimperialistas. En 1924, aún bajo el gobierno de Obregón y con el auspicio de su secretario de Instrucción Pública José Vasconcelos, el peruano Haya de la Torre dio nacimiento a la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA) bajo las consignas de acción contra el imperialismo, unidad política de América Latina, nacionalización de tierras e industrias, internacionalización del canal de Panamá y solidaridad con todos los pueblos y clases oprimidas del mundo. Aunque en los años siguientes el APRA se fue orientando hacia la conformación de un Partido en Perú, inicialmente se expresó como un movimiento con adhesiones en los distintos países del continente.

También en tierra azteca, en 1925, por iniciativa del muralista Diego Rivera se fundó la Liga Antiimperialista de las Américas, bajo el auspicio de la III Internacional. Una de las figuras más destacadas

de la liga fue el joven Mella, referente de la reforma, quien en 1925 participó de la fundación del Partido Comunista y la Liga Antiimperialista de Cuba. La persecución lo obligó a exiliarse en México, donde fue también dirigente del PC y fue asesinado en 1929, en momentos en que estaba preparando una expedición armada para desembarcar en Cuba y enfrentar a la dictadura. Desde México promovió, junto a Diego Rivera, el comité “Manos fuera de Nicaragua” para apoyar a la guerrilla antiimperialista de Cesar Sandino que entre 1927 y 1933 enfrentó y finalmente derrotó la intervención norteamericana en Nicaragua. Mella se distanciaba, sin embargo, de la posición de Haya de la Torre, con quien polemizaba abiertamente, reclamando una perspectiva revolucionaria y socialista para el antiimperialismo: “La lucha definitiva por la destrucción del imperialismo... no es sólo la lucha pequeñoburguesa nacional, sino la proletaria internacional, ya que sólo venciendo la causa del imperialismo, el capitalismo, podrán existir naciones verdaderamente libres”. Podía percibirse allí la influencia de la Revolución de Octubre.

La figura más destacada del pensamiento crítico latinoamericano de aquellos años, José Carlos Mariátegui, recuperaba esa visión del antiimperialismo. “Somos antiimperialistas –decía– porque somos marxistas, porque somos revolucionarios, porque oponemos al capitalismo el socialismo como sistema antagónico”. De ahí que no solo fue elegido para presidir el Consejo General de la Liga Antiimperialista junto a Sandino y Diego Rivera, sino que fue el fundador del Partido Socialista (luego Partido Comunista) del Perú, adherido a la III Internacional. Aquel pionero del marxismo latinoamericano difundió las nuevas corrientes artísticas y políticas en su revista *Amauta*, y en su obra más original y destacada, los *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, estudió el problema del indio y de la tierra. En sintonía con la experiencia zapatista de Morelos, estudió la comunidad indígena, el *ayllu* peruano, y valoró las formas cooperativas de larga tradición (en particular incaica) como un punto significativo desde donde anclar una propuesta socialista.

Como un interesado en la revolución latinoamericana, Mariátegui siguió con atención, hasta su muerte en 1930, el curso de México tras la revolución. Aunque en los primeros años veinte miró con

expectativas el ascenso de Obregón, el devenir del proceso lo fue definiendo hacia una postura más crítica. En *Al margen del nuevo curso de la política mexicana*, en 1930, señalaba:

México hizo concebir a apologistas apresurados y excesivos la esperanza tácita de que su revolución proporcionaría a la América Latina el patrón y el método de una revolución socialista, regida por factores esencialmente latinoamericanos... Los hechos se han encargado de dar al traste con esta esperanza tropical y mesiánica... Ninguna de estas constataciones discute a la Revolución mexicana su fondo social, ni disminuye su significación histórica. El movimiento político que en México ha abatido el porfirismo, se ha nutrido, en todo lo que ha importado avance y victoria sobre la feudalidad y sus oligarquías, del sentimiento de las masas, se ha apoyado en sus fuerzas y ha estado impulsado por un indiscutible espíritu revolucionario. Es, bajo todos estos aspectos, una extraordinaria y aleccionadora experiencia.

Para el peruano, la Revolución mexicana no había concluido sus tareas centrales, pero sí había dejado planteada una agenda social de gran trascendencia para América Latina. Sobre todo porque aun sin una completa resolución del problema agrario, México se había convertido en la década de 1920 en el único país por fuera de la URSS en donde las tierras habían sido legalmente nacionalizadas, y en donde el planteo de la reforma agraria seguía siendo el centro de la política nacional y bandera de cada postulante al sillón presidencial. Se trataba, ni más ni menos, de uno de los grandes problemas sociales de América Latina.

La centralidad del problema de la tierra en México se puso de manifiesto con el gobierno de Lázaro Cárdenas (1936-1940), quien volvió a conquistar un amplio apoyo campesino por promover una nueva y mucho más profunda reforma agraria, basada en el ejido colectivo. Aunque —a diferencia de la URSS— el sistema social mexicano se enmarcaba plenamente en el capitalismo, las medidas agrarias, la nacionalización de la industria petrolera y del ferrocarril

(hasta entonces en manos extranjeras), el impulso de una profunda campaña educativa (la llamada “educación socialista”) y el perfil antifascista en la política internacional, hicieron del cardenismo la experiencia más avanzada desde 1920, cuando había culminado el ciclo de la revolución social mexicana.

En el marco de la Guerra Civil Española (1936-1939) y el ascenso del franquismo, el gobierno de Cárdenas dio asilo político a los exiliados republicanos. Lo mismo hizo, por pedido de Diego Rivera, con el dirigente bochevique León Trotsky, quien se asiló y vivió en la casa de la pintora mexicana Frida Kahlo, donde realizó sus últimos trabajos y planteos políticos hasta que fue asesinado por un agente estalinista poco tiempo después, en 1940.

La propuesta de Cárdenas, que integró desde la Iglesia hasta el Partido Comunista mexicano, se erigió sobre la reorganización del movimiento obrero y del movimiento campesino y su completa incorporación a la estructura de poder junto al ala militar, a partir de la conformación del Partido Nacional Revolucionario (PNR), precedente del Partido Revolucionario Institucional (PRI) que dominó la escena política del país durante lo que siguió del siglo xx.

Mientras tanto, el derecho a la tierra de las masas campesinas siguió siendo un problema que atravesó a gran parte de América Latina. La marca indeleble de la experiencia mexicana, cuando la revolución social irrumpió para dar centralidad a esos problemas populares, se recuperaría en muchas oportunidades, dando lugar a procesos de reforma radical, levantamientos campesinos y nuevas revoluciones sociales, contando además, muchas veces, con la influencia socialista heredera de la tradición bolchevique. Es lo que sucedió con la insurrección de campesinos indígenas encabezada por Farabundo Martí en El Salvador en 1932, el movimiento insurreccional urbano que vivió Cuba en 1933, la revolución boliviana iniciada en 1952 o las frustradas reformas radicales de Árvenz en Guatemala en 1952-1954. El más claro ejemplo fue la revolución cubana de 1959, desarrollada en el marco de las guerras de liberación anticoloniales y del crecimiento del bloque socialista que siguieron al fin de la Segunda Guerra Mundial. Los hombres de Fidel Castro y Che Guevara empalmaron su lucha con una tradición de resistencia antiimperia-

lista que se sostenía desde la independencia, se armaron sobre una base campesina que reclamaba la reforma agraria en sintonía con la experiencia revolucionaria mexicana y llevaron ese proceso hasta la expropiación de los sectores del capital y la declaración del socialismo, empalmando con la tradición abierta tras la Revolución de Octubre. Aquellos revolucionarios eran hijos de Martí, de Lenin y, por supuesto también, de Emiliano Zapata.

Bibliografía

BARTRA, A. (1977), *Regeneración 1900-1918. La corriente más radical de la revolución mexicana de 1910 a través de su periódico de combate*, Era, México.

BENJAMIN, T. Y WASSERMAN, M. (coord.) (1996), *Historia regional de la Revolución mexicana*, México Alianza.

BETHELL, L. (1984), *Historia de América Latina*. Barcelona: Crítica.

BRADING, D. (comp.) (1982) *Caudillos y campesinos en la Revolución mexicana*. México: F.C.E.

CASSETTA, G. (1982) “La revolución mexicana en el pensamiento de José Carlos Mariátegui (1910-1930)”, en *Historias*, N° 2.

COATSWORTH, John (1992) *Los orígenes del atraso*. México: Alianza.

CARR, B. (1996) *La izquierda mexicana a través del siglo xx*, México: Era.

CÓRDOVA, A. (1995) *La ideología de la Revolución mexicana*: México: Era.

FALCÓN, R. (1986) “Izquierda, régimen político, cuestión étnica y cuestión social en Argentina (1890-1912)”. En: *Anuario* N°12, segunda época, Universidad Nacional de Rosario.

GILLY, A. (1971) *La revolución interrumpida*. México: El Caballito.

GILLY, A. y otros (1980) *Interpretaciones de la Revolución mexicana*, México: UNAM-Nueva Imagen.

GUERRA, F. (1988) *México: del antiguo régimen a la revolución*, tomo 2. México: F.C.E.

GUEVARA, G. (2013) “La revolución cubana”, en: *Sobre las revoluciones latinoamericanas del siglo xx*. Buenos Aires: Newem Mapu.

HALPERIN DONGHI, T. (1983) *Historia contemporánea de América Latina*, México: Alianza.

KATZ, F. (compilador) (1990) *Reuelta, rebelión y revolución. La lucha rural en México del siglo xvi al xx*, tomo 2. México: Era.

KNIGHT, A. (1986) “La Revolución mexicana: ¿burguesa, nacionalista o simplemente una “gran rebelión””, en: *Cuadernos políticos*, N° 48. México: Era.

LOWY, M. (2007), *El marxismo en América Latina*, Santiago de Chile: LOM.

MELGAR BAO, R. (1989) *El movimiento obrero latinoamericano*, México: Alianza.

MIRES, F. (1988) *La rebelión permanente*. México: Siglo XXI.

RUIZ, Ramón, *La gran rebelión*, Era, 1984.

EMO, E. (1980), “Reflexiones sobre la revolución mexicana”, en: AAVV. *Interpretaciones de la Revolución mexicana*, México: UNAM-Nueva Imagen.

SURIANO, J. (2001) *Anarquistas, cultura y política libertaria en Buenos Aires, 1890-1910*. Buenos Aires: Manantial.

WARMAN, A. (1996) *Y venimos a contradecir... Los campesinos de Morelos y el Estado nacional*. México: Casa Chata.

WOMACK, J. (1969) *Zapata y la Revolución mexicana*. México: Siglo XXI.

Modernidad y posmodernidad en el mundo de posguerra

Del tercer mundo a la globalización

Carlos Lagorio

Antiimperialismo y tercer mundo

Con el fin de la Segunda Guerra Mundial, Alemania resigna la ocupación de la capital que fue el testimonio de la historia del siglo y sus conflictos. Berlín había sido la capital del imperio de Guillermo II desde la breve república de Weimar hasta el ascenso de los nazis al poder en 1933. La ciudad, castigada por los bombardeos, comienza su reconstrucción y se convierte en la capital de la RDA (República Democrática Alemana) bajo la influencia soviética, mientras que una parte de ella queda bajo el dominio de la RFA (República Federal Alemana). En los albores de la década del sesenta, la migración de los alemanes hacia occidente es tal que a través de un acuerdo con Moscú, la RDA decide levantar, con cientos de piezas de hormigón prefabricadas, un muro de 161 kilómetros de largo, el Muro de Berlín. A lo largo de la frontera de las dos Alemanias, los ejércitos norteamericanos y rusos permanecen en situación de alerta. En 1961 concluye la construcción del muro y también se produce la invasión frustrada de la CIA en Bahía de Cochinos, luego de que Fidel Castro anunciara una reforma socialista en la isla. La Unión Soviética se convierte en custodio de la Revolución cubana y erige rampas de misiles en sus

costas. La crisis de los misiles en Cuba marca el inicio de la guerra fría. El incremento de armas atómicas por parte de las dos potencias pone en riesgo al resto del mundo. En 1964 ingresan nuevos actores —China y Francia— y estrenan sus propias bombas. China rompe relaciones con la URSS y De Gaulle abandona la OTAN (Organización del Atlántico Norte).

No obstante, los Estados Unidos y la URSS, las dos grandes potencias que se dividieron la influencia en el mundo, no abandonan la pretensión de su liderazgo. En esa época, una oleada de países africanos obtiene su independencia pero las grandes multinacionales tampoco están dispuestas a ceder el control sobre las riquezas naturales. Sin embargo, en la década del sesenta una entidad formada por la mayoría de los países miembros de las Naciones Unidas figuró en las titulares de los medios de Occidente. La primera vez que se utilizó la expresión “tercer mundo” fue en un artículo de Alfred Sauvy, publicado en el *Observateur* en 1952. El autor comparó la orfandad del tercer mundo con la del tercer Estado (el pueblo liderado por la burguesía), durante la Revolución francesa.”Finalmente, este tercer mundo, ignorado, explotado, menospreciado, como el tercer Estado, desea él también ser algo”.

Con la férrea voluntad de llegar a ser un conglomerado de naciones para luchar por sus intereses, los gobiernos que se reunieron en el año de 1955 en la Conferencia de Bandung, discutieron criterios para que el proceso de descolonización también fuera un proceso de liberación en lo económico. En esa conferencia, 29 países afroasiáticos se pronunciaron contra el colonialismo, la discriminación racial y el armamento atómico. El movimiento de *neutralismo positivo* o *no alineados* tuvo como líderes principales que asistieron a Bandung: a Abdel Nasser, de Egipto; el mariscal Tito, de la ex Yugoslavia y Nehru, de la India.

El “bloque del tercer mundo” procuró un distanciamiento de los dos grandes bloques (los Estados Unidos y la Unión Soviética) que se habían repartido las áreas de influencia de poder en el mundo, luego de las conferencias de Yalta y Postdam, en 1945, al finalizar la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, las ventas de armamentos, las inversiones en infraestructura, la ayuda técnica y el espionaje son

parte de la estrategia de los bloques para crear fisuras entre los países que buscan consolidar su soberanía. En 1947, los Estados Unidos crean el TIAR (Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca) para luchar junto con la OEA (Organización de Estados Americanos) contra el comunismo. En 1961, la política de John Kennedy se propone invertir en programas de ayuda económica y contener las revueltas populares en América Latina. Tras la muerte de Kennedy, la política exterior se torna marcadamente intervencionista y alienta los proyectos de inversión para el desarrollo con intervenciones armadas en Panamá y República Dominicana. La URSS, por su parte, brindó ayuda técnica a Egipto para la represa de Assúan, propició la entrega de armamento y técnicos a Cuba y proporcionó créditos sin intereses para algunos países del tercer mundo.

Por su parte, los Estados Unidos también ejercieron su influencia a través de inversiones en Europa con el Plan Marshall, que a partir de 1947 les permitió a los países europeos, principalmente a Alemania, su reconstrucción. En 1958, los países de Europa occidental crearon el Mercado Común Europeo, mientras Alemania oriental y varios países del Este se integraron a la URSS en el Mercado Común Socialista, COMECON. Sin embargo, tanto los Estados Unidos como la Unión Soviética apelaron a medios bélicos para controlar políticamente a los países pertenecientes de sus áreas de influencia. La URSS intervino militarmente en Hungría en 1956 y en Praga (ex República Checoslovaca) en 1968. Por su parte, los Estados Unidos habían invadido Corea y comenzado la guerra de Vietnam en Asia. En América Latina, el país del Norte continuó con la intervención armada que ejerció a principios de siglo en República Dominicana, Cuba y Haití, extendiendo su hegemonía a los gobiernos latinoamericanos a través de la CIA y el poder financiero de sus bancos y empresas.

En ese contexto, el Tercer mundo tuvo antecedentes en la “tercera posición” que había propuesto en 1947 el presidente argentino, el general Perón, y que luego adaptaron otros gobernantes latinoamericanos como Getulio Vargas en Brasil y el general Ibañez en Chile. El concepto expresó la idea de un equilibrio entre el capitalismo y el socialismo, con una fuerte influencia del Estado, aunque se mate-

rializó en diferentes modelos de gestión, según el país y liderazgo de referencia. En numerosos países de Asia, África y América, la propuesta tercermundista pretendió evitar los condicionamientos económicos y políticos que las dos grandes potencias mantenían con las naciones pertenecientes a sus áreas de influencia en forma directa e indirecta.

Si bien los países del tercer mundo tenían diferencias económicas, culturales y religiosas entre si, en cambio los unía el rechazo a seguir dependiendo de los ejes de dominación que el mundo bipolar (estadounidense y soviético) ejercía sobre ellos. Aquellas naciones que habían luchado por el proceso de descolonización querían quitarse las cadenas que los había sometido a la explotación desigual de sus recursos económicos, ya que la mayoría de ellos era exportadora de materias primas o recursos de energía como el petróleo, y por eso rechazaban cualquier forma de dependencia.

Esa voluntad de *no alineación* se expresó en forma contundente en la conferencia de Belgrado de 1961. Sin embargo, ni los Estados Unidos ni la Unión Soviética estuvieron dispuestos a conceder a los reclamos de autonomía económica y financiera. Además, la Revolución cubana gestada en 1958 ya era una realidad, y los Estados Unidos comenzaron una escalada armamentista colocando rampas para misiles para contrarrestar la influencia soviética a pocos kilómetros de su país —en La Florida— y en los países del oeste europeo. Los rusos, por su parte, acrecentaron su ingerencia militar en los países del este europeo. Ambos centros de poder mundial en el período de la guerra fría, emprendieron guerras localizadas y se inmiscuyeron en la política interna de los países en desarrollo. El recuerdo de Hiroshima y Nagasaki y el equilibrio en el poder de fuego de ambos bloques neutralizó el uso de las armas nucleares.

Mientras los Estados Unidos y la URSS extremaron medidas para fortalecer su hegemonía, una nueva potencia surgió en el plano geopolítico: China. Con el advenimiento del líder chino Mao-Tse-Tung, *la revolución cultural* sedujo a movimientos del tercer mundo en una época donde las luchas ideológicas se colocaron en un primer plano a nivel mundial. Si bien el gobierno chino se reconoció marxista, se opuso sin embargo a las políticas imperialistas de la URSS. De hecho, se produjo una brecha ideológica entre China y la Unión

Soviética que favoreció el intercambio comercial de los Estados Unidos.

El Libro rojo de Mao influenció no solo a cientos de miles de jóvenes chinos sino también a jóvenes de otros continentes. Soldados, intelectuales y obreros que se rebelaron contra la corrupción y la burocracia, adoptaron nuevos uniformes y criterios de militarización de la sociedad con las consignas del Libro rojo en lo alto de sus manos. La gravitación del maoísmo en otros países y en las teorías tercermundistas se debió a las diferencias que la revolución proletaria china sostuvo con la revolución socialista soviética, fuertemente criticada por su política imperialista en lo externo y por el autoritarismo que adquirió en la política interna el liderazgo de Stalin. Sin embargo, con la muerte de Mao, el maoísmo se sumió en contradicciones insalvables que profundizaron la represión hacia los opositores.

Además surgieron graves contradicciones internas en los bloques dominantes y en los países industrializados de Europa. Los gobiernos de Nixon en los Estados Unidos, de Kruschev en la URSS, y de De Gaulle en Francia fueron duramente cuestionados por sus propios connacionales. Al descontento de los jóvenes artistas e intelectuales se sumaron las clases medias que rechazaban las guerras imperialistas y las divisiones que se impusieron en sociedades diferentes en lo económico, pero de creciente signo autoritario.

El asesinato del presidente en ejercicio John F. Kennedy, en 1963, agravó las contradicciones que la sociedad capitalista y el imperialismo norteamericano expresaban. El 28 de agosto de ese año, Marthin Luther King se dirigió ante una multitud de 300.000 personas y relató su sueño (*I have a dream*), el sueño de un país sin discriminación. En 1968, el presidente republicano Nixon se vio enfrentado a las protestas de los campus universitarios y a la rebelión de los guetos negros. Luther King fue asesinado ese año. Más tarde, en 1974, Nixon dimitió por el escándalo de Watergate.

La violencia blanca cobró víctimas entre los miembros de asociaciones civiles y estudiantes que luchaban por la abolición de la separación racial en locales, restaurantes y el transporte público. Cientos de ellos fueron detenidos por las protestas que se originaban en los

campus universitarios a favor de la igualdad de derechos y contra la guerra de Vietnam. Un profesor originario de la escuela de Frankfurt, Herbert Marcuse, autor de *El hombre unidimensional* (1964), comenzó a ser leído entre los estudiantes norteamericanos. El filósofo que se exilió del nazismo en los Estados Unidos y fue profesor de la Universidad de Columbia, influyó en los grupos estudiantiles que participaron de congresos sobre la liberación en Londres, Berlín y especialmente en las universidades de California y Nueva York.

En su libro *El final de la utopía* (1968), Marcuse puso de relieve el carácter revolucionario en el plano sexual, ético y político que tuvo en la época el movimiento hippie. También se refirió a la importancia de los jóvenes y de los estudiantes norteamericanos que impugnaron los modelos académicos que consagraban al capitalismo y en cambio luchaban por un mundo más justo y una alianza con la negritud.

En plena guerra de Vietnam, el sucesor de Kennedy —su vicepresidente Johnson— envió soldados estadounidenses ante el avance norvietnamita liderado por Ho Chi Minh. El Frente de liberación nacional vietnamita, en una larga lucha que culminó al inicio de la década del setenta, obligó el repliegue de las tropas de la primera potencia mundial. Finalmente, Vietnam se unificó como país luego de la derrota más importante que tuvieron los Estados Unidos en sus intervenciones armadas a otros países.

Cabe destacar que la década del sesenta fue prolífica en manifestaciones populares y luchas en nombre de la liberación de los pueblos. La Revolución cubana liderada por Fidel Castro y el Che Guevara se convirtió en el ícono más admirado de la izquierda en Occidente. En ese sentido, tanto el Mayo francés (1968) como el Cordobazo (1969) en Argentina, tuvieron como antecedente la saga que protagonizó el grupo guerrillero que bajó de Sierra Maestra, tomó el poder con las armas, destituyó a la dictadura de Fulgencio Batista y luego se proclamó marxista e implantó un modelo socialista en Cuba.

Las transformaciones de la década del sesenta

Para describir las transformaciones políticas y el cambio de mentalidades que se gestaron en la década del sesenta, cabe citar dos hechos ocurridos en escenarios distintos aunque ambos relevantes, en la historia de la década del sesenta.

Si bien el Mayo francés no puede ser comparado con una revolución social, los episodios de 1968 significaron un momento excepcional, cuando la comunicación política y cultural alcanzaron niveles importantes de transformación con el protagonismo de los jóvenes. Se puede decir que la gesta juvenil fue una experiencia callejera de barricadas y discursos espontáneos en que convergieron estudiantes de clase media y obreros calificados inspirados en el rechazo a la opresión del sistema capitalista. Sin embargo, ninguna vanguardia que participó de las manifestaciones se pudo arrojar la paternidad de las revueltas. De alguna manera, el Mayo francés mostró las debilidades de la política formal y partidaria para retomar el legado de esos días en los que se rompió el dominio que había ejercido el estado burgués en la comunicación y la política. Las paredes hablaron: “La acción no debe ser una reacción, sino una creación”, “Viva la comunicación, abajo la telecomunicación”, “La burguesía no tiene más placer que el de degradarlos todos”, “Un pensamiento que se estanca, es un pensamiento que se pudre”. Los grafitis contestatarios cubrieron los muros y fueron el reflejo de un pensamiento crítico al capitalismo postindustrial que se extendió a otros países.

En definitiva, las apelaciones a la liberación del hombre significaron más que el recambio político que se dio al terminar los episodios. Un plebiscito adverso a la continuidad de De Gaulle (el general que encabezó la liberación de Francia en poder del nazismo en la Segunda Guerra) en el Gobierno francés provocó su dimisión. Cabe señalar que De Gaulle llevaba sobre sus espaldas diez años de gobierno y el peso de continuar con las acciones militares en la cruenta guerra de liberación de Argelia, hasta que en 1962 obtuvo la independencia. Francia comenzó a reconocer la independencia de varios países africanos y asiáticos que habían estado bajo su dominio desde el siglo XIX, en su ejercicio como país imperialista.

Puede afirmarse que el movimiento juvenil francés de 1968 fue un punto de inflexión entre la modernidad y la posmodernidad. Según el escritor francés Michel Houellebecq, durante unos días, una máquina gigantesca y opresora dejó de funcionar. Fue como una flotación, unos momentos de incertidumbre; todo quedó en suspenso. Si bien la maquinaria capitalista y el subsistema democrático burgués se pusieron en marcha de inmediato una vez concluidas, esas jornadas sirvieron para cuestionar y vulnerar en algunos casos las reglas morales y disciplinarias que rigen el sistema social, aun bajo las formas de una república.

Aunque tuvo otras causas y connotaciones, el Cordobazo ocurrió un año después del Mayo francés, durante la dictadura argentina (1966-1973), cuando gobernaba el general Onganía. En 1966, los militares derrocaron al presidente Arturo Illia, usurparon el poder e intervinieron las universidades en el hecho conocido como La noche de los bastones largos. Muchos profesores se exiliaron y se vivió una creciente politización de los estudiantes. En el marco de decretos antipopulares sancionados en un contexto totalitario, la dictadura comenzó la persecución a los delegados obreros y gremios que se sumaron a la CGT de los Argentinos, opuesta a la CGT de Azopardo, que mantenía vínculos con la cúpula militar.

Primero en Córdoba y después en otras ciudades argentinas, en mayo de 1969, los obreros de las fábricas automotrices y estudiantes de las agrupaciones universitarias salieron a la calle a manifestarse. En un contexto de huelgas y asambleas sindicales y estudiantiles, el Gobierno ordenó la represión. La policía y el ejército reprimieron a los manifestantes con un saldo de decenas de víctimas entre obreros y estudiantes. El Cordobazo obligó a la dictadura a un recambio, con la asunción del general Levingston como presidente de facto. Ese mismo año, la CGT de los Argentinos fue disuelta y se incrementó el número de presos políticos, la censura y el disciplinamiento social. Al mismo tiempo, diferentes organizaciones político-militares comenzaron a hacer públicas sus acciones de guerrilla urbana contra la dictadura y en nombre de los sectores populares.

Otros hechos, vinculados con las transformaciones culturales que ocurrieron en la década del sesenta, señalaron un rumbo hacia las

visiones del mundo que se viven hoy, más cercanas a la globalización. Uno fue el nacimiento del movimiento de paz y amor libre, sintetizado por el movimiento hippie. En relación con ese movimiento ecléctico, medio millón de jóvenes, bajo la consigna “música y paz”, acompañó a la guitarra de Jimi Hendrix cuando parodió el himno de los Estados Unidos, con sonidos que evocaron los bombardeos de los B-52 sobre Vietnam. En esa época se produjo la legitimación del rock como música popular de proyección universal que tuvo a los Beatles y a los Rolling Stones como artífices en la década más prolífica del género. También las modas y estilos de vida se generalizaron y se incorporaron a los hábitos de una cultura de masas.

Un nuevo concepto de familia y la legitimación de las identidades de género fueron el resultado de esas transformaciones que derribaron prohibiciones y prejuicios.

El historiador inglés Eric Hobsbawm analiza las transformaciones de los años sesenta y setenta y sus resultados: la crisis de la familia en Occidente vinculada con cambios profundos en las conductas sexuales, la pareja y la procreación. Cabe señalar que la liberalización de las costumbres, las luchas del feminismo, la igualdad de género y la legalización de las parejas homosexuales se combinaron con leyes que legalizaron el divorcio y el aborto. En Italia, país que coexiste con el Estado Vaticano, el divorcio fue ley en 1971 y el derecho al aborto, en 1981.

Otro aspecto saliente de la época fue el reconocimiento de los jóvenes y de la cultura juvenil como una fase ideal del ser humano. Las industrias vinculadas con el deporte, la ropa y la cosmética, entre otras, pusieron el foco en los jóvenes, y a través de la publicidad y los medios recrearon un nuevo y polémico paradigma. La juventud no es una etapa de tránsito hacia el mundo adulto, sino un estado ideal del ser humano.

Además, las innovaciones en el campo de las artes visuales, el cine y la televisión extendieron los márgenes del arte a la publicidad, al diseño industrial, la decoración y las nuevas vestimentas. En Argentina, uno de las instituciones que estuvo a la vanguardia de esos cambios fue el instituto Di Tella, que agrupaba tres centros de exposiciones, producción e investigación de las artes y las ciencias sociales.

Las actividades del Di Tella, centradas en el programa de difusión de las artes, tuvieron resonancia internacional a partir de las obras de ruptura y de vanguardia de algunos de sus artistas. Algunos ejemplos fueron los *happenings*, relacionados con experiencias de comunicación colectiva, realizados por Marta Minujin y otros integrantes del espacio, como en *La menesunda* (1965), que se vincularon al desprejuicio, los medios, la frivolidad y la crítica al consumismo. Ese mismo año, en una muestra de pinturas auspiciada por el instituto, el artista León Ferrari conmovió al público y a los medios con su obra *Anti-Vietnam* que representó a Cristo crucificado en un avión caza 107. La obra de Ferrari contrastaba con la producción de moda del arte pop y se inscribía en otro registro de mayor contenido político.

También con una impronta política, la película de Octavio Gettino y Pino Solanas, *La hora de los hornos* (1968) formó parte de la producción de trabajadores de la cultura que reescribieron la historia como proceso de descolonización y liberación, tal como la realización de Gillo Pontecorvo en el film *La batalla de Argelia* (1965). En ese sentido, la muestra de arte visual Tucumán arde realizada en noviembre de 1968 por Juan Pablo Renzi y Ferrari, entre otros artistas, contó con el auspicio de la CGT de los Argentinos en las sedes de Rosario y Buenos Aires, y mostró la explotación de los cañeros y obreros de los ingenios tucumanos y la pobreza del Norte argentino. Las exposiciones artísticas mencionadas –que fueron clausuradas a los pocos días por la dictadura militar– demostraron la vigencia de un arte comprometido con el Tercer mundo y de fuerte contenido antiimperialista.

Al mismo tiempo, el Instituto Di Tella fue criticado por sus fuentes de financiamiento internacional y porque su producción no formó parte mayoritariamente de un arte comprometido. Además, en la década del sesenta y hasta su cierre en plena dictadura militar en 1971, el Di Tella anticipó y reflejó, en cierto modo, el cambio de mentalidades que luego se iba a extender a las capas medias hacia las décadas del ochenta y noventa.

Sin embargo, a pesar del vertiginoso crecimiento de la producción de las industrias culturales impulsadas por las nuevas tecnologías, los capitales concentrados se enfrentan a las comunidades que intentan

preservar su cultura y su ecosistema. Conviene reflexionar acerca del uso de las nuevas tecnologías y del papel que cumplen en la selección y circulación de la información. Si bien no hubo garantías de una sociedad transparente durante el período de larga duración de la modernidad (desde La Gran Enciclopedia iluminista a la Británica, ya que los criterios de edición fueron etnocéntricos y deterministas), tampoco en la actual sociedad de la información generalizada existe transparencia. En el 2006, la enciclopedia Wikipedia hizo circular durante varias horas datos erróneos que tergiversaban la realidad de la masacre de estudiantes, conocida como La Noche de los Lápices, ocurrida durante la madrugada del 16 de setiembre de 1976 durante la dictadura militar (1976-1983) responsable de la desaparición de 30.000 personas.

Cabe destacar que los hechos más significativos de los sesenta en el ámbito de la cultura y la política, citados parcialmente, habían puesto el acento en el carácter anticipatorio de las transformaciones en los hábitos y costumbres que precedieron al proceso de globalización. Luego, a partir de la década del ochenta, surgieron nuevas problemáticas promovidas por minorías que hasta entonces habían sido marginadas. Por eso, a las luchas de esas minorías para obtener los derechos de sus connacionales, como el *apartheid* que rigió bajo distintas formas en los Estados Unidos y Sudáfrica, se suma a nivel mundial el reclamo de la igualdad de género.

En la actualidad, el ámbito de lo social es retomado como un aspecto más de la realidad. La comunicación y el arte describen situaciones de injusticia y rebeldía, más bien vinculadas con esas nuevas minorías (de género, étnicas, religiosas o culturales) que proyectan su identidad y reinterpretan el compromiso con lo social, a través de sus experiencias y subjetividades.

De la revolución de los transportes a las comunicaciones

Al concluir la década del sesenta, el mundo el proceso de globalización era muy incipiente. En esa época, los movimientos del tercer mundo

que intentaron diferenciarse de los imperialismos en pugna fueron en su mayoría disueltos. Los lazos de dependencia de la periferia con los poderes centrales se concretaron a través de gobiernos dictatoriales que asumieron roles similares a los ejércitos de ocupación imperialistas. Esa situación facilitó a las empresas transnacionales inversiones que no tuvieron su correlato con la infraestructura y mejora de la calidad de vida de los pueblos que se habían identificado con las posiciones del tercer mundo. A partir de nuevas formas de dependencia económica y financiera, las empresas de capitales estadounidenses, europeos y japoneses favorecieron la difusión de los conceptos del marketing, las marcas internacionales y el neoliberalismo.

La modernización de los transportes, que durante la segunda etapa de la modernidad se constituyó en una verdadera revolución, dio paso a otras revoluciones tecnológicas, como la carrera aeroespacial y las comunicaciones. Durante el siglo XIX, las máquinas a vapor impulsadas por carbón fueron el corazón de los trenes y barcos que terminaron con siglos de tracción a sangre y a vela. Miles de kilómetros de vías férreas enlazaron territorios y miles de toneladas de acero unieron por mar los continentes. Cuando las máquinas de vapor fueron relegadas por los más jóvenes motores de combustión interna, comenzó la fabricación de autos y aviones. La carrera por la velocidad copó el interés de los ingenieros y las empresas. En síntesis, la *revolución de los transportes* corresponde a los siglos XIX y XX, por lo tanto a los dos últimos siglos de la modernidad.

Durante el siglo XX, nuevos prototipos con mayor capacidad y más veloces se proyectaron en la fabricación en serie e hicieron circular en forma masiva bienes y personas. En el pleno apogeo de la modernidad, la consigna fue: invertir para ser los más veloces. Se puede afirmar que la velocidad aplicada a los vehículos de aire y tierra recién comenzó a declinar a fines del siglo XX.

El primer país que inauguró la era de los trenes de alta velocidad, con formaciones que cubrían los trayectos a 240 kilómetros por hora, fue Japón. Poco después, uno de los TGV franceses (trenes de gran velocidad) obtuvo el record mundial de 578 kilómetros por hora. En las décadas del sesenta y setenta los países industrializados compitieron para unir las ciudades más pobladas en el menor tiempo posible.

En la actualidad, los trenes de alta velocidad atraviesan las grandes ciudades de Francia, Alemania, Japón y España, pero por razones de seguridad rara vez superan los 300 kilómetros por hora. Tampoco sobrepasan hoy ese límite los automóviles deportivos más caros, cuya publicidad apenas destaca ese factor performativo, y en cambio subraya los dispositivos tecnológicos de seguridad y confort.

Un ejemplo emblemático de la carrera de los transportes por la velocidad ocurrió a fines de la década del sesenta. Franceses e ingleses planificaron un avión comercial mucho más veloz que los existentes; un avión que pudiera transportar pasajeros y al mismo tiempo superar la barrera del sonido, tal como era frecuente entre los aviones a reacción construidos para acciones de guerra. El proyecto civil se hizo realidad y en 1969 se realizó el vuelo inaugural del Concorde que unió París con Nueva York en la mitad de tiempo que lo hacían los aviones comerciales subsónicos de su rival estadounidense, el Boeing.

Pese a promediar en vuelo una velocidad de crucero de *mach 2* (el doble de la velocidad del sonido), la expansión del Concorde encontró obstáculos. Una cantidad limitada de aparatos realizaron durante quince años vuelos comerciales sin fallas de seguridad, aunque nunca consiguió competir con el resto de los aviones comerciales, más lentos, pero más económicos y con mayor capacidad de carga. El costo del combustible y la prohibición de los Estados Unidos de que el Concorde aterrizara en sus aeropuertos fue el principio del fin. En el año 2000, uno de esos aviones chocó con una pieza metálica en la pista durante el despegue, lo que provocó la tragedia que acarrió después la quiebra de sus fabricantes. Fue el final para el polémico avión que perdió frecuencias y programó su último vuelo comercial apenas dos años después.

En la actualidad, los aviones comerciales agregan tecnología y capacidad de carga pero sus fabricantes se niegan a que circulen más rápido. De hecho, hace décadas que la velocidad de crucero de los aviones Boeing y Airbus de última generación es la misma. El límite es aproximadamente el de la velocidad del sonido (apenas mil cien kilómetros por hora).

¿Qué ocurrió durante los últimos años de la modernidad para que los fabricantes de transportes terrestres y aéreos no compitieran más en la carrera para ser los más veloces? Sin, duda, hay razones de seguridad, pero también otros objetivos que el capitalismo global prioriza en esta nueva etapa. Si durante la modernidad y a partir de la revolución industrial, la máquina fue central para el progreso de las manufacturas y el dominio de las distancias geográficas a través del transporte, esa realidad cambió. Si bien la conectividad y traslado de personas y mercaderías aumentaron, en la actualidad, un nuevo campo acapara la atención de las inversiones masivas tecnología de punta. Una nueva revolución, nacida en el último cuarto del siglo xx, la revolución informática y de las comunicaciones domina el escenario de las expectativas científicas y de consumo masivo.

A partir del siglo xxi, las nuevas tecnologías configuran una sociedad red que se extiende y articula múltiples formas de comunicación audiovisual. La expansión de Internet y la cobertura de satélites para la interconectividad a nivel mundial grafica un nuevo tipo de competencia en la cobertura de la velocidad de la información. La percepción de una imagen óptica o sonora representa a su vez un vehículo, un vector de comunicación inseparable de su velocidad de transmisión.

Se puede afirmar que la carrera protagonizada por los medios de transporte ha sido suplantada por los medios masivos electrónicos. El poder simbólico de los medios está presente y es transversal a los otros poderes: político, económico y militar. En el marco de la competencia entre medios de transporte y medios masivos audiovisuales, el triunfo del vector comunicación versus la velocidad de los transportes de tierra y aire fue gradual. Comenzó con la universalización de la televisión en la década del sesenta y en definitiva con la creación de la energía cinemática. Según el filósofo Paolo Virilio, en materia de velocidad, finalmente, la que se aplica a las comunicaciones supera a la velocidad de propagación de los transportes. La actual fuga hacia adelante del tren de alta velocidad y del avión se ven cada vez más limitados por la reglamentación de que ambos son objeto, lo que indica mejor que cualquier previsión que el vector desplazado es, justamente, la velocidad de los transportes terrestres, marinos y aéreos.

Sin embargo, frente a la creciente inversión en las comunicaciones, quizá la única excepción es la carrera aeroespacial, en que la velocidad resulta crucial para el lanzamiento y desplazamiento de satélites y vehículos de exploración en el espacio galáctico. En ese sentido, la carrera aeroespacial iniciada por los Estados Unidos y Rusia a fines de la década del cincuenta converge y complementa las innovaciones en las comunicaciones masivas. Los avances en la actualidad se pueden ejemplificar con el aterrizaje de la sonda espacial Rosetta sobre un cometa en el espacio y la puesta en funcionamiento de Arsat-1, el satélite argentino para las comunicaciones. Ambos proyectos, el europeo, perteneciente a la Agencia Espacial Europea y el argentino, lograron su objetivo en el 2014. La sonda espacial Rosetta, después de diez años en el espacio logró aterrizar en el cometa prefijado para analizar los minerales y elementos que lo componen. El satélite Arsat-1 de fabricación nacional es el primero de una serie la que se sumarán otros a partir del 2015 y forma parte del Sistema Satelital Argentino en Telecomunicaciones constituye un ejemplo del vínculo entre las tecnologías de la carrera aeroespacial y el desarrollo de las comunicaciones

En la actualidad, el progresivo interés por la información y la comunicación también se vincula con un proceso de reproducción y clonación que arroja al ser humano a una confrontación permanente con el mundo de los objetos, producto de su creación y manipulación. La conectividad virtual provee información y entretenimiento en un efecto de expansión que barre con conceptos determinados espaciales y temporales. El desarrollo tecnológico alcanza así una escala mundial y sitúa al ser humano en una cartografía móvil en la que los objetos culturales, multiplican su capacidad de circulación y mímesis.

Interesa destacar que el triunfo de la comunicación generalizada frente a otras dimensiones del capitalismo nos indica un desplazamiento en la centralidad del poder. Los factores determinantes de la dominación durante la modernidad fueron prioritariamente la economía y las armas. En la actualidad, las nuevas tecnologías y los medios de comunicación masiva disputan esa hegemonía y se tornan centrales.

Las redes y sitios de noticias y la videopolítica cambiaron las formas de lucha por el poder. Cabe señalar que luego del retroceso

del socialismo en el mundo, el capitalismo global se sitúa en el hecho de una creciente distribución de bienes inmateriales (la información y el entretenimiento a través de la interconectividad). Sin embargo, el capitalismo no ha logrado una redistribución justa de la riqueza y en cambio el poder financiero que desarrolló es uno de los factores fundamentales que genera la desigualdad. La organización no gubernamental *Oxfam International* registró en el 2014 que el 1% más rico de la población mundial es dueño del 48% de la riqueza. El 99% restante solo tiene el 52% de la riqueza mundial, proporción que tiende a aumentar cada año la concentración de los bienes materiales entre los más ricos.

Un andarivel distinto recorren las vías de la comunicación, que es ámbito privilegiado a nivel global, y donde el excedente capitalista se masificó. El dinamismo de las industrias fue tal que los medios y la reproducción de los bienes culturales alcanzó una cobertura mundial antes de terminar el siglo xx. Al ritmo de la disolución de las economías de signo socialista, los países más poderosos, la ex URSS y China (esta última con un sistema de partido único) incorporaron a partir de la década del ochenta crecientes inversiones del mundo capitalista.

Este diagnóstico de la vitalidad de las industrias culturales frente a las industrias materiales se debe al nivel de acceso y abaratamiento de los bienes culturales, frente a la exclusión que se acrecienta en la escasez de la oferta de los alimentos y productos manufacturados necesarios para la vida diaria en segmentos importantes de la población mundial. En definitiva, el acceso a la producción cultural es cada vez mayor, al punto que en muchos casos el acceso a los bienes culturales llega a la gratuidad mediante la intervención del Estado. En el marco de un conflicto de intereses, perdura la batalla que sostienen las industrias discográficas y cinematográficas que denuncian la utilización de dispositivos gratuitos que ofrece la *web* como piratería o mercado ilegal porque habilitan la reproducción de millones de obras de diversidad cultural en forma inmediata.

Ahora bien, la revolución de los medios de comunicación forma parte del proceso de globalización que se inicia en el último cuarto de siglo del siglo xx. Quizá sea una de las transformaciones más significativas que se extiende y se profundiza en el siglo XXI. Según el

razonamiento del filósofo Gianni Vattimo, el mundo vive –al ritmo del crecimiento de los medios– una nueva situación con rasgos positivos, una pluralización que no se detiene porque permite a las minorías de todo signo acceder a la información y a expresar múltiples voces. Sin embargo, en la actualidad hay autores que advierten la manipulación que se realiza desde la Web, por ejemplo, con la utilización masiva de *Google*. La filósofa francesa Bárbara Cassin afirma que el monopolio que realiza un solo servidor creado en los Estados Unidos, con la misión de organizar toda la información existente, ha despertado la sospecha de intromisión en el ejercicio de la libertad de los ciudadanos a nivel mundial.

Características de la globalización

En el marco de la revolución de las comunicaciones, la dominación en términos de cobertura de la información se ha desarrollado apoyada en otros factores que lograron también una inserción mundial. A las transformaciones globales en el ámbito de la cultura que se citaron anteriormente, se agregan otros cambios importantes que se produjeron en los ámbitos de la economía y la política.

Las reformas económicas impulsadas por las naciones que vivieron medio siglo de modelos socialistas –fundamentalmente Rusia y los países del este europeo, además de China– se encolumnaron bajo el paraguas de la globalización capitalista y compitieron para obtener y desarrollar inversiones privadas. A partir de los ochenta y en forma contundente luego de la caída del Muro de Berlín en 1989, la globalización del sistema capitalista se dio al ritmo de las directivas que partieron, principalmente, de las transnacionales que dominan la trama del mercado financiero y las tecnologías. Como extensión, la economía capitalista reina en la sociedad de consumo a través de las grandes marcas internacionales de automóviles, indumentaria y cosmética, donde vastos sectores de la población mundial están excluidos del consumo suntuario –que se expresa en la publicidad de los medios– agravando la desigualdad entre los que más tienen y los que menos tienen.

En el ámbito político, los cambios ocurridos apuntan a una globalización de los sistemas democráticos con distintas modalidades. La democracia que fue avasallada en América Latina y rara vez puesta en práctica fuera de Occidente, a partir de los ochenta comenzó a extenderse. En la actualidad, la totalidad de los países de América Latina, Europa y numerosos países asiáticos y africanos transitan ese camino. Aún así, el ejercicio de la ciudadanía, fundado en la representación del pueblo y los avances en materia de legislación social y de los derechos humanos, no se materializó de la misma forma en los distintos países. En muchos de ellos el carácter formal y carente de participación de la ciudadanía refleja la vulnerabilidad de los sistemas democráticos a nivel mundial.

Varios factores configuran un nuevo panorama en las democracias, distintos de los esquemas de democracia directa de la antigua Grecia o de la democracia revolucionaria de los clubes políticos de la revolución francesa. El concepto de totalidad bajo el lema de “El pueblo, la nación y la ley” que fue el apotegma de las nacientes repúblicas, ha dado paso a un ámbito institucional más complejo. Los partidos políticos tradicionales no constituyen en la actualidad la única forma de representación democrática para la sociedad. En cambio, los movimientos y organizaciones sociales que se dieron en el último cuarto del siglo xx y captaron los reclamos de importantes sectores sociales en torno a los derechos humanos, sociales y ecológicos intervienen cada vez más en la vida democrática. Los movimientos sociales actúan y se movilizan en torno a problemáticas concretas y en muchos casos ejercen un papel de control de la democracia.

Otro ejemplo se describe a través de la cuestión de la visibilidad de las acciones políticas que es mayor en la actualidad por efecto de las redes sociales y de asociaciones mediáticas que potencian la opinión pública. Si bien no se puede hablar de ciberdemocracia, ya que la política, como dimensión decisoria de la del estado y la sociedad en el espacio de lo público, resulta fundamental, ha adquirido en la actualidad nuevas formas de acción. Los usos políticos de Internet, a través de blogs y mensajes son parte del paisaje político en el que interaccionan ciudadanos y gobernantes.

A ello se agrega un contexto donde lo global se enfrenta a una proliferación de lo local, no exento de tensiones. Las luchas de minorías que aspiran a ser reconocidas por su carácter cultural, étnico o religioso colisionan con la hegemonía del capitalismo global que impone un idioma y formas de vida de carácter consumista. La contradicción global-local se expresa en el auge de las culturas populares que reivindican localidades o regiones en un mismo país y también en las aspiraciones nacionales de los separatismos. En algunos casos, las reivindicaciones separatistas se consiguen por referéndums y la vía democrática. En otros, la vía pacífica fracasa y en el marco de un conflicto de intereses como en el caso de Ucrania, se producen enfrentamientos bélicos.

A pesar de que después de concluida la Segunda Guerra Mundial fue creada la ONU con la adscripción de los países soberanos y un consejo de seguridad, la violencia desplegada en numerosos países no ha cejado. Pese a focalizarse en las zonas calientes del mundo, las guerras con intervención de los países centrales, fabricantes de armas, se concreta a través de la venta de armas o, como en Siria, con la intervención directa a través de bombardeos. A partir de los atentados de las torres gemelas en 2001, la política imperialista estadounidense incrementó su maquinaria de guerra y comenzó a usar la designación “terrorismo islamista” como el enemigo global y la calificación de “estados criminales” a Corea del Norte, Irán e Irak. En este contexto de violencia global los atentados de distinto tipo efectuados por organizaciones terroristas también tienden a aumentar. Las contradicciones culturales que surgieron en este siglo entre la imposición de las formas de vida occidentales y las normas y prohibiciones de los estados religiosos provenientes de Oriente, como el islamismo, alimentan la violencia irracional e inhumana de los conflictos.

En síntesis, si se analizan las tres dimensiones de lo social, es decir, lo económico, lo político y lo cultural, cabe afirmar que existen factores determinantes en torno del proceso de globalización, que comenzó a fines del siglo xx.

Para analizar el proceso de globalización en el ámbito económico y cultural, uno de los factores novedosos que irrumpieron a fines del

siglo xx fue el creciente imperio de las marcas internacionales. Al ritmo de la expansión de las industrias y marcas que trascendieron sus fronteras, el marketing o mercadotecnia fue la nueva filosofía que utilizaron grupos y empresas del mercado de bienes y servicios para identificar deseos y necesidades de los consumidores. El marketing y la publicidad se combinaron para imponer no solo los productos sino para influir en la cultura del entorno. Para ello, los medios masivos fueron los instrumentos imprescindibles para las empresas que venden cigarrillos como Marlboro, en los setenta o las zapatillas Nike en la actualidad.

Según la escritora y periodista canadiense Naomi Klein, las marcas no son un agregado de valor a los productos, más bien tratan de incorporar ideas e imágenes de la cultura de determinados grupos sociales y etarios, con el objetivo de proyectar esas marcas como un complemento ideal de la cultura elegida. La intencionalidad es clara: se trata de que la publicidad de la marca y su logo desplacen a un segundo plano a la cultura local y la marca sea la estrella, por ejemplo, de la cultura juvenil.

Además de la publicidad en los medios audiovisuales, las grandes ciudades se han impregnado de la cultura de las marcas internacionales. La cartelera en edificios, colectivos y hasta autopistas, contaminan visualmente con grandes superficies de imágenes de vinilo el paisaje urbano. El concepto de una ciudadanía privatizada, la conversión del ciudadano en mero consumidor, sigue siendo la aspiración de los cultores del marketing y de los objetivos de venta de las grandes marcas. Las luchas libradas por organizaciones de defensa de los consumidores consiguieron limitar la publicidad de las grandes marcas solo en algunos rubros como los cigarrillos. El resto de las marcas internacionales exitosas —en ámbitos como bebidas, vestimenta deportiva, cosméticos, automóviles de alta gama, y telefónicas, entre otros rubros— invaden el espectro audiovisual casi sin ningún tipo de limitaciones.

El análisis de las inversiones de algunas marcas internacionales de gaseosas o zapatillas revela que el gasto en afiches, avisos y cortos comerciales en cartelera, revistas, páginas de Internet y TV supera al del costo del producto que se vende. Es decir que en algunos casos

los costos materiales y laborales son superados por los publicitarios. Esta diferencia a favor de recurso publicitario en el precio final de la manufactura se debe también a la creciente robotización de la producción y el traslado de las fábricas a países donde la precariedad del empleo es manifiesta. La influencia de las marcas es tan importante que la presión a periodistas por parte de los anunciantes puede incluso llegar a la censura en ciertas producciones audiovisuales.

Problemáticas del mundo contemporáneo

Los hechos que a partir de actos de habla recrean los medios de comunicación por parte de científicos, periodistas, y dirigentes políticos nos llevan a centrar nuestra atención en los conceptos que el historiador Quentin Skinner define como “los componentes éticos”. En ese sentido, es válido analizar nuevas problemáticas, teniendo en cuenta cuáles son los efectos y las respuestas de los estados y los ciudadanos. Existe una puja que se ha agravado en los últimos años entre aquellos que defienden la teoría del progreso científico y tecnológico y relativizan los perjuicios al hombre y a la naturaleza y los que en cambio proponen el control de determinadas actividades. La polémica persiste cuando un número importante de acciones que efectúan empresas y estados se justifican en la finalidad de aumentar la producción de energía y alimentos ante el crecimiento poblacional a nivel mundial.

Uno de los efectos del llamado capitalismo salvaje tiene que ver con los daños al medio ambiente y la salud, creados por el hombre en su constante intervención de la naturaleza y el ecosistema.

En 1979 las noticias internacionales reportaron el accidente de la usina nuclear de *Three Miles Islands* en el noreste de los Estados Unidos. Durante semanas, los canales de televisión emitieron una gran variedad de datos técnicos y no técnicos (percepciones). La información difundida no generó en el público percepciones concluyentes ni esclarecedoras sino contradictorias. Los voceros de la industria pronuclear afirmaron después del accidente que no hubo

daños después de la evacuación de 25.000 personas. En cambio, otras organizaciones no gubernamentales como Greenpeace evaluaron problemas de salud en la población evacuada. Pese a que el desmantelamiento de la planta estaba programado para 2014, el ente regulador de los Estados Unidos prorrogó la licencia de uso de la usina nuclear hasta el 2034. En el campo de la provisión de energía, la polémica está vigente dado que los defensores de la energía nuclear afirman que es limpia mientras que las críticas sobre su utilización arreciaron después de un nuevo accidente nuclear, el de Fukushima (Japón) en 2011. La mayoría de los medios de comunicación suele describir los daños durante el tiempo que dura la noticia, pero no centra su análisis en la investigación crítica ni en los aspectos éticos.

Además de los conflictos que surgen entre los grupos ecologistas y los estados que persisten en el uso de la energía y las fábricas que contaminan, otros fenómenos relativos al ambiente y la salud explosionaron a comienzos del siglo XXI. Los virus fatales también han formado parte de la manipulación, como el decretado en Europa por una ingestión de nutrientes balanceados en animales herbívoros, que provocó el virus llamado la vaca loca, y el originado en Asia, el de la gripe aviar, en la salud humana. Ambos son el efecto de procesos de especulación capitalista en instalaciones y procesos inaceptables para la producción e industrialización de alimentos.

Otro aspecto muy cuestionado por los defensores del ambiente es el uso de productos químicos que se utilizan para combatir las malezas que interfieren el desarrollo de los cultivos. La crítica al uso de estos productos llamados agrotóxicos se refiere a los daños a la flora y la fauna, además de los riesgos de la salud de las personas que viven en comunidades rurales próximas a campos de cultivo.

La llamada *revolución verde* aportó el uso masivo de estos productos y de semillas de tipo transgénico (más resistentes). Un grupo de empresas transnacionales, tienen el monopolio de la producción de semillas y agrotóxicos. En Argentina, el uso masivo de la soja transgénica es uno de los factores más importantes de la destrucción de bosques nativos, expulsión de campesinos y aumento en la utilización de herbicidas.

En la actualidad, la polémica se ha centrado sobre la toxicidad de productos químicos como el glifosato. Las evaluaciones producidas

por los laboratorios de las empresas, que desestiman su peligrosidad para la salud, se han confrontado con las investigaciones de científicos que denunciaron grados de toxicidad elevados. En el año 2009, en el Laboratorio de Embriología Molecular de la Facultad de Medicina de la UBA, el equipo del doctor Andrés Carrasco evaluó los efectos dañinos a embriones, a causa del glifosato. Sin embargo, el informe científico fue descalificado por investigadores de un laboratorio. La investigación fue reeditada aunque la mayoría de los medios de comunicación eludió su difusión. El mismo año, un cable detectado a la transnacional Monsanto por *Wikileaks* reveló que el uso persistente en el tiempo de herbicidas como el glifosato modifica el espectro de malezas que rodean al cultivo y las hace más resistentes. Sobre la base de este dato de la realidad, que explica las mutaciones de la flora frente a los herbicidas existentes, las empresas transnacionales como Bayer, Syngenta, Dow Agrosociencias y Monsanto fabrican semillas transgénicas resistentes a nuevos herbicidas como el glufosinato de amonio.

En la actualidad, la deforestación y el aumento del uso de semillas transgénicas y herbicidas no han sido contenidos. Según el artículo “Avanza el desmonte por los agronegocios” (*Página 12*, 23-01-2015), el desmonte de miles de hectáreas en provincias del norte argentino obliga al éxodo a campesinos y nativos. La metáfora creada por el artista Daniel Santoro en su pintura *El descamisado gigante arrasa un campo de soja* describe la problemática de la confrontación que promueve la producción de monocultivos en los países de América Latina y la resistencia que se origina en ellos.

Este breve análisis centrado solamente en dos ejemplos (energía nuclear y producción agrícola), que involucra a la ciencia y al tratamiento de las noticias, se puede extender a otros campos de innovación científica, como la biogenética y la minería. Vivimos en la era de la revolución de las comunicaciones y por ende el siglo XXI nos señala un clima de época donde las relaciones entre la práctica científica, las inversiones, las empresas y los poderes políticos se inscriben en una sociedad red.

Según el filósofo Hans Georg Gadamer, pese a que la ciencia reclama el espacio libre de la teoría y de la libre investigación, prácticamente no hay espacios libres sin responsabilidad política. Se puede

concluir que la ciencia y la tecnología son parte de la trama del poder, de los intereses de los sectores dominantes, en definitiva de la política.

Otra problemática que se ha agravado en la actualidad es la de los mercados negros o ilegales. En ellos confluyen el narcotráfico, la venta de armas y la trata de personas. En el proceso actual de globalización, los estados democráticos incluyen en su agenda la lucha contra estos flagelos. Sin embargo, las características que asume la complejidad de los delitos en el que participan organizaciones criminales y que se califican como de lesa humanidad hacen que su combate sea insuficiente.

Hay estadísticas sobre la cantidad de dinero que mueven los mercados ilegales en el mundo. Sin embargo, las diversas actividades que entrañan tornan difícil su medición. Aún así se estipula en 500.000 millones euros en el 2013 el dinero proveniente de esos mercados. El mayor de ellos es el narcotráfico. Dadas las diferentes penalidades que la mayoría de los países tipifica para el consumo de drogas y la extensión que abarca, las organizaciones criminales manejan la mitad aproximadamente de la totalidad de las finanzas de los mercados negros y del lavado de dinero en el mundo.

Es importante subrayar en segundo lugar el tráfico de armas, auspiciado en diversas oportunidades por fabricantes y estados que protegen la industria armamentista. Cuando el control democrático de algunos países limita las ventas, las estrategias de triangulación y contrabando se incrementan.

También los países de la periferia han sido los más afectados por el saqueo de obras de su patrimonio cultural en el llamado mercado negro del arte. Luego del narcotráfico y el tráfico de armas se considera el tercer mercado ilegal por su magnitud. El mercado de obras de arte se relaciona con la entrada y salida ilegal de los países y con el robo y tráfico de obras de arte a coleccionistas y museos. La extensión del patrimonio artístico de los países que se encuentra también en sitios antropológicos, plazas e iglesias lo hacen vulnerable. Las convenciones para la protección del patrimonio mundial, cultural y natural realizadas por la UNESCO y las leyes creadas por los países pasibles de robos y saqueos, resultan insuficientes.

Finalmente, la problemática de la trata de personas que también puede clasificarse como otro flagelo de los mercados ilegales merece un tratamiento especial. Existe una estrecha relación entre las organizaciones criminales que lucran con las adicciones y la trata de personas, que a su vez involucra la prostitución y el trabajo esclavo. En la mayoría de los casos, las mafias que organizan el tráfico de personas medran con las necesidades de migrantes pobres que tienen como meta los países industrializados. De esa manera, vastos contingentes de ciudadanos latinoamericanos, africanos y asiáticos, se convierten en inmigrantes ilegales –personas desprotegidas de sus derechos–.

Globalización, inmigración y esclavitud en el siglo XXI

Un conjunto de problemáticas como las citadas anteriormente conmueve a las sociedades de nuestro tiempo. Pese al Estado de derecho proclamado por los países democráticos, la problemática de los procesos migratorios, hoy vinculada en gran medida a la trata de personas, debe ser considerada como un proceso histórico. En ese sentido, la inmigración ha transitado en la historia relaciones asimétricas en la relación entre grupos minoritarios y mayoritarios.

Los flujos migratorios que se produjeron en la modernidad después de la conquista y colonización de nuevos territorios fueron diferentes a los actuales. Al principio, fueron los vastos contingentes de militares y religiosos que formaron parte del proceso de avasallamiento y también de mestizaje con los pueblos originarios, luego la inmigración forzada de los africanos que poblaron las colonias como mano de obra esclava.

En cambio, a partir del siglo XIX y principios del siglo XX cabe el término de inmigración a la llegada de millones de personas provenientes de la mayoría de los países de Europa, que se integraron y formaron parte de las elites y las clases medias en países de vasta extensión territorial como los Estados Unidos, Australia, Argentina y Brasil. En esa época, la inmigración fue el resultado de la emigración

en masa, provocada fundamentalmente por cuestiones económicas, en el marco del capitalismo industrial, y la *proletarización* basada en el éxodo rural europeo que permitía encontrar oportunidades de y progreso social en las ciudades y adquisición de tierras para cultivos en el campo. El censo nacional de 1914 reveló que el 30% de los habitantes de la Argentina eran extranjeros, y en la ciudad de Buenos Aires, más del 60%. Cabe señalar también que la creciente sindicalización de muchos inmigrantes con diferentes oficios que contribuyeron a la fundación de la FOA (Federación Obrera Argentina) en 1901, provocó la reacción del presidente Julio Roca quien sancionó en 1902 la Ley de residencia, que permitía la expulsión del territorio nacional a aquellos extranjeros que cometieran delitos.

En ese entonces, la identidad de estos grupos considerados minoritarios en los países que los recibieron produjo un intercambio cultural y simbólico, permitió en algunos casos el reconocimiento a su labor y la integración (distinción positiva). En otros casos produjo el rechazo (distinción negativa) y hasta la represión y expulsión de por ejemplo, los anarquistas que se identificaban políticamente contra el estado y se reunían para discutir sus escritos, publicados en su lengua de origen.

La inmigración europea (norte-sur) decreció en la segunda mitad del siglo xx y un nuevo fenómeno cobró vigor en los últimos treinta años. En la actualidad, las recientes oleadas de inmigrantes provenientes de las ex colonias, principalmente a los Estados Unidos y Europa, inmigración (sur-norte), son la contrapartida que se registra en la actualidad, frente a la expulsión del excedente de mano de obra durante la expansión industrial de los países centrales en los siglos anteriores. También se registran flujos migratorios muy importantes en un nivel (sur-sur). Un ejemplo son los inmigrantes que en América del Sur se dirigieron mayoritariamente a Argentina, a partir de un plan de regularización con los países del MERCOSUR. La OIM (Oficina Internacional para las migraciones) registró medio millón de personas que consiguieron la radicación permanente entre el 2004 y el 2011, entre las cuales casi un 90 por ciento provienen de países del MERCOSUR.

Las problemáticas de la inmigración en la actualidad tienen una gran importancia por su complejidad. Dos fenómenos de esas características se verifican como causales de los flujos migratorios y de la transformación de las identidades culturales. El primer fenómeno migratorio es el que se ha generado en la casi totalidad de diferentes pueblos que reciben el nombre de grupos nacionales. El segundo fenómeno es el de vastos sectores de poblaciones que tienen altos índices de pobreza o ven cercenadas las posibilidades de desarrollar sus capacidades en sus países de origen e intentan emigrar de manera individual y en muchos casos clandestina.

El primero de los casos tiene que ver con la mayoría de un pueblo que se desplaza por la invasión de su territorio (kurdos, palestinos) o por haber sido expulsados de su territorio por la violencia producto de dictaduras o guerras civiles (Ruanda, Kosovo). Si se piensa en las poblaciones de los países más pobres en conflicto, castigados por la indigencia o las guerras étnicas y religiosas, solo una ínfima parte puede exiliarse en los países del norte desarrollado en calidad de refugiados, ya que los cupos son muy restringidos. Solo un total de 18 países, entre los que se destaca Uruguay, acepta refugiados anualmente. Sin embargo, la mayoría de esas poblaciones en situación de alto riesgo pasa a integrar los campamentos de refugiados asistidos por la ONU, la Cruz Roja y diversas ONGs en zonas geográficas áridas que generalmente tienen fronteras próximas a conflictos bélicos que custodian los llamados Cascos Blancos. En esos campamentos precarios que se han convertido en permanentes los grupos asentados sufren penurias de todo tipo y el sueño de cada familia de residir en un país en paz es una meta cada vez más lejana. Hay unos 25 campos de refugiados legales en el mundo en Tanzania, Uganda, Pakistán, India y Turquía entre otros países, en su inmensa mayoría africanos y asiáticos. El campo de Dadaab en Kenia es el más grande y funciona desde hace veinte años para albergar unas 100.000 personas. Sus primeros pobladores huyeron de la guerra civil en Somalia y la falta de soluciones de paz hizo que casi medio millar de personas vivan allí hacinadas. En la actualidad a unos 50 millones de seres humanos se los considera como refugiados en el mundo.

El segundo fenómeno de los desplazamientos poblacionales migratorios es el de la inmigración clandestina o ilegal, ya que las barreras legales y materiales impuestas por los países del norte es creciente. Si se piensa el decrecimiento que arrojó la inmigración europea a partir de la segunda mitad del siglo xx, la inmigración (sur-norte) no ha cesado de crecer. En este contexto de familias pobres que intentan emigrar, las mafias internacionales lucran con la desesperación de personas pobres que pagan para realizar viajes en condiciones inhumanas, que pueden desembocar en la muerte.

Miles de muertos y desaparecidos en el Mar Mediterráneo por los naufragios de barcas que fluyen hacia las costas de España e Italia se suman a las estadísticas. En el 2014, un barco proveniente de la costa africana con medio millar de personas a bordo se incendió frente a la costa de la isla de Lampedusa. La armada italiana salvó a 150, pero hubo más de 200 fallecidos y 150 desaparecidos —en su mayoría eritreos y somalíes—. Los gobiernos de los países pertenecientes a la Unión Europea resultan cómplices de estas situaciones al levantar barreras burocráticas y policiales. En el 2008, una ley sancionada por el gobierno de Berlusconi impuso a los pescadores italianos la prohibición de ayudar a salvar vidas humanas en alta mar. Recientemente, el Gobierno español autorizó a las autoridades de Ceuta y Melilla a deportar en forma inmediata a aquellos inmigrantes que consiguen atravesar los muros de contención fronterizos. Lo mismo ocurre en los Estados Unidos, cuyo muro fronterizo con México es el más largo del mundo. Quienes sobreviven a los guardias fronterizos, los ciudadanos armados y el desierto pueden ser deportados.

Existe una estrecha relación entre la promesa engañosa de un destino que mejore la calidad de vida de los inmigrantes como parte del accionar de las organizaciones criminales que propician viajes clandestinos y y las que someten a diferentes tipos de esclavitud moderna a miles de personas. La trata de personas se relaciona entonces con la inmigración clandestina y con diversas formas de esclavitud. La ong *Walk free*, que se ocupa de auxiliar algunas de esas víctimas estima que 35 millones de personas viven bajo el yugo de algún tipo de esclavitud. Si bien la mayoría de las víctimas se encuentran en India, China y Pakistán, ningún continente es ajeno a la trata

de personas. La de los niños sin familia, huérfanos de guerras, mujeres obligadas a prostituirse y la explotación de hombres, mujeres y niños en el trabajo negro es parte de este universo contradictorio con el progreso de la modernidad y los derechos humanos.

La identidad cultural y política, aquella que trata sobre las formas de ser y actuar en el mundo, está indisolublemente ligada al sujeto histórico y su época. En el caso de los inmigrantes, la cultura como estrategia de supervivencia es parte de la construcción disyuntiva y de una historia del cambio. Pero la dimensión transnacional está presente. Las subculturas se hibridan al ritmo de un pasado auténtico (la tradición, los valores, las religiones) frente a un presente vivo (la diáspora, la desconfianza, lo nacional, lo global). Finalmente, las experiencias culturales y la especificidad social de cada producción de sentido configuran en el marco de la tensión rechazo-integración un devenir de historias emergentes, singulares y diferentes.

Bibliografía

- ARENDDT, H. (2003) *La condición humana*, Buenos Aires: Paidós.
- BAHABHA, H. K., (2002) *El lugar de la cultura*, Buenos Aires: Manantial.
- BOURDIEU, P. (1990) *Sociología y cultura*, México: Grijalbo.
- BOURDIEU, P. (2007), *Intelectuales, política y poder*. Buenos Aires: Eudeba.
- CASULLO, N. (1998) *Modernidad y cultura crítica*, Buenos Aires: Paidós.
- DEBRAY, R. (1994) *Vida y muerte de la imagen. Historia de la mirada en Occidente*, Barcelona: Paidós.
- FOUCAULT, M. (2005) *La arqueología del saber*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- GADAMER, H. (2000) *Elogio de la teoría*, Barcelona: Península.
- GIRARDET, R. (1999) *Mitos y mitologías políticas*, Buenos Aires: Nueva Visión.
- HABERMAS, J. (2010) *El discurso filosófico de la modernidad*, Madrid: Katz.
- JOXE, A. (2003) *El imperio del caos. Las repúblicas frente a la dominación estadounidense en la posguerra fría*, Buenos Aires: FCE.
- KLEIN, N. (2002) *No logo. El poder de las marcas*, Buenos Aires: Paidós.
- LAGORIO, C. (1998) *Cultura sin sujeto. El dominio de la imagen en la posmodernidad*, Buenos Aires: Biblos.
- LAGORIO, C. (2007) “El valor de lo simbólico en un nuevo clima de época” en revista *Anales de la Educación Común*, La Plata, DGCyE, provincia de Buenos Aires.
- LAGORIO, C. (2012) *Pensar la modernidad. Una historia cultural de las revoluciones*, Buenos Aires: Biblos.
- LATOUR, B. (2012) *Cogitamus. Seis cartas sobre las humanidades científicas*, Buenos Aires: Paidós.
- ROSANVALLON, P. (2007) *La contrademocracia. La política en la era de la desconfianza*, Buenos Aires: Manantial.

SKINNER, Q. (2007) *Lenguaje, política e historia*, Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.

TRAVERSO, E. (2012) *La historia como campo de batalla. Interpretar las violencias del siglo XX*, Buenos Aires: FCE .

TODOROV, T. (1993) *Las morales de la historia*, Barcelona: Paidós.

VATTIMO, G. (1990) *La sociedad transparente*, Barcelona: Paidós.

VATTIMO, G. (1992) *Ética de la interpretación*, Buenos Aires: Paidós.

VERÓN, E. (1983) *Construir el acontecimiento*, Barcelona: Gedisa.

VIRILIO, P. (1990) “El último vehículo”, en AA.VV., *Videoculturas de fin de siglo*, Madrid: Cátedra.

Los “largos años sesenta” en América Latina

Los cambios socioculturales y la construcción del
“hombre nuevo”

Aurelio Arnoux Narvaja

La década del sesenta ha sido en el mundo y en América Latina una de las épocas relevantes del siglo xx en cuanto a transformaciones políticas, económicas y culturales que han dejado sedimentos que aún perduran. Para medir su importancia, se puede observar el consenso que existe –tanto en los actores que vivieron esta coyuntura como en los científicos sociales que se dedicaron a interpretarla– respecto de considerarla un punto de quiebre en la historia occidental y, por lo tanto, el nacimiento de una nueva era.⁴⁶ Ahora bien, ¿cuáles fueron esos acontecimientos tan excepcionales que hicieron de esa década una de las más importantes del siglo xx? ¿Cómo se gestaron las principales transformaciones? ¿Qué características tuvieron en América Latina?

El trabajo que desarrollaremos a continuación gira en torno a las transformaciones más significativas que empezaron a ocurrir a partir de la década de 1960 en América Latina y que hicieron emerger imaginarios en los cuales apoyarse, en particular la idea del “hombre nuevo” tan paradigmática del período. A fin de adentrarnos en este último tema, dividiremos la exposición en dos grandes apartados. En un primer momento haremos referencia de forma más bien descriptiva al contexto político, económico, cultural y social de la época que nos permitirán, en segundo término, analizar y problematizar el tema propuesto.

Recorte espacio-temporal

Antes de embarcarnos en nuestro análisis es necesario realizar algunas salvedades con respecto del recorte espacial y temporal utilizado.

Este trabajo podría haber versado exclusivamente sobre las transformaciones culturales de la década del sesenta en un solo país de América Latina. No obstante, consideramos que ampliar las fronteras era necesario en la medida que nos posibilitaba corroborar la fuerte impronta internacionalista que en el período desbordó cualquier horizonte nacional y la cercanía de los procesos nacionales. Claudia Gilman (2012: 27) es elocuente al respecto y señala que:

una investigación que desborde los puntos de vista nacionales permite constatar las similitudes y simultaneidades de ciertas aparentes singularidades históricas e ideológicas en el proceso de discusión y elaboración de una nueva cultura latinoamericana revolucionaria.

En lo que respecta al recorte temporal, generalmente se denomina “década del sesenta” en la historia de América Latina a los catorce años que transcurrieron desde la entrada en La Habana de los guerrilleros vencedores de la Sierra Maestra (1959) hasta el comienzo de los regímenes dictatoriales en la región.⁴⁷ Si bien reconocemos la necesidad de considerar un criterio temporal – y en nuestro caso por una cuestión de practicidad utilizamos el señalado– es importante ser cuidadoso con este tipo de delimitaciones.⁴⁸ En este sentido, para aquel que se interesa en la historia de las mentalidades, es muy difícil restringirse a un período de tan corta duración dado que las transformaciones en las subjetividades son progresivas y de largo alcance. Por lo tanto, habría que considerar –y puede ser motivo de otro trabajo– si efectivamente hubo una cesura, un límite, un eclipse o si, por el contrario, fue un simple paréntesis en la historia continental. En otras palabras, la pregunta que tendríamos que plantear sería la siguiente: ¿concluyó la década del sesenta?

Estado de la cuestión

La década del sesenta en América Latina fue tradicionalmente abordada desde la historiografía política a partir del estudio de cuestiones ligadas a la insurgencia revolucionaria y a la contrainsurgencia (Zolov, 2012). Sin embargo, en este último tiempo se ha recurrido a otros marcos. Para permitir la elaboración de una gran cantidad de material se ha apelado, además de la historia, a la antropología, la sociología, la crítica literaria o las ciencias de la comunicación, lo que permitió considerar más detenidamente los aspectos culturales y sociales.

Ahora bien, dentro de esta vasta y heterogénea producción bibliográfica,⁴⁹ existe cierto consenso a la hora de describir el período como de “rápida modernización y grandes expectativas revolucionarias, cuya cultura estaba signada por la modernización, la consolidación de un público para los productos artísticos y el surgimiento de nuevas condiciones de mercado y consumo” (Gilman, 2012: 14); en otras palabras, un cambio radical en distintas esferas: costumbres, mentalidades, sexualidad, experiencias, regímenes políticos. Para el historiador, el análisis de este período es realmente significativo no solo por la densidad de acontecimientos sino por las transformaciones en el abordaje desde la propia disciplina. En este sentido, es interesante observar cómo la representación dominante⁵⁰ del historiador analizando exclusivamente fuentes escritas se ha erosionado al compás de la revisión de los postulados metodológicos. Esto fue posible evidentemente con la crisis de la perspectiva positivista –herencia decimonónica– y el cada vez más fecundo y fluido diálogo con otras disciplinas –antropología, sociología y economía, principalmente– que condujo a la consideración de herramientas de análisis hasta entonces vedadas, como por ejemplo, la historia oral que contemplaba entrevistas y testimonios de actores.

Los trabajos de Beatriz Sarlo (1985), Silvia Sigal (1991), Claudia Gilman (2012) y Oscar Terán (1991) tienen como objetivo principal analizar la figura del “intelectual” y su papel en la política de ese período. Encontramos a su vez una vasta bibliografía que hace referencia a la revolución cubana –Cañas (1999), Castro (1975, 2005),

Gabetta (2007), Guevara (2006) y Mina (1988)–, a otros procesos revolucionarios de la época en la región –Mires (1988)– como así también sobre el análisis de experiencias de corte populistas –Martuccelli, D. y Svampa, M. (2011), Skidmore, T. (2011) y Weffort, F. (2011)–. En lo estrictamente económico, encontramos desde autores que hacen un recorrido más bien descriptivo –Halperín Donghi (2002); Rappoport, M. (2005); Cardoso, C. y Pérez Brignoli, H. (1979); Bulmer Thomas, V. (1998)– pasando por los que se centran exclusivamente en analizar los problemas de industrialización –Amsden, A. y Takashi, H. (1995); Fajnzylber, F. (1984); Shwarzer J. (1996)– hasta los que se posicionan desde los enfoques dependentistas –Dos Santos, T. (2003); Cardoso, F. y Falletto, E. (1969)–. Aquellos escritos que buscan interpretar temas sociales y culturales –como señalamos anteriormente– son más recientes. El análisis de la juventud como actor colectivo que entra en escena en la región a mediados del siglo xx ha sido abordado por Manzano (2010), quien analiza la particularidad del caso argentino, como así también el de Alvarado y Vomaro (2010) que lo amplían a otros países –Brasil, Colombia, Uruguay, por ejemplo– lo que les posibilita hacer un estudio comparativo. Para adentrarnos en el estudio de las transformaciones de las estructuras sociales tenemos el trabajo de Cosse (2010) centrado en la experiencia de la estructura familiar y la forma de entender la sexualidad. En cuanto a la esfera cultural, para dar cuenta de la emergencia del “boom literario” en América Latina, el trabajo que compila Fernández Moreno (1974), es indispensable. Quien quiera sumergirse en la forma en cómo la música –como expresión artística– contribuyó a proponer una alternativa contracultural, Lorraine Leu (2006) es un buen trabajo sobre el movimiento Tropicalia, que marcó un punto de cesura en la forma de entender la música popular brasilera.

Si bien –como hemos señalado– son numerosos los trabajos que desde distintas perspectivas abordan el período considerado, nos apoyamos particularmente en los que hemos citado porque nos resultan más pertinentes para el tema adoptado.

LOS LARGOS AÑOS SESENTA EN AMÉRICA LATINA

Aspectos políticos y económicos

A mediados del siglo xx, y como corolario de la Segunda Guerra Mundial, asistimos a la emergencia de una división política mundial de carácter bipolar, en la cual las dos potencias centrales – la Unión Soviética y los Estados Unidos– intentaron hegemonizar su poder dando inicio a un período conocido como la guerra fría.⁵¹ En este sentido, el tercer mundo⁵² y en especial América Latina, eran presa recurrente a la hora de establecer alianzas estratégicas. Sin embargo, el contexto económico y político de la región había cambiado y ya no era el mismo que en las primeras décadas del siglo xx. La gran mayoría de los países había dejado de ser exclusivamente exportadora de materias primas a merced de los países centrales y a partir de un paulatino desarrollo industrial había logrado una dependencia menor. Sin embargo, la economía estaba lejos de ser próspera y las instituciones democráticas no parecían ofrecer respuestas a los reclamos sociales. Esto condujo indefectiblemente a la emergencia de diferentes experiencias políticas que analizaremos en este apartado.

a) La economía hacia la década de 1960: entre la autonomía y la crisis.

Al revisar la bibliografía sobre la historia económica de América Latina en el siglo xx, la mayoría de autores acuerdan en que los países de la región se han caracterizado por tener una industrialización tardía como consecuencia del lugar ocupado en la división internacional del trabajo en la última parte del siglo xix. En este sentido y coincidiendo con la amplia literatura estructuralista de los años 1950 y 1960, Hirschman (1973: 93) asoció el proceso de industrialización regional a cuatro factores: las dos guerras mundiales, la crisis de la balanza de pagos, la creación de un mercado interno y las políticas de industrialización que se pusieron en marcha. La crisis mundial de

1930 según esta postura no sería el desencadenante directo sino uno de los tantos factores contingentes. Lo cierto es que esta situación provocó una violenta reducción de las exportaciones que por añadidura hizo caer también la capacidad de importación. Sin embargo, no surgió una clase industrial libre de la dependencia tradicional que pudiera llevar adelante el proceso. Por lo tanto, el impulso manufacturero provino del capital de los grandes terratenientes y los importadores: grandes ganaderos en Argentina o los *fazendeiros* del café en San Pablo. Las nuevas industrias crecieron gracias a la protección aduanera de los estados y las medidas tendientes a controlar las importaciones. Es evidente que este proceso denominado “industrialización por sustitución de importaciones” en América Latina se inició como un fenómeno casi natural. Por lo tanto, su origen no fue el de las acciones deliberadas sino, por el contrario, la consecuencia indirecta de políticas de comercio exterior. A diferencia de la forma que esta industrialización tuvo en los países desarrollados en donde un sector de la sociedad —la burguesía industrial— fue el motor del desarrollo, en América Latina fue el Estado quién ocupó este lugar reclamando la aparición de esta clase social, aunque sin mucho éxito. Es por eso que podemos encontrar cierta regularidad en cuanto a los gobiernos que emergieron de esta situación —por ejemplo Vargas en Brasil, Perón en Argentina, Cárdenas en México—: fuerte signo nacionalista y apoyo de un amplio sector popular. Ahora bien, ¿qué tipo de industrias tuvieron prioridad? En una primera fase, fueron las industrias “livianas” productoras de bienes de consumo⁵³ no durables quienes cumplieron un papel fundamental por las ventajas comparativas de los recursos naturales y porque había un mercado interno insatisfecho ante el encarecimiento de las importaciones. Así, en esta primera parte del proceso sustitutivo, el sector industrial termina por desplazar a las actividades primario-exportadoras y se orienta básicamente al mercado interno. Esta fase “exuberante” de sustitución de importaciones tuvo en la política gubernamental un aliado significativo. Sin embargo, como sostiene Hirschman (1973: 101), ciertos líderes latinoamericanos —Perón, Kubitschek, Rojas, Pinilla y Pérez Jiménez— “pueden considerarse víctimas de las ilusiones respecto a la invulnerabilidad económica, a causa de los primeros éxitos y la

rápida penetración de la industria”. Así, después de un fase “fácil” de sustitución de importaciones, el proceso tendió al “agotamiento”⁵⁴ por la incapacidad de generar empleo y conquistar mercados externos y produjo nuevas formas de dependencia, en particular de la inversión extranjera. La segunda instancia de sustitución de importaciones empieza a observarse en América Latina a partir de la década de 1950 y tiene características comunes en la región: presencia de industrias transnacionales que producen localmente lo que antes importaban y marcada oligopolización de los mercados. Sin embargo, como señala Halperín (1977), en la segunda mitad de la década de 1950 encontramos en América Latina un estancamiento económico en la mayoría de los países que en algunos casos llega al retroceso y a una notable inflación. Es así como hacia la década de 1960 América Latina se encuentra en una situación de inestabilidad económica. Como señala Zanatta (2012), si bien avanzaba la industria, se estancaba la agricultura, lo que condujo a una expansión del sector terciario –servicios– y de los empleos marginales. En este contexto es, entonces, que la región se encamina a un período de confrontaciones sociales y por lo tanto de búsqueda de soluciones. Entre las diversas alternativas encontramos las siguientes. Por un lado, el acercamiento hacia alguno de los bloques hegemónicos –Los Estados Unidos o la Unión Soviética– y por lo tanto la adopción de uno de los dos sistemas económicos –capitalismo o comunismo–; por otra lado, la emergencia de un gobierno fuerte –a través de las elecciones o la vía revolucionaria– que priorice la profunda intervención estatal en los asuntos económicos y políticos.

b) La política en la región: la revolución cubana y la guerra civil ideológica.

Si miráramos un mapa que hiciera referencia a los gobiernos de América Latina entre la década de 1950 y la de 1970, encontraríamos una heterogeneidad de sistemas políticos: democráticos, militares, revolucionarios, etc. No obstante, más allá de esta diversidad,

hay algo que es característico en América Latina en este período: las revoluciones⁵⁵ —entendidas aquí desde el punto de vista más radical, es decir como cambios estructurales en lo económico, en lo político y cultural— empezaron a ser consideradas como una alternativa posible. Esto se debió al proceso tan seductor como complejo que fue, y sigue siendo, la Revolución cubana. Ahora bien, ¿qué fue lo que hizo que gran parte del mundo girara su mirada hacia Cuba? ¿Qué fue lo novedoso para tomarlo como modelo a seguir?

La economía cubana se ha caracterizado siempre por su alto grado de dependencia del exterior. Durante toda la época colonial, Cuba mantuvo un cerrado comercio con su metrópoli (España) donde lo principal de las exportaciones estaba representado por el azúcar y otros productos primarios como el tabaco y el café. A fines del siglo XIX, el país logró su independencia política pero su estructura económica no se modificó en absoluto, ya que continuó desarrollando la producción de productos primarios que exportaba a los Estados Unidos. En Centroamérica y el Caribe, el intervencionismo norteamericano estaba dirigido a reemplazar a las potencias europeas que habían sido desplazadas en sus dominios económicos y políticos, ganar mercados, tener fuentes de materias primas y gran contingente de mano de obra barata para sus explotaciones. El naciente capitalismo cubano se centraba básicamente, en la primera parte del siglo XX, en relación con la monoproducción azucarera basada en grandes latifundios, en las industrias de refinamiento y producción de la caña, dependientes exclusivamente de los Estados Unidos, principal comprador y quien controlaba los precios de las exportaciones. Esta dependencia se va dando dentro de un contexto de introducción, en una gran mayoría de los países centroamericanos y del Caribe, de compañías que se van asentando, como la United Fruit Company, que llegan a dominar a gobiernos títeres, generalmente dictaduras militares, teniendo sus flotas propias, sus ferrocarriles propios, etc. En Cuba, esta intervención se legaliza a través de la imposición de la llamada Enmienda Platt, inscrita en la constitución, en la que era reconocido el derecho norteamericano a controlar la política económica exterior del país y que por consiguiente “legalizaba” una típica relación neocolonial que duró hasta

la Revolución del 59. La dictadura de Batista, a partir del golpe del 52 que lo entronizó, no permitió el ascenso por la vía democrática del Partido Ortodoxo en el cual militaba Fidel Castro —líder estudiantil y abogado—, lo que generó un descontento por parte de diferentes sectores. A ello se respondió con una fuerte política de represión hacia el campesinado y sectores de la burguesía descontentos por la política impulsada por Los Estados Unidos de “zafas restringidas”. Estas tensiones no podían ser resueltas a través de los canales democráticos normales para poder obtener cambios políticos y sociales, que habían sido rotos, sino a través de acciones violentas. Los partidos y líderes tradicionales eran incapaces de organizar una resistencia fuerte que pudiera enfrentar a la dictadura militar reaccionaria. Se habían producido divisiones y fricciones irreparables en el movimiento revolucionario, fundamentalmente por divergencias en las formas de lucha. Es entonces que surge un pequeño grupo compuesto principalmente por individuos provenientes de sectores medios con aspiraciones de ascenso y claras ideas nacionalistas que van a utilizar la guerrilla como mecanismo para la toma del poder, contrariamente a la revolución bolchevique o china, en donde las operaciones militares estaban subordinadas a la teoría revolucionaria del partido. La práctica revolucionaria en Cuba se caracterizaba por la acentuación del papel del “foco” guerrillero. En ese contexto eran dos bloques antagónicos los que luchaban por el poder: por un lado, el que hasta ese momento lo controlaba, la dictadura de Batista, que respondía básicamente a intereses norteamericanos; y por el otro lado, un sector proveniente de las clases medias y algunos obreros con intereses nacionalistas y populistas, que utilizaba la guerrilla como herramienta de confrontación. La primera puesta en escena de un plano insurreccional se dio en julio de 1953 con el asalto al cuartel de la Moncada que terminó con el control del foco guerrillero. Los objetivos de este plan eran “luchar contra los soldados del regimiento (...) apoderarnos por sorpresa del control y de las armas y llamar al pueblo, reunir después a los militares e incitarlos a abandonar la odiosa bandera de la tiranía y abrazar la libertad” (Castro, 1975: 32). Sin embargo, este intento de la toma del poder no frustró las claras intenciones de los revolucionarios que volvieron a sublevarse

en 1959. El problema central era cómo conseguir el apoyo de diversos sectores de la sociedad cubana que rechazaban el régimen impuesto pero que no habían encontrado formas organizativas comunes. El fracaso de un llamamiento a la huelga general en 1958 por parte de los revolucionarios, nucleados en el movimiento 26 de Julio⁵⁶ (nombre adoptado en referencia a la fecha de asalto al cuartel de la Moncada), los impulsó a centrar la acción en una lucha armada que por su propia dinámica fuera integrando a campesinos, obreros, militantes populares, integrantes de los partidos democráticos, etc. El desarrollo de la guerrilla fue estimulando, contrariamente al frustrado asalto de la Moncada en 1953, ese apoyo.⁵⁷ Por una parte, en la Sierra Maestra los campesinos colaboraron aportando ayuda logística y combatientes; por otra parte, en la ciudad, sectores de la oposición fueron aproximándose a las posiciones de los revolucionarios. Esta estrategia desestabilizadora que combinaba acciones armadas con llamado a huelgas generales tuvo, al fin, éxito y el 1 de enero de 1959 marca con la entrada del Ejército Rebelde en La Habana, el triunfo de la revolución.

Ahora bien, ¿cómo se puede interpretar este proceso tan novedoso para el continente? ¿Qué características tuvo y qué alternativas le ofreció al país y por añadidura a la región? Antes de responder estas preguntas, es necesario hacer un breve comentario con referencia a las características de la Revolución y a las ópticas desde las cuales podría ser interpretada. Por un lado, puede considerarse como *nacional* en la medida que nucleó a los sectores que se enfrentaron primero con la metrópoli colonial de viejo tipo y luego con el imperialismo norteamericano. Por el otro, *democrática*, a raíz de que alzó en contra de una dictadura. Por último, *popular*, porque centró sus expectativas en las reivindicaciones sociales de la mayoría de la población. Más allá de estos señalamientos, lo cierto es que la revolución cubana, por requerimientos de la misma lucha, del tipo de producción económicamente dominante —la explotación de la caña de azúcar— y la existencia de un sistema capitalista débil y altamente dependiente, pasó al socialismo en un proceso de intensa actividad ideológica y organizativa ya que tuvo que democratizar la sociedad a la vez que alimentar, educar y mantener la salud de toda la población con recursos limitados. Esto se hizo evidente con la serie de profundas transformaciones que empe-

zaron a llevarse adelante, tanto en la esfera económica como en la social y la política. En primer lugar, la reorganización administrativa del país fue orientada por una mayor centralización de la actividad económica para los fines de planificación y por una creciente propiedad estatal de los medios de producción. Esto se puede observar en la ley de reforma agraria promulgada en mayo de 1959 que expropiaba los grandes latifundios, en la nacionalización de las grandes empresas industriales extranjeras y en la reforma urbana que rebajaba fuertemente los arriendos y no permitía otra propiedad de vivienda fuera de la que sirviera para uso personal. En segundo lugar, este rápido proceso de socialización de los medios de producción obligó al Estado a crear nuevos organismos que se ocuparan de administrar y dirigir toda la actividad económica que pasara bajo responsabilidad estatal, como por ejemplo el Instituto Nacional de la Reforma Agraria (INRA), encargado de planificar el sector agropecuario. Sin embargo, las escasas posibilidades de desarrollar una economía sólida sin la ayuda financiera externa y su ubicación geopolítica estratégica, llevo a un acercamiento cada vez más estrecho con el bloque soviético. Esta alianza acompañada por la humillación que significó no poder intervenir militarmente la isla, generó un malestar cada vez más grande en los sucesivos gobiernos estadounidenses y tuvo en 1962 con la crisis de los misiles su momento más tenso.

El efecto que la Revolución cubana produjo en el continente fue inmediato. Este proceso coincidió con un período de tensión del comunismo internacional a causa del deterioro de las relaciones entre la Unión Soviética y China, que llevó a plantear la necesidad de una vía alternativa hacia el socialismo latinoamericano. Por ese motivo, la impronta que tuvo la revolución cubana fue la de tener un ejemplo concreto de la victoria de una guerrilla rural sin participación del Partido Comunista y de la posibilidad – a diferencia de lo que pensaban los sectores más ortodoxos del marxismo–, de saltar etapas⁵⁸ prescindiendo del desarrollo de una “burguesía nacional” (Bethell, 1997). Por lo tanto, este proceso demostró que era posible el acceso al poder a través de la lucha armada con el apoyo del campesinado, cuestión que le quitó validez a los partidos comunistas tradicionales de ser la única fuente de legitimidad marxista. Esto se puede obser-

var en el hecho de que en la gran mayoría de los países de América Latina en la década del sesenta se organizaron grupos guerrilleros —tanto rurales como urbanos—⁵⁹ acompañados en muchos casos por el apoyo de estudiantes, obreros y en menor medida campesinos sin tierra, en particular en los países de mayoría aborígen o mestiza. Sin embargo, estas experiencias de toma del poder a través de las guerrillas fallaron en muchos casos: Venezuela, Guatemala, Perú y Bolivia —en dónde fue asesinado Ernesto Guevara en 1967—.

Si bien este mecanismo de acceso al poder a través de una revolución sangrienta introdujo un nuevo paradigma de lucha en la región, no fue el único sistema de gobierno posible que reivindicara el papel del Estado y la participación de amplias mayorías de las poblaciones hasta entonces postergadas. En efecto, América Latina había sido desde mediados de la década de 1920 un continente fértil para el análisis de experiencias populistas y progresistas, en donde muchas llegaron al poder por la vía democrática.

Antes de continuar con la descripción de este fenómeno es necesario hacer una breve aclaración sobre la categoría de “populismo”. No es fácil definir unívocamente un concepto tan arraigado en el sentido común contemporáneo. Trabajado por las ciencias sociales desde diversas posturas ideológicas, la imprecisión del término se explica —como sostienen Mackinnon y Petrone (2011)— básicamente por la multitud heterogénea de fenómenos para la cual ha sido utilizado: movilizaciones de masas, partidos políticos, ideologías, actitudes discursivas, regímenes y formas de gobierno, mecanismos de democracia directa, programas de gobierno, etc. Esto ha llevado, por cierto, a que determinados sectores académicos se resistan a su utilización tanto por causa de la fuerte carga peyorativa como por el hecho de no llegar a esclarecer del todo fenómenos que requieren la utilización de una categoría analítica más precisa. Más allá de esta referencia de índole más metodológica, lo cierto es que un rasgo característico de estas formas de gobierno es la participación del “pueblo” o las “masas” como actor necesario. La diferencia en cada caso está establecida por la forma de llevar adelante dicha participación —reforma legislativa con ampliación del sufragio, clientelismo, “caciquismo”—, la forma en cómo fueron incorporadas al proceso político —meros

participantes que votan en elecciones, activistas que ejercen cargos directivos— como así también los actores principales —proletariado urbano, campesino, grupos étnicos, por ejemplo—.

Como señalamos más arriba, a principios del siglo xx la región era predominantemente agraria desde lo económico y con sistemas aristocráticos desde lo político. Sin embargo, a medida que los diferentes países se embarcaron en un lento camino hacia la industrialización, empezaron a emerger precursores del populismo en las ciudades. Para ordenar cronológicamente estas experiencias en la región, Drake (1982) realiza una división entre *temprano, clásico y tardío*. En cuanto al primero —por ejemplo Yrigoyen en Argentina o Alessandri en Chile— si bien contaban con el acompañamiento de un sector del pueblo, se apoyaban en las nuevas clases medias y las elites no comprometidas con el uso del poder. Dentro de los denominados *populismos clásicos* que surgieron en las décadas de 1930 y 1940, encontramos movimientos centrados en la figura de líderes carismáticos —Perón en Argentina, Haya de la Torre en Perú, Betancour en Colombia o Cárdenas en México— que eran depositarios de la confianza para llevar adelante un proyecto “a favor de los trabajadores, la democracia electoral y el nacionalismo continental contra el imperialismo y el fascismo” (Mackinnon y Petrone, 2011: 20). Hacia las décadas de 1950 y 1960 continuaron aparecieron importantes líderes populistas en la región que podemos englobar dentro los *tardíos* —Paz Estensoro en Bolivia; Vargas, Brizol, Goulart en Brasil; Ibáñez en Chile; Velasco Ibarra en Ecuador; Velazco Alvarado en Perú o Torrijos en Panamá—. No obstante, tuvieron que enfrentar grandes problemas económicos que condujeron indefectiblemente a buscar soluciones que en algunos casos iban en contra del interés del pueblo.

Haciendo una síntesis de lo escrito anteriormente, tendríamos que decir que en América Latina, la revolución cubana marcó un punto de quiebre y una alternativa de gobierno que, sumada a experiencias más moderadas de corte populistas, tenía como principal objetivo atender a los reclamos sociales hasta entonces postergados. Ahora bien, en este contexto y en un continente tan desigual como el americano, los sectores que veían peligrar su hegemonía recurrieron a la ayuda de los Estados Unidos que no estaban dispuestos a tolerar

otra experiencia similar a la cubana. Para impedir el contagio, puso en marcha, con la llegada de Kennedy al poder en 1961, la Alianza para el Progreso, una estrategia que consistía en inyectar dinero en la región a cambio de tener poder de decisión en los asuntos internos de cada país. No es para nada sorprendente que entre 1962 y 1966 se asistiera en el continente a nueve golpes de Estado, que en mayor o menor medida recibieron el apoyo imperialista. Estos autoritarismos no eran nuevos en la región. En efecto, se pueden encontrar numerosos casos en la primera mitad del siglo xx. Lo diferente consistía en que se empezaron a erigir como regímenes militares institucionalizados que en nombre de la unidad ideológica, se consideraban los defensores de los valores más genuinos y auténticos de la nación. A su vez, coincidían en algunos puntos de acción, posibilitados por la constitución de la Doctrina de Seguridad Nacional (DSN)⁶⁰ —impulsada por los Estados Unidos—, que eran una suerte de academias militares en las cuales se formaron la mayoría de los países. Por esta razón, hasta bien entrada la década de 1970, encontramos infinidad de casos en toda América Latina.

En este apartado hicimos referencia a las alternativas de gobierno en América Latina durante la década del sesenta. Dentro del abanico de posibilidades, podíamos encontrar desde movimientos más radicalizados —el cubano—, pasando por liberales, populistas hasta dictaduras militares. Esto nos demuestra que más allá de los casos concretos, lo que estaba en juego en la región era una suerte de guerra ideológica, que excedía cualquier ámbito nacional y que mostraba visiones del mundo irreconciliables. Sin embargo, nuestra exposición quedaría inconclusa si no hiciéramos referencia a los actores políticos que entraron en escena y colaboraron en mayor medida con este debate de ideas.

La población activa⁶¹ en América Latina pasó a ser predominantemente urbana a partir de mediados del siglo XX. Esto llevó a que los obreros industriales organizados, que hasta entonces no contaban con suficiente fuerza política, empezaran a tener consciencia cierta de su potencial. A esto habría que sumarle la creciente proporción de trabajadores que se encontraban en el “sector informal” de la economía. A pesar que las estructuras sindicales variaban de un país al otro, lo cierto es que los sistemas corporativistas eran la regla

universal en América Latina (Bethell, 1997). Esto fue acompañado a su vez por el alto grado de regulación estatal de las relaciones laborales y la actividad sindical. Los gobiernos dictatoriales que subieron al poder en el continente durante la década del sesenta oscilaron entre “la represión directa de la actividad sindical y los esfuerzos por encauzarla en un marco corporativista reactivado” (Bethell, 1997: 165). La huelga era la principal herramienta de protesta y generalmente se desataba por razones salariales. El caso argentino es interesante en la medida que el sindicalismo consideraba que la lucha política era la mejor estrategia para la vuelta de un gobierno peronista. Con la llegada de Onganía al poder en 1966 y la suspensión de la negociación colectiva de trabajo, se entró en un período de profunda tensión que tuvo como corolario en 1969 un acontecimiento que dio lugar al derrocamiento del gobierno militar: “el Cordobazo” —lucha obrera con apoyo de los estudiantes. Muchos estudiosos denominaron este fenómeno como “nuevo sindicalismo” surgido del aumento de la actividad laboral.

Otro de los actores colectivos que cobró visibilidad y fuerza en América Latina a partir de mediados del siglo xx fue el movimiento estudiantil. Si bien la diferencia entre país y país fue notable —Argentina, Uruguay y Cuba en un extremo; Guatemala y Haití en el otro—, lo cierto es que las estadísticas demuestran que la población escolar y el nivel de alfabetismo crecieron a un ritmo vertiginoso en la región que contempló no solo la educación secundaria sino también la superior. Este fenómeno hizo que los estudiantes comenzaran a ser conscientes de su fuerza, capacidad de convocatoria, cohesión y por lo tanto de su peso como actor político. Las protestas de este sector hicieron que 1969 varios regímenes se pusieran de rodillas ante esta manifestación de fuerza, desde Buenos Aires hasta México.

También podemos nombrar a los movimientos étnicos y campesinos. Desde la época de la conquista, estos sectores habían estado invisibilizados, no tenían derechos a reclamos ni a voto. Si bien en algunos países de la región, muchas décadas antes, empezaron a hacerse sentir sus reclamos —Bolivia, Perú, Argentina, por ejemplo—, lo cierto es que en el período que analizamos es cuando sus demandas pasan a la acción, muchas veces ligados por líderes sindicales o

partidos comunistas. Entre los más destacados se puede nombrar las organizaciones campesinas que crecieron en el noreste brasileño y el movimiento surgido en Cuzco, Perú.

Por su parte, la Iglesia católica empezó a ser cada vez más consciente de las necesidades de las barriadas. Esta institución, que había sido durante mucho tiempo acérrima adversaria del comunismo, empezó a redefinir el mensaje social. El punto de inflexión fue el cambio que se empezó a experimentar a partir del Concilio Vaticano II (1962-1965) y la Declaración de los obispos Latinoamericanos en Medellín en 1968, cuando muchos obispos y sacerdotes de la región se entregaron por completo a causas revolucionarias y consolidaron lo que se llamó la Teología de la Liberación, que intentó un acercamiento entre marxismo y cristianismo. El país en donde se notó de forma más profunda esta impronta fue en Nicaragua, cuando el catolicismo progresista apoyó al sandinismo contra la dictadura de Somoza.

Por último, no podemos dejar de lado el papel que cumplieron como sujetos políticos “los intelectuales”. Fueron diversos los factores que permitieron la politización de este sector: desde la crisis de valores e instituciones tradicionales de la política –democracia parlamentaria, partidos– hasta la radicalización de las izquierdas latinoamericanas con la revolución cubana. Ahora bien, ¿qué era ser un “intelectual” para la época? ¿Quiénes conformaban este grupo? Claudia Gilman (2012, 60) lo pone de manifiesto a través de una anécdota de la época. En una conferencia dictada por el sociólogo estadounidense Wright Mills en México, y ante la atenta mirada de grandes escritores como Carlos Fuentes, define al intelectual como “el actor social fundamental y único factor de transformación en las sociedades pobres y analfabetas del tercer mundo, añadiendo que si las transformaciones revolucionarias no tenían lugar, la culpa recaería directamente en el intelectual”. Esta fuerte responsabilidad daba cuenta de que el intelectual, por su tradición y su formación, era uno de los pocos actores que podía aplicar esquemas racionales a las elecciones políticas. Sin embargo, este involucramiento –como señala Terán (2013: 199)– no fue a través del aparato estatal o algún proyecto grupal y social sino que se dio generalmente en el más

profundo anonimato, cuestión que permitió tener una “suerte de movilidad propia”. El compromiso giraba entre dos polos: la obra y el autor. La primera era la encargada de acentuar el poder comunicativo y forjar una identidad colectiva. El intelectual, por su parte, no tenía que conformarse con su obra sino poner el cuerpo a través de acciones concretas. Esto no es ajeno a la influencia de la perspectiva maoísta en esos años, ni la posición que establecía Gramsci entre el elemento popular –que “siente pero no siempre comprende y sabe”– y el elemento intelectual –“sabe pero no siempre comprende y sobre todo siente”–.

Estos actores o sectores que emergieron con fuerza a partir de mediados del siglo xx y que en numerosos casos fueron barridos por las oleadas contrarrevolucionarias, necesitaban establecer instancias que promovieran la solidaridad más allá de las fronteras nacionales. Por ese motivo empezaron a promoverse varios encuentros que tuvieron como objetivo llevar adelante un sentido de fuerte comunidad y solidaridad.

Surgieron entonces reuniones de carácter más formal que buscaron fortalecer la idea de un tercer mundo que se mantuviera al margen de la influencia de estos dos bloques antagónicos y que pudiera desarrollar una opción genuina. Esto fue cristalizado en una serie de encuentros como el Movimiento de países no alineados –Belgrado (1961)–, en el cual Cuba propuso una alianza más amplia que se llevó adelante en 1966 con la Organización de Solidaridad de los Pueblos de África, Asia y América Latina en la conferencia Tricontinental de La Habana. Por otra parte, en la época se llevaron adelante muchos congresos académicos que giraban en torno al compromiso del intelectual.

Transformaciones culturales y sociales

No siempre las revoluciones sociales, entendidas como rupturas de estructuras económicas vigentes por otras nuevas –Hobsbawm (1986) y Tilly (1996)– conllevan transformaciones culturales y sociales inmediatamente significativas pero es evidente que se inscriben en cambios en las subjetividades que se perciben cuando se las enfoca

posteriormente. El caso de América Latina es particular en tanto los procesos políticos —muchos de ellos radicales, como la Revolución Cubana— fueron acompañados por revoluciones simbólicas en el ámbito de la poesía, la música, el cine, la pintura y sobre todo la literatura. Más allá de sus particularidades, muchas de estas manifestaciones pregonaban la búsqueda de una unión regional y, por lo tanto, la necesidad de forjar una identidad común. Un dato de época, para ilustrar lo significativo que eran las transformaciones culturales que estaban experimentándose en la región, es la adopción por parte de la UNESCO en su decimocuarta reunión que tuvo lugar en París en 1966, de la resolución 3. 325 que autorizaba “emprender el estudio de las culturas de América Latina en sus expresiones literarias y artísticas, a fin de determinar las características de dichas culturas”. Algo que sería interesante plantearse pero que excedería nuestro estudio, es hasta qué punto, se puede hablar de la creación de una cultura autónoma y hasta qué punto de una cultura apropiada y resignificada. Esto se plantea —como sostiene Zolov (2012)— por la influencia cultural que tuvieron los Estados Unidos en América Latina en pos de implantar su dominio y estilo de vida.

a) Cultura: manifestaciones artísticas (música, literatura y poesía)

Como toda manifestación artística, la música es representativa de una época y refleja por lo tanto sus valores y sus costumbres. En la década del sesenta en América Latina, un gran número de jóvenes en todo el continente cantaban al ritmo de movimientos musicales como *Tropicalia* en Brasil o lo que genéricamente se denominó la Nueva canción latinoamericana. Estos ritmos buscaban adentrarse en las raíces musicales de la región incorporando muchas veces sonidos excéntricos, instrumentos exóticos y hasta la influencia del Rock and Roll, sin perder la identidad autónoma. A su vez, muchas de las letras tenían fuerte contenido contracultural y de rechazo a los valores impuestos. 1967 es el año en que entran en escena y cobran

visibilidad dos de los representantes –Gilberto Gil y Caetano Veloso– más activos de este movimiento musical de Bahía –*Tropicalia*– en el que dos canciones –*Alegria, Alegria* y *Domingo no parque*– ocuparon puestos finales en el III festival de Música Popular Brasileira. Si bien al principio tuvieron una fuerte oposición por parte de los sectores más conservadores⁶² que consideraban peligroso la influencia musical extranjera, a partir de apariciones constantes en festivales y en la televisión pudieron transmitir sus mensajes a un público cada vez más numeroso. Lo que proponían estos músicos era básicamente replantear las estructuras culturales y artísticas del Brasil de entonces intentando romper con el exacerbado nacionalismo. Para esto incorporaron nuevas formas de vestir, de cantar y de actuar en el escenario que en muchos casos le valieron el abucheo del público. Al mismo tiempo, en canciones como *E proibido proibir* o *Divino, Maravilhoso*, mostraban su clara crítica a la censura que estaban sufriendo. Por su parte, la Nueva canción latinoamericana fue un movimiento musical que trascendió las fronteras puramente nacionales y se extendió por gran parte del continente. La característica principal, era que, lejos de seguir ciertos dogmas, en cada región se fusionó con distintos ritmos,⁶³ cuestión que llevó a un conocimiento cada vez más profundo de América Latina y su cultura musical. Ideológicamente muchas de las letras mostraban una situación de rechazo al intervencionismo extranjero, por lo que se la reconoció como música de protesta. En Argentina, se conoció bajo la denominación Nuevo cancionero, con Mercedes Sosa y Armando Tejada Gómez como los representantes más característicos. En Cuba, con Silvio Rodríguez y Pablo Milanés, entre otros, se consolidó la Nueva trova, que impulsó, a través de sus letras, una defensa acérrima de la revolución. En Chile, encontramos a Quilapayún, Violeta Parra o Víctor Jara, que fueron en cierta medida los estandartes de la resistencia al golpe de Estado que sufrió el gobierno de Salvador Allende en 1973. En Uruguay, Zitarrosa se erigió como uno de los representantes más importantes. Este género sufrió la persecución de las dictaduras militares que emergieron en el continente entre las décadas de 1960 y 1970.

En cuanto a la literatura, a partir de la segunda mitad del siglo xx, empezaron a publicarse una serie de escritos que pusieron de

manifiesto una nueva narrativa latinoamericana. Los escritores que conformaron el “boom” de la novela acapararon la atención mundial con una literatura que articulaba la experiencia moderna con elementos distintivos de la vida y la cultura. Uno de los novelistas más destacados y quien tuvo mayor influencia en esta generación fue, sin lugar a dudas, el cubano Alejo Carpentier (1904-1980). En el prólogo a *El reino de este mundo* (1949), que narra la revolución haitiana, propuso una nueva forma de designar la novela de ficción y que a partir de entonces conformaría una vertiente dentro de la literatura latinoamericana: lo “real maravilloso”. Este género fue explorado de manera significativa por el escritor colombiano Gabriel García Márquez (1927-2014) en particular en su libro *Cien años de Soledad* (1967). En esta obra, además de describir los paisajes caribeños, se dedicó a deconstruir y criticar las normas sociales y los prejuicios de la sociedad de esa época, como por ejemplo que las jóvenes debían llegar vírgenes al matrimonio. Por su vocación de periodista, también escribió libros –*El coronel no tiene quién le escriba* (1961) o *La mala hora* (1962)– en los cuales a través de la ficción trata temas políticos de la Colombia de la década de 1960. Otro de los escritores que conformaron este “boom” fue Julio Cortázar (1914-1984) que en la novela *Rayuela* (1963) busca que el lector ponga en juego su subjetividad a partir de un relato que muchas veces coquetea con lo surrealista. Mario Vargas Llosa (1936) contribuyó a este fenómeno a partir de su novela *La ciudad y los perros* (1963), donde retoma vivencias personales que había tenido en el liceo militar de su Perú natal. Por último, y no menos importante, encontramos a Carlos Fuentes (1928-2012) que en *La muerte de Artemio Cruz* (1962) hace un racconto de la historia de México deteniéndose particularmente en la revolución mexicana, uno de los acontecimientos decisivos en la historia de ese país. Más allá de los diferentes matices, lo cierto es que estos escritores cristalizaron sus preocupaciones sobre la realidad continental apelando a la ficción, cuyos géneros y estilos transformaron significativamente.

La poesía fue otra faceta artística que logró ponerse al servicio de la construcción de una identidad regional. De los grandes poetas del período podemos destacar al peruano César Vallejo (1892-1938) que

ponderaba en sus poemas la cosmovisión y la experiencia indígena de los Andes, el cubano Nicolás Guillén (1902-1989) quien promovió una “poesía para el pueblo”, en la que en algunos casos conjugaba el castellano con ritmos africanos, que tuvo un papel destacado en los procesos de consolidación de la revolución cubana en los años 60. Y, por sobre todas las cosas, el chileno Pablo Neruda (1904-1973), que atrajo multitudes con una poesía al mismo tiempo experimental y sencilla, política e íntima, histórica e inmediata, para “regar los campos y dar pan al hambriento”, escuchar al “hombre sencillo” y sostener la transformación social. Tampoco se puede dejar de lado la obra del cura tercermundista nicaragüense Ernesto Cardenal (1925), quién extendió su democratización de la poesía para alfabetizar al pueblo. Incluso el poeta mexicano Octavio Paz (1914-1998), cuyas ideas políticas no eran izquierdistas y que además concebía la poesía como un ritual de trascendencia y no de acción política, integró en su obra elementos formales relacionados con la cosmovisión náhuatl y desarrolló una polémica reflexión sobre el carácter mexicano en *El laberinto de la soledad* (1950).

El auge de la novela y la poesía estuvo acompañado por el surgimiento de varias editoriales —la gran mayoría ellas de capitales nacionales— que fomentaban su difusión. Entre las más significativas tenemos la Compañía Fabril de Ediciones, Editorial Sudamericana, Emecé, Fondo de Cultura Económica, EUDEBA o el Centro Editor de América Latina. Estas dos últimas fueron dirigidas por el licenciado en Ciencias Exactas José Boris Spivacow. Como señala Bueno (2006) este se caracterizaba por ser un hombre audaz con una ideología que en este campo cristalizaba con “el libro para todos”. Su gestión se caracterizaba por el pluralismo ideológico y la apertura en la selección de títulos y autores, no solo extranjeros sino fundamentalmente argentinos y latinoamericanos. Tal fue el éxito de EUDEBA para la época, que llegó a vender más de 25.000 ejemplares de la obra de José Hernández *Martín Fierro* con ilustraciones de Castagnino. El Centro de Editor de América Latina hereda de EUDEBA la filosofía del trabajo: el libro es un artículo de primera necesidad.⁶⁴ Al crecimiento de las editoriales hay que sumarle la gran cantidad de revistas de carácter político-cultural que fueron un “soporte imprescindible

para la constitución del escritor en intelectual, puesto que supuso la difusión de su palabra en una dimensión pública más amplia” (Gilman, 2012: 22). Entre las publicaciones más significativas encontramos la uruguaya *Marcha* (1939-1974), *Primera Plana* (1964-1965) o *Pasado y Presente* (1963-1965) en Argentina o *Punto Final* (1965-1973) en Chile.

b) *La revolución social: hacia nuevas perspectivas.*

Las transformaciones que estaban ocurriendo en el ámbito de la cultura, y que indefectiblemente colaboraron en darle mayor sustento intelectual a los movimientos revolucionarios, fueron acompañadas también por transformaciones sociales. Esto fue posible porque la población de América Latina pasó a ser predominantemente urbana. Los datos así lo reflejan: en México, Colombia y Brasil los trabajadores agrícolas representaban en 1950 el 60 % de la población activa mientras que en la década de 1980 había descendido al 30 % (Bethell, 1977). Esta explosión urbana, fruto de sucesivos procesos migratorios –tanto internos como externos– comenzados en décadas anteriores, trajo aparejadas transformaciones notables en las estructuras sociales. Si hay algo característico entre el mundo rural y el mundo urbano a lo largo de la historia occidental, es que mientras al primero se lo puede asociar con las estructuras rígidas arraigadas a la tradición, el urbano es un mundo que por su propia dinámica, influencias y heterogeneidad de actores, es permeable a nuevas transformaciones. Hobsbawm (1998) considera que una variable interesante para analizar las transformaciones sociales de un período determinado es la estructura familiar. En los grandes centros urbanos de América Latina se empieza a observar a partir de la mitad del siglo xx una serie de cambios sociales significativos que ponen en el centro de la escena la crisis del modelo de familia nuclear, que “en las décadas de 1930 y 1940 alcanzó su punto de cristalización [...] con la reducción del número de hijos, la intensidad afectiva y la división entre la mujer ama de casa y el varón proveedor” (Cosse, 2010: 13). Esto

se vio reflejado en el avance de familias monoparentales. A su vez, empezó a ponerse en cuestionamiento –siempre hablando de los grandes centros urbanos– la autoridad patriarcal.

A la par de la decadencia del campesinado, encontramos el inicio del auge de las profesiones que necesitaban estudios secundarios y superiores (Hobsbawm, 1998). La alfabetización y la promoción de la educación general básica empezaron a ser objetivos fundamentales de los diferentes gobiernos. Sin embargo, lo más sorprendente es el mayor ingreso en los estudios universitarios. Esto se explica por la búsqueda de nuevos puestos de trabajo que como corolario traería aparejado en numerosos casos un ascenso social. Hobsbawm (1998, 299) lo demuestra con estadísticas: “de los estudiantes latinoamericanos entrevistados por investigadores estadounidenses a mediados de los años sesenta en varios países, entre un 79 y un 95 % estaban convencidos de que el estudio los situaría en una clase social más alta antes de diez años”. De todas formas, la mayoría de los estudiantes provenía de familias más acomodadas que el término medio, pero no siempre ricas.

Además, en este período asistimos a un cambio generacional, en particular de la juventud, que se expresó en las prácticas culturales, en el discurso, la sensibilidad estética y en la moral sexual. La juventud – como señala Manzano (2010: 363)– “antes que un estadio biológico, es una categoría sociocultural que se constituyó en relación con la expansión de la escolarización y la cultura del consumo”. La ciudad de Buenos Aires fue un centro neurálgico para las nuevas experiencias. Esto fue posible por el aumento de la matrícula y feminización escolar que permitió que se generaran ámbitos de sociabilidad en los cuales se erigió un fuerte rechazo a las rutinas cotidianas, la monotonía pedagógica y la disciplina. La juventud comenzó a forjar su identidad a partir de la música, la conducta y un gusto definido, por ejemplo la forma de vestirse.⁶⁵ La influencia del rock and roll –principalmente norteamericano–⁶⁶ que llegaba por intermedio de las películas hizo un aporte fundamental y dio lugar a apropiaciones diversas. En este sentido muchos grupos musicales empezaron a reivindicar en sus letras esa forma de actuar: Los gatos –*La balsa* (1967)– o La joven guardia –*El extraño de pelo largo* (1968)–. No obstante, sectores más

conservadores de la sociedad comenzaron a buscar estrategias en defensa de la moral y de las raíces folclóricas nacionales. El *Club del clan*, programa de televisión que salió al aire en 1962 por canal 13 de Buenos Aires, fue uno de los más importantes para la juvenalización de las masas. En ese programa, Violeta Rivas y Palito Ortega —entre otros—, a través de canciones que hacían referencia al respeto a la autoridad del padre o a las nociones tradicionales de género y familia, buscaban impedir la influencia de las formas de actuar que la juventud estaba experimentando en la época. El Distrito Federal de México, por su fuerte impronta multiculturalista se convirtió en la ciudad de encuentro de los nuevos jóvenes y hippies. Incluso el Che Guevara antes de conocer a Fidel Castro y embarcarse en la causa de la revolución, formaba parte de ese colectivo identitario que pregona una vida bohemia. Esto llevó a que en el ámbito de la política hubiera, como bien describe Zolov (2012), una resignificación de las características de la izquierda fomentadas por los nuevos hábitos de la juventud que hasta entonces habían sido vedados. En este sentido, mientras la “vieja izquierda” hacía referencia al “imaginario de un caudillo heroico como figura capaz de conducir a las masas rumbo a la liberación: masculino, mestizo, estricto aunque generoso” (Zolov, 2012: 5), la “nueva izquierda” empezaba a incorporar valores culturales —o contraculturales— provenientes de los jóvenes que ponían en cuestionamiento cualquier tipo de autoridad y pregonaban un estilo bohemio y trashumante. Sin embargo, el sector más radical de la juventud consideraba que el entusiasmo y el compromiso eran suficientes para hacer la revolución (Bethell, 1997). Por ese motivo, la Revolución cubana era vista con tantas expectativas.

Por último, la mujer empezó a ocupar un lugar importante que anteriormente le había sido negado. En una primera instancia, el reconocimiento de igualdad de derechos civiles fue un acontecimiento significativo en la región. Por ejemplo, a partir de la segunda mitad del siglo xx se sumaron a Uruguay —primer Estado de la región en donde el voto femenino fue aprobado en 1927— muchos países que aprobaron esta ampliación del sufragio: Argentina y Chile (1949), México (1953), Colombia (1957). Esto fue acompañado por la entrada al mercado laboral, que si bien no era ninguna novedad,

posibilitó que la mujer pudiera prescindir del hombre y de los padres para lograr autonomía. Si bien los salarios eran dispares entre los dos sexos, esta independencia representó un avance notable. A su vez, creció la presencia en los ámbitos universitarios, puerta de entrada para profesiones de mayor responsabilidad. En América Latina este fenómeno evidentemente fue dispar. En los países con mayor tradición occidental, urbana y cosmopolita —Argentina y México, por ejemplo— fue un rasgo de época. La legitimación de los valores de las mujeres llegó por intermedio del desarrollo de los movimientos feministas. Estos ponían en cuestionamiento los valores tradicionales que detrás de la supuesta “moral” escondían una fuerte prejuicio sexista. Se puede observar en algo tan cotidiano como que la mujer debía llegar virgen al matrimonio mientras que a los varones se les permitían las relaciones sexuales previas. Como señala Cosse (2010), la concreción del ideal femenino dependía del control sexual, que establecía una diferencia entre mujeres “puras” —vírgenes— y “pecadoras” —con experiencia sexual—. Con el correr de los años sesenta, estos valores comenzaron a erosionarse a partir del uso de la pastilla anticonceptiva y el control de la natalidad. Para ilustrar el cambio de época en cuanto al papel de la mujer podemos recuperar un extracto de la revista argentina *Claudia*, dirigida a la “mujer moderna”:

Se está terminando, por fin, un largo tiempo de hipocresía, de ocultamiento y deformación de lo que es el amor, de sus condiciones, de su duración, de su esencia misma. La nueva sociedad exige relaciones más claras y terminantes. Exige verdad, aunque a veces sea despiadada. Las mujeres viven esa revolución con más audacia que los hombres. Salen de una esclavitud de siglos, durante la cual estuvieron relegadas a que se les hicieran lindos versos, se les cantaran cancioncitas y se las llamara “sexo débil”. Aunque, en la práctica, lo único que realmente eran es ser esclavas.

América Latina y el clima intelectual de la década del sesenta

Las grandes y abruptas transformaciones ocurridas a nivel mundial a mediados del siglo xx –segunda guerra, emergencia de bloques antagónicos, proceso de descolonización en el tercer mundo, entre otros– llevaron a que las ciencias sociales y humanísticas replantearan sus postulados que en muchos casos no lograban echar luz sobre las transformaciones que estaban ocurriendo. Es entonces que en la década de 1960 se empieza a asistir a una disputa entre diferentes paradigmas para analizar la compleja realidad mundial y en particular “las nuevas características del desarrollo socioeconómico latinoamericano, iniciado entre 1930 y 1945” (Dos Santos, 2003: 24) bajo la hegemonía estadounidense.⁶⁷ En este nuevo escenario mundial asistimos a una corriente de pensamiento bastante ecléctica que apunta a comprender los problemas económicos de la región teniendo en cuenta principalmente la inserción subordinada que había tenido en el capitalismo mundial: los “enfoques⁶⁸ dependentistas”. Estos –al igual que otras perspectivas analítico-interpretativas en ciencias sociales–, surgieron para hacer inteligible un contexto de profundas transformaciones sociales en América Latina que cristalizaron, como señalamos en la efervescencia de movimientos revolucionarios, procesos de liberación y de participación popular, principalmente en Chile, Bolivia, Perú, Argentina. Aquellos que adscribían a la Teoría de la dependencia rechazaban el sesgo etnocéntrico y la fuerte carga ideológica del paradigma modernizante que hasta entonces era hegemónico en el ámbito de las ciencias sociales. La premisa principal que nucleaba a los “dependentistas” era el hecho de que el subdesarrollo estaba “conectado de manera estrecha con la expansión de los países industrializados (y por lo tanto no podía) ser considerado como primera condición para un proceso evolucionista” (Dos Santos, 2003: 25). Este original acercamiento reanimó en el pensamiento social latinoamericano debates referidos al socialismo, marxismo y capitalismo en los cuales la categoría de dependencia asumió un papel fundamental saltando el tapial de la discusión académica e instalándose en los

partidos políticos, las revistas culturales y las instituciones estatales. La diversidad de enfoques presentes dentro de esta nueva corriente de pensamiento daba cuenta de la existencia de cuatro vertientes teóricas principales:⁶⁹ en primer lugar, “la crítica o autocrítica” de los científicos sociales de la CEPAL –Prebisch, Sunkel, Furtado–, en segundo lugar, la llamada corriente neomarxista– Theotonio Dos Santos, Ruy Mauro Marini, Gunder Frank–; en tercer lugar, una posición marxista más ortodoxa –Cardoso y Faletto–; por último, una línea ideológica o de “denuncia” configuradas por gobernantes de la región con una visión progresista del problema. Más allá de sus diferentes matices, aquellos pensadores que adscribieron a la hipótesis de la “dependencia” coincidían en el hecho de que el subdesarrollo, el “atraso” y la pobreza en líneas generales de los países periféricos podían ser analizados en torno a las particularidades de la estructura social, el mercado laboral, la explotación de la fuerza de trabajo y la concentración del ingreso. Estas ideas se alzaban en contra de los estudios liberales y “deterministas”⁷⁰ que postulaban que los países atrasados o no industrializados estaban “recorriendo estadios económicos, sociales y políticos de alguna manera semejantes a los que recorrieron los países modernos” (Castiglioni, 1997: 126). Para tal fin, estos últimos tomaban diferentes indicadores –“urbanización”, “alfabetización”, “industrialización”, “surgimiento de clase media”, etc.– que permitían comparar los países entre sí para establecer finalmente el lugar ocupado dentro de un continuo evolutivo en donde el último estadio eran las sociedades “modernas” y “democráticas”, es decir, los países centrales. Entre los pensadores más característicos de esta vertiente, encontramos al sociólogo Seymour Lipset (1970), quien establecía una relación directa entre alfabetización y democracia,⁷¹ y por lo tanto el “retraso relativo” de los países subdesarrollados estaba directamente vinculado con el nivel de instrucción de sus ciudadanos.

En este período, múltiples ideologías de tradición marxista o nacionalista hallaron puntos de contacto en el boom de la sociología.⁷² Esto fue posible, entre otras cosas, por el acercamiento cada vez más importante del marxismo y el psicoanálisis y por sobre todas las cosas, la difusión, la traducción y la publicación de numerosas

obras de pensadores europeos, en particular: Levi-Strauss, Lacan, Althusser, Sartre, Gramsci. No obstante, en el ámbito académico, la teoría estructuralista era la perspectiva dominante. Esta postulaba que detrás de los sujetos se encontraba una estructura, y descubrirla era la tarea fundamental de los científicos sociales. No obstante, ciertos intelectuales –influenciados por el pensamiento de Jean Paul Sartre y Gramsci, que proponían una resignificación de la obra marxista– empezaron a darle mayor importancia a la acción humana, es decir la agencia social, como motor de las transformaciones históricas. Esta discusión encontró su punto de contacto y de superación a partir del caso de la Revolución cubana. Si bien reconocían la necesidad de la transformación de la estructura económica para llevar adelante la revolución, empezaron a asignarle un papel fundamental al sujeto que a través de la ética y la voluntad como principales motores de vida pudiera superar cualquier limitación impuesta por la realidad. Por lo tanto, se hizo de este sujeto el apóstol del “hombre nuevo”, un hombre que “la revolución purificaba de egoísmos e imperfecciones, no distinto de aquel, redimido del pecado y la esclavitud de las pasiones, caro a la tradición cristiana” (Zanatta, 2012: 175).

EL “HOMBRE NUEVO”

La idea del “hombre nuevo”, tan paradigmática en la década del sesenta, si bien se originó en primera instancia como construcción propia de la Revolución cubana, se extendió por el continente hasta tornarse una problemática general de los intelectuales latinoamericanos. Sin embargo, la expresión no era nueva. Si nos remontáramos a otras épocas, podríamos encontrarla bajo formatos literarios diversos – la Biblia, ensayos, géneros religiosos, filosóficos– asociada a movimientos que buscaban modelar las subjetividades como base para las transformaciones que proponían. Ahora bien, el “hombre nuevo” construido teóricamente por Ernesto Guevara y que fue tomado como bandera de lucha por el socialismo cubano en la década del sesenta era original en cuanto consideraba necesario construir un hombre sobre las cenizas del viejo, despojando de todos los valores

y conductas propias de un sistema político que para la época en el continente estaba en decadencia: el capitalismo.

A continuación nos proponemos interpretar esta construcción teórica a partir del análisis de los escritos más significativos de Ernesto Guevara. Esto nos permitirá observar las influencias que tuvieron en su pensamiento sus sistemáticas lecturas sobre la obra de Marx, su claro espíritu enciclopedista y su andar trashumante como médico por América Latina.

No es tarea sencilla realizar un recorrido por los escritos de Ernesto Guevara y clasificar su discurso dentro de los géneros literarios. Básicamente porque no fue un escritor profesional ni se formó académicamente para ello. Sí es destacable la gran producción que dejó en diferentes tipos de textos. En este sentido, hoy en día tenemos acceso a escritos que van desde diarios de campo –*Otra vez, Diario de viaje*– que narran su andar por el continente, pasando por correspondencias diversas, hasta textos académicos, muchos de ellos en formato de discursos, que demuestran un claro conocimiento del arte militar y de las discusiones de índole teórica.

Ernesto Guevara; escribe una carta el 12 de marzo de 1965 al periodista uruguayo Carlos Quijano – por ese entonces director del semanario *Marcha*– que lleva como título “El socialismo y el hombre en Cuba”. Este documento, fundamental para entender la propuesta teórica y práctica del “hombre nuevo”, es el resultado, la síntesis y hasta la matriz ideológica de todo su pensamiento y acción. Por lo tanto, nuestro análisis versará sobre la interpretación de este escrito interrogándonos, a su vez, sobre las influencias teóricas y epistemológicas del propio autor. Para tal propósito, vamos a considerar desde escritos de Ernesto Guevara hasta lecturas sobre pensadores que influyeron en su obra.

Antes de comenzar con el ejercicio de desconstrucción del “hombre nuevo” en la obra de Ernesto Guevara es necesario hacer unos breves comentarios metodológicos. Por un lado, el trabajar principalmente con fuentes o documentos de primera mano nos permite prescindir de interpretaciones mediadas por un posicionamiento ideológico, lo que es interesante en la medida en que nos ayuda a develar otras facetas de Ernesto Guevara. Una gran cantidad de obras publicadas

sobre la figura del “Che” apelan a la construcción del mito viviente y cometen el error en muchos casos de despojarlo de sus verdaderas posiciones teóricas. Por otro lado, nuestro objetivo es realizar un ejercicio interpretativo sobre el imaginario del “hombre nuevo” que se elaboró en Cuba, en una instancia inmediatamente posterior a la instauración del socialismo. Por lo tanto, ese eje es el que orientará la lectura.

El socialismo y el hombre en Cuba fue publicado a mediados de la década del sesenta, en un contexto en el cual la Revolución cubana había dejado atrás su época más heroica y se encontraba en clara transición hacia este sistema político-económico. En ese contexto es que Ernesto Guevara se propone redactar las bases teóricas-epistemológicas del socialismo que, a su entender, “antes que un sistema de reparto social más igualitario, implica en lo esencial un nuevo tipo de sociedad y de hombre”.

Ahora bien, ¿qué características tiene el hombre del socialismo? ¿En qué se diferenciaría de “otros” hombres? Estas preguntas nos abren la puerta para desandar parte de los escritos de Ernesto Guevara que nos permitirán rastrear la influencia que tuvieron en su obra diversas corrientes de pensamiento que se anudaron y articularon para construir una reflexión original.

Influencias teóricas

a) El Iluminismo: desde Europa hacia América

En la idea del “hombre nuevo” que propone Guevara encontramos matices de toda esta tradición de pensamiento que tiene su origen en el siglo XVIII francés. Su más fiel exponente, sin lugar a dudas, es Juan Jacobo Rousseau. Este filósofo ginebrino por nacimiento y francés por adopción, se inscribe dentro de una vertiente de la filosofía política conocida como el “contractualismo”, que postula entender la sociedad civil a partir del ejercicio heurístico que consiste en retrotraerse al momento originario del hombre en su estado de natura-

leza. La ecuación que proponen estos pensadores es básicamente la misma: entre el hombre en el Estado de Naturaleza y el hombre civil hay un pacto o un contrato que establece ese pasaje. Ahora bien, a diferencia de otros contractualistas —Locke y Hobbes, en particular—, Rousseau (2004) considera que el hombre en su estado primigenio está despojado de absolutamente todos los valores que la sociedad le ha incorporado, es decir que carece de maldad, no porque sea altruista por naturaleza, sino porque no distingue entre el bien y el mal. Gran parte de su obra —*El contrato social* (2005), en particular— gira alrededor de la idea de la necesidad (bastante autorreferencial como se puede apreciar por su propia biografía personal en *Las confesiones* [2008]) de llegar a los latidos más elementales del alma. Esto es posible a través de dos caminos. Por un lado, despojando al hombre de todo lo que la sociedad le ha impuesto. Por el otro, a través de un fuerte ejercicio de introspección personal. Con esta idea Rousseau demuestra que la única forma de evitar los vicios de la sociedad es alcanzando el mayor grado de conocimiento, es decir, alimentando el espíritu a través del ejercicio de la razón. Ahora bien, ¿esta razón es innata en los individuos o puede ser aprendida? Aquí cobra particular relevancia la educación. A través del aprendizaje, el individuo puede lograr consolidar una conciencia crítica. Esta es la forma de forjar un hombre diferente. Sin embargo, no puede ser cualquier tipo de educación. Rousseau plantea en *Emilio o de la Educación* (2005) que una de las estrategias más importante para que el hombre conserve su bondad natural en una sociedad corrupta es a través de un sistema educactivo rígido. En este sentido, insiste en la idea de no cuidar de manera obsesiva al niño a fin de no transmitirle valores inmorales y dejar, por lo tanto, que haga las experiencias personalmente y logre discernir el sentimiento de lo útil. Estas cuestiones están muy presente en el pensamiento de Ernesto Guevara. Por ejemplo, en *El socialismo y el hombre en Cuba* dice explícitamente que para erradicar “las taras del pasado” hay que hacer un trabajo educativo continuo: primero directa o indirectamente a través de la sociedad o del aparato educativo del Estado y, en segunda instancia, a partir del sujeto cuando este se somete a un proceso consciente de autoeducación. Lo que podemos señalar es que estas ideas en general le llegan a través de

los pensadores del siglo XIX latinoamericano. Se podría decir que Ernesto Guevara es, en cierta medida, hijo de esa época. Para ilustrar esta cuestión podríamos trazar una analogía con las figuras de Alberdi y Sarmiento. Estos pensadores tenían gran admiración por los filósofos iluministas y para emular sus principios escribían continuamente, convencidos de tener suficiente tiempo para terminar sus escritos. A Ernesto Guevara le ocurre algo parecido. Sin embargo, la fantasía de poder recluirse para escribir es un deseo difícil de realizar por su temeraria vida de acción. Esto se ve reflejado en los diarios de campo o en los relatos autobiográficos –*Mi primer viaje, Otra vez, El diario inédito*–, documentos etnográficos que aquellos que no son escritores profesionales tienden a confeccionar. De todas maneras, lo que asombra en el caso de Ernesto Guevara es la importancia que asigna al acto de escribir a pesar de avizorar las interrupciones que lo amenazan. En una carta remitida desde La Habana, el 12 de abril de 1960, Ernesto Guevara le comunica a un escritor argentino:

... este libro sobre la Guerra de guerrillas [...] no tiene la pretensión de explicar las grandes cosas que a Ud. inquietan y quizás tampoco pudiera explicarlas ese segundo libro que pienso publicar, si las circunstancias nacionales e internacionales no me obligan nuevamente a empuñar un fusil.

Podríamos interrogarnos entonces si el Che no vivía contradictoriamente su situación. Por su obsesión cotidiana por el conocimiento y la lectura, tiene una subjetividad propia de un escritor del siglo XVIII europeo o XIX latinoamericano, pero necesita articularla con las nuevas luchas revolucionarias. Este hábito de lectura permanente que encara Ernesto Guevara es interesante en tanto se despliega en diversos temas y géneros, en términos de Michelle Petit (2008) propios unos del día y otros de la noche. Los primeros, controlados, están asociados a la escuela. Los segundos, placenteros, son los que ayudan a construir la subjetividad a través de un mundo nuevo.

Esta necesidad permanente de cultivar el intelecto a través de la lectura que tiene Ernesto Guevara, muchas veces choca, como dijimos, con la forma de actuar del revolucionario. Es interesante observar cómo en muchas ocasiones que necesitaba tener cierta ligereza carga con la biblioteca a cuestas. Este vínculo con el conocimiento y la lectura es algo que está muy presente en su vida. Para ilustrar este punto, es posible citar un hecho de su viaje a Bolivia, asociado con las circunstancias de su muerte: una vez prisionero lo llevan a una escuela y pide ver a la maestra. Imagen conmovedora del aprecio a una práctica – la docente– a pesar de que empieza a ser puesta en cuestionamiento.

b) El marxismo: prescindiendo de ciertos dogmatismos.

Algo que en general no se discute es el conocimiento que tenía Ernesto Guevara, desde sus épocas más tempranas, de la filosofía marxista.⁷³ Sin embargo, su vínculo con esta perspectiva teórica no fue siempre dogmático, es decir, siempre estuvo lejos de tomar esas ideas como “verdades absolutas”. Por el contrario, pensaba al marxismo como una guía para la acción.

Ernesto Guevara no solo fue un hombre de acción sino también un hombre reflexivo, e incluso introvertido, que a su manera construyó una forma de pensar articulando ambas vertientes. En este punto hay una coincidencia con Marx, quien era muy crítico de la filosofía que él denominaba contemplativa, tan característica de los círculos hegelianos en los cuales se formó. A su entender, el filósofo no tenía que limitarse a comprender la realidad sino a transformarla. Por lo tanto, la filosofía de la praxis que proponía conjugaba en cierta medida la interpretación con la acción. Ernesto Guevara coincidía al respecto. Es evidente que el recorrer la cultura de los pueblos de América Latina, abreviar en sus experiencias, conocer su estado de miseria y opresión elevaron sus inquietudes filosóficas al plano más terrenal.

¿Dónde encontramos de forma más aguda la influencia de Marx en la obra de Ernesto Guevara? Si hay algo que es insoslayable es la recurrente utilización y el evidente dominio en sus escritos más polí-

ticos de conceptos característicos del pensamiento marxista –medios de producción, fuerza de trabajo, modo de producción– como así también de la forma en que caracteriza al capitalismo. Esto puede observarse particularmente en lo referido al trabajo: para Ernesto Guevara es fundamental eliminar el trabajo alienante y desintegrador de la personalidad humana, tan característico del capitalismo. En este sistema, el hombre –como bien sostiene Marx en *El capital* (2000)– es un apéndice de la máquina, y por lo tanto el movimiento automatizado hace que el trabajador no pueda salir de su encierro. El “hombre nuevo” necesita hacer aflorar su espíritu creativo. Por lo tanto, es necesario que se reconozca en su obra.

Ahora bien, después de establecer sucintamente los vínculos de Ernesto Guevara con el marxismo, es necesario hacer referencia al papel que le asignaron al hombre y a la sociedad. Ambos pensadores ponen en discusión las características que los principales teóricos del liberalismo –Locke, Smith, Ricardo– le atribuyeron al hombre en su esencia (egoísmo, individualismo) y consideran que estas conductas eran patrimonio del hombre burgués. Por lo tanto, lo que estaban haciendo aquellos pensadores era universalizar características desarrolladas en un determinado modo de producción –capitalismo–. Si bien están de acuerdo en este punto, encontramos una diferencia notable en cuanto al papel que le asignan al hombre en el proceso revolucionario. Para Marx, la evolución de la historia está determinada por el avance a través de un proceso dialéctico y en permanente contradicción de las fuerzas productivas y las relaciones de producción. Esta visión mecanicista le asigna un papel secundario al hombre como transformador de la realidad, considerando más bien que son cuestiones objetivas las que marcan el avance hacia sucesivos modos de producción. En este sentido, si bien los hombres hacen la historia, no siempre la realizan conscientemente. Ernesto Guevara, por su parte, descarta esta perspectiva mecanicista. Para él, el hombre ocupa un papel protagónico en la revolución y la conformación de la nueva sociedad. Por lo tanto, para llevar adelante un proceso revolucionario es necesaria la acción consciente de la vanguardia y de las masas populares.

El “hombre nuevo”

El debate y la reflexión sobre el “hombre nuevo” surgen en un período en el cual la revolución cubana se encontraba en la disyuntiva —una vez en el poder— sobre qué camino seguir: ser un proceso original de América Latina e independiente de cualquier influencia ideológica foránea o pasar a formar parte del círculo soviético. En este contexto —en el cual Ernesto Guevara ocupaba el cargo de ministro de Economía—, la posición dominante de la tradición prosoviética —la que en definitiva triunfó—, era considerar al hombre en su esencia como un ser egoísta en tanto formaba parte de la sociedad burguesa. Por lo tanto, la instauración del socialismo era factible solo a través de un Estado centralizado que llevase adelante la socialización de los medios de producción y el disciplinamiento de los individuos (Benasayag, 2013). La paradoja de esta perspectiva es que conserva los mismos objetivos del capitalismo con la diferencia que se los concede a muchas más personas. Esta idea es retomada y discutida por Ernesto Guevara. Según su perspectiva, los procesos revolucionarios no consisten exclusivamente en un cambio de estructuras o instituciones sociales, sino que es fundamental una transformación de los hombres, su conciencia, sus valores, sus formas de actuar, sus hábitos y sus relaciones sociales. Para que una revolución sea completa tiene que lograr construir un “hombre nuevo” que, a través de acciones concretas pueda transformar las subjetividades de los individuos en beneficio del colectivo.

a) El “hombre nuevo” y sus principales características.

Es interesante señalar al respecto que se empieza a hablar del “hombre nuevo” y no del “nuevo hombre”. Si bien gramaticalmente en los dos casos estamos en presencia de un mismo adjetivo —“nuevo”— la diferencia radica en dónde se pone el acento: si el adjetivo antecede, lo nuevo es un dato de la realidad; si está pospuesto, implica una construcción. Esto puede ser entendido como una estrategia retórica del autor porque no corta directamente con el pasado sino

que propone pensarlo en relación con lo “auténtico”, que es aquello que se debe alcanzar. Aclarado este punto, ¿qué características son más relevantes en este “hombre nuevo”? ¿Cómo se construye? ¿Qué papel le asigna?

El “hombre nuevo” que propone Guevara es un hombre que lucha por cambiarse a si mismo y al medio. Estos cambios tienen que ir acompañados por una gran dosis de “amor” y un espíritu apasionado. Como bien señala en *El socialismo y el hombre en Cuba*, “es imposible pensar en un revolucionario auténtico sin esta cualidad”. No obstante, este individuo, en situaciones que lo requieran, tiene que conservar la mente fría y el espíritu calculador a fin de no cometer errores que perjudiquen al colectivo. Debe superar la escisión tan característica de la sociedad burguesa de lo “público” y lo “privado”, el “interés particular” y el “interés general”. A diferencia del individuo-mercancía de la sociedad capitalista, el hombre del socialismo es más rico, más libre y establece un vínculo cimentado en una relación de solidaridad real. Esto puede observarse en unas palabras pronunciadas el 19 de agosto de 1960 al iniciarse un curso de adoctrinamiento patrocinado por el Ministerio de Salud Pública en la Habana:

Casi como todo el mundo sabe, inicié mi carrera como médico, hace ya algunos años. Y cuando me inicié como médico, cuando empecé a estudiar Medicina, la mayoría de los conceptos que hoy tengo como revolucionario estaban ausentes en el almacén de mis ideales. Quería triunfar, como quiere triunfar todo el mundo; soñaba con ser un investigador famoso, soñaba con trabajar infatigablemente conseguir algo que podía estar, en definitiva, puesto a disposición de la humanidad, pero que en aquel momento era un triunfo personal. Era, como todos somos, un hijo del medio.

Este párrafo muestra que más allá de los sentimientos de altruismo que pueda tener un individuo, al ser un producto de la sociedad capitalista tiene que despojarse de ciertas conductas que siguen presentes en la conciencia individual. El “hombre nuevo” va adquiriendo cada día mayor conciencia de la necesidad de una incorporación plena en

la sociedad que le permita romper las cadenas de la enajenación y así conseguir la plena realización humana. Para tal fin es fundamental que el hombre deje de existir como mercancía y se reapropie de su naturaleza a través del trabajo liberado.

¿Qué mecanismos son necesarios para la construcción de este sujeto? ¿Qué implica respecto de la sociedad? En este punto, Guevara es terminante: para que exista una verdadera transformación de la sociedad es fundamental que haya una profunda variación de las estructuras mentales de los individuos. Esto se logra a través de la educación, piedra angular de la transformación que propone el socialismo. Por lo tanto, desde este punto de vista, la transformación ideológica y moral de los valores burgueses no son un producto directo y espontáneo de los cambios en la estructura económica sino que requieren un gran esfuerzo educativo en el pueblo.

¿Quiénes son los actores más idóneos para erigirse en “hombres nuevos”? En este punto, Ernesto Guevara piensa particularmente en la juventud. Esto es entendible en la medida que estos sujetos no están del todo pervertidos por los valores del capitalismo y por lo tanto, muchas de sus fallas pueden ser eliminadas a través de la educación. No obstante, no pueden marchar solos. Tienen que imitar el ejemplo que inspiran los partidos, es decir, las organizaciones de vanguardia,⁷⁴ que agrupan a los más capaces. En este punto se puede observar una característica ya presente en los pensadores griegos de la Atenas clásica. Platón, en *La República*, establece que los filósofos, por su vocación intelectual, en un contexto en donde la moral estaba asociada directamente a la política, eran los únicos capaces de gobernar y llevar adelante un proceso de transformación.

b) Inquietudes e incertezas

Como bien señalamos en los apartados anteriores, es indudable que *El socialismo y el hombre en Cuba* es uno de los ensayos más maduros del pensamiento y acción que Ernesto Guevara considera no solo para la realidad cubana sino también para las nuevas sociedades. Ahora bien, ¿en qué momento empezó a tener estas inquietudes? ¿Pudo obser-

var al “hombre nuevo” empíricamente o quedó más bien como una construcción teórica? En otras palabras, ¿existió ese “hombre nuevo” o fue un arquetipo de su imaginación? Estas preguntas pueden generar respuestas diversas, muchas veces antagónicas. Sin embargo, más allá de esta problemática, hay algo que es evidente: las inquietudes filosóficas y antropológicas comenzaron en términos generales a partir de su recorrido por América Latina entre 1953 y 1956. *Otra vez* (2007) es un texto imprescindible no solamente para comprender al hombre de acción sino también para analizar las transformaciones que empieza a experimentar en su segundo viaje a América Latina a la edad de 25 años, que anuncian el valor que dará a los cambios en la subjetividad. En este sentido, Corpa Vargas (2004) señala que en este texto encontramos la voz del “otro” Guevara, no el guerrillero o revolucionario, sino el que enfrenta los malestares que lo trastornan, aquel que pocos detectan y que puede volcarse al suicidio a través de palabras angustiosas. Estas inquietudes que su psique está empezando a experimentar muestran de cuerpo entero a una persona permeable a nuevas situaciones, muchas de ellas límite. Su amigo y compañero de toda la vida –Alberto Granado– lo expresa claramente al prologar el libro:

Si el primer recorrido por Sudamérica le sirvió para hacer más profunda sus convicciones sobre las diferencias sociales y lo sensibilizó con la importancia de luchar contra ellas, en su segundo viaje va consolidando sus conocimientos políticos y se acrecienta la necesidad de profundizar sus estudios para determinar con mayor claridad el porqué y el cómo de una lucha que culminará en una revolución verdadera.

No obstante, el cambio más radical se produce sin lugar a dudas cuando deja de lado sus hábitos bohemios –creatividad, evasión de la responsabilidad social– propios de la época y su estadía en México, y empieza a forjar su idea de “hombre nuevo” a través de la autodisciplina y la represión de los excesos. Estas ideas, que ya venía elaborando en su desandar errante, fueron puestas a prueba una vez

desembarcado en la Sierra Maestra, cuando realizó la experiencia de transformar los valores colectivos de los lugareños a través del fomento de la solidaridad como forma de vida concreta (Benasayag, 2013).

Para concluir con este apartado, nos gustaría hacer dos observaciones que pueden contribuir a la reflexión colectiva. En primer lugar, habría que pensar si el “estimulante moral” que propone Ernesto Guevara en su pensamiento y la importancia asignada a los sujetos individuales –muchos de ellos pertenecientes a la vanguardia– como espejo en el cual construirse y no acaban por exacerbar una suerte de narcisismo ligado a lo “superyoico”. La cuestión de morir por sus ideales, que no son más que imágenes idealizadas de los sujetos, refleja hasta qué punto uno puede estar disciplinado por ideales ególatras y narcisistas. En segundo lugar, es necesario aclarar que en el contexto en el cual el Che Guevara propone la fórmula del “hombre nuevo” el feminismo tenía mucha influencia. Habría que preguntarse, y esto evidentemente es motivo de otro trabajo, si al hablar del “hombre” lo entendía en cuanto a la especie humana sin hacer distinción de género y sexualidad, o por el contrario, inconscientemente seguía reproduciendo valores tradicionales de una sociedad que estaba en este aspecto en claro proceso de transformación.

Conclusión

A lo largo de este trabajo, intentamos realizar un recorrido por las principales transformaciones operadas en la década del sesenta en América Latina para analizar en última instancia la idea de “hombre nuevo”, tal como se plantea en Ernesto Guevara. En el período que va desde la Revolución cubana (1959) hasta el golpe de Estado a Salvador Allende en Chile en 1973, tenemos aproximadamente catorce años de un clima marcado por utopías revolucionarias y violentas reacciones contrarrevolucionarias a las que las transformaciones sociales y culturales no fueron ajenas. En ese marco se piensa voluntariamente un cambio subjetivo radical que en algunos

casos implicará, como máxima expresión, el abandono de la propia vida. Esta representación del “hombre nuevo” ha permanecido en muchos que tuvieron sus primeras experiencias políticas en esos años o que fueron influidos por algunas expresiones como la Revolución cubana, a pesar de los avatares que han llevado en la actualidad al claro dominio planetario del capitalismo. Así, notablemente, varias décadas después del tramo analizado, en un nuevo intento de construir el socialismo en América Latina, en las palabras de Hugo Chávez pronunciadas el 13 de abril de 2007 resuena esa memoria aunque combinada esta vez con la del cristianismo:

Se requerirá el más grande de los esfuerzos individuales y colectivos para lograr esta hazaña de construir el socialismo venezolano del siglo XXI. Se requiere, primero que nada, *limpiarnos por dentro, limpiar nuestra sociedad de tantos vicios heredados del capitalismo, heredados del imperialismo, que es la fase superior del capitalismo.*

Ya sabemos, como dijo Lenin, los viejos, los malos, los perversos valores que el capitalismo siembra en las sociedades están vivos entre nosotros: el egoísmo, el individualismo; las ansias de riqueza material, las ansias de ser millonarios, multimillonarios, de tener dinero y de obtener con ello —piensan algunos— altura social, prestigio y valor.

(...) Tenemos que limpiarnos, tenemos que poner por delante los valores humanos. [...] Un socialista no puede ser egoísta, un socialista tiene que moverse por amor a los demás, como Cristo manda, tiene que desprenderse muchas veces de sí mismo para servir a los demás; un socialista tiene que ser un revolucionario completo, un socialista no puede ser corrupto, un socialista, un revolucionario tiene que ser enemigo de la corrupción, enemigo a muerte de la corrupción.

Notas

46. En relación con ello, Hobsbawm (1998: 290) afirma que “entrado ya el tercer cuarto del presente siglo, podemos ver este proceso en marcha entre los intelectuales de Occidente. La palabra clave fue la pequeña preposición «después», usada generalmente en su forma latina de «post» como prefijo a una de las numerosas palabras que se han empleado, desde hace varias generaciones, para delimitar el territorio mental de la vida en el siglo xx. El mundo, o sus aspectos relevantes, se ha convertido en postindustrial, postimperialista, postmoderno, postestructuralista, postmarxista, postgutenbergiano o lo que sea”.

47. Entre los regimenes derrocados por dictaduras encontramos en Bolivia el de Juan José Torres (1971), Allende en Chile (1973), Velasco Alvarado en Perú (1975), Bordaberry en Uruguay e Isabel Perón en la Argentina (1976).

48. Al igual que “los sesenta”, muchas veces se habla de “los noventa” para denominar el período de emergencia de gobiernos de carácter neoliberal en la región.

49. Es interesante observar que en muchos trabajos sobre el período, está siempre presente la huella del autor como actor participativo del período. Un caso paradigmático es el de Oscar Terán (2013).

50. Cuando hablamos de “representación dominante”, estamos dando cuenta de la forma en que se establecía la forma de hacer historia desde la historiografía occidental de la primera mitad del siglo xx

51. El concepto guerra fría hace referencia a un conflicto entre dos bloques antagónicos (los Estados Unidos y la URSS) que buscaban imponer su dominio en el mundo a través de alianzas. Se denomina de esa forma por el hecho de no tener confrontaciones directas sino a través de terceros países.

52. El concepto tercer mundo hace referencia a los países que tuvieron el común infortunio de haberse industrializado tardíamente. El origen del concepto lo podemos encontrar en el tercer

estado —compuesto por la burguesía y el campesinado— de los Estados generales de la Francia prerrevolucionaria.

53. Ahora bien, como sostiene Hirschman (1973: 85), sería un error pensar que “la historia de la industrialización es sustancialmente igual en todos los países; que se empieza con las industrias ligeras de bienes de consumo; que se continúa con la industria pesada y de bienes de capital, y eventualmente con los bienes de consumo duraderos”.

54. De todas formas es necesario dejar en claro lo que Hirschman (1973: 115) sostiene al respecto: “El proceso no es tan rectilíneo y estricto como se le ha presentado; depende mucho más de decisiones de carácter público y privado, así como de numerosos factores económicos, sociológicos y tecnológicos”.

55. Como marco de análisis consideramos interesante enunciar rápidamente dos concepciones de revolución que tienen vigencia en el campo teórico. Nos referimos a la de Tilly, que acentúa los aspectos de ruptura, y la de Gramsci, que acepta la “revolución pasiva”. El primero de los autores parte de la definición de revolución en sentido amplio: “todo cambio brusco y trascendente de los gobiernos de un país” (Tilly, 2000: 21) en que se da una transferencia por la fuerza del poder, una lucha entre dos bloques por el mismo y el apoyo de la población a uno de los bloques. Gramsci utiliza el concepto de revolución pasiva y, a diferencia de la concepción marxista-leninista de fuerte tendencia economicista (“periodo en que las fuerzas productivas de la sociedad entran en conflicto con las relaciones existentes de producción”), le asigna mayor importancia al componente superestructural, en que el Estado desempeña el papel de protagonista principal. Contrariamente a la revolución popular, que se establece “desde abajo”, la revolución pasiva es un mecanismo que utilizan las clases dominantes para mantenerse en el poder. Según Gramsci, está compuesta de dos momentos: el de la “restauración” y el de la “renovación”.

56. El movimiento surgió como “producto de una verdadera confluencia histórica, pues se encontraba ligado a la tradición ideológica ‘martiana’, a las tradiciones revolucionarias de los años treinta, al chibatismo de los años cuarenta, al nuevo movimiento estudiantil” (Mires 1988:304).

57. Sin embargo, hay que reconocer que en el marco de este último acontecimiento se trazó el programa de liberación nacional que contribuiría a la victoria definitiva del 1° de enero de 1959.

58. Al respecto, Bethell (1997: 101) señala que “los que deseaban aplicar el modelo cubano a otros países [...] arguyeron que en el proceso revolucionario no podía haber etapas porque no existía ninguna burguesía que fuese independiente de la dominación estadounidense”.

59. Entre los más característicos encontramos a partir de esta década el M-19 en Colombia, el Partido Comunista Venezolano que había elegido la lucha armada y mantenía una postura neutra en el conflicto internacional Chino-Soviético, el Partido Guatemalteco del Trabajo (PGT), el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) en la Argentina o el Movimiento de Liberación Nacional –Tupamaros (MLN-T) en Uruguay. Muchas utilizan la doctrina del “foco guerrillero” propuesta por Ernesto Guevara para lograr la toma del poder.

60. La DSN (Doctrina de Seguridad Nacional) era una típica doctrina de la guerra fría que partía del postulado que el mundo estaba dividido en dos bloques y que el bloque occidental representaba el mundo libre que estaba amenazado por un enemigo totalitario. Por lo tanto, era obligación para los militares tomar el poder para que siguieran perteneciendo a América Latina.

61. Donde se notó de forma más extraordinaria la expansión de los trabajadores industriales fue en México, Venezuela y Brasil, mientras que en Argentina, Uruguay y Chile fue bastante menor.

62. La persecución fue tan decidida que Gilberto Gil y Caetano Veloso fueron arrestados en 1968 por “pervertir” a la juventud con sus canciones.

63. Es interesante observar la heterogénea influencia que tuvo este movimiento: desde la nueva canción popular española –Joan Manuel Serrat, uno de los tantos representantes– pasando por el folclore estadounidense –por ejemplo Bob Dylan–, el jazz y el rock.

64. Al respecto es muy ilustrativo el lema de Spivacow: “Libros al precio de un kilo de pan”.

65. Entre las prendas de vestir más características de la época tenemos el jean que llegó junto al rock. Sin embargo, competía con el vaquero, más accesible para los sectores medios-bajos.

66. En particular la estrella de cine James Dean, Jimmy Hendrix o Elvis Presley.

67. Recordemos que la crisis mundial de 1929 había conducido a los países periféricos –exportadores de materias primas– a cerrar obligatoriamente sus economías y llevar adelante un proceso de industrialización para sustituir los productos manufacturados que hasta entonces eran importados.

68. Hablamos de “enfoque” y no de “teoría” porque la implementación analítica del concepto de “dependencia” parte de articulaciones teóricas distintas con diferentes aproximaciones analíticas. Por ejemplo, Frank explica la dependencia a través de las relaciones metrópoli-satélite, y Theotonio Dos Santos, como una situación condicionante.

69. Esta división es de carácter metodológico y por lo tanto las fronteras no son impermeables. Por ejemplo, a Fernando Henrique Cardoso se lo puede ubicar dentro de la corriente estructuralista en algunos trabajos y en otros como perteneciente a la neomarxista.

70. Dentro de estos enfoques encontramos los postulados por economistas –por ejemplo Rostow (1960)– o sociólogos –Lipset (1959)–.

71. Para que no queden dudas de la carga ideológica de sus postulados, Lipset (1970: 129) sostiene que es “evidente que la democracia y las condiciones relacionadas con la democracia estable corresponden básicamente a los países del noroeste de Europa y a sus descendientes angloparlantes de América y Australasia”.

72. En la Argentina por ejemplo, la figura de Gino Germani remite simbólicamente a la fundación de la carrera de Sociología.

73. En este sentido estamos haciendo referencia a las obras de Marx, Engels y Lenin.

74. Cuando Ernesto Guevara hace referencia a la vanguardia, está pensando en los hombres de avanzada del partido, en particular en Fidel Castro.

Bibliografía

ALTAMIRANO, C. (2010) *Historia de los intelectuales en América Latina*; Buenos Aires: Katz.

AMSDEN, A. y TAKASCHI, H. (1995) “La industrialización tardía en perspectiva histórica”, en *Desarrollo Económico*, n° 137.

BENASAYAG, M. (2013) *Che Guevara. La gratuidad del riesgo*; Buenos Aires.; Ed. Quadrata.

BETHELL, L. (1977) *Historia de América Latina*; Madrid: Crítica.

BOBBIO, N. y otros (1991), “Ideología”, “Revolución”, *Diccionario de Política*, México: Siglo XXI.

BUENO, M. y TARONCHER, M. A. (2006) *Centro Editor de América Latina. Capítulos para una historia*; Buenos Aires: Siglo XXI.

BULMER THOMAS, V. (1998) *La historia económica de América Latina desde la Independencia*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

CAÑAS, A. (1999), *Caminos de nuestra América*, Buenos Aires, Ediciones del Pensamiento Nacional.

CARDOSO, C. y PERES BRIGNOLI, H. (1979) *Historia económica de América Latina*, Barcelona: Crítica.

CARDOSO, F y FALLETTO, E. (1969) *Dependencia y desarrollo en América Latina*, México: Siglo XXI.

CASTRO, F (1975), *La Revolución cubana 1953-1962*, México: Era (2005), *La Historia me absolverá*, La Habana: Ediciones Luxemburg.

COSSE, I. (2010) *Pareja, sexualidad y familia en los años sesenta*; Buenos Aires: Siglo XXI.

DOS SANTOS, T. (2003) *La teoría de la dependencia, balance y perspectivas*, Brasil: Plaza James.

FAJNZYLBER, F. (1984) *La industrialización trunca en América Latina*; Buenos Aires; Centro Editor de América Latina.

FERNÁNDEZ MORENO, C. (1974) *América Latina en su literatura*; Mexico: Siglo XXI.

GILMAN, C. (2012) *Entre la pluma y el fusil: debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*; Buenos Aires: Siglo XXI.

GUEVARA, E. (2003) *El socialismo y el hombre nuevo*; Mexico: FCE. (2007) *Otra Vez*; México: Ocean Sur.

GUEVARA, G. (2006), *Revolución cubana*; Buenos Aires: Oficina de Publicaciones de la Facultad de Filosofía y Letras.

HALPERÍN DONGHI, T. (2002); *Historia económica de América Latina*, Madrid: Ed. Crítica.

HIKIMO y AMSDEM (1995); “La Industrialización tardía en perspectiva histórica”, en *Desarrollo Económico*, n° 137.

HIRSCHMAN, A. (1973) *Desarrollo y América Latina: obstinación por la esperanza*, Mexico: FCE.

HOBSBAWM, E. (1990) *La revolución en la historia*, Barcelona: Ed. Crítica. (1998) *Historia del siglo xx*, Barcelona: Ed. Crítica.

MANZANO, V (2010) “Juventud y modernización sociocultural en la Argentina de los sesenta”, *Desarrollo Económico* Vol. 50, No. 199, Buenos Aires: .

MARTUCCELLI, D. y SVAMPA, M. (2011) “Las asignaturas pendientes del modelo nacional y popular. El caso peruano”; en Mackinnon, M. y Petrone, M (comp.) *Populismo y neopopulismo en América Latina. El problema de la cenicienta.*; Buenos Aires.: EUDEBA.

MARX, K. (2000) *El capital*; Barcelona: Akal (2004) *La ideología alemana*; Buenos Aires: Losada.

MINA, G. (1988), *Habla Fidel*, México, Edivisión.

MIRES, F. (1988), *La rebelión permanente, las revoluciones sociales en América Latina*, Mexico; Siglo XXI.

PETIT, M. (2008) *Del espacio íntimo al espacio público*; México: FCE.

RAPPOPORT, M. (2005) *Historia económica, política y social de la Argentina (1880-2003)*, Buenos Aires: Emecé.

ROUSSEAU, J.J. (2005) *El contrato social*; Buenos Aires: Ed. Losada. (2008) *Las confesiones*; Madrid: Alianza. (2008) *Emilio o de la educación*; Madrid: Alianza.

SHWARZER; J. (1996) *La industria que supimos conseguir*; Buenos Aires: Planeta.

SKIDMORE, T. (2011) “Una nueva era de Vargas (1951-1954)” en Mackinnon, M. y Petrone, M. (comp.) *Populismo y neopopulismo en América Latina. El problema de la cenicienta.*; Buenos Aires: EUDEBA.

TERAN, O. (2013) *Nuestros años sesentas: la formación de la nueva izquierda intelectual argentina*; Buenos Aires: Siglo XXI.

TILLY, C. (2000), *Las revoluciones europeas, 1492-1992*, Barcelona, Crítica.

WEFFORT, F. (2011) “El populismo en la política brasileña”, en Mackinnon, M. y Petrone, M (comp.) *Populismo y neopopulismo en América Latina. El problema de la cenicienta.*; Buenos Aires: EUDEBA.

ZOLOV, E. (2012) “Expandiendo nuestros horizontes conceptuales: el pasaje de una ‘vieja’ a una ‘nueva izquierda en América Latina en los años sesenta”, *Aletheia*, Vol. 2.

La construcción de un “nuevo Estado” a partir de la Asamblea Constituyente

Análisis hermenéutico del Preámbulo de la
Constitución boliviana de 2009

Aurelio Arnoux Narvaja

La República de Bolivia, al igual que la gran mayoría de los nuevos Estados nacionales de la región logró su independencia y emancipación de la corona española en la primera parte del siglo XIX. El acto fundacional del país fue la Constitución Vitalicia o Bolivariana enviada por Simón Bolívar desde Lima y promulgada el 19 de noviembre de 1826. Los principales puntos de la constitución —religión católica como la oficial con exclusión de todo otro culto; la garantía de la libertad civil, seguridad individual, propiedad privada y la igualdad de las personas ante la ley— lejos de contemplar la composición heterogénea de la población fue la estrategia más efectiva para imponer un Estado monocultural. Este es un rasgo característico, como bien señala Tristan Platt (1999), de la constitución de las repúblicas sudamericanas durante el siglo XIX: las minorías blancas justificaron su predominio sobre la mayoría india a través de un discurso universalizador que buscara construir un nuevo ciudadano, negando a la vez toda situación previa de diferencias culturales y sometimiento.

Ahora bien, en esta última década, la República de Bolivia se encuentra en un proceso de transformación inédito, consecuente con los vientos de cambio de la región y el desarrollo a partir de la globalización de la percepción y consideración de las diferen-

cias. Por primera vez, un presidente que se presenta como perteneciente a los pueblos originarios⁷⁵ es el encargado de llevar adelante este proceso y ser la voz oficial de gran parte de la población hasta entonces silenciada. Si bien la coyuntura es evidentemente favorable, distintos sectores se resisten a estos cambios creando un ambiente de confrontación y hostilidad permanentes.⁷⁶ Ante este panorama el Movimiento al Socialismo (MAS), al que pertenece el presidente, y los sectores afines al Gobierno se proponen ofrecer batalla a través de órganos de gestión característicos de los Estados modernos –la Asamblea Constituyente o el congreso–⁷⁷ que, durante décadas fueron utilizados como herramienta de legitimación y ejercicio del poder por las clases dirigentes.

En este trabajo nos proponemos realizar un ejercicio de análisis hermenéutico⁷⁸ sobre el Preámbulo de la Constitución boliviana⁷⁹ aprobada en el año 2009⁸⁰ deteniéndonos en las problemáticas puestas en juego –relacionadas con reivindicaciones muchas de ellas centenarias– y en la forma en que son manifestadas por las distintas voces que se hacen presentes en este documento. Como todo texto constitucional, es resultado de la discusión, las negociaciones y el consenso. Las tensiones surgidas en la elaboración y debate pueden ser, a nuestro entender, identificadas a través de ciertas palabras, huellas, matices que expone el texto escrito y que nos proponemos desentrañar. Para ello es ineludible enmarcar históricamente el documento atendiendo a acontecimientos y procesos inscriptos en diversas temporalidades, a lo que nos dedicaremos en la primera parte del trabajo.

La elección del tema responde al interés que ha suscitado en las ciencias sociales⁸¹ el proceso de cambio generado en un país multiétnico como Bolivia y la opción por el análisis del Preámbulo se debe a que en él encontramos, además de las voces que señalé antes, los hilos del entramado que atraviesan la esfera social, política y económica.

En un primer momento, haremos un repaso por los distintos períodos de la historia de Bolivia, haciendo hincapié en ciertos procesos que consideramos esenciales para culminar con la referencia al contexto local y regional de estos últimos años, etapa en la cual se redactó esta nueva constitución. En segundo término, consideraremos los actores y los lineamientos políticos/ideológicos previos

de los sectores/partidos que participaron de la Asamblea Constituyente⁸² que elaboró la Constitución considerando que aquella es una arena de la lucha política⁸³ en donde cada sector intenta imponer sus reivindicaciones/principios plasmados posteriormente y de diferentes formas en el texto constitucional.

En tercer lugar, analizaremos el Preámbulo de la Constitución de Bolivia (2009), focalizando la manera como se articulan las distintas voces, memorias y temporalidades que dieron como resultado este texto de valor literario e histórico.

Por último, sintetizaremos lo que nos resulta más significativo del recorrido realizado, comparando brevemente el documento con otros dos preámbulos –los de la constitución de los Estados Unidos y de la Argentina– y un texto fundacional de las constituciones modernas –*La declaración de los derechos del hombre y el ciudadano*–, cuestión que nos permitirá establecer continuidades y rupturas como así también reflexionar hasta qué punto la de Bolivia puede ser considerada como una constitución revolucionaria.

Marco metodológico

El trabajo que nos proponemos realizar a continuación se inscribe dentro de la perspectiva de la Historia Social. El centrarse en la interpretación de cuestiones que exceden lo meramente fáctico y descriptivo, nos obliga a retomar conocimientos de otras disciplinas sociales, en particular la antropología y la lingüística. La primera nos permite sumergirnos y entender problemáticas culturales de los pueblos de la región como así también las identidades y memorias que reivindican. En cuanto a la segunda, nos proporciona herramientas y técnicas fundamentales –como el análisis del discurso– para interpretar documentos de estas características. Ahora bien, ¿por qué puede ser relevante para nuestro propósito centrarnos en este tipo de fuentes? ¿Qué nos pueden aportar de novedoso? ¿En qué pueden contribuir?

Para responder estas inquietudes tendríamos que comenzar definiendo lo que se entiende por constitución. En sentido amplio, un jurista diría que se trata de “la ley fundamental proclamada en el país

en la que se echan los cimientos para la organización del Derecho Público de esa nación” (Lasalle, 1946). Esta definición, si bien es clara y precisa, no hace referencia a su esencia. La constitución no es una simple ley, se vincula con lo que se supone es la decisión unánime de cada pueblo para regular a partir de los principios que enuncia la vida en común. Encontramos las primeras constituciones modernas en el marco del nacimiento de las monarquías europeas. Tenían como objetivo fundamental colaborar en la limitación del poder absoluto. Si bien en la mayoría de los casos no se adecuaban totalmente a este propósito y el abuso de autoridad por parte del rey era característico —Francia, en particular—, en otros sirvió para evitar dichos abusos —el caso más paradigmático es Inglaterra—. En este sentido, las Constituciones servían como garantías de las libertades individuales estableciendo en sus artículos derechos y obligaciones —de los ciudadanos y los funcionarios— como así también la separación y equilibrio del poder político. Estas características prevalecieron en los estados liberales de los siglos XIX y XX —si bien es cierto que en algunas oportunidades fueron impugnados como, por ejemplo, con el nacimiento de los soviets en Rusia o con el ejercicio del poder por parte de gobiernos autoritarios—. Ahora bien, junto a las funciones señaladas antes hay una que se destaca: la propiamente “constitutiva” del documento constitucional. Como bien destaca Giuseppe de Vergottini (1998, 322):

La constitución atestigua ante la comunidad internacional el surgimiento de un nuevo componente que se afirma como sujeto con pleno derecho de la misma. Esto explica cómo, después de la Independencia, todos los nuevos estados se apresuran a presentarse de modo formalmente positivo en la escena internacional en tanto dotados de una constitución propia. Íntimamente conectada con la función constitutiva está la de estabilización y racionalización de un determinado orden del poder. La constitución es un punto firme, una base coherente y racional para los titulares del poder político que buscan con su trámite dar estabilidad y continuidad a su concepto de vida asociada.

En muchos casos, junto a la función constitutiva que da legitimidad al nuevo Estado, puede cumplir además un papel propagandístico o de educación política, como es el caso de aquellas con un alto contenido ideológico – como la revolucionaria francesa, la socialista, la de las repúblicas islámicas, entre otras–.

En nuestro trabajo, si bien retomamos algunos puntos de las constituciones –de Bolivia, Argentina y los Estados Unidos– nos centramos particularmente en sus respectivos preámbulos (privilegiando, por cierto, el de Bolivia). Estos textos –subestimados y menospreciados por el derecho constitucional clásico (Tajadura Tejada, 2001)– son la carta de presentación de todo documento constitucional. En su interior encontramos los principios fundamentales que van a ser desarrollados posteriormente. En este sentido anuncian sintéticamente las decisiones políticas básicas dejando entrever a su vez los lineamientos ideológicos. En palabras del jurista español Antonio Hernández Gil (1981), “el preámbulo puede servir para acercar a todos, de manera sintética e insinuante, el fondo de las determinaciones normativas, su base histórica y sus ideales inspiradores”.

Reseña histórica

Para hablar de la coyuntura actual de Bolivia es necesario remitirse, aunque más no sea brevemente, a los orígenes de la región y hacer referencia a los distintos períodos históricos atendiendo particularmente al proceso revolucionario de 1952.

Algunos estudiosos –Finot (1946); Guzman (1969); Mesa Gisbert (1999); Klein (2008)–, al hablar de la historia de Bolivia realizan la siguiente demarcación.⁸⁴ En primer lugar, el período preincaico –poniendo el acento en la gran diversidad geográfica y étnica– e Inkaico –resaltando la organización política, social y económica– del Imperio, como antesala de la llegada del europeo. En una segunda instancia, la colonización española a partir de 1532, con relación a la cual se señala principalmente el auge y decadencia de la economía minera –en especial, la plata– y las reformas borbónicas y revueltas populares-indígenas del siglo XVIII. En tercer lugar, la crisis política

de la región y el surgimiento de los Estados nacionales y la República de Bolivia en 1825. Esta etapa se extiende hasta 1880 con el advenimiento de los regímenes más conservadores y un acontecimiento que dejó una impronta muy grande en la historia del país como fue la pérdida de la salida al mar en la Guerra del Pacífico o del salitre y el guano (1879). En este período, el debate en los diferentes gobiernos liberales gira en torno a la cuestión indígena, al problema de la tierra, la abolición de la esclavitud, el frustrado intento de la Confederación Peruano-Boliviana (1836-1839) y el riesgoso camino hacia “el orden y el progreso”.

El período que va desde 1880 hasta 1932, que Klein (2002) caracteriza como *la época de la plata y el estaño* puede a la vez subdividirse en dos etapas importantes. En primer lugar, aquella que llega hasta fines del siglo XIX en donde gobierna el partido conservador –Aniceto Arce y Mariano Baptista– sostenido principalmente por la industria minera de la plata y que concluye con la Revolución de 1899,⁸⁵ generada por el partido liberal en estrecha alianza con la comunidad Aymara.⁸⁶ La segunda etapa que se extiende hasta la década de 1920⁸⁷ se caracteriza por la hegemonía del partido liberal –Juan Manuel Pando e Ismael Montes– que deja de lado sus reivindicaciones nacionalistas, rompe el pacto establecido previamente, intensifica los programas de modernización dependiente de la exportación de estaño⁸⁸ y continúa el proceso de exclusión de las minorías. Los presidentes citados hacen grandes concesiones a países limítrofes –Chile y Brasil–, reprimen cruelmente a los obreros e indígenas, mantienen intacta la propiedad latifundista y establecen un vínculo estrecho con la Iglesia (Mires, 2005). A partir de 1920, el país vive momentos de fuertes tensiones políticas internas que terminan con la hegemonía de los partidos tradicionales –liberal y conservador– y dan comienzo al “período republicano”⁸⁹ que va en paralelo con el surgimiento de “partidos minoritarios”⁹⁰ [y la llegada de] los primeros brotes del pensamiento marxista europeo [...] a través de los filtros de escritores argentinos, chilenos y peruanos” (Klein, 2002: 184). El paulatino deterioro de la clase política, las consecuencias de la crisis mundial de 1930 y la ambición de los sectores dirigentes deseosos “de conquistar en el Chaco un frente fluvial que remplazase

su perdido litoral marítimo” (Halperin Donghi, 1977: 430) conducen al conflicto limítrofe con Paraguay –la Guerra del Chaco⁹¹ (1932-1935)– que abrirá un largo período prerrevolucionario que culminará en 1952: “la disolución del orden establecido” (Klein, 2002).

Esta es una etapa en que Bolivia es gobernada por militares nacionalistas⁹² –David Toro y Germán Busch Becerra–, se empiezan a gestar ciertas ideas de cambio –inclusión del sector indígena, búsqueda de integrar el oriente al país y revertir las ganancias de la minería y los hidrocarburos a favor del Estado– y surgen los partidos políticos que más influirán en los acontecimientos posteriores: el Partido Obrero Revolucionario (POR) en 1935, “el Partido de Izquierda Revolucionaria (PIR) de orientación comunista [que] disputaba con grupos trotskistas la dirección del movimiento obrero en las zonas mineras” (Halperin Donghi, 1977: 433) en 1940 y el Movimiento Nacionalista Revolucionario –MNR– en 1941. Para comprender este período es necesario tener en cuenta las características de la sociedad boliviana atendiendo a las diversas clases que intervienen, que al igual que en Perú se encuentran racialmente constituidas (Mires, 2005) por los indios –sector más bajo– considerados por algunos los genuinos representantes de la nación; los obreros, en particular los mineros⁹³ (que eran más numerosos que los obreros industriales) nucleados en la Central Obrera Boliviana (COB) junto con los campesinos, que para esta época están agrupados en las haciendas como colonos, arrenderos, peones; una clase media –empleados e intelectuales– no muy numerosa, característica de un país en gran medida rural y precariamente industrializado; por último, el sector más alto constituido por grandes mineros, latifundistas y la abigarrada “clase política”. En este contexto el MNR, que reclamaba la revolución nacional, empieza a tener mayor protagonismo. En una primera instancia bajo el gobierno del coronel Villaroel (1944-46). Este presidente buscó “enfrentar la oposición de los grandes propietarios de minas cuyos intereses estaban celosamente defendidos por las Naciones Unidas” (Halperín, 1977:43) pero la falta de recursos y la inflación hicieron que tuviera un desenlace trágico.⁹⁴ Para Bolivia implicó también algunos años de políticas neoconservadoras. Sin embargo, prontamente los sectores revolucionarios recuperan popu-

laridad, ganan las elecciones de 1951 por amplio margen y logran con el apoyo principal de los “pobres de las ciudades, campesinos, trabajadores sindicalmente organizados” (Mires, 2005)⁹⁵ superar el intento de golpe militar del general Ballivián y dar comienzo con la presidencia de Paz Stenssoro a un período de profundas transformaciones para el país: “la revolución nacional”.⁹⁶

El Gobierno⁹⁷ emprende entonces en la primera época un amplio programa de reformas en la participación ciudadana, la distribución de tierras, el control del Estado sobre la economía y los recursos naturales: nacionalización de las minas y el monopolio en la exportación del estaño,⁹⁸ la reforma agraria⁹⁹ –erradicación del latifundio y parcelación de tierras para distribuir entre los campesinos e indígenas–, la prospección de pozos petrolíferos por empresas extranjeras, la institución del voto universal, la reforma educativa¹⁰⁰ y la vinculación caminera con el oriente (carretera Cochabamba-Santa Cruz).¹⁰¹ Sin embargo, la catastrófica situación económica del país debido al descenso continuo de los precios del estaño en los mercados mundiales y un alto índice de inflación obligó al gobierno a devaluar la moneda y elevar los impuestos, medidas que empezaron a crear cierto recelo en particular en las clases medias. A esto se le agregó la ruptura con la COB, fruto de la disminución de los salarios obreros y la insistencia de Siles Suazo en someterse a los programas “estabilizadores” de los Estados Unidos a cambio de créditos (Mires, 2005: 265). Paz Stenssoro es reelecto presidente en 1960, pero es derrocado un mes después como consecuencia de un levantamiento que protagonizan mineros y estudiantes dando inicio a un período gobernado prácticamente por las Fuerzas Armadas (1964-1982).¹⁰²

Durante dieciocho años grupos e instituciones de la sociedad lucharían para dominar las fuerzas desencadenadas durante la Revolución Nacional: el ejército, los campesinos, los obreros organizados y los partidos –nuevos y tradicionales– (Klein, 2002). Más allá de los abruptos cambios de régimen, de opinión y emergencia de personalidades nuevas que se sucedieron en esta etapa, lo cierto es que “hubo una serie de convenios fundamentales raramente quebrantados [como por ejemplo la] aceptación de las reformas socioeconómicas básicas de la Revolución Nacional por parte de los mili-

tares y sobre todo un firme compromiso con la reforma agraria y la movilización de los campesinos”¹⁰³ (Klein, 2002: 250) que llevó a considerar estos regímenes como “semipopulistas”, en especial el de René Barrientos (1964-1969). Entre 1969 y 1982 se sucedieron gobiernos militares con líneas políticas que abarcaron desde la extrema izquierda –Juan José Torres– hasta la derecha reaccionaria –Hugo Banzer–¹⁰⁴ pasando por la reformista –Alfredo Ovando Candía– (Klein, 2002) y culminaron con la renuncia forzada de los militares, la convocatoria al Congreso y el fugaz período presidencial de la izquierda con la Unión Democrática y Popular de Siles Suazo (1982-1985) caracterizado por una débil gestión económica incapaz de revertir la hiperinflación.

En las elecciones de 1985 gana por cuarta vez Paz Stenssoro (1985-1989) y, con el fin de estabilizar la macroeconomía comienza a aplicar como en gran parte de la región, las políticas neoliberales que sustituyen el modelo estatista. Este período que se extiende hasta entrado el nuevo milenio es denominado “democracia pactada”, ya que se caracteriza por un multipartidismo moderado en donde tres fuerzas hegemonizan el poder (MNR, MIR y Acción Democrática Nacionalista [ADN]). Más allá de las particularidades de cada uno de los gobiernos,¹⁰⁵ lo cierto es que continúan con la profundización del libre mercado, la dependencia económica de los organismos internacionales –FMI y Banco Mundial–, la privatización de las empresas estatales¹⁰⁶ –hidrocarburos, telecomunicaciones, aérea, ferrocarriles, eléctrica, jubilación– y la consolidación de Santa Cruz de la Sierra como “lugar predominante de la economía boliviana”¹⁰⁷ –ya que combinaba petróleo, gas y agricultura– emparejándolo con La Paz” (Klein, 2002: 283). Este panorama de pobreza persistente y atraso económico hace que se modifique el escenario político desde fines de la década de 1990 fruto de las diversas insurrecciones populares –marchas indígenas por el territorio y la dignidad en los 90,¹⁰⁸ guerra del agua,¹⁰⁹ del gas¹¹⁰ y las revueltas en El Alto–¹¹¹ que marcan el desmoronamiento de la hegemonía durante más de veinticinco años del modelo económico neoliberal y crean las condiciones necesarias para la refundación del Estado. Es así como los movimientos sociales y en particular el pueblo indígena empiezan a tomar

mayor protagonismo y visibilidad que va a reflejarse en la composición de la futura Asamblea Constituyente.¹¹² A partir de entonces, con la efectiva renuncia forzada del presidente Sánchez de Lozada,¹¹³ los espacios de lucha abiertos se trasladan a un nuevo terreno de deliberación y la cuestión indígena es incorporada al debate nacional.

En este contexto de inestabilidad política¹¹⁴ se realizaron elecciones adelantadas en 2005,¹¹⁵ en las cuales Evo Morales fue electo presidente haciendo evidente la crisis de los partidos más tradicionales (MNR, MIR, NFR, UCS).

La Asamblea Constituyente

Entre las primeras medidas políticas adoptadas por el nuevo Gobierno, la más significativa fue sin lugar a dudas la convocatoria inminente de la Asamblea Constituyente (Ley N.º 3364/2006) encargada de redactar la futura constitución y “re fundar” Bolivia.¹¹⁶ Contrariamente a las asambleas constituyentes que se habían desarrollado hasta entonces en el país, en esta última la participación ciudadana es realmente significativa, no solamente por el crecimiento exponencial de la población sino también por el acceso al sufragio de sectores hasta entonces postergados.¹¹⁷ Como bien señala Barragán en su análisis sobre la ciudadanía y las elecciones de las distintas asambleas constituyentes desde el nacimiento del país en 1825 hasta 1871, una de las grandes falencias que había tenido la política Boliviana era justamente el nivel de representatividad: “la

Partido	Total
A3-MNR	2
AAI	1
APB	3
AS	6
ASP	2
AYRA	2
CN	5
MAS	137
MBL	8
MCSFA	1
MIR-NM	1
MNR	8
MNR-FRI	8
MOP	3
PODEMOS	60
UN	8
Total	255

Composición de la Asamblea Constituyente (Fuente: Corte Nacional Electoral, Gobierno del Estado plurinacional de Bolivia)

población indígena que pagaba la contribución territorial y realizaba incluso servicios para el Estado no tenía, por lo general, el derecho político de elegir” (Barragán, 2005: 168).

La Asamblea Constituyente del año 2006, tal como muestra el cuadro adjunto,¹¹⁸ no hizo más que ratificar el proceso de cambio que estaba atravesando el país: una heterogénea representación con mayoría de movimientos sociales y los partidos que hasta entonces habían sido minorías. En un primer momento, el MAS buscó reunir una masa de votos suficiente para asegurar la mayoría calificada de los dos tercios de los representantes y así impulsar sin obstáculos su propuesta constitucional mientras que la oposición, como minoría, intentaba incansablemente de poner como eje del debate la reforma autonomista.¹¹⁹ Si bien no se llegó a la mayoría necesaria para imponer condiciones (170 representantes), los resultados obtenidos fueron altamente auspiciosos. El debate duró alrededor de tres años en los cuales la tensión reflejada en las huelgas y los paros de los sectores disconformes fueron frecuentes y dilataron este proceso de reforma. Si nos detenemos a observar la composición de la Asamblea Constituyente es evidente que la disputa por el control se establece entre dos fuerzas principales (MAS-PODEMOS) que representan dos visiones antagónicas sobre la construcción del futuro Estado.¹²⁰ Por un lado, el Movimiento al Socialismo (MAS), partido no tradicional que se desprende de la Falange Socialista Boliviana (FSB)¹²¹ en la década de 1980, y que en su origen trató de dar coherencia política a las reivindicaciones de los cocaleros¹²² y “las organizaciones sindicales del mundo rural” (Hervé Do Alto, 2007: 22). La heterogénea¹²³ composición del MAS, fruto de la confluencia de tres tradiciones ideológicas distintas –izquierda, indianista y nacionalista– y su extensión hacia los centros urbanos (Stefanoni, 2007), solo es posible gracias a la porosidad de las fronteras que delimitan el espacio ocupado por cada una de ellas. Entre los actores que adscriben a dicha corriente, encontramos desde sectores o militantes del movimiento obrero boliviano que se identificaron con la Revolución de 1952¹²⁴ hasta intelectuales de izquierda¹²⁵ y dirigentes del movimiento campesino-indígena, que recuperan principalmente la figura de Tupac Katari. Entre los puntos reivindicados, el MAS pone

particular énfasis en lo originario o indígena, buscando erradicar la exclusión, el racismo, la desigualdad; en la creación de una cámara Legislativa popular y en la nacionalización de los recursos naturales, principio de la recuperación estatal frente al extranjero, para industrializar el país y emanciparlo de la condena histórica del capitalismo mundial (Chávez, 2007).

Por otra lado, la derecha más radical, PODEMOS (Poder Democrático Social), basado en una tradición clasicista westfaliana de Estado-Nación y del derecho (Buitrago, 2007), que agrupa a dirigentes y funcionarios de varios partidos tradicionales responsables de veinte años de neoliberalismo, se posiciona como la segunda fuerza que puede poner trabas al proceso de transformación del país impulsando proyectos autonomistas. Entre sus reivindicaciones principales se encuentran la defensa de la propiedad privada, el uso del mercado como herramienta para el desarrollo y la continuidad del bicameralismo.

El resto de la asamblea está compuesto por catorce microfuerzas restantes que pueden dividirse a su vez en dos grupos: por una parte aquel conformado por partidos políticos tradicionales y sectores que tienen tendencia a asociarse con PODEMOS (MNR,¹²⁶ MNR-A3, MNR-FRI, UN, MIR-NM); por otra parte, movimientos sociales y partidos no tradicionales que responde en su mayoría al MAS (AAI, APB, AS, ASP, AYRA, MOP, MCSFA Y CN). En síntesis, se puede establecer que en la Asamblea Constituyente están representados los diferentes sectores sociales bolivianos¹²⁷ desde los campesinos,¹²⁸ los obreros¹²⁹ sindicalizados, los sectores medios hasta los empresarios y los latifundistas.

El Preámbulo de la Constitución

El Preámbulo de la Constitución boliviana (véase Anexo) es un documento de gran interés porque nos permite observar cómo se manifiestan las diferentes voces presentes en la Asamblea Constituyente, como así también la forma en que se articulan y yuxtaponen las diferentes memorias.¹³⁰

En el primer párrafo del documento se hace evidente la referencia a la memoria mítica: “en tiempos inmemoriales se erigieron montañas, se desplazaron ríos, se formaron lagos”. El remontarse imaginariamente al origen del territorio de lo que actualmente constituye la República de Bolivia (nuestra amazonia, nuestro chaco, nuestro altiplano y nuestros llanos y valles) permite resaltar la heterogeneidad primigenia (geográfica pero también cultural como señalará luego el texto) a la vez que destacar la unidad política (nuestro) a pesar de la diversidad geográfica. Debemos recordar que el paisaje andino¹³¹ muestra una destacable variedad y complejidad geográfica,¹³² que Stephen Brush (1982) clasifica en cinco pisos ecológicos¹³³ y que puede condensarse en la dicotomía entre la costa –economía especializada y ambiente frío/seco– y la sierra –economía agrícola y ambiente cálido y húmedo–. Además, el adjetivo “nuestro” del Preámbulo acompañado del “poblamos esta sagrada madre tierra” rescata, por un lado, a los pueblos originarios aunque la primera persona del plural pueda tener un referente más amplio: todos los bolivianos. Por el otro, reafirma la propiedad colectiva del territorio: “nuestra Amazonia”. Así como en la región andina encontramos en la geografía una marcada diversidad, en el plano cultural se presentan características similares: un mosaico socioétnico amplio, que refleja una gran pluralidad –“rostros diferentes”– producto del carácter multiétnico de la población temprana preincaica.¹³⁴ Esto se torna aún más evidente como bien señala Bethell (1990: 49) “a medida que nos acercamos a 1532, cuando el Estado andino fue derribado y astillado en los centenares de grupos étnicos que lo componían”. Ahora bien, esta imagen idílica de la región, la edad de oro con “sus verdores y flores”, en la cual el respeto por la diversidad era la norma inquebrantable, se rompe con la llegada del europeo (“funestos tiempos de la Colonia”).¹³⁵ Esta cesura marca el comienzo del “racismo” de la “comprensión” del fenómeno por ser efectivamente los pueblos originarios víctimas de este prejuicio –“sufrimiento”– que se extiende hasta la actualidad: “desde los funestos tiempos de la colonia”. Recordemos algo que hemos esbozado anteriormente: a lo largo del siglo XIX, los sectores hegemónicos¹³⁶ intentaron de todas las maneras posibles buscar alternativas viables para vencer “la raza

india”. Al no poder exterminarla, por ser mayoría y mano de obra imprescindible para el modelo de progreso económico que buscaban imponer, se intentó diseñar una serie de estrategias efectivas con el fin de excluirlos de la escena política, a través de una retórica fuertemente racista que iba acompañada por el impulso civilizatorio y diversas políticas de “apartheid racial” (Buitrago, 2007). Podríamos conjeturar que en este primer párrafo introductorio del Preámbulo (que afirma los postulados ideológicos de la nueva constitución) son los movimientos sociales y sectores que representan los intereses de los pueblos originarios los que se están manifestando. Al iniciarlo como un relato mítico, pone en escena un enunciador perteneciente a una cultura en la que esa forma es posible y necesaria para conformar la identidad. Además, al hacer continuamente referencia a la diversidad, busca en cierta medida desnaturalizar la imagen construida intencionalmente del “indio” como un “sujeto” homogéneo.

El segundo párrafo comienza con el concepto de “pueblo boliviano”, que se vincula con los procesos democráticos que generaron las formas de representación propias de los estados nacionales, y se le agrega lo de “composición plural” que es un reconocimiento actual ligado a la globalización. Pero para construir la comunidad imaginada de la nación¹³⁷ como una comunidad política, historiza las diferencias vinculándolas con las luchas sociales. El “nosotros” propio de la representación nacional que se construye está integrado por los luchadores sociales. La pluralidad se resignifica así en el segundo párrafo e integra fragmentos de discursos militantes: “la memoria de nuestros mártires”. Si en este contexto favorable se trata de edificar un “nuevo Estado”, es necesario construir entonces los relatos del origen, de las batallas, de las gestas principales que cimenten un imaginario común —que inspiren al pueblo boliviano— que permita que cada ciudadano se reconozca como perteneciente a un mismo colectivo aunque el lugar de la lucha sea distinto. Los diferentes acontecimientos históricos que se enumeran no hacen más que reflejar, por un lado, las disputas suscitadas entre los diferentes sectores por imponer sus propias marcas identitarias y por otro la articulación cronológica de las diferentes memorias históricas (larga, mediana y corta): “sublevación indígena anticolonial”, “independencia”, “luchas

populares por la liberación”, “marchas indígenas, sociales y sindicales”, “las guerras del agua y de octubre”. Y es aquí en donde se introduce una problemática que atraviesa la historia de la región, motivo de disputa permanente y uno de los puntos que generó más rispideces a la hora de elaborar la nueva constitución: “lucha por la tierra y el territorio”.¹³⁸ Este segmento remite a dos situaciones. Cuando se habla de “tierra” se hace referencia indudablemente a la tierra comunal indígena y a la reivindicación del ayllu, esa forma de comunidad familiar andina que basaba su organización en la distribución de la tierra. Este principio es el que intenta imponer el MAS, que reconoce tanto la propiedad individual de la tierra —no así el latifundio— como la colectiva propia de los pueblos originarios. En contraste, “el territorio” corresponde a un recorte estatal, a la transformación que ha sufrido desde el Virreinato del Perú, pasando por la Constitución del Estado Nacional y la posterior pérdida de salida al mar, hasta llegar a la actualidad con el pedido de autonomía¹³⁹ de provincias orientales, reclamos que llevan a la discusión algunos sectores presentes en la asamblea —PODEMOS, UN—.

En el tercer párrafo se describen las características principales que debiera tener “el nuevo Estado”. Los términos del discurso político de la modernidad (soberanía, igualdad) se combinan con el discurso ético contemporáneo (respeto, equidad) y el discurso político económico aceptado (complementariedad; distribución y redistribución¹⁴⁰ del producto social; acceso al agua, trabajo, educación, salud y vivienda para todos; respeto a la pluralidad económica, social, jurídica, política y cultural). Podemos encontrar también huellas de reivindicaciones más próximas: solidaridad, armonía, convivencia colectiva y sobre todo “vivir bien”, el Suma Qamaña, expresión Aymara que hace referencia a la vida buena, reforzando así otros conceptos reivindicados discursivamente por los pueblos originarios que se encuentran a lo largo del documento: “sagrada madre Tierra”, “poder originario del pueblo”, “Pachamama”.

Y para construir el “nuevo Estado” es necesario dejar “en el pasado” tres momentos históricos que los pueblos originarios asocian automáticamente al sometimiento —“Estado colonial, republicano y neoliberal”— y que nuevamente remiten a las distintas memorias

históricas. En este cuarto párrafo se hacen todavía más evidentes las distintas voces que intentan manifestarse y que discuten entre sí por plasmar sus principios. En una primera instancia, en la expresión “construir un estado unitario social de derecho plurinacional” se muestra nuevamente la discusión entre representaciones antagónicas de las dos Bolivias. Por un lado, el “construir un estado unitario” retoma la discusión sobre lo territorial, sobre la necesidad de marcar tanto las fronteras físicas cómo las simbólicas a través, por ejemplo, del establecimiento de una lengua común y sobre la unidad jurídica—principios de la ideología liberal de los estados nacionales—. Por otro lado, “social” remite a la importancia asignada a esta cuestión, que implica la búsqueda de una mayor igualdad con la participación de los sectores antes subalternizados. Finalmente, el término “plurinacional” deja de lado el concepto de “nación” que, según Francois Xavier Guerra (2003), hace referencia a la “asociación voluntaria de individuos iguales sin ninguna distinción de pertenencia a pueblos”. En segunda instancia, “una Bolivia democrática, productiva” entrelaza lo político con lo económico, apuntando a un necesario desarrollo económico propio pero gestionado, y sobre todo a la distribución de la riqueza, democráticamente. Luego, el avanzar hacia una Bolivia “portadora e inspiradora de la paz”, refleja un ideal propio del cristianismo retomado al final del preámbulo, “gracias a Dios”, y que se reitera como “cultura de la paz” en muchas declaraciones referidas a la integración regional firmadas por los países sudamericanos. Además de este rasgo de época, podemos pensarlo también como huella de la influencia del partido de la Concertación Nacional (CN), brazo político de la Iglesia evangélica, y que en la Asamblea Constituyente es la tercer fuerza representativa detrás del MAS y PODEMOS. Por último, en este párrafo se entrelazan principios de los derechos humanos internacionales, “desarrollo integral y libre determinación de los pueblos”, aunque en el segundo segmento resuenen banderas de una izquierda tradicional.

El párrafo siguiente se inicia con la diferencia de género —“mujeres y hombres”— dentro del colectivo “nosotros”, evidenciando la sensibilidad respecto de los nuevos tiempos globales. Luego se reformula “pueblos originarios” por “el poder originario del pueblo” en

el que se vuelve al singular de las democracias representativas y el adjetivo “originario” no actúa sobre “pueblo” sino sobre “poder”, lo que politiza la referencia étnica. El párrafo se cierra con un posicionamiento claro frente a las actitudes separatistas: “nuestro compromiso con la unidad e integridad del país”. Si bien se cuestiona la posición contraria, la voz del otro –los sectores separatistas– aparece indicando otra vez un aspecto del conflicto.

En el penúltimo párrafo, el discurso con resonancias sindicales –“el mandato de nuestros pueblos”–, donde el plural recupera la dimensión étnica, se articula con poderes que corresponden a cosmovisiones distintas –“nuestra Pachamama” y “Dios”– para afirmar la refundación de Bolivia: “refundamos Bolivia”.

En síntesis, en los términos del Preámbulo resuenan distintas temporalidades que remiten a otras tantas memorias. En ese sentido son significativos el comienzo y el final de preámbulo. Inicia con el relato de la génesis de la región y cierra con una frase que pone de relieve dos términos propios de los discursos conmemorativos estatales, “honor y gloria”, que son reapropiados para rendirle homenaje, no a aquellos próceres que fundaron el Estado-nación sino más bien a los “mártires de la gesta constituyente y liberadora, que han hecho posible esta nueva historia”. De la larga memoria inicial a esta más próxima se despliega el imaginario del pueblo boliviano en esta etapa.

Consideraciones finales

En este trabajo, luego de una reseña histórica y de la caracterización de la Asamblea Constituyente, analizamos el Preámbulo, documento que cristaliza las voces de los distintos actores involucrados y muestra el consenso alcanzado pero también los lugares del disenso. Pudimos mostrar la continua referencia a la necesidad de contemplar la diversidad –bandera fundamental del nuevo Gobierno–, la visión idealizada de la ideología andina –obviando la existencia de desigualdades también en ese espacio– y las sucesivas articulaciones de las voces de diferentes actores –individuales como colectivos– como así también de las memorias míticas e históricas.

Ahora bien, realizando otra lectura se puede observar la ausencia de ciertas categorías presentes en la mayoría de las constituciones modernas.

Por un lado, se elude el término “nación”, reemplazado por el concepto “Plurinacional” ya que la Constitución promueve, como establece el artículo 1° un “Estado pluriétnico, pluricultural, intercultural y plurilingüe, descentralizado en autonomías territoriales indígenas y campesinas”. Esta diferencia es notable por ejemplo con el Preámbulo de la Constitución de la República Argentina de 1860 –documento 2–. En su interior expresa la voluntad de “constituir una unión nacional”, sin hacer referencia de ninguna forma a las diversidades y disensos internos.

En consonancia con lo anterior, podemos observar una profunda diferencia en cuanto a la construcción identitaria, es decir al “nosotros” colectivo. En el caso del preámbulo de la Constitución Argentina, se trata de un referente empírico, “los representantes del pueblo de la Confederación Argentina”, a diferencia del de los Estados Unidos en el cual el “nosotros” remite al “pueblo”, concepto ambiguo y flotante, que no precisa de ninguna forma sujetos reales. En cambio, el “nosotros” boliviano es más inclusivo al considerar la heterogeneidad de la población –tanto actual como ancestral– y reconocer, a su vez, el papel de la mujer, ausente y silenciada en los otros textos constitucionales: “Nosotros, mujeres y hombres...”.

Por otra parte, el término “libertad” no se encuentra asociado a lo individual, que remitiría a la Revolución francesa y que encontramos en los tres documentos anexos –Preámbulo de la Constitución de la República Argentina, el Preámbulo de la Constitución de los Estados Unidos de América y la Declaración del hombre y del ciudadano–, en definitiva al Estado Republicano de viejo tipo, que el nuevo gobierno intenta “dejar en el pasado”. Cuando aparecen miembros de la misma familia de palabras (“*libre* determinación de los pueblos”, “gesta constituyente y *liberadora*”) se vinculan con actitudes o acciones colectivas que remiten a luchas sociales.

Por último, otro de los grandes ausentes es el “ciudadano”,¹⁴¹ ese sujeto individual promovido por las constituciones liberales que no

tiene lugar en un país cuyos fundamentos se asientan en los pueblos como sujetos colectivos.

Ahora bien, después de haber llevado adelante este análisis, ¿es posible considerar a la Constitución del Estado Plurinacional de Bolivia como revolucionaria? Esta pregunta es realmente compleja y para responderla se requiere de una aproximación más fina de lo que se puede entender por “revolución”. El origen del concepto lo encontramos en la astronomía y tiene que ver con el movimiento circular completado por un cuerpo en torno a un punto fijo, es decir una vuelta de 360°. En este sentido se podría decir que la Constitución del Estado Plurinacional de Bolivia es revolucionaria en tanto promueve la vuelta a los orígenes, a esos “tiempos inmemoriales”. Sin embargo, al ser obra del consenso y no dejar de lado completamente a los sectores o sujetos que antaño oprimieron a la “mayoría” del pueblo boliviano, se podría sostener que no llega a ser revolucionaria del todo si pensamos como revolución un cambio radical respecto del pasado. A su vez, se le puede agregar que el acceso al poder se llevó a cabo a través de órganos democráticos liberales y no a partir de la toma violenta del poder, lo que en el ámbito político se asocia habitualmente con las revoluciones “modernas”. Podemos decir que es una revolución de nuestro tiempo en la que las transformaciones sociales a las que tiende, por cierto importantes y más avanzadas que en otros países sudamericanos, se asientan no solo en la historia, en las peculiaridades del pueblo boliviano y sus fuerzas políticas y en el resultado de sus luchas sino también en ideologías globales. Más allá de estas apreciaciones, lo que nos interesaba destacar en el texto analizado, tanto en lo que dice como en lo que deja de lado, son las diversas voces —algunas dominantes y otras más débiles— que conforman el complejo entramado social de la Bolivia actual.¹⁴²

Notas

75. A pesar de haber cumplido un papel significativo en las luchas por la independencia y la fundación de la república, los pueblos originarios no fueron tomados en cuenta a la hora de construir la nueva nación. La exclusión no quedó únicamente en la esfera discursiva sino que fue acompañada por acciones concretas como el desconocimiento de sus derechos, la usurpación de sus tierras y el sometimiento esclavizante por el avance del latifundio, medidas constantes a lo largo del siglo XIX y que tuvo su mayor expresión en el gobierno de Melgarejo (1864-1870).

76. Como bien ilustra Maristella Svampa (2007: 8), “pese al gran apoyo popular del que goza Evo Morales, la acción gubernamental se realiza en el marco de una fuerte polarización social y regional, ilustrada por las demandas autonómicas del Oriente, ese ‘otro país’ que incluye la rica Santa Cruz de la Sierra, además de Tarija, Beni y Pando”.

77. El poder legislativo boliviano es bicameral conformado por una cámara de senadores, con 36 miembros – 3 representantes de cada departamento– y una cámara de diputados, con 130 miembros –68 elegidos por sufragio directo y 62 elegidos por representación proporcional desde las listas de cada partido–.

78. El análisis interpretativo intenta ir más allá de la simple enunciación de hechos tratando de establecer cómo se relacionan los sucesos entre sí y cuál es el sentido histórico que tienen. Se detiene en el análisis de los documentos considerando también significativos además de lo que dicen los modos de decirlo.

79. A lo largo de su historia como Estado Republicano, Bolivia presentó dieciocho reformas constitucionales surgidas de asambleas o convenciones constituyentes.

80. La constitución entró en vigencia el 7 de febrero de 2009, fecha en la que fue promulgada por el presidente Evo Morales tras ser apro-

bada en un referendun con un 90,24 % de participaci3n. La consulta fue celebrada el 25 de Enero de 2009 y el voto aprobatorio alcanz3 un 61,43% del total (2.064.417 votos) (Fuente: Instituto Nacional de Estadísticas–Gobierno de la Rep3blica de Bolivia - www.ine.gob.bo -).

81. Acordamos con Halperin Donghi (1977) en la necesidad de que las ciencias del hombre consideren los procesos hist3ricos para tener una comprensi3n profunda de las problem3ticas latinoamericanas actuales: “el ge3grafo, el antrop3logo social, al ignorar la dimensi3n hist3rica de los problemas que les interesan, corren el riesgo de entenderlos muy mal”.

82. La Asamblea Constituyente “es fruto de un proceso de acumulaci3n abierto en el que las luchas de unos, en momentos espec3ficos, cobran sentido a partir de o en di3logo con luchas anteriores en un proceso de articulaci3n de actores, vivencias y tiempos diversos que permitieron pensar en un nuevo sentido y un nuevo horizonte com3n en construcci3n” (Ch3vez, 2007: 57).

83. Recordemos que Foucault (2010) se3ala que la pol3tica es la continuaci3n de la guerra por otros medios y no a la inversa.

84. Es necesario aclarar que la obra de Augusto Guzm3n estudia la historia boliviana hasta 1964 y la de Enrique Finot lo hace hasta la Guerra del Chaco.

85. Esta revuelta tom3 varias formas (Mires, 2005: 228): regionalista (o federalista) en la medida que promov3 la autonom3a de los departamentos si bien reclamaba para La Paz cierta hegemon3a; social, en la medida en que activaba la movilizaci3n de sectores sociales subalternos, como los obreros y las masas indias; pol3tico, en la medida en que exig3 la limitaci3n de la propiedad territorial, la disminuci3n del poder3o de la Iglesia y el fin de la corrupci3n”.

86. Bajo el mando del cacique Wilka, que intent3 recrear las rebeliones de Tupac Amaru y Tupac Katari, movilizando una gran parte de la comunidad aborigen, se busc3 dar respuesta a uno de los reclamos m3s frecuente de los pueblos originarios: la restituci3n de las tierras de origen (Mires, 2005).

87. “Era del estaño” porque este mineral sustituye a la plata como fuente de divisas.

88. Como bien señala Mires (2005, 231) los barones de estaño estaban lejos de constituir algo próximo a una clase social: se trataba más bien de imperios económicos individuales o familiares - como por ejemplo el de Simón Iturri Patiño- que actuaban en la práctica como capitalistas extranjeros lo que inhibía la posibilidad de que surgiera algo parecido a una burguesía nacional.

89. El Partido Republicano no era más que una coalición política de todos los grupos opuestos a los liberales que en la práctica eran tan obsecuentes hacia los grupos mineros como aquellos (Mires, 2005). En primer lugar estuvo Juan Bautista Saavedra que fue reemplazado por Hernando Siles, creador del Partido Nacionalista, quién posteriormente para mantener el poder “echó mano de un recurso que más tarde iba a hacer escuela entre gobernantes del país: atizar el nacionalismo mediante la provocación de problemas fronterizos con países vecinos” (Mires, 2005: 235).

90. El Partido Socialista y el Partido Socialista Nacional fueron creados en esta época.

91. Según Hernández (2007: 13) “Tradicionalmente la guerra del Chaco fue considerada consecuencia directa de las pujas por el petróleo, desatadas entre la Standard Oil (norteamericana), dueño de los Yacimientos Bolivianos y la Royal Dutch Shell, compañía inglesa con fuertes intereses en Paraguay y Argentina”.

92. Se trata de “jóvenes oficiales nacionalistas del ejército, organizados en logias opuestas a los altos mandos” (Hernández, 2007: 13).

93. Los obreros mineros “eran reclutados entre masas indias y campesinas: esto significa que antes de una identidad social, poseían una identidad étnica, lo que explica el enorme grado de solidaridad de sus acciones” (Mires, 2002: 238).

94. Un alzamiento militar derrocó a Villaroel cuyo cadáver fue colgado en la plaza principal de La Paz (Halperín Donghi, 1977: 434).

95. Como consecuencia de una urbanización sin industrialización, las masas urbanas habían aumentado considerablemente y por ende los pobres (Mires, 2005: 256).

96. Los orígenes de la revolución hay que buscarlos en la ruptura del sistema de dominación, consecuencia de la guerra perdida con Chile, de la Guerra del Chaco y de la crisis mundial sobre una economía demasiado dependiente del mercado mundial como para resistirla (Mires, 2005: 276).

97. El carácter no clasista del movimiento facilitó su ramificación entre distintos sectores de la sociedad –disciplinados sindicalistas, dirigentes indígenas– y la incorporación al gabinete de integrantes del ala izquierda –Lechín, Bufón, Chávez– que permitió que en un primer momento hablaran de un cogobierno MNR-COB (Hernández, 2007: 86).

98. En este punto las diferencias entre el Gobierno y el COB eran claras: los primeros proponían nacionalizar las minas pagando una indemnización a los barones del estaño, mientras los segundos reclamaban la misma sin pago alguno (Hernández, 2007).

99. Aunque la Revolución se había originado en las ciudades, su principales conquistas se expresarían en el campo: “más que el amor a los campesinos fue el odio a los hacendados lo que determinó que el MNR dictara decretos de expropiación” (Mires, 2005: 265).

100. La implementación de una reforma educativa (1955) que permite la escolarización en idioma castellano extendida hacia el mundo rural en su conjunto (Hervé Do Alto, 2007).

101. Este es un hito fundamental porque hasta mediados del siglo xx Santa Cruz de la Sierra se encontraba aislada del resto de Bolivia por la dificultad geográfica que implicaba llegar hasta allí.

102. Mesa Gisbert (1999) tituló al período que se extiende entre 1964-1978 “Bajo el signo de las Fuerzas Armadas. La era del gas”.

103. A diferencia del trato con los campesinos, el régimen de Barrientos mostró hostilidad con la izquierda y los sindicatos (Klein, 2002).

104. El gobierno de Bánzer (1971-1978) puede ser considerado alineado bajo la corriente anti izquierdista de los regímenes de los otros países del continente, en el cual se suprime el movimiento obrero y los derechos civiles de los ciudadanos.

105. Jaime Paz Zamora (MIR) (1989-1993); Sánchez de Lozada (MNR) (1993-1997); Hugo Bánzer (ADN) (1997-2001).

106. En particular en la primera presidencia de Sánchez de Lozada.

107. Como bien sostiene Klein (2002) si a comienzos del siglo xx el eje económico era La Paz-Oruro-Potosí con la progresiva decadencia de la minería el núcleo se fue trasladando a Oriente, incluyendo los departamentos de La Paz-El Alto-, Cochabamba y Santa Cruz.

108. Se trata de las largas marchas cocaleras, que arrancaron desde el Chapare, en donde Evo Morales empezó a perfilarse como un líder social. La presión hizo que el Gobierno aprobara un “Plan Nacional para la Defensa y el Desarrollo Indígena”, en cuyo marco se reconocieron 8.000 hectáreas como propiedad colectiva de la Comunidad de Masetana de Santa Ana de Horachi.

109. Llevada a cabo en Cochabamba contra la empresa privatizada Aguas del Tunari que marcó el nacimiento de la “Coordinadora del Agua” como espacio colectivo innovador.

110. Realizada en octubre de 2003, confluyeron diferentes organizaciones sociales en contra de la venta de gas a México y los Estados Unidos por puertos chilenos y que exigió la renuncia de Sánchez de Lozada.

111. A partir de 2003 se consolida la identidad rebelde de El Alto, ciudad Aymara que rodea La Paz.

112. La Asamblea Constituyente del año 2006, con mayoría indígena, fue la encargada de redactar la nueva constitución del país. La misma estuvo compuesta por 255 asambleístas, 70 de los cuales fueron electos directamente, dos por la primera mayoría, uno por la segunda mayoría completados por cinco representantes de cada uno de los departamentos del país.

113. Su lugar fue ocupado por el vicepresidente Carlos Mesa Gisbert, quién tampoco pudo concluir el período presidencial correspondiente y por ende tuvo que renunciar y darle el lugar a Rodríguez Veltzé –presidente de la Corte Suprema– quien llamó a nuevas elecciones.

114. En el período 1983–2005, los partidos tradicionales fueron incapaces de alcanzar la mayoría absoluta en las elecciones presidenciales ni en el parlamento (Klein, 2002).

115. Las elecciones estaban pautadas para el 2007, pero la crisis social e institucional que atravesó el país y el gobierno de Mesa obligaron al adelantamiento.

116. El día de su juramento como presidente (22 de enero de 2006) Evo Morales pronuncia las siguientes palabras: “Todos los sectores queremos una Asamblea Constituyente de refundación y no una simple reforma constitucional”.

117. “En las últimas décadas dos décadas del siglo xx hemos asistido al resurgimiento y adaptación a la democracia representativa de mecanismos de consulta directa de ciudadanos (referéndum, plebiscitos, consulta popular)” (Laserna, 2007: 85).

118. La Asamblea Constituyente se puede dividir de la siguiente manera: 1) Partidos políticos tradicionales –Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR–NM), Movimiento Bolivia Libre (MBL), Alianza por el poder Democrático (PODEMOS), Unidad Nacional (UN); 2) Fuerzas políticas no tradicionales –Movimiento al Socialismo (MAS), Concertación Nacional (CN), Movimiento Originario Popular (MOP); 3) Organizaciones ciudadanas –Alianza Andrés Ibanez (AAI), Autonomía para Bolivia (APB), Alianza Socialista (AS), Alianza Social Patriótica (ASP), Movimiento AYRA, Movimiento Campesino San Felipe de Austria (MCSEFA).

119. El referéndum revocatorio posterior rechazó el pedido de autonomía, teñido de separatismo, de ciertos departamentos de Bolivia.

120. A pesar del antagonismo, Buitrago (2007) señala que en las plataformas electorales las dos visiones sobre el país tienen pocas diferencias y muchas similitudes.

121. FSB es un partido fundado por Oscar Unzaga de la Vega en la década de 1930, que se inscribe dentro de la posición nacionalista, socialista y revolucionaria pero que muchos asocian con el nacionalismo católico (Hervé Do Alto, 2007:40).

122. La región del Chapare, vecina de Beni, de donde es oriundo el presidente Evo Morales, se convirtió desde la década de 1970 “en el principal centro de abastecimiento de hoja de coca para la fabricación y exportación de cocaína” (Klein).

123. La fragilidad que por lo general tienen las alianzas y los sincretismos ideológicos se vio reflejada en el primer año de la Asamblea Constituyente en donde el MAS se fracturó entre ‘clasemedios’ urbanos, militantes rurales, campesinos sindicalistas y miembros de organizaciones indígenas como el CONAMAQ (Consejo Nacional de Ayllus y Markas del Collasuyu).

124. Es interesante observar que “los primeros meses del gobierno de Morales se pueden analizar como un intento por parte del líder del MAS de inscribirse en una tradición nacionalista popular más que cualquier otra” (Hervé Do Alto, 2007: 47).

125. El vicepresidente de Bolivia, Alvaro García Linera, matemático, sociólogo autodidacta y profundo admirador de la obra de José Carlos Mariátegui, es considerado uno de los más brillantes intelectuales que ha dado Bolivia en estos últimos años.

126. Los partidos más tradicionales (MNR, MIR) que por pugnas internas se desdoblaron en distintas organizaciones empiezan a tener menor caudal de votos (MNR-A3 – MNR-FRI – MIR-NM). Estas fuerzas que hasta fines de la década de 1990 tenían una alta concentración de votos, en especial en el senado, empiezan a ser resistidos por el nuevo electorado.

127. La compleja delimitación de los diversos actores individuales y colectivos que intervienen e intervinieron en la historia de Bolivia nos obliga a considerar tanto las características culturales –recordemos que los pueblos originarios representan el 62 % de la población del país- como la diferencia que se establece dentro de la estructura socio-económica.

128. El campesinado, reemplazó la imagen de “indio” en el mundo rural. En esta última década gracias a un discurso de matiz esencialmente nacionalista –a veces teñido de indianismo– emerge como un actor político de primer rango hasta convertirse en un emblema de una “Bolivia insurgente” de la defensa de los recursos naturales (Chávez, 2007).

129. Es necesario aclarar que la fuerza de trabajo utilizada en Bolivia principalmente para la minería, fue tradicionalmente indígena. Esto significa que “‘el indio-trabajador’ no solo iba a luchar por reivindicaciones salariales clásicas, sino que también iba a incorporar algunos temas históricos que no habían olvidado” (Mires, 2005: 234). Para profundizar los “Ciclos históricos de la condición obrera minera en Bolivia 1825-1999”. Véase García Linera (2008) Capítulo IV “Movimiento Obrero”.

130. El estudio que compilan Svampa y Stefanoni (2007) sobre las diferentes memorias históricas presentes en los relatos de Bolivia, nos sirvió de inspiración a la hora de retomar este concepto.

131. Véase Stern (1982).

132. Enrique Finot (1946) describe a Bolivia como “imperfectamente dotada por la geografía”.

133. La Puna (5000-3600 metros); Quechua (3000-2000); yungas (1500-500); sierras y costas. La proximidad entre cada una de las cordilleras, los desiertos costeros y las selvas del Amazonas permiten establecer múltiples «nichos» que existen en el paisaje.

134. John Murra (1975), al construir el modelo de “control vertical máximo de pisos ecológicos” para caracterizar la organización económica del mundo andino pre-hispánico, resalta el carácter multiétnico de la región (Chupaicas, Lupaca, Aymaras, Collas, Chankas, etcétera).

135. Es interesante observar que no se hace referencia alguna al período de dominación Incaica (1438-1533), que, si bien no se basó en una imposición cultural, su política era eminentemente expansiva.

136. Bajo el gobierno de Melgarejo (1864-1879) en consonancia con las políticas del resto de los países de la región, se impulsó la apertura de Bolivia al capital y mercado internacional, como exportador de materias primas, en especial, la minería.

137. Véase Benedict Anderson (1983).

138. Cuando se habla de “lucha por la tierra y el territorio” se puede estar haciendo referencia también a la “marcha por el territorio y la dignidad” protagonizada por los Pueblos indígenas de Tierras Bajas en la década de 1990 que marcó “hito importante en la lucha de estos pueblos y su visibilización por parte de las autoridades estatales y de la sociedad boliviana en general” (Chávez, 2007: 57).

139. Detrás del pedido de autonomía se esconden tendencias claramente separatistas, en particular de la rica Santa Cruz de la Sierra, Tarija, Beni y Pando. El proceso de integración regional ha acentuado estas tendencias.

140. Como bien señala Mires (2007: 17), “las comunidades indígenas están estructuradas a partir de relaciones de reciprocidad y redistribución que guían la vida colectiva”.

141. Para profundizar la construcción del concepto de Ciudadanía en Bolivia véase García Linera (2008) cap.III de “*Ciudadanía y democracia*”.

142. Como bien señala García Linera (2008: 184), “el contenido de una época histórica se define, más que por una clasificación secuencial de sucesos, por el encuentro fundador de las fuerzas sociales que, en un choque decisivo y en su resultado, producen la estructura duradera de las jerarquías institucionales, de las relaciones de poder consuetudinarias, de los saberes prácticos legítimos, de los esquemas mentales mundanos con los cuales la sociedad a partir de entonces, da sentido a su existencia”.

Bibliografía

ANDERSON, B. (1983), *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México: Fondo de Cultura Económica.

BARRAGÁN, R., DUNKERLEY, J. y ROCA, J. L. (2005), *Regiones y poder constituyente en Bolivia, una historia de pactos y disputas*, Informe sobre desarrollo humano, La Paz: IDH.

BETHELL, L. Ed. (1990), *Historia de América Latina*, Barcelona: Crítica.

BRUSH, S. (1982), *The Natural and Human Environment of the Central Andes*. Mountain research and Developmento N° 2 (Traducción).

BUITRAGO, M. A. (2007), *El proceso constitucional boliviano: dos visiones de país*, Madrid: Revista Iberoamericana, Vol. VII;.

CHÁVEZ, P. (2007), “Los movimientos sociales en la asamblea constituyente. Hacia la reconfiguración de la política” en Svampa, M. y Stefanoni, P. (comp.), *Bolivia: memoria, insurgencia y movimientos sociales*, Buenos Aires: Ed. El Colectivo.

DO ALTO, H. (2007), “Cuando el nacionalismo se pone el poncho. Una mirada retrospectiva a la etnicidad y la clase en el movimiento popular boliviano (1952-2007)” en Svampa, M. y Stefanoni, P. (comp.), *Bolivia: memoria, insurgencia y movimientos sociales*, Buenos Aires: Ed. El Colectivo.

FINOT, E. (1946), *Nueva historia de Bolivia*; Buenos Aires: Fundación Universitaria Patiño.

FOUCAULT, M. (2010), *Genealogía del racismo*; Buenos Aires: Caronte Ensayos.

GARCÍA LINERA, A. (2008), *La potencia plebeya. Acción colectiva e identidades indígenas, obreras y populares en Bolivia*, Bs. As.: Prometeo.

GUERRA, Francois-Xavier (2003), *Inventando la nación. Iberoamérica. Siglo XIX*, México: Fondo de Cultura Económica.

HALPERÍN DONGHI, T. (1977), *Historia contemporánea de América Latina*, Madrid: Alianza.

HERNÁNDEZ, J. L. y SALCITO, A. comp. (2007), *La Revolución boliviana*, Buenos Aires: Editorial Newen Mapu.

HERNÁNDEZ GIL (1981) *El cambio político español y la constitución*; Madrid.

GUZMAN, A. (1969), *Breve historia de Bolivia*, La Paz: Ed. “Los amigos del Libro”.

KLEIN, H. (2008), *Historia de Bolivia*, La Paz: Libería Editorial Juventud.

LASALLE, F. (1946) *¿Qué es una constitución?*; Buenos Aires: Siglo XX.

LASERNA, R. (2007), *Constitución y poder político: propuestas de reforma para Bolivia*, La Paz: Plural Editores.

MESA GISBERT, C. (1999), *Historia de Bolivia*, La Paz: Editorial Gisbert.

MIRES, F. (2005), *La rebelión permanente. Las revoluciones en América Latina*, Bs. As.: Siglo XIX.

MURRA, J. (1975), *Formaciones económicas del mundo andino*, Lima: IEP.

PLATT, T. (1999), *La persistencia de los ayllus en el norte de Potosí. De la invasión europea a la República de Bolivia*, Bolivia: Fundación Diálogo. Embajada del Reino de Dinamarca en Bolivia.

RICHARDS, K. (1999), *Lo imaginario mestizo*, La Paz: Plural Editores.

STEFANONI, P. (2007), “Las tres fronteras de la ‘revolución’ de Evo Morales. Neodesarrollismo, decisionismo, multiculturalismo” en Svampa, M. y Stefanoni, P. (Comp.), *Bolivia: memoria, insurgencia y movimientos sociales*, Buenos Aires: Ed. El Colectivo.

STERN, S. (1982), *Los pueblos indígenas del Perú y el desafío de la conquista española*, Madrid: Alianza.

SVAMPA, M. (2007), “Prólogo” en Svampa, M. y Stefanoni, P. (comp.), *Bolivia: Memoria, insurgencia y movimientos sociales*, Buenos Aires: Ed. El Colectivo.

TAJADURA TEJADA, J. (2001) La función política de los preámbulos constitucionales; Realyc.org.

Anexo

Documento 1

PREÁMBULO DE LA CONSTITUCIÓN POLÍTICA DEL ESTADO PLURINACIONAL DE BOLIVIA (2008)

En tiempos inmemoriales se erigieron montañas, se desplazaron ríos, se formaron lagos. Nuestra amazonia, nuestro chaco, nuestro altiplano y nuestros llanos y valles se cubrieron de verdes y flores. Poblamos esta sagrada Madre Tierra con rostros diferentes, y comprendimos desde entonces la pluralidad vigente de todas las cosas y nuestra diversidad como seres y culturas. Así conformamos nuestros pueblos, y jamás comprendimos el racismo hasta que lo sufrimos desde los funestos tiempos de la colonia.

El pueblo boliviano, de composición plural, desde la profundidad de la historia, inspirado en las luchas del pasado, en la sublevación indígena anticolonial, en la independencia, en las luchas populares de liberación, en las marchas indígenas, sociales y sindicales, en las guerras del agua y de octubre, en las luchas por la tierra y territorio, y con la memoria de nuestros mártires, construimos un nuevo Estado.

Un Estado basado en el respeto e igualdad entre todos, con principios de soberanía, dignidad, complementariedad, solidaridad, armonía y equidad en la distribución y redistribución del producto social, donde predomine la búsqueda del vivir bien; con respeto a la pluralidad económica, social, jurídica, política y cultural de los habitantes de esta tierra; en convivencia colectiva con acceso al agua, trabajo, educación, salud y vivienda para todos.

Dejamos en el pasado el Estado colonial, republicano y neoliberal. Asumimos el reto histórico de construir colectivamente el Estado Unitario Social de Derecho Plurinacional Comunitario, que integra y articula los propósitos de avanzar hacia una Bolivia democrática, productiva, portadora e inspiradora de la paz, comprometida con el desarrollo integral y con la libre determinación de los pueblos.

Nosotros, mujeres y hombres, a través de la Asamblea Constituyente y con el poder originario del pueblo, manifestamos nuestro compromiso con la unidad e integridad del país.

Cumpliendo el mandato de nuestros pueblos, con la fortaleza de nuestra Pachamama y gracias a Dios, refundamos Bolivia.

Honor y gloria a los mártires de la gesta constituyente y liberadora, que han hecho posible esta nueva historia.

Documento 2

PREÁMBULO DE LA CONSTITUCIÓN DE LA REPÚBLICA ARGENTINA (1860)

Nos, los Representantes del pueblo de la Confederación Argentina, reunidos en Congreso General Constituyente por voluntad y elección de las provincias que la componen en cumplimiento de pactos preexistentes, con el objeto de constituir la unión nacional, afianzar la justicia, consolidar la paz interior, proveer a la defensa común, promover el bienestar general y asegurar los beneficios de la libertad para nosotros, para nuestra posteridad y para todos los hombres del mundo que quieran habitar el suelo argentino: invocando la protección de Dios, fuente de toda razón y justicia: ordenamos, decretamos y establecemos esta Constitución para la Confederación Argentina.

Documento 3

PREÁMBULO DE LA CONSTITUCIÓN DE LOS ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA (1787)

Nosotros, el pueblo de los Estados Unidos, a fin de formar una Unión más perfecta, establecer Justicia, asegurar la tranquilidad interior, proveer para la defensa común, promover el bienestar general y asegurar para nosotros y para nuestra posteridad los beneficios de la libertad, establecemos y sancionamos esta Constitución para los Estados Unidos de América.

Documento 4

DECLARACIÓN DE LOS DERECHOS DEL HOMBRE Y EL CIUDADANO (1789)

I. Los hombres nacen y permanecen libres e iguales en cuanto a sus derechos. Las distinciones civiles sólo podrán fundarse en la utilidad pública.

II. La finalidad de toda asociación política es la conservación de los derechos naturales e imprescriptibles del hombre. Esos derechos son la libertad, la propiedad, la seguridad y la resistencia a la opresión.

III. La fuente de toda soberanía reside esencialmente en la Nación; ningún individuo ni ninguna corporación pueden ser revestidos de autoridad alguna que no emane directamente de ella.

IV La libertad consiste en poder hacer todo aquello que no cause perjuicio a los demás. El ejercicio de los derechos naturales de cada hombre, no tiene otros límites que los que garantizan a los demás miembros de la sociedad el disfrute de los mismos derechos. Estos límites sólo pueden ser determinados por la ley.

V. La ley sólo puede prohibir las acciones que son perjudiciales a la sociedad. Lo que no está prohibido por la ley no puede ser impedido. Nadie puede verse obligado a aquello que la ley no ordena.

VI. La ley es expresión de la voluntad de la comunidad. Todos los ciudadanos tienen derecho a colaborar en su formación, sea personalmente, sea por medio de sus representantes. Debe ser igual para todos, sea para proteger o para castigar. Siendo todos los ciudadanos iguales ante ella, todos son igualmente elegibles para todos los honores, colocaciones y empleos, conforme a sus distintas capacidades, sin ninguna otra distinción que la creada por sus virtudes y conocimientos.

VII. Ningún hombre puede ser acusado, arrestado y mantenido en confinamiento, excepto en los casos determinados por la ley, y de acuerdo con las formas por ésta prescritas. Todo aquél que promueva, solicite, ejecute o haga que sean ejecutadas órdenes arbitrarias, debe ser castigado, y todo ciudadano requerido o aprehendido por virtud de la ley debe obedecer inmediatamente, y se hace culpable si ofrece resistencia.

VIII. La ley no debe imponer otras penas que aquéllas que son estricta y evidentemente necesarias; y nadie puede ser castigado sino en virtud de una ley promulgada con anterioridad a la ofensa y legalmente aplicada.

IX. Todo hombre es considerado inocente hasta que ha sido declarado convicto. Si se estima que su arresto es indispensable, cualquier rigor mayor del indispensable para asegurar su persona ha de ser severamente reprimido por la ley.

X. Ningún hombre debe ser molestado por razón de sus opiniones, ni aun por sus ideas religiosas, siempre que al manifestarlas no se causen trastornos del orden público establecido por la ley.

XI. Puesto que la libre comunicación de los pensamientos y opiniones es uno de los más valiosos derechos del hombre, todo ciudadano puede hablar, escribir y publicar libremente, excepto cuando tenga que responder del abuso de esta libertad en los casos determinados por la ley.

XII. Siendo necesaria una fuerza pública para garantizar los derechos del hombre y del ciudadano, se constituirá esta fuerza en beneficio de la comunidad, y no para el provecho particular de las personas a las que ha sido confiada.

XIII. Siendo necesaria, para sostener la fuerza pública y subvenir a los gastos de administración, una contribución común, ésta debe ser distribuida equitativamente entre los ciudadanos, de acuerdo con sus facultades.

XIV. Todo ciudadano tiene derecho, ya por sí mismo o por su representante, a constatar la necesidad de la contribución pública, a consentirla libremente, a comprobar su adjudicación y a determinar su cuantía, su modo de amillaramiento, su recaudación y su duración.

XV. La sociedad tiene derecho a pedir a todos sus agentes cuentas de su administración.

XVI. Una sociedad en la que la garantía de los derechos no está asegurada, ni la separación de poderes determinada, no tiene Constitución.

XVII. Siendo inviolable y sagrado el derecho de propiedad, nadie podrá ser privado de él, excepto cuando la necesidad pública, legalmente comprobada, lo exige de manera evidente, y a la condición de una indemnización previa y justa.



Se terminó de imprimir en diciembre de 2015 en
el taller de la cooperativa Chilavert Artes Gráficas,
imprenta recuperada y gestionada por sus trabajadores.
M. Chilavert 1136, Pompeya, Buenos Aires.

imprentachilavert@gmail.com